

Prólogo.

¡Piratas!

Lo primero que esta mítica palabra sugiere a nuestras mentes es una imagen de hombres crueles, sanguinarios, sin escrúpulos, cuya única obsesión es matar y saquear. La literatura y el cine no siempre nos han transmitido una imagen real de la historia.

El descubrimiento del nuevo mundo propició un bullicioso tráfico de mercancías entre América y Europa. Oro, plata y joyas eran principales protagonistas, principalmente para costear los ejércitos que alimentaban las constantes guerras del viejo continente. Guerras religiosas o dinásticas, que pretendían otorgar por la fuerza el control de los diferentes pueblos a quienes se consideraban estar por encima de los demás. Guerras que sumían en la desesperación al pueblo, que luchaba y moría por ideales impuestos con macabro cálculo por sus dirigentes. Todos estos ingredientes componían una peligrosa receta, que en muchos casos derivó en buscar alternativas a la desesperación impuesta por personas sedientas de poder.

Algunas de estas alternativas se convirtieron en lo que conocemos como piratería, una antiquísima profesión, pero que con el rico tránsito de mercaderías que hubo durante esos años, se convirtió en lo que se denominaría la edad dorada de la piratería. La escasa cartografía existente del el enjambre de islas que adornaban el nuevo continente, permitiría que los piratas no fuesen presa fácil para quienes pretendían defender sus a veces deshonestos intereses. Pero con el trascurso de los años, el oficio de pirata se fue complicando, y los barcos mercantes pasarían a ser fuertemente escoltados por naves de guerra.

Miles de barcos piratas dominaban el mar Caribe, cantidad que se vio drásticamente reducida durante la primera mitad del siglo XVIII. Años rebosantes de historias de toda índole, por parte de unos aventureros del mar que mayormente terminarían en la horca.

Pero no todos.

Es imposible conocer todas las fechorías, abordajes, o capturas que ocurrieron durante aquellos míticos años. Los mismos actos, eran un delito, o no, dependiendo de quién los cometía. Un corsario podía abordar barcos o aldeas costeras, con el beneplácito de su gobierno, con la única limitación de respetar, y no siempre, a los barcos y poblaciones de su país o países amigos. Las mismas fechorías estaban castigadas con la horca, si quien las cometían no tenían la autorización, o patente de corso, de la que disponían los corsarios. Es decir, si no tenían que rendir cuentas de los botines que adquirían, entregando una parte a los gobernantes del país que le autorizaba a cometer esas atrocidades. Podríamos resumirlo diciendo que el perdón o la inmunidad, se obtenía con dinero.

En este aspecto no hemos progresado mucho.

Algunos de los piratas más famosos fueron personas desengañadas, otras, incluso injustamente tratadas, que buscaron una alternativa a lo que la sociedad les ofrecía, y otras, simplemente personas ambiciosas, sanguinarias, y con sed de riquezas.

No es de extrañar que muchas de las historias de la edad dorada de la piratería todavía sean un misterio. Y tampoco es de extrañar que, en la actualidad, se sigan descubriendo algunos de los frutos de aquellos años.

Poco podrían imaginar los protagonistas de este relato que vivirán las consecuencias de uno de los piratas más famosos de la época dorada de la piratería. Un pirata que, a pesar del corto

periodo que actuó como tal, sería de los más conocidos y perseguidos. Un líder nato, que supo gestionar el motín que le proporcionó uno de los mejores barcos de guerra, en el que iniciaría su carrera como filibustero. Un líder que también consiguió que se le unieran bajo su mando algunos de los más poderosos piratas de la época. También logró, en un solo abordaje, lo que se conocería como el mayor botín de la historia de la piratería. Pero existe otra cosa que le hace diferente.

¡Que nunca fue capturado y su rastro desapareció junto a un tesoro de dimensiones inimaginables!

Henry Avery.

Capítulo 1

Valencia, viernes 5 de julio de 2013, 2:00 a.m.

Sergio intentaba coger aire pausadamente, por temor a que su agitada respiración pudiese delatarle, mientras permanecía escondido en un oscuro portal de un barrio de Valencia.

Eran más de las dos de la madrugada, y las nubes impedían que la luna iluminase la oscura calle, donde solo funcionaban la mitad de las farolas, y eso para Sergio era una ventaja. Oía los pasos de sus perseguidores, pero no entendía como, entre tantas calles, podían localizarle tan fácilmente.

Decidió subir por las escaleras del silencioso edificio y no permanecer visible en el portal, esperando que sus perseguidores pasaran de largo. Ante su asombro, entraron en el edificio donde se encontraba. Perplejo, subió rápidamente las escaleras, y se percató de que los pasos de aquellos hombres se aceleraban.

Sergio tenía 43 años, era relativamente alto, con un oscuro pelo corto y ondulado. Escribía para un prestigioso periódico, y no había podido imaginar pocos días atrás, que hoy estaría huyendo de unos desconocidos, que como desgraciadamente había podido comprobar, iban armados. Aunque llevaba años dedicándose al periodismo de investigación, nunca antes había llegado a verse realmente en peligro. Recientemente estaba elaborando un reportaje que impactaría mucho en la opinión pública, y sabía que eso era la causa de sus actuales problemas. Subió las escaleras lo más rápidamente que pudo, a pesar de sus evidentes síntomas de cansancio. Intuía que les llevaba unos 2 pisos de ventaja, cuando, al llegar al rellano del cuarto piso, bajó un poco el ritmo para poder sacar del bolsillo de su pantalón un teléfono móvil. Al sacarlo, un minúsculo aparato cayó de su bolsillo. Era una pequeña cápsula con una discreta luz parpadeando.

– “¡Debe ser un localizador!”– pensó, a la vez que reflexionaba sobre su significado.

Su mente recordó cuando, una hora antes, al salir de un espectáculo de magia, se le acercaron dos hombres que simulaban haberse confundido de persona. No los había visto nunca, y no le dio importancia, pero se habían acercado más de lo normal. Salía mucha gente del local en esos momentos, era verano y muchos turistas asistían a ese tipo de espectáculos. Sin duda, le colocaron el localizador para seguirle, y poder encontrarle más tarde, sin testigos. Al poco rato supo por qué. Y ahora los tenía muy cerca, demasiado cerca.

Recogió el localizador del suelo, y pulsó el botón del ascensor. No sabía en qué piso se encontraría el ascensor en ese momento, pero su repentina idea era volverlo a llamar en el siguiente, y así tenerlo solo a un piso de distancia.

Llegó muy cansado, pulsó el botón del ascensor mientras miraba hacia las escaleras, intentando sobreponerse de su evidente falta de aire, y esperó con impaciencia, mientras los pasos de sus perseguidores se acercaban.

“Long Ben”, – pensó cerrando los ojos – “quien iba a decirte que causarías tantos problemas varios siglos después.”

El sonido de la apertura de las puertas del ascensor le devolvió de nuevo a la realidad. Sergio entró, y pulsó el botón de la planta baja, lanzó el localizador al suelo del ascensor, para salir rápidamente dirigiéndose de nuevo a las escaleras, con la intención de seguir subiendo hasta la siguiente planta.

El cansancio se estaba apoderando de él y necesitaba descansar. Se detuvo unos instantes en el rellano del sexto piso, intentando recuperarse con intensas bocanadas de aire, sus perseguidores estaban ya solo una planta por debajo.

Tal y como esperaba, aquellos hombres se detuvieron en la quinta planta, y emprendieron a correr de nuevo, esta vez hacia abajo. El edificio tenía 8 pisos, y Sergio siguió subiendo, intentando alcanzar la azotea del edificio. Recordaba haber visto una escalera de incendios en el exterior. Ese tipo de escaleras solo existían en algunos edificios, y se solía acceder a ellos desde los rellanos, aunque en ese edificio estaban en desuso y se habían anulado los accesos. Consideró que desde la azotea podría acceder a la escalera de incendios, dado que por el interior no veía escapatoria. Una vez llegó, casi sin respiración, se encontró con la puerta de acceso a la azotea cerrada. Intentó abrirla, pero finalmente tuvo que desistir. No le fue difícil intuir lo que iba a suceder. En cuanto sus perseguidores se dieron cuenta del engaño, volverían a por él.

Reflexionó sobre lo que vio en su teléfono móvil cuando tuvo oportunidad de ello, una vez fuera del local donde presencié el espectáculo de magia. Durante la representación, tenía el teléfono apagado por las normas del local, eso permitió que sus perseguidores tuviesen tiempo para localizarle, sin que Sergio supiese qué le habían enviado.

Cuando salió, puso en marcha su teléfono, y comenzó a verlo, pero no pudo continuar. Un disparo le sobresaltó y tuvo que correr, pero enseguida tuvo claro el resto del siniestro contenido. En el video que había comenzado a ver, intervenían dos hombres, que amenazaban a un anciano que Sergio conocía bien. Eran los mismos dos hombres que ahora iban tras él.

Ahora se encontraba en un silencioso edificio, que parecía poco habitado. Se sentó en el suelo, junto a la puerta de la azotea que no había logrado abrir. Aprovechó que había despistado por unos minutos a sus perseguidores, para conectar su teléfono móvil. Tenía que reenviar el video que había recibido en su correo electrónico. Sabía perfectamente de quién provenía, y que si lo había recibido él, significaba que nadie más conocía su existencia.

No tenía cobertura.

Activó el WIFI del teléfono, esperando encontrar alguna red abierta a la que conectarse, pero no tuvo éxito. Tenía que jugársela, empezó a descender esperando encontrar alguna red abierta, proveniente de algún piso. Sabía que en la actualidad era muy difícil, prácticamente todo el mundo tenía contraseñas en sus redes domésticas, pero finalmente la encontró.

Se encontraba en la sexta planta, la cobertura era mínima pero esperaba que fuese suficiente. Totalmente agotado, se sentó y empezó a manipular su teléfono. Tenía poco tiempo.

A los pocos minutos, le sobresaltó el sonido que emitieron las puertas del ascensor en la última planta, mientras se podía escuchar a la vez los pasos de alguien subiendo las escaleras. Lo entendió enseguida. Le estaban cortando la salida por ambos lados. Se levantó y golpeó las puertas del rellano donde se encontraba, buscando desesperadamente cualquier tipo de ayuda, pero nadie abrió las puertas. Con sus temblorosas manos, intentó de nuevo usar su teléfono móvil, pero no le dio tiempo. Un hombre alto estaba frente a él, apuntándole con un arma. Sus gafas eran oscuras a pesar de la tenue luz del rellano, y se le podía apreciar un pequeño corte en la cara.

Sergio todavía sostenía el teléfono en su mano, hizo un gesto para lanzarlo con la intención de romperlo e inutilizarlo, pero no le dio tiempo.

Sonó un disparo.

Capítulo 2

Castellón de la Plana, viernes 5 de julio de 2013. 13:00 p.m.

– ¡Tráela de nuevo Cali, vamos!

Cali, el pequeño perro labrador retriever de Pablo, se miraba la vieja pelota de tenis sin decidirse a cogerla, aunque su rabo no dejaba de agitarse a gran velocidad.

El suelo estaba húmedo tras los últimos días de lluvia en Castellón de la Plana, aunque el cielo ya empezaba a despejarse y los cálidos rayos de sol calentaban generosamente el jardín. Era verano, principios de julio, pero los últimos días habían sido algo tormentosos. Pablo era un hombre de 35 años, alto y con una media melena color castaño. Vivía a las afueras de Castellón, cerca de la costa, en una tranquila urbanización de casas donde la mayoría de ellas tenían dos plantas. Era la una del mediodía, y a esa hora siempre que podía disfrutaba de unos relajados minutos jugando con su perro.

Pablo se acercó a la pelota y la cogió. Tras moverla de un lado para otro frente a su perro, la volvió a lanzar hacia la puerta del jardín, y el excesivo impulso hizo que la pelota atravesara la puerta a través de sus rejas metálicas, saliendo a la calle. Tenía pensado cambiar esa puerta, y ponerla maciza, sin rejas, pero no había encontrado el momento.

Cali entendió la intención de Pablo y salió tras la pelota aprovechando que la puerta estaba entreabierta, y Pablo salió tras él. Era casi la hora de comer, y a esa hora era algo habitual que jugase con su perro. Por desgracia, desde hacía muy poco tiempo tenía todos los días libres, dado que había perdido su trabajo. El perro pasó de largo la pelota, rozando a la vecina de Pablo, Natalia, que se dirigía a su casa. Ella mostró su indignación mirando enfurecida a su vecino.

– A ver si vigilas mejor a tu perro – le dijo – cualquier día se llevará a alguien por delante.

– Lo siento – respondió mientras seguía con la mirada la ruta que tomaba Cali – es un perro más activo de lo que es normal para su raza, pero es incapaz de lastimar a nadie.

Natalia era una abogada penalista, aunque llevaba todo tipo de casos. Tenía 39 años, pero su obsesión por cuidar su figura le daba una apariencia de unos 30. Era morena y alta, y le gustaba alardear de su buen aspecto físico. Siguió su camino erguida, sin mirarle ni contestarle, entrando en su casa que estaba situada junto a la de Pablo. Natalia y su marido Germán, se habían mudado a su nueva casa hacía medio año. No tenían mucho contacto con ningún vecino, salvo algún frío saludo cuando se cruzaban. Germán aparentaba ser más agradable, pero cuando iba con su mujer, parecía contagiarse de su frialdad.

Pablo recogió la pelota y escuchó sonar el teléfono fijo de su casa. Entró mientras llamaba a su perro, y descolgó el teléfono.

– ¿Diga?

Una voz grabada habló – “Buenos días, queremos ofrecerle la oportunidad de ahorrar en su tarifa telefónica...”

Colgó el teléfono. “No solo te llaman para publicitarse sin tu consentimiento, sino que, además, ya ni se molestan en contratar gente para ello”, pensó indignado.

– ¡Cali, vamos, entra!

Cali había regresado al jardín y estaba jugando con algo junto a unas macetas.

– ¿Qué tienes ahí? – dijo, mientras se acercaba a ver el nuevo juguete de su perro.

Se trataba de un teléfono móvil, un Smartphone. Tenía la pantalla algo rayada y una funda trasera amarilla. A Cali le gustaban los teléfonos, sobre todo le gustaba oír como sonaban. Encontrar ese nuevo juguete explicaba que dejase de hacer caso a la pelota.

Pablo hizo el gesto de agacharse, para recoger el teléfono que había encontrado su perro, cuando escuchó un grito que parecía provenir de la casa de al lado. Se incorporó de inmediato, y se quedó mirando la casa de su vecina. Intentó concentrarse para oír cualquier sonido, pero el silencio reinaba en el entorno. Los jardines estaban rodeados de cuidados y altos setos, que ofrecían una gratificante intimidad a los inquilinos, pero ahora le impedía ver nada. Miró a su alrededor, intentando identificar la posible procedencia del grito, pero continuaba predominando el mayor de los silencios. En ese momento, volvió a escuchar un nuevo grito, esta vez en un tono más alto y casi de terror. Provenía de la casa de su estirada vecina Natalia.

Salió corriendo de su jardín y se frenó frente a la casa de su vecina, dudando si entrar o no, mientras Cali, sin inmutarse, se quedó disfrutando de su nuevo juguete. Pablo era un hombre al que sus amigos consideraban muy seguro de sí mismo, pero en realidad era tímido y se pensaba mucho las cosas por temor a equivocarse. Odiaba equivocarse.

– ¿Ocurre algo?– gritó desde la calle. – ¿Estás bien?

No escuchó nada, mientras sus pies se movían a uno y otro lado como si estuviese bailando, a causa del nerviosismo. Se decidió a entrar al jardín de su vecina, raramente los vecinos cerraban la puerta del jardín durante el día, y comprobó que la puerta principal de la casa estaba entreabierta.

– ¿Estás bien?– insistió antes de entrar en el interior.

No obtuvo respuesta. Empujó la puerta por la maneta y se introdujo en la casa, con paso tímido, como temiendo molestar por su intromisión. Su timidez le hacía pensarse si tenía que entrar o no, pero su intranquilidad le ayudó a decidirse. En el interior estaba Natalia, de pie, y de espaldas a él. Tenía un teléfono en las manos, intentando sin éxito realizar una llamada telefónica, con las manos temblorosas y lágrimas recorriendo sus mejillas, mientras sus hombros se movían a consecuencias de los espasmos que le provocaba su nerviosismo. Estaba tan afectada que ni si quiera se había percatado de que había entrado Pablo. Giró levemente la cabeza y le vio, lo que derivó en un nuevo grito cayéndosele el teléfono de las manos al adelantar los brazos defensivamente. Pablo parecía más asustado que ella, y extendió sus brazos hacia adelante mostrando sus vacías palmas de las manos.

– Tranquila, soy yo, he oído gritos y pensé que necesitabas ayuda – dijo, cada vez más incómodo por la sensación de intromisión. Había entrado en una casa ajena sin permiso y él era muy respetuoso con lo ajeno.

– Llama a la policía – Dijo ella con voz temblorosa. – Aquí ha pasado algo. Mi marido no está y hay sangre.

Pablo miró alrededor suyo, no veía sangre.

Natalia, al ver la reacción de su vecino, insistió subiendo ligeramente el tono – Vamos, llama a la policía, hay sangre en la salita.

Pablo abrió la puerta de la salita y entró. En el sofá y parte del suelo había algunas gotas de lo que parecía sangre, aunque no demasiada. Le pareció poco motivo para llamar a la policía. Podía haberse cortado realizando cualquier actividad, no había signos de violencia. Los muebles

estaban en su sitio, bien colocados, y no se apreciaba desorden alguno. Natalia se percató de la falta de convicción en su vecino, y su rostro se tornó molesto.

– Quizá ha tenido algún leve accidente casero y ha salido – dijo Pablo– ¿tenéis algún tipo de botiquín médico? Podrías mirar si lo ha utilizado.

– ¡Su coche está aparcado fuera! – dijo ella con tono agresivo. Su actitud había cambiado repentinamente, de estar nerviosa y asustada, a mostrarse serena, firme, y enfurecida.

Extendió los brazos con las palmas de sus manos hacia adelante y encogiéndolo los hombros, como si no entendiese la falta de convicción de su vecino ante algo que consideraba tan evidente

– Vivimos en las afueras, ¿dónde va a ir sin su coche? – recogió el teléfono del suelo y se lo entregó a Pablo, mientras se secaba las lágrimas de su mejilla con la otra mano. Su tono se volvió un poco más dócil y amable, cosa que dejó algo perplejo a Pablo. La conocía muy poco, y siempre la había encontrado engreída y antipática. – Por favor, llama a la policía, yo no me veo con el valor suficiente.

Pablo la miraba mientras recogía el teléfono, Natalia era atractiva, era 4 años mayor que él, y tenía un esbelto y sugerente cuerpo. Iba vestida con un traje pantalón ceñido, y sus generosos y firmes pechos realzaban su agraciado físico. Cualquiera se podría sentir atraído por ella, pero no era el caso de Pablo. Él la veía como alguien distante y con un carácter antipático, lo que le quitaba a sus ojos cualquier tipo de atractivo.

– ¿Cuál es el número?– preguntó Pablo – ¿Llamo al 112, a emergencias? ¿Y qué les digo? ¿Qué hay unas manchas de sangre?

Natalia se tomó aquello como una burla.

– ¡Diles que mi marido ha desaparecido y que hay sangre en la casa, que venga alguien! – dijo ella en tono agresivo y alto. Inmediatamente bajó el tono. – Perdona, estoy algo nerviosa.

Marcó el número y les explicó lo que su vecina le había indicado. Se sintió algo ofendido cuando se percató que, una mujer que apenas conocía, le estaba ordenando todo lo que tenía que hacer. Le hacía sentirse manipulado, además de una sensación extraña que le indignaba. Había acudido en auxilio de su vecina, y por el trato que recibía, parecía que él fuese el culpable de la situación. Imaginó que Natalia estaba acostumbrada a que nadie le contradijese.

– Natalia... – dijo Pablo por teléfono, tras explicarles que estaba en casa de su vecina– Ah, mi nombre...Pablo Canteras, pero estoy en casa de Natalia...si, Canteras, pero...ah, vale, mi DNI...

Pablo nunca antes había llamado a emergencias, desconocía que siempre piden los datos de la persona que llama. Tras responder algunas preguntas más, colgó el teléfono y se lo entregó a Natalia.

– Dicen que ahora viene alguien.

– Gracias – contestó ella en tono suave, mientras recogía el teléfono con las manos temblorosas.

Pablo se fijó en sus inquietas manos, notó que estaba muy tensa y predijo que podía empezar a gritar en cualquier momento. Su conciencia le había empujado a acudir en ayuda de esa mujer, pero ahora deseaba poder abandonar esa casa cuanto antes. Observó incómodo cómo ella colocó el teléfono sobre el mueble del recibidor, y se acercó a él lentamente, nerviosa, mirando al suelo, pareciendo querer buscar consuelo. Le agarró el pelo con sus temblorosas

manos, una en cada extremo, como posándolas junto a la cara, cerró los ojos y se mostró algo más relajada, pero poco a poco sus dedos se fueron tensando. Pablo permanecía inmóvil, sin saber cómo reaccionar. No conocía apenas a esa mujer. Daba por sentado que lo estaba pasando mal, aunque no tenía claro el motivo, pero no sabía qué reacción sería la más adecuada por su parte. Al incrementarse la tensión de los dedos de su vecina, empezó a sentir que le tiraba del pelo y notaba algo de dolor. La tensión de Natalia se fue convirtiendo en histeria y expulsó un ahogado grito mientras iniciaba un nuevo llanto. Se llevó por delante un trozo de mechón de pelo de Pablo, quien a pesar del dolor, no se atrevió a quejarse.

En ese momento entro Cali, el perro de Pablo, meneando el rabo como casi siempre. Saltó y cogió el teléfono con la boca ofreciéndoselo a Natalia.

– ¡Estúpido perro! – dijo indignada, inclinando su cuerpo hacia atrás y levantando las manos como si temiese que el perro la ensuciase. – ¿Cuándo vas a educarlo?– su tono volvía a ser agresivo y de nuevo parecía haber perdido todo el miedo a la situación.

– ¡Llévatelo antes de que me lastime! ¡Y que me devuelva mi teléfono!

Pablo estaba cada vez más confuso ante tantos repentinos cambios de humor.

– Le gustan los teléfonos – intentó explicar mientras le devolvía el teléfono– le gusta sobre todo cuando suenan, y casi cada vez que ve uno nuevo lo coge, pero nunca lastimaría a nadie.

Cogió a Cali por el collar, y se lo llevó camino de su casa. Al salir a la calle, vio a su vecina Reme, que vivía frente a su casa y la de Natalia. Estaba asomada al balcón, y sentada en una silla.

– Hola Pablito. – le dijo amablemente.

Reme era una mujer mayor, ostentaba más de 70 años, y vivía con su hija y su yerno. Apreciaba mucho a Pablo, quien a menudo la ayudaba cuando necesitaba alguna reparación doméstica, o cuando tenía que hacer algún recado, y ella estaba sola en casa. Reme estaba bien de salud pese a su edad, salvo en la memoria, que a veces le jugaba alguna mala pasada, olvidando lo que había sucedido o dicho minutos atrás.

– ¿Qué le pasa a la “avinagra”? – Le preguntó – desde aquí se oía como gritaba.

Pablo quiso restarle importancia y no preocupar a Reme.

– Un pequeño incidente doméstico, creo. – se limitó a decirle.

– Le debe doler la espalda, tanto cargar pesos. Es una chica muy rara, así no se casará nunca.

Pablo le saludó levantando la mano, y sonriéndole mientras entraba en su casa. Apreciaba mucho a Reme, y lamentaba mucho su problema de memoria. Reme sabía que Natalia estaba casada, pero se le olvidaba frecuentemente. Natalia tampoco era una mujer que tuviese que cargar pesos en su trabajo, dado que era abogada. Reme estaba casi siempre asomada a su balcón, incluso a veces de noche, cuando se desvelaba y salía a tomar el fresco. Generalmente, la puerta del jardín estaba cerrada con llave cuando su hija y su yerno no estaban, para evitar que en uno de esos momentos en que perdía la noción de dónde se encontraba, se fuese de la casa desorientada, como ya había sucedido tiempo atrás.

Pablo entró en la cocina y sacó una pizza del congelador para introducirla en el horno. Puso en marcha una radio que tenía en la cocina, y sintonizó un canal de música. Pablo vivía solo, con su perro Cali. Había trabajado durante años en un laboratorio, pero hacía poco más de una semana que le habían despedido. Oficialmente estaba de vacaciones. Su jefe le había llamado una mañana,

y ante su asombro le había entregado una carta comunicándole su despido, que empezaría al cabo de 12 días, una vez terminase sus vacaciones pendientes del año en curso. De hecho hacía varios años que no salía de viaje en sus vacaciones, los mismos que hacía que tenía a su perro Cali. Tras recibir la carta de despido, no sirvieron de nada las quejas de Pablo. Su jefe le escuchaba bajando la mirada, como avergonzado, pero no cambió de idea. Tres días después, en el acto de mediación, su jefe le hizo entrega de un cheque con la indemnización del despido, dejando claro que no había motivos justificados. Su amigo y ex compañero de trabajo, Sandro, le decía muchas veces que era muy común para muchos empresarios acogerse a la injusta legislación española, donde el despido, pagando una cantidad económica, es libre y no necesita tener un motivo.

Mientras esperaba que su pizza estuviese lista, reflexionó sobre todo lo que acababa de suceder. No tenía mucho trato con su vecina, quizá esa mañana fue cuando más conversación había mantenido con ella, y seguía sin comprender ese carácter tan difícil.

Poco a poco se fue preocupando. ¿Y si realmente había sucedido algo grave? No veía indicios considerables de que algo grave hubiese ocurrido. ¿Había algo más a tener en cuenta, y que su vecina no le hubiese explicado? A menudo pensaba que le gustaría volver atrás en el tiempo y cambiar algunas cosas. Sus amistades le veían como alguien seguro de sí mismo, pero él tenía claro que no lo era. Consideraba que todo error cometido tiene consecuencias, y que muchas veces es mejor no hacer algo, que hacerlo mal y sufrir sus consecuencias. Siempre reflexionaba sobre casi todo lo que hacía y sobre lo que consideraba que debería de haber hecho. Pero no veía motivo de preocupación con lo que había visto en casa de su vecina. Sonó el timbre de la puerta, y Cali se puso a ladrar. Salió al jardín y vio, tras la puerta de rejas, a un policía.

– ¿Pablo Canteras?

– Sí, soy yo. – contestó. Salió, y acompañó al policía hasta la casa de su vecina. Cuando entró, se quedó de nuevo perplejo. Natalia había vuelto a su estado de nerviosismo, sentada en una silla, ocultándose la cara con las manos, asustada y llorando desconsoladamente, junto a otro policía.

El policía se dirigió a Pablo. – ¿Nos puede explicar qué ha sucedido? Usted nos llamó.

– Bueno,... – empezó a explicar, observando el extraño comportamiento de su vecina – mi vecina gritó, y vine a ver qué pasaba. Estaba nerviosa y me pidió que llamase a la policía. Parece haber sangre en la salita, y cree que le ha sucedido algo a su marido.

– ¿Falta algo de valor en la casa? – preguntó el policía a Natalia.

Ella negó con la cabeza.

– No falta nada – dijo entre sollozos – quizá alguien se ha llevado a mi marido.

– ¿Ha tenido tiempo de comprobar que no falta nada en tan poco tiempo? – preguntó el policía.

– Sé dónde están las pocas cosas de valor que hay en la casa, y lo he comprobado. – contestó ella pausadamente. – Hace días que le notaba nervioso, pero no me decía qué le pasaba.

Entonces levantó la vista y la enfocó en los ojos de Pablo, ante la atenta mirada de los policías

– ¿Tú no sabrás nada sobre esto? – le preguntó muy seria.

Pablo se quedó helado. ¿Por qué le hacía esa pregunta? ¿Qué iba a saber él? Observó cómo le miraban los policías, esperando que diese alguna respuesta. Supuso a que se debía de referir a si había visto u oído algo fuera de lo normal, al ser su vecino y vivir justo al lado de ellos.

– No...no...claro que no se nada... ¿Qué voy a saber yo? Si hubiese visto algo extraño lo diría... – respondió casi balbuceando un inseguro Pablo.

– De todos modos procure no tocar nada, – dijo uno de los policías a Natalia, quien cesó de mirar fijamente a su vecino – de momento no podemos hacer mucho más con los indicios actuales. Si no ha aparecido mañana, cuando haya pasado las 24 horas y podamos darle como desaparecido, analizaremos el lugar. Y si encuentra algún otro indicio, llámenos.

Cali irrumpió de nuevo en la casa y se plantó delante de los policías meneando su inquieto rabo. Esta vez Natalia no mostró reacción alguna, parecía muy afectada. Pablo pensó que los cambios de actitud de su vecina, se debían a su estado de nerviosismo tras la impresión de que a su marido le pudiese haber sucedido algo horrible. Germán, el marido de Natalia, era bastante menos desagradable de carácter que ella, aunque Pablo tampoco tenía mucha relación con él. De hecho, solo hacía 6 meses que se habían mudado a ese barrio, y habían tenido pocas ocasiones de coincidir. Sabía que era periodista, pero poco más. Pero seguía sin entender el circo que se estaba montando por nada, solo había unas gotas de sangre que podían haberlas provocado cualquier cosa, a no ser que Natalia supiese más cosas que no quisiera explicar.

– Bien señor Canteras, ya le avisaremos si necesitamos alguna otra cosa. – le dijo el policía.

Pablo salió de la casa junto a su perro. Estaba muy confuso, y vio de nuevo a Reme en su balcón.

– ¿Aun le duele la espalda a la “avinagrá”? – le preguntó. – si es que la juventud no se cuida.

Pablo la saludó con la mano

– Está mejor – le dijo.

Le alegró comprobar que al menos el mote de “avinagrá” no se le olvidaba nunca, pese a sus problemas de memoria. Se dispuso a entrar en su casa y terminar de preparar su pizza, cuando vio que llegaba su amigo y ex compañero de trabajo Sandro, con una bolsa llena de frías latas de cerveza.

Sandro era un fiel y torpe amigo, alto y atlético, en eso se parecían bastante, pero con el pelo oscuro y ondulado. Había intentado ayudarlo en el momento en que le despidieron de su empresa. Sandro se había indignado cuando eso sucedió. No había ningún motivo justificado para despedir a Pablo, y Sandro siempre despotricaba de la legislación de su país.

Se saludaron sonrientes y con un apretón de manos, mientras Cali se colocaba entre Sandro y la puerta del jardín. Sandro se giró para entrar, y se pegó de bruces al tropezar con Cali. El perro se le quedó mirando con su movimiento extenuante de lengua, y meneando el rabo a gran velocidad, poniendo cara de que nada hubiese sucedido.

– Coño, Sandro... ¿Otra vez? Es que no escarmientas.

– Para mí que lo hace ex profeso – dijo Sandro mientras se levantaba limpiándose el pantalón con una mano. – Si hasta parece que se está riendo de mí...

– Vamos, no te metas con Cali– dijo Pablo entre risas– con lo que Cali te quiere...

Ambos entraron en casa de Pablo.

Capítulo 3

Viernes 5 de julio de 2013. 15:00 p.m.

A unos 100 kilómetros de allí, en Valencia, Mariano apagó su cigarro, presionándolo con fuerza contra el cenicero de su céntrica oficina. Estaba sentado frente a una enorme y lujosa mesa de madera. Su despacho estaba lleno de humo, y Carlos, hijo de su hermana, permanecía de pie a un lado de la mesa, mirándole inquieto a través de sus oscuras gafas. Mariano era un acaudalado constructor Valenciano, que poseía innumerables edificios en esa comunidad, sobre todo edificios de apartamentos en la costa.

– Imagino que eres consciente de lo que nos estamos jugando– dijo Mariano sin levantar la vista del cenicero. Subió el tono y miró a Carlos. – Os tengo como profesionales. No podéis fallarme. Si eso sale a la luz estamos jodidos.

– Tenemos muchas posibilidades de evitarlo– dijo Carlos casi tartamudeando. Sacó un paquete de Marlboro del bolsillo y se dispuso a encenderse un cigarrillo.

– ¡Quien te ha dado permiso para fumar aquí! – gritó Mariano, provocándole tal susto que se le cayó el paquete de cigarrillos al suelo.

Carlos estaba asustado, la sala estaba ya llena de humo, y sabía que Mariano estaba utilizando cualquier pretexto para descargar su mal humor. Recogió el paquete de cigarrillos, se lo guardó en el bolsillo, y permaneció de pie con las manos en la espalda. No se atrevía a seguir mirando el rostro de Mariano, que además de su tío, también era su jefe. Mariano era corpulento, tenía cerca de 60 años, pero tenía la energía de un hombre de 40. Carlos, por el contrario, era delgado y alto, con una ligera cicatriz en una mejilla. Hacía años que trabajaba para su tío, quien le había utilizado como matón para conseguir favores. Muchos de los edificios que había construido habían sido gracias a eso, o bien gracias a sobornos.

Normalmente los sobornos eran más efectivos, y no se topaba con demasiados problemas, lo que propició que se recalificaran numerosas urbanizaciones donde Mariano construyó apartamentos que le dejaron sendos beneficios. Siempre tendría que pagar esos favores con parte de sus ganancias, pero así era su negocio. Aunque la llegada de la crisis económica había frenado su avalancha de ingresos, era la gente más humilde quien estaba pagando las peores consecuencias. La relación entre Carlos y Mariano no era mala, era su sobrino y le apreciaba, pero cuando Mariano estaba furioso, el miedo hacía mella en su sobrino. Le había visto realizar atrocidades por muchísimo menos.

Junto a la puerta se encontraba Matías, otro sobrino del magnate de la construcción, y primo de Carlos. Matías permanecía quieto, con las manos a la espalda y la mirada al frente, como un militar. Era algo más corpulento que su primo, y no parecía alterarse por la situación.

– Por lo menos sabréis a quien se lo envió – Preguntó Mariano.

– Conocemos la dirección de correo electrónico a la que se envió – respondió Carlos, intentando aparentar estar menos nervioso de lo que estaba. – Pudimos coger el teléfono antes de que se bloquee, y así acceder a su cuenta de correo para comprobar los mensajes enviados. Hemos tomado nota de la dirección de correo del destinatario y estamos, en estos momentos, intentando averiguar a quien pertenece.

– ¿Hay alguna otra posibilidad de sacar más información de Sergio? – preguntaba un impaciente Mariano.

– Hemos cogido hace unas horas el ordenador portátil de su domicilio, y estamos investigando su disco duro. Vamos a analizarlo desde otro sistema operativo para encontrar información borrada. Eso me ha dicho el “cerebrito”.

El cerebrito era George, el hijo de Mariano. Había estudiado en Estados Unidos, pero vivía en Valencia. Conocía algunas técnicas hacker, pero no estaba precisamente entre los mejores. Aun así, les había ayudado mucho en otras ocasiones, obteniendo información confidencial de bases de datos gubernamentales.

– ¿Podéis recuperar datos borrados del disco, y no podéis recuperar los correos borrados de Sergio?

– Bueno... – el nerviosismo se acrecentaba en el rostro del matón. Tenía que explicarlo del modo más sencillo posible. – Yo no soy el experto, pero por lo que nos ha dicho George, los correos se borran de un servidor, a cuyos discos duros no tenemos acceso, pero en los discos duros a los que tengamos acceso, como el de su portátil, sí que hay posibilidades de recuperar archivos borrados. Por eso George está sacando el disco duro del interior del portátil para rastrearlo con un programa especial.

– Sabemos que tenía información del mapa, y seguramente estará ahí. Si podéis recuperar los archivos borrados, el mapa será nuestro. Y tenemos poco tiempo. ¡Mecagüennn!

Carlos salió de la sala hecho un flan perseguido por la furiosa mirada de su tío. Matías se fue con él. Bajaron al parking del edificio y cogieron un coche. Carlos, que solo se intimidaba delante de su jefe, volvía a ser el brabucón de siempre.

– No veas qué carácter tiene el viejo.

– Razones tiene para estar cabreado – dijo Matías mientras introducía la tarjeta para que se elevase la barrera de la salida del aparcamiento – Si el video se difunde tendremos problemas. Tenemos suerte de que no tuviese tiempo de enviarlo a más gente. La única posibilidad es que quien lo haya recibido, todavía no lo haya difundido.

– Bueno, todo parece indicar que nadie lo ha recibido aún, si supieran que te cargaste al “lobo de mar” tendríamos a la policía detrás nuestro, – contestó despreocupadamente su compañero. – De todos modos, yo creo que esta historia del mapa es pura leyenda. Pero el jefe paga, y si quiere que perdamos el tiempo en ello, es su dinero.

– Conocí al viejo Charles hace tiempo, – contestó Matías con mirada pensativa. – cuando se puso en contacto con Mariano para que le construyese una casa prácticamente a medida. El viejo estaba forrado y supo que Mariano tenía fama de buen constructor. En cuanto al mapa... yo no creo que sea una leyenda, yo creo que existe.

– ¿Un mapa de un tesoro pirata en pleno siglo XXI? – Se burló Carlos mientras abría la guantera y desenvolvió un sándwich que tenía guardado. – Fíjate en Mariano, también se lo cree. Yo creo que los viejos cuando empiezan a chochar se lo creen todo.

– Ten cuidado con eso – dijo su compañero mientras se detenía en un semáforo – a ver si me vas a ensuciar la tapicería. No sé cómo puedes estar comiendo todo el día y estar tan delgado.

– Porque follo mucho – se burló – De veras, es bueno follar, tendrías que probarlo...

– Muy gracioso...

– Según Mariano, Charles posee la información de un mapa, y yo, la única vez que he visto a Charles, fue el día en que todo se complicó – añadió Carlos.

Matías miraba con hostilidad a 3 jóvenes se acercaban a la ventanilla para pedir algo de dinero

– ¡Largo de aquí! – Les dijo – ¡Diablo de gente! – Bajó de nuevo el tono – El viejo Charles era un ricachón inglés. Yo no sabía de donde sacaba el dinero. Estaba más tiempo en su casa de Valencia que en Inglaterra. A veces le visita su hijo, que también se llama Charles, y vive cerca de Tarragona. El viejo tenía una tienda de antigüedades en Londres, solo como hobby, y casi nunca visita su negocio. Tenía obsesión por objetos antiguos. Hablaba mucho de los piratas, sobre todo de los de finales del siglo XVII y principios del XVIII. Pero sobre todo hablaba de uno de ellos, y luego supimos por qué.

Carlos le miraba con ojos incrédulos, pero sus cejas se levantaban discretamente como interesándose por lo que le estaba explicando su compañero.

– Conocían casi todas las historias de piratas, – prosiguió Matías. – Les escuché una vez hablando de Barbanegra, y le describían como un buen actor, a quien le interesaba el dinero, y no la violencia, pero tenía que hacerse el duro y labrarse una reputación para ser respetado. Se preocupaba mucho en escenificar una apariencia terrorífica. Iba siempre armado hasta los dientes, llevaba encima hasta 6 pistolas, y dicen que tuvo 14 mujeres.

– Pues ya te podía haber dejado una mujer para ti – rió Carlos a la vez que escuchó sonar el teléfono. Lo descolgó y al cabo de medio minuto colgó – Era el “cerebrito”. Dice que ha sacado algo interesante del disco duro.

– Dada la afición de Mariano por leyendas de tesoros los dos hicieron buenas migas, – prosiguió Matías, haciendo una ligera pausa. – Una de esas noches se sinceró con Mariano, y fue cuando le confesó que era descendiente de nada más ni nada menos que de Henry Avery. Y ese fue el peor de sus errores.

Abandonaron la Avenida del Mestre Rodrigo y se dirigieron al norte por la Avenida del Campanar, hasta llegar donde se ubicaba el piso de George. Aparcaron y subieron, el “cerebrito” les estaba esperando.

El “cerebrito” también era primo de los dos matones. Se llamaba George, tenía menos de 30 años, y era un estadounidense muy introvertido. Se ponía muy nervioso en presencia de otras personas, pero cuando estaba solo, era capaz de cosas increíbles. Usaba vistosas gafas y tenía una media melena totalmente desordenada, y cuando estaba de pie solía estar algo curvado, como si tuviese joroba. Sus primos pensaban que aún era virgen, ya que nunca le veían con chicas. Su padre había estado casado con su madre, Ethel, estadounidense también, pero llevaban ya algunos años divorciados.

Su madre vivía en Nueva York, pero George había preferido quedarse en Valencia con su padre, a pesar de haberse criado en América. La relación ente sus padres era buena, se habían divorciado, pero más por comodidad, que por tener diferencias entre ellos. Él quería dirigir su empresa en España, y ella prefería dedicarse a las finanzas y la bolsa en Nueva York. Eso hizo que, por la distancia que había entre ellos, prefiriesen vivir sus vidas libremente, sin ataduras, aunque no habían perdido el contacto.

Cuando entraron eran las tres y media de la tarde, George estaba de pie, manipulando el teléfono que habían robado a Sergio. El piso era propiedad de George, y poco tenía de piso habitable. Era más bien un desordenado cuarto de estudiante, repartido entre varias habitaciones. En cualquier habitación se encontraban todo tipo de aparatos informáticos, como ordenadores de

sobremesa, portátiles, servidores, routers, switches, Sais, impresoras, escáneres, y todo el cableado estaba a la vista, lo que incrementaba la sensación de desorden.

– ¿Qué has conseguido “cerebrito”? – Preguntó Carlos. – Espero que sean buenas noticias.

Introdujo una mano en el bolsillo de su pantalón, y con la otra señaló lo que tenía George en sus manos.

– ¿Es ese el teléfono del “amigo”?

– Sí, este es – contestó George sin dejar de mirar y manipular el teléfono. – De momento he logrado que permanezca activo. Le he anulado el tiempo de bloqueo, y ahora lo importante es que no se apague, porque seguramente tiene activado el pin de la tarjeta y lo desconozco. Lo tengo enchufado al cargador para evitar que se agote la batería.

– ¿Y no podrías tu averiguar el pin de la tarjeta, con lo listo que eres? – se mofó Carlos.

– Oye, yo sé hacer cosas, pero no soy un profesional de esto. – Contestó George ofendido, pero sin dejar de mirar y manosear el teléfono. – Con la pasta que tiene mi padre que contrate a un experto si quiere.

– Sabes que no puede – repuso Carlos. – Este asunto no tiene mucho de transparente, y solo podemos actuar su gente de confianza. ¿Tenemos algo nuevo o no?

– Sí, lo tenemos. – Contestó George con orgullo, y esta vez sí levantó la cabeza para mirar a los recién llegados. – Ahora os lo mostraré, pero antes, he visto que en este teléfono hay un histórico de llamadas, y sería interesante saber a quién ha llamado y quien le llamó a él. Precisamente ahora iba a ir probando todos los números del histórico que tengo anotados en este papel. Uno de esos números tiene repetidas llamadas, la de hace más tiempo es de hace menos de dos semanas.

– ¿Qué es lo que has encontrado en el disco duro? – Matías se estaba impacientando.

– Realmente, cuando borramos un archivo de un disco, esa información no desaparece, – explico George – lo que sucede es que el sistema marca esa superficie del disco como disponible.

– ¿Y qué has podido recuperar? – Insistió Matías, cada vez más nervioso a causa de la pasividad en las respuestas de aquel encorvado hombrecillo.

– He logrado rescatar algunos archivos de imágenes de una isla, y ahora estoy intentando averiguar qué isla es. Pero podría ser el mapa que buscamos. Había más ficheros, pero en algunos ya se había reescrito encima y no se pueden recuperar.

Carlos le interrumpió agresivamente, señalándole con el dedo índice.

– ¿No me dijiste que ibas a pasar un programa para recuperar los archivos borrados, que aún eran accesibles?

George continuaba destinando sus ojos y manos al teléfono mientras contestaba con descarada despreocupación.

– Se puede recuperar lo borrado. Aunque el sistema lo marque como espacio libre, esa información sigue estando... hasta que alguien decide volver a poner información, y el sistema la coloca en la misma parte de la superficie del disco, mandando al carajo lo que allí había. Por lo tanto no todo lo borrado lo puedo recuperar. El programa que he instalado está todavía revisando el disco, el proceso es lento. – Seguía manipulando el teléfono y Matías notaba que la temperatura de su sangre aumentaba por momentos.

– Dámelo que yo llamaré – dijo Matías arrancando el teléfono de las manos de George.

– ¡Espera! – interrumpió George. – No uses ese teléfono, es el de Sergio y pueden intentar localizarlo si llamas con él. Usa éste.

Matías, con el rostro enfurecido, agarró el móvil que le entregaba George. Ese hombre le ponía de los nervios, siempre ausente y concentrado en sus cosas. Cogió la lista de números que había hecho George, y empezó a marcar.

Capítulo 4.

Viernes 5 de julio de 2013. 16:00 p.m.

– Todavía no lo entiendo. – Sandro estaba indignado. – Tu trabajo lo hacías bien, y el jefe no tenía quejas de ti.

Sandro era 2 años mayor que Pablo, acababa de cumplir los 37, pero parecía mucho más idealista. No se había casado, aunque había tenido una larga relación que finalizó pocos años atrás, y ahora tonteaba a menudo con cualquier chica que le gustase. Y le gustaban muchas chicas. Los dos amigos habían devorado la pizza, y se habían bebido un par de latas de cerveza cada uno. Estaban frente a frente en la mesa del comedor, charlando sobre cualquier tema que saliese. Desde hacía un rato, el perro de Pablo estaba sentado sobre sus posaderas con la cabeza erguida, y mirándoles con cara de interés cada vez que hablaban, como siguiendo la conversación.

– No pasa nada. – dijo Pablo. – ¿te acuerdas de Jorge “el cabezón”? Me ha llamado porque conoce a un amigo que dice que necesita alguien como yo, pero seguramente hasta dentro de varias semanas no me contratará. De todos modos me dijo que me llamaría esta tarde para quedar mañana y vernos los tres, así que no estaré mucho tiempo sin trabajo – Se apoyó con el codo izquierdo en la mesa, con la cabeza apoyada en la mano, y meneó con la punta de los dedos de la otra mano una lata de cerveza vacía. – Anda, tráete otras dos cervezas de la nevera.

Sandro se levantó pero la verticalidad le duró poco. Al momento estaba en el suelo. Antes de moverse Cali se había pegado a sus piernas, y, como ya era una costumbre, Sandro tropezó con el perro y cayó de bruces.

– ¡Joder con el perro! ¡Te digo yo que lo hace a posta!

Cali se acercó al derrumbado Sandro, y antes de que éste intentase levantarse le empezó a lamer la cara y a menear contento el rabo.

– ¿Lo ves? Te pide perdón, Si en el fondo está loco por ti. – dijo Pablo desternillándose de risa. – Si es que eres un patoso. Tropezarías aunque fuese un elefante.

Sandro se acercó a la cocina y regresó al momento con las 2 latas de cerveza. Hasta que no llegó a su silla no cesó de echarle una desconfiada mirada al perro. Cali hizo lo propio y lo siguió con la mirada, emitiendo un leve sonido.

– El jodido se está riendo, ¿lo oyes? ¡Eso es risa perruna!

Cali cogió una pelota con la boca, y se la ofreció a Sandro.

– Jodido perro – dijo Sandro, que en realidad adoraba a Cali. – Ahora no, luego jugamos.

– La culpa la tienes tú. – Intervino Pablo. – Has ido a jugar tantas veces con él, y has hecho tantas locuras, que ahora te busca. Ya sabes que es un perro muy activo.

– Bueno, pues cambiando de tema, – prosiguió Sandro– que sepas que dos días después de despedirte, el jefe se volvió muy raro. Te digo yo que aquí se cuece algo. Hay quien habla de un mal de amores.

Sonó el teléfono, y Cali empezó a ladrar. Cada vez que sonaba un teléfono, Cali ladraba, pero de un modo especial. Pablo siempre decía que era como si estuviese cantando, le gustaba oír los diferentes tonos de un teléfono, y parecía querer imitarlo.

Pablo miró el número de teléfono que marcaba la pantalla de su teléfono fijo, y colgó directamente.

– Otra vez publicidad. Me tienen hasta los huevos. – dijo Pablo. – Si no fuese por el ADSL quitaba la línea de teléfono fijo.

– Bueno. – Prosiguió Sandro, a quien le gustaba explicar todo tipo de cotilleos. Tenía mucha imaginación, y en su cabeza se creaban auténticas tramas con cualquier tema de actualidad.
– Te digo que hay algo raro. En pocos días, el jefe se vuelve arisco contra ti, y acaba despidiéndote. Como no tiene motivos, te paga la indemnización para que no reclames, cuando todos sabemos lo tacaño que es. Además, hasta entonces estaba de un extraño buen humor. Y ahora, parece amargado.

– Como mi vecina – rió Pablo, acordándose del mote que le había puesto Reme. – De hecho Reme le llama “la avinagrá”. Y esa mujer es muy lista. – Levantó el dedo índice y añadió.
– Pierde la memoria muy a menudo, pero cuando la tiene funcionando se da cuenta de más cosas que nadie.

– Por cierto, que esa vecina que dices la vi el otro día y está para mojar pan – dijo Sandro guiñando un ojo a su amigo. – Hace casi un año que rompiste con tu “ex”, no tienes por qué avergonzarte si te atrae alguien.

– Pues te la regalo. Es rarísima. Además, está casada.

Cali empezó a ladrar.

– ¿Qué pasa ahora Cali? – le preguntó Pablo mirando extrañado a su perro

Cali estaba ladrando de un modo especial que ambos conocía bien. Lo hacía cuando sonaba un teléfono, y al sonido que emitía parecía más una canción que un ladrido. Cali siguió ladrando melódicamente y miraba la puerta para salir al jardín.

– Igual suena el teléfono de una vecina, – dijo Sandro. – Un perro tiene mejor el oído que tú, sobre todo después de haberte bebido 3 cervezas.

– Espera...– interrumpió Pablo. – yo oigo algo...flojito, pero lo oigo...y parece que viene del jardín.

Sonaba la legendaria canción de Bon Jovi “It’s my life”, y Pablo recordó inmediatamente el juguete que había traído su perro horas antes.

Salieron al jardín, y efectivamente, el Smartphone que había traído su perro estaba sonando. Se lo quedaron mirando mientras Cali daba vueltas alrededor de ellos.

– ¿No vas a contestar?– Preguntó Sandro con los brazos en jarras, sin dejar de mirar el teléfono.

– No es mío, lo trajo Cali, vete a saber dónde lo encontraría.

– ¿No eres tú el que siempre dice que hay que ayudar a los demás? – regañó Sandro. – Pues así sabrás de quien es y se lo podrás devolver.

Pablo se lo pensó, mientras Cali seguía “cantando”. Decidió contestar, pero ya era tarde. El teléfono había dejado de sonar. Lo cogió y vio que quedaba muy poca batería.

– Qué lento eres Pablo. Tendrás que llamar tú para ver quién era y así intentar saber a quién llamaban, para poder devolverle el teléfono.

Entraron en la casa. Se sentaron en el sofá de la salita y miró el teléfono. Lo puso en marcha con la intención de intentar llamar al último número entrante, pero la pantalla tenía el bloqueo activado y solicitaba un PIN que desconocía. Si no desbloqueaban la pantalla, solo podrían recibir

llamadas en el mejor de los casos, pero no podían acceder al aparato. Se quedaron mirando y Sandro se burló de él.

– Y luego dices que yo soy el lento. Ahora no podrás saber a quién pertenece este trasto.

A unos cien de kilómetros de allí, Matías seguía marcando números de teléfono.

– ¡Nada! – Dijo indignado. – O no contestan o sale el mensaje de error de la operadora.

Inició de nuevo otro intento filtrando los números que le habían dado tono, con la esperanza de que alguien contestase. Su corazón se aceleró cuando, en una de las llamadas, alguien habló.

– Hola, – dijo una desconocida voz de hombre al otro lado de la línea. – Tengo un teléfono al que están llamado, pero no es mío, lo he encontrado. Le agradecería que me dijese quien es el dueño para devolvérselo.

La cabeza de Matías emitía mil maldiciones. ¡Alguien le estaba preguntando justamente lo que él intentaba averiguar!

– ¿Cuándo lo has encontrado?

– Hace unas pocas horas

Matías intentó pensar rápido.

– Verás. – empezó a decir, tras creer haberse inventado una buena excusa para sacar más información. – Tengo tres clientes importantes a quienes tengo que enviar unos productos urgentes, y los 3 son de diferentes lugares de España y estaba intentando localizarles. Pero al haber cambiado de terminal móvil, no tengo la agenda y solo tengo los números de las últimas llamadas que me hicieron. Si me dices dónde lo has encontrado, sabré quien es el cliente de este número.

Matías intentaba ser tan convincente que no se daba cuenta que, aunque estaba hablando por teléfono, no dejaba de gesticular exageradamente, como hacemos cuando intentamos convencer a alguien a través del lenguaje corporal.

– Bueno, en realidad lo encontré mi perro, seguramente cerca de casa, si quiere le daré mi dirección y así sabrá cuál de sus clientes se trata. Podrá ponerse en contacto con él a través de cualquier otro medio, y decirle que tengo su teléfono para que pase a recogerlo.

– Perfecto – se apresuró a decir Matías, que no podía creer su suerte. – Eres muy amable. Dime, dime, tomo nota de tu dirección.

Pablo le dio los datos.

– ¿Cuál es su nombre y cuándo van a venir a por el teléfono? Es para estar en casa cuando vengan.

Al no recibir respuesta, Pablo miró el teléfono. Se había agotado la batería.

– Hay que ponerlo en carga. – dijo Pablo

– Pero no tienes el cargador.

– Estos conectores son estándar, en un micro USB, la mayoría de Smartphone usan el mismo tipo de conector. El mío, por ejemplo.

Lo puso en carga y lo encendió de nuevo, pero el teléfono le pedía una vez más el PIN de desbloqueo. Sandro cogió el teléfono para curiosarlo.

– Ya da igual. – dijo. – tampoco vas a poder acceder al teléfono. Déjame ver qué modelo es.

Se quedó mirando el teléfono cuando sonó el timbre de la puerta. Pensó que quizá era Jorge, el amigo que le estaba buscando un trabajo y que habría decidido visitarle en lugar de llamarle. Desconectó el teléfono del cargador, y se lo guardó inconscientemente en el bolsillo, para recoger las latas vacías de cerveza y evitar una mala primera impresión.

Capítulo 5.

Viernes 5 de julio de 2013. 17:00 p.m.

Un Mercedes Berlina clase S salía por la autovía A7 en dirección Castellón. Matías conducía el coche, Mariano estaba sentado en el asiento del copiloto, y Carlos les escuchaba desde el asiento trasero del coche, leyendo el diario valenciano “Las Provincias”. A los lados de la autovía se sumaban innumerables campos de naranjos, con árboles perfectamente alineados como si se tratase de un ejército de soldados bien disciplinados.

– Si esto sale bien os podréis retirar de por vida. – dijo Mariano. – Igual que la tripulación del “Fancy”. Pero tenéis que ganároslo.

Mariano parecía contento, tras las últimas y esperanzadoras noticias, pero con una disimulada sensación de angustia. No sabían si el teléfono que iban a intentar recuperar era el que contenía el video emitido desde el correo electrónico de Sergio. Si todavía no había saltado la noticia, parecía significar que el destinatario del video aún no lo había abierto. Tampoco sabía si quien fuese el destinatario del video, había accedido a su correo electrónico mediante un ordenador. Pero de ser así, la policía estaría ya tras ellos, al menos tras sus sobrinos. Carlos escuchaba los comentarios de su tío mientras leía la prensa, pero no tenía muy claro a qué se refería. Matías conocía la historia que les había conducido a esa extravagante aventura, pero él solo había sido informado de pocos detalles.

Mariano lo sabía y decidió que ya era el momento de explicar un poco más acerca del hombre que, siglos atrás, sembró la aventura que estaban emprendiendo en esos momentos.

– Henry Avery nació en 1653, en Inglaterra, y era hijo de un posadero. – comenzó a decir, casi como si estuviese explicando un cuento a un niño, dándole emoción a sus palabras. – También se le conoció como “el Archi-pirata” o “Ben el largo”, (Long Ben). Su principal fama reside en que es uno de los piratas más sanguinarios y exitosos, pero sobre todo, porque nunca fue capturado. Tras su gran asalto final, donde logró capturar un enorme tesoro, desapareció. Su muerte es algo incierta. Hay quien dice que se retiró y vivió a todo trapo hasta el fin de sus días, otros dicen que regresó a Inglaterra, vía Irlanda, y murió míseramente tras haberse malgastado su tesoro. Pero yo no me creo esta última versión. Al menos, no ahora.

Cuando Mariano explicaba alguna de sus historias de piratas, se le veía satisfecho, con la mirada perdida al frente y una leve sonrisa, como imaginándose en medio de la trama que estaba narrando.

– De joven fue marinero en la marina real como guardiamarina, a pesar que su padre quería que fuese letrado, pero su trayectoria fue mejorando. Cuando tendría alrededor de 40 años, fue el segundo de a bordo en una misión corsaria, defendiendo los intereses de España. – Miró por el espejo retrovisor a Carlos, y se percató de cierta incredulidad en su cara. – Si, he dicho bien, era inglés, pero Inglaterra y España eran aliados por un interés común, dado que ambos eran enemigos de Francia. Navegaba en el barco “Carlos II”, a las órdenes del corsario Gibson.

– ¿Y pasó de corsario a pirata?– Preguntó Carlos.

– De hecho no hay tanta diferencia entre uno y otro – contestó Mariano soltando una breve carcajada, y sin dejar de mirar al frente. – Los corsarios eran como mercenarios, trabajaban para quien les pagaba, y asaltaban y saqueaban como los piratas, solo que con el aval de su gobierno. Los gobiernos les hacían entrega de una carta, también llamada patente de corso, y eso les convertía a su vez en parte de la marina del país que expedía la carta. Su única limitación para el saqueo, era que sólo podían atacar naves rivales a su país, o piratas, y se les permitía quedarse

con parte del botín, aunque a veces se saltaban a la torera esa limitación, incluso con el permiso de sus gobiernos. España había contratado el barco Carlos II para ayudarles, uniéndose a la flota que protegía los galeones americanos. Atracaron en el puerto de La Coruña, pero ahí se complicaron las cosas.

– ¡Joder!– Gritó Carlos

Un sobresaltado Mariano giró la cabeza, tras el grito de su sobrino, que tenía los ojos desencajados y clavados en el periódico que estaba leyendo. Carlos le entregó el periódico.

– ¡Mire esto!

Cuando Mariano vio la noticia se quedó helado. Salía la foto del hospital de La Fe de Valencia, (también conocido como *hospital universitari i politecnic la fe*), y el titular decía “Periodista herido con arma de fuego sigue en coma”. A Mariano se le quitaron las ganas de seguir narrando sus historias, y, tras maldecir su suerte, se dirigió a sus sobrinos.

– Me dijisteis que os habíais librado de él. Me lo dijisteis. ¡No puedo confiaros nada!

Carlos intentó excusarse de la mejor manera.

– El disparo era letal,... o eso creía... – empezó a explicar un nerviosísimo Carlos. – Salieron vecinos al rellano tras oír el disparo, y no podíamos quedarnos allí. Cogimos el teléfono de Sergio y salimos por piernas.

Para colmo de males, el coche se detuvo, ante la desesperación de Mariano. Frente a ellos se apreciaba una interminable cola de vehículos detenidos. Unos kilómetros más adelante un camión de mercancías peligrosas había sufrido un grave accidente.

Capítulo 6.

Pablo se alejaba camino de la puerta principal, mientras Sandro se sentaba de nuevo en el sofá, en espera de saber quién era la persona que llegaba. Al momento vio regresar a su amigo acompañado de su vecina Natalia, que hablaba en voz muy baja y cariñosa, mirando a su amigo con ojos tímidos y agradecidos. A Sandro solo le faltó babear cuando aquella esbelta mujer entró. Llevaba un elegante traje pantalón de Carolina Herrera, y los ojos de Sandro se clavaron en sus senos. Tenía un par de botones desabrochados y sus pechos parecían querer salir de su escondite. A Natalia le cambió el semblante cuando descubrió que Pablo no estaba solo.

– Este es Sandro un buen amigo. – dijo Pablo señalando a su amigo.

– Encantada – contestó, intentando parecer agradable. – He venido a darle las gracias a tu amigo por ayudarme esta mañana. Estaba muy nerviosa y creo que he considerado la situación más grave de lo que es en realidad. – Dirigió la mirada a su vecino. – Seguramente tengas razón y no haya de qué preocuparse, y quería disculparme por mi comportamiento.

Sandro no contestó. Natalia se percató de la mirada de aquel hombre. Le gustaba sentirse deseada, pero en esos momentos no entraba en sus planes sentirse atractiva ante ese inesperado desconocido.

– ¿Te apetece sentarte y tomar alguna cosa? – Le preguntó Pablo

– Sí, gracias.

Se sentó en el sofá un tanto apartada de Sandro, como esperando que entre ambos se colocase su vecino. No se atrevieron a seguir bebiendo cervezas delante de su improvisada invitada, y decidieron beber refrescos sin alcohol.

Ella parecía buscar algo de conversación para olvidar un poco el nerviosismo vivido. Cali se tumbó en el suelo frente a ellos, y poco a poco la conversación se fue animando entre los dos vecinos. Sandro prácticamente solo decía monosílabos, y cada vez que podía clavaba sus ojos en el sugerente escote de Natalia. Cali estaba pendiente de Sandro, cuando éste se levantaba intuía que era para jugar con él, y esperaba el mínimo movimiento para acercarse velozmente. El resultado solía ser una estrepitosa caída del torpe Sandro.

La conversación se seguía animando, y cuando Natalia hablaba, solía posar de vez en cuando una mano sobre el brazo de Pablo.

– Mi primera vocación no era ser abogada. De hecho hace muchos años estudié para ser actriz.

Sandro se levantó para buscar otro refresco, sin apartar la mirada de los pechos de Natalia. “Pues de actriz porno hubieses triunfado”, pensó. Cali se interpuso, y Sandro evitó caerse por bien poco.

Pablo rió con ganas.

– Si es que vas despistado. Nunca miras donde tienes que mirar.

“Esta vez sí miraba donde tenía que mirar” pensó Sandro, “y bien que valía la pena”. No le costaba mucho sentirse atraído por una mujer, aunque solo fuese por su físico. No buscaba relaciones estables, un antiguo desengaño le había convencido que las personas tienen que unirse solo el tiempo que les permite estar a gusto, y lo mejor para eso era no tener compromisos. Aunque, muy a menudo, perdía la cabeza por obsesiones con mujeres que le habían impactado. De vez en cuando se salía con la suya, pero era más por insistencia, que por saber triunfar con

ellas. Algunas mujeres cedían por encontrarle deliciosamente inocente, o porque les hacía reír. En esos momentos tenía una nueva obsesión. Reconocía que seguramente tenía pocas posibilidades, pero le daba igual, pensaba que por intentarlo no perdía nada. Constantemente decía la frase “el mar está lleno de peces”. Y la vecina de su amigo merecía su admiración.

Cuando regresó con su refresco, se los encontró a ambos de pié, despidiéndose. Natalia sonreía agradecida a Pablo mientras se dirigía hacia la puerta. Aprovechando que esa mujer estaba de espaldas a él, no cesaba de mirarle el culo. Vio cómo se guardaba con elegancia un flamante teléfono Samsung S4 con una funda azul en el bolsillo. Era un modelo muy caro, y supuso que a esa mujer le sobraba el dinero. Lucía joyas que no parecían baratijas. Sostenía un vaso con algo de bebida en la mano. Lo sujetaba con elegancia, con la punta de dos dedos, y Pablo se percató de que se iba con el vaso del refresco, pero su timidez le impidió decirle nada. “Ya se dará cuenta y me lo devolverá” pensó. Cerró la puerta una vez salió su vecina, y su amigo se burló de él.

– ¿Regalas un vaso con cada visita? Si es así, a mí me debes un montón.

– Todavía debe ir despistada después del día que ha pasado. Tanto que ni si quiera se ha llevado el suyo, sino el mío.

Ambos rieron.

– Bueno, yo me voy ya, que pronto empezará a oscurecer. No veas lo buena que está tu vecina.

– Ya te dije que te la regalo. Sigo pensando que es muy rara.

Sandro controló que Cali no se interpusiera en su camino, y salió. Se subió a su Peugeot 207 negro que estaba aparcado en la esquina de la calle y se dispuso a preparar la música que le relajaba mientras conducía. Sacó un lápiz USB de la guantera donde almacenaba sus canciones favoritas, y se le cayó de las manos. Se agachó y rebuscó con la mano bajo el asiento del copiloto. Le costó más de lo esperado, pero finalmente lo encontró.

Una vez se reincorporó, vio que Natalia estaba a unos 150 metros delante de él, entrando en un flamante Audi A5 Sportback de color blanco. Se la quedó mirando, ella no se percató de su presencia. Cuando había pasado junto al coche de Sandro, él estaba agachado buscando el lápiz USB. Maravillado por coche de aquella mujer pensó que el flamante teléfono móvil azul que le había visto guardarse hacía un rato, sería para ella una simple baratija. Todavía no se había olvidado de sus curvas y sus pechos, y se le ocurrió seguirla para provocar un encuentro casual y así poder intentar coquetear con ella. “No tengo nada que perder” pensó. “Además, a Pablo no le interesa esta chica”. La táctica de provocar situaciones que pareciesen encuentros casuales la había utilizado en muchas ocasiones, y en algunas le había dado buen resultado. Dejó que ella saliera delante y arrancó su modesto coche para controlarla a distancia, y así, una vez ella se detuviese, aparcar disimuladamente a una distancia prudencial y simular ese encuentro casual.

Capítulo 7

Viernes 5 de julio de 2013. 18:00 p.m.

Mariano había salido de su Mercedes y miraba hacia adelante y hacia atrás. Estaba atrapado. Las filas de coches que había tras ellos eran inmensas, y ocupaban todos los carriles de la autopista. Maldecía su suerte. Sergio no estaba muerto, estaba en coma, y no sabía si saldría de él. Su único consuelo era que de momento no podía molestarles. No sabía si saliendo del coma tendría pruebas contra él. El portátil y el teléfono no estaban en poder de Sergio, y en el video solo podrían ver a sus 2 sobrinos. Pero todavía los necesitaba. Pensó que, si llegaba el momento, ya se preocuparía de ellos. Aunque lo que más temía era que podía mandar al traste toda la operación que estaba planeando desde hacía tiempo, para hacerse mucho más rico de lo que habría podido imaginar. Aunque ya poseía una riqueza importante, el negocio de la construcción se había venido abajo tras la burbuja inmobiliaria. Seguía teniendo mucho más dinero del que necesitaba, dado que, a pesar de la crisis, sus beneficios netos habían sido considerables.

Pensó en el viejo Charles. Recordó cuando conoció al excéntrico inglés, un apasionado del mar, tras contratar a su empresa para construirle una casa con un diseño muy peculiar. También vino a su mente cuando, con el tiempo, tras darse cuenta el viejo Charles que a él también le apasionaban las historias de legendarios piratas, se forjó una relación cada vez más familiar, hasta llegar el día que le confesó que era descendiente de Henry Avery, uno de los piratas que más fascinación creaban en Mariano. Estaba fingiendo una falsa amistad, para a la vez ir creando un plan para apoderarse del tesoro que el viejo Charles decía que existía, y del que además conocía su paradero. Primero dudó que fuese cierto, pero los minuciosos detalles que le relataba el viejo inglés en sus conversaciones privadas, le hicieron convencerse de que, fuese o no descendiente del pirata, conocía muchos detalles que no se documentaban en ninguna parte. Y además explicarían muchas de las incógnitas que había sobre la historia que conocía del “archi- pirata”, lo que hacía parecer cada vez más cierto que su riqueza provenía del tesoro del famoso filibustero. Pero lo mejor fue cuando el viejo Charles le mostró algunas monedas y joyas del siglo XVII, provenientes de los mercaderes musulmanes en la India. Entonces tuvo claro que ese tesoro existía, y que el viejo había cogido ya parte de él. Creyó que tendría tiempo suficiente para trabajarse al viejo Charles, ganándose su confianza poco a poco, y que podría urdir un plan pacientemente, pero las intenciones del hijo de Charles le hicieron precipitarse.

“Menudo zoquete” pensó. “Al viejo le salió un hijo idealista”.

El hijo de su cliente también se llamaba Charles, aunque su padre le llamaba Charles Junior. Tal y como le explicaba su padre, la historia de su origen había ido pasando de padres a hijos. Charles Junior tomó una decisión. Si realmente existía el tesoro, aún era inmenso, dado que su familia no solo había vivido del tesoro, sino de los beneficios de los negocios que había podido costear con una parte de él. Por lo tanto, si realmente existía, se propuso crear una ONG y ayudar a combatir la pobreza. No quería que algo proveniente del vandalismo se utilizase para beneficio propio.

“El imbécil me privó del tiempo necesario para sacarle la información al viejo”. Los pensamientos de Mariano le hacían enfurecerse cada vez más. “Tuve que presionarle y la cosa salió mal. Pero no tenía tiempo para esperar”.

Matías salió también del coche mientras hablaba por teléfono. Se lo ofreció a su tío mientras éste estaba rebuscando en los bolsillos de su chaqueta, intentando localizar un encendedor para encender el cigarrillo que acababa de ponerse entre los labios.

– Es el “cerebrito”. – le dijo. – Quiere hablar con usted.

Mariano le arrancó el teléfono de las manos, estaba furioso desde hacía horas, y su otro sobrino, Carlos, seguía dentro del coche simulando leer el periódico, aunque hacía rato que ya no lo hacía. No se atrevía a salir y recibir de nuevo las consecuencias del mal humor de Mariano. Siempre lo pagaba con él.

Habló con su hijo mientras Matías le daba lumbre con un encendedor.

– ¿Sabes ya qué isla es la de la imagen que has recuperado? Bien, no te preocupes, hijo, sigue intentándolo. Sobre todo sé muy discreto. Intenta averiguarlo por tus propios medios. ¿Qué?... ¡Fantástico, eso es fantástico! – Tras colgar el teléfono, eufórico, se dirigió a sus sobrinos.

– A ver si aprendéis de mi hijo, al menos él sí hace progresos. Dice que ha sacado la tarjeta de memoria del móvil de Sergio, y ha encontrado el nombre del titular del teléfono que vamos a buscar, se llama Germán González Murillo, y vive en la calle del Pino número catorce, en las afueras de Castellón. Justo dos números más que la dirección del chico que lo ha encontrado. También ha comprobado en la información de la tarjeta que el titular del teléfono tiene la dirección de correo electrónico al que se envió el video.

Esta vez sí se le veía contento, tanto que Carlos se atrevió a salir del coche para aprovechar y estirar las piernas.

– Aseguraros de que la dirección está en el GPS del coche. Ahora sí que sabemos que el teléfono que buscamos es el bueno. Esperemos que ese tal Germán no haya comprobado su correo mediante otro medio.

En esos momentos, parecía que los coches de delante empezaban a poner en marcha sus motores.

Capítulo 8

Sandro seguía a distancia a Natalia. Parecía dirigirse al centro de Castellón por la Avenida del Mar, y giró a la derecha por la calle Gobernador. Unas calles más adelante, ella paró el Audi unos 200 metros delante de él, y se bajó. Sandro detuvo también su Peugeot y se dispuso a ir hacia ella. “¿Qué le digo?” pensó. “quizá podría decirle que estoy mirando algún restaurante para cenar esta noche, que suelo salir a cenar solo y que quiero probar lugares que no conozca... que quizá me podría recomendar alguno... y después decirle si le apetece seguir teniendo compañía y no estar sola en unos momentos tan difíciles...”

Natalia permanecía de pie cerca de una esquina, mirando a un lado de la calle. Sandro decidió ir por la calle perpendicular a ella, para encontrarse súbitamente al llegar a la esquina donde ella se ubicaba. Mientras caminaba iba ensayando caras de asombro para usarlas cuando se encontrase con ella, y así simular un encuentro casual. Un niño de unos 6 años que estaba cogido de la mano de su madre en la acera de enfrente, miraba con curiosidad a ese hombre que caminaba solo y hacía cosas raras con la cara. Sandro se percató de la curiosidad del pequeño, y le sacó la lengua, cosa que el niño correspondió inmediatamente. Sandro continuó su camino hacia la esquina donde debería encontrarse con Natalia. Estaba solo a unos 50 metros de ella y el pulso se le aceleraba, siempre se le aceleraba cuando iba “de caza”. No entendía por qué, de todos modos tampoco tenía nada que perder, pero su cuerpo no se coordinaba con sus pensamientos. Cuando estaba solo a unos 10 metros, la oyó hablar.

– Te dije que no me llamas más. Solo he venido para dejarte las cosas claras. Soy abogada y sé cómo denunciarte por acoso, si es necesario.

“¿Con quién leches habla?” pensó Sandro. “¿Se me han adelantado?”

Ralentizó el paso y se acercó poco a poco a la esquina, intentando que no se escuchasen sus pies cuando tocaban el suelo, y moviéndose como a cámara lenta, ante la curiosidad del pequeño de la acera de enfrente, que no le quitaba ojo. Ya casi en la esquina, se puso de espaldas a la pared e intentó oír la conversación. Si decidían dar unos pasos a la derecha le verían, y él se avergonzaría porque no sabría qué excusa dar. Eso provocó que su pulso se acelerase un poco más.

– Pero cariño, sabes que te necesito, no puedes hacerme esto. Hemos pasado buenos ratos.

– No me llames cariño, lo nuestro terminó, te lo dejé muy claro. Te lo repito por última vez. Si me sigues llamando te denunciaré.

“¿Su marido?”. Pensó Sandro. “¿Está cortando con él? ¿Pero no había desaparecido?”

La curiosidad, unida a la familiaridad de la voz masculina que oyó, le animó a que poco a poco se acercase a la esquina para intentar verles. Asomó la cabeza disimuladamente y vio la espalda de Natalia, ella se movió ligeramente y pudo ver el rostro de su acompañante. Inmediatamente escondió la cabeza como si un muelle la devolviese a su sitio.

“¡Joder!. Esto sí que es fuerte”. Pensó.

Regresó por donde había venido a paso ligero, para volver a su coche sin ser visto, ante el asombro del niño que le miraba con ojos muy abiertos a la vez que mantenía inmóvil un dedo dentro de su nariz. Esperó que ella regresara al suyo, aunque empezó a entender algunas cosas.

Ella no tardó en llegar hasta su vehículo.

Se le veía tranquila, con un andar muy elegante y seguro, no parecía en nada afectada. Incluso le pareció observar que su rostro dibujaba una disimulada sonrisa. Pensó que lo que acababa de presenciar no tenía por qué torcer sus planes, y podría volver a seguirla. Ese carácter tan firme y seguro de aquella mujer todavía le atraía más. Una mujer casada, con una aventura que no funcionó. Eso todavía le daba más esperanzas de intentar que ella buscara consuelo en él. Parecía estar claro que su matrimonio no iba bien, y consideraba que eso hacía a las mujeres más vulnerables.

El Audi de Natalia se puso en marcha y Sandro le siguió a una distancia prudencial. Salieron de la ciudad por la CV 10, habían recorrido 15 kilómetros y Sandro empezó a desesperarse. Empezó a valorar si salir de la autovía y regresar, quizá estaba saliendo de viaje, y el depósito de su coche le obligaría a detenerse en no más de 100 kilómetros, lo que provocaría que perdiese su rastro. En ese momento observó que Natalia dejaba la autopista a la altura del municipio de Betxí. Decidió seguirla un poco más esperando que se quedase en esa localidad, aunque tendría que buscar una excusa mejor para justificar su simulado encuentro casual.

Pero para su sorpresa, pasó de largo Betxí y al poco entró en un camino de tierra. Eso casi le hizo decidirse a volver. No se le ocurría qué le podría decir si se encontraban, estaría demasiado claro que la estaba siguiendo. Se adentraron en una montaña y Sandro, más que seguir el coche, seguía a bastante distancia el polvo que levantaba el Audi de Natalia. Pensó que el coche quedaría hecho una pena. Seguramente para ella no sería problema, y no le vendría de pasarlo cada día por un túnel de lavado. Se le veía con buen poder adquisitivo y un nivel de vida muy elevado.

El Audi dejó de levantar humo. Miró el cuentakilómetros para calcular la gasolina que le quedaba, y comprobó que, desde el centro de Castellón, había recorrido 25 kilómetros. Llamó por teléfono al móvil de Pablo. Quería explicarle lo interesante de la situación. Casi siempre que vivía algo fuera de lo normal llamaba a su amigo. Una vez incluso le llamó porque había hecho una tortilla francesa que le había salido con forma de pez. Compartía casi todas sus experiencias, aun a riesgo de que muchas veces le dijese que era un pesado.

Nadie contestó.

Optó por llamar el teléfono fijo deseando que no ignorase la llamada pensando que era publicidad. Tampoco contestó, pero insistió llamando. Por fin, Pablo contestó su teléfono fijo.

– Hola Sandro. Pensé que era publicidad, pero no suelen insistir tanto

– No te lo vas a creer, – dijo Sandro sin dejar continuar a su amigo. – ¿Sabes que he seguido a tu vecina?

– Estás loco, ¿para qué?

– ¿Eres tonto? Pues es evidente para qué, pues porque está como un tren. Pero deja que te cuente. – Para Sandro eso era un cotilleo interesante, y le encantaba intrigar con sus historias. – Quería encontrarme con ella como por casualidad, y estuvo hablando con uno en el centro de Castellón. ¿A que no adivinas con quién? Da igual, seguro que no te lo imaginas.

– Pues si no me lo dices no lo sabré nunca.

– Claro que no, no te lo imaginarias nunca. – Sandro decidió que ya había dado demasiada emoción al tema, y debía ir directamente al grano, poniendo expresión de persona interesante. – Pues con el cabrón de tu jefe. Sí, como lo oyes. ¿Recuerdas que te dije que últimamente estaba amargado y que se rumoreaba que era por un mal de amores? Pues por lo visto estaba liado con ella, y ella lo dejó. Me alegro. Te despidió, y eso lo convierte en un cabrón. Pero eso no es todo.

– Sandro se emocionaba solo explicando sus peripecias. Quería adueñarse de toda la atención de quien le escuchaba. – Volví a seguirla y salimos de Castellón, hasta Betxí, y de ahí por el camino del barranco. En total un recorrido de 25 kilómetros desde el centro, y ha entrado en una pequeña casa de campo, vieja pero reformada, aislada de todo, en varios kilómetros no habita nadie. ¿A que no sabías que tenía una casa de campo?

– ¿Qué la has seguido? Tú estás enfermo. ¡Qué cotilla eres! – Pablo no toleraba las intromisiones en lo ajeno, aunque sabía que lo que hacía su amigo estaba lleno de inocencia. – Lo que le pase a mi ex jefe me trae sin cuidado, igual que las casas de mi vecina, y creo que no deberías estar espiando a nadie de ese modo. En la ciudad hay muchas extranjeras en verano buscando fiesta, no te hace falta complicarte tanto para buscar un buen polvo.

– Ya me voy, tranquilo, de todos modos aquí ya no puedo hacer nada, pero tenía que decírtelo.

Colgó, satisfecho de su cotilleo, y dio la vuelta al coche para regresar a Castellón. Decidió ir a tomar algunas cervezas en una terraza, para olvidar su proyecto de ligue frustrado. Pasó una hora y empezó a oscurecer. Sonó su teléfono y miró el número, le extrañó comprobar que era el número del teléfono fijo de Pablo. Nunca le llamaba con su teléfono fijo. Contestó, pero antes de poder decir nada, fue su amigo quien habló.

– Oye despistado, ¿No habrás cogido tú mi teléfono móvil?

Miró en sus bolsillos.

– Coño, sí, creo que aquí lo tengo...– lo miró, y se dio cuenta de que se había llevado otro teléfono. – Espera, este no es tu móvil de la edad de piedra, es el que encontró tu perro.

– Joder... si llegas a ser de despistado. Bueno, ya me lo darás mañana, tampoco creo que una vez hayan localizado a su dueño, sea tan rápido en venir a buscarlo. Pero yo me refiero al mío. Jorge “el cabezón” me tenía que llamar hoy para quedar mañana con su amigo, el que me iba a ofrecer un trabajo. No lo encuentro. Y sólo tiene mi número de móvil.

– Pues igual ya ni suena, era un armatoste. O igual se lo ha comido Cali.

– ¿Un armatoste? Hace dos días que lo compré, y además vale una pasta. Es un Samsung S4 azul nuevecito. Algún capricho tenía que darme con mi indemnización, después de que me jodieran en la empresa.

Sandro recordó repentinamente el teléfono que se introdujo Natalia en el bolsillo antes de salir de casa de su amigo. Lo recordaba muy bien. Un flamante Samsung S4 con una funda azul. Se regocijaba recordándolo porque así también se acordaba del espléndido trasero de la vecina de Pablo.

– Joder...pues yo no sé si tu vecina es una despistada o una cleptómana, pero antes de irse se guardaba uno igual en su bolsillo.

– Pues lo necesito urgentemente. Seguramente me han llamado y no me han localizado. Menuda forma de comenzar una relación laboral. Iré a ver si ella está en casa y le pregunto.

Colgó el teléfono, y Pablo salió en busca de su vecina. Llamó al timbre, pero no había nadie. Buscó su coche por los alrededores, tampoco lo vio. Todavía no había regresado a su casa, y no sabía cuándo lo haría. Su amigo la había visto por última vez en una casa rural. ¿Pensaba pasar allí la noche? Esperaba que no, y necesitaba su teléfono.

Maldijo su suerte. Pablo no era una persona que le gustase estar sin hacer nada, aunque no necesitase urgentemente un trabajo en algún tiempo. El despido le había supuesto una indemnización, que le permitiría vivir sin demasiados problemas durante meses, pero era muy activo y quería empezar a trabajar a la primera posibilidad. También odiaba fallar a los demás. Si se había comprometido con Jorge, no podía decepcionarle, y no soportaba la idea de que Jorge pensara que él no era una persona seria y comprometida. ¿Y si luego no encontraba otro trabajo? La situación económica no era buena en su país. ¿Y si su vecina no regresaba esa noche? Como siempre, en su cabeza se repetían las peores posibilidades que se podía encontrar.

Su amigo Sandro le dijo dónde había ido su vecina. ¿Y si se acercaba a buscarla? Pero ¿qué le diría? ¿Cómo le explicaría que sabía que estaba en un lugar tan escondido? Podría intentar convencerle de que alguien le comentó, casualmente, que sabía que tenían una casa de campo por esa zona, y su desesperación de recuperar su teléfono le hizo decidir intentar localizarle. ¿Y si lo complicaba todo? Su inseguridad volvía a atacarle. Odiaba dar pasos que después pusiesen derivar en un problema.

Pero tenía que tomar una decisión, y lo hizo.

Dejo a su perro Cali suelto por el jardín y cerró la puerta del jardín sin llave, dado que esperaba estar de regreso en menos de una hora. Cali siempre pasaba la noche dentro de la casa, pero durante el día, si hacía buen tiempo, siempre le dejaba en el jardín si él se ausentaba por cualquier cosa. Una vez regresase ya entrarían los dos.

Entró en su Seat León azul para dirigirse al centro de Castellón. Así, después seguiría la ruta que le dijo su amigo hasta el camino que le mencionó de la montaña, contando 25 kilómetros. Comprobó que tuviese una linterna en la guantera, y se puso en marcha.

Pablo tenía muy buena memoria, y recordaba todo lo que le había dicho Sandro. No le sería difícil localizar el lugar. A pocas calles de su casa, se cruzó con un Mercedes Berlina clase S que no había visto nunca por el barrio. Al ir a poca velocidad, se fijó en sus ocupantes, que pudo ver con facilidad gracias a la luz de las farolas, aunque los ocupantes del Mercedes Berlina no se fijaron en él. Un hombre mayor y corpulento junto al conductor, y detrás un hombre delgado con una ligera cicatriz en la cara. No los había visto nunca por allí. No le dio importancia y siguió su camino.

Unas manzanas más adelante, por la calle paralela a la que circulaba él, Natalia regresaba con su flamante Audi A5.

Capítulo 9

Viernes 5 de julio de 2013. 21:30 p.m.

Eran las nueve y media de la noche. Mariano y sus sobrinos llamaron a la puerta. Cali ladró brevemente. Insistieron y llamaron de nuevo, esta vez Cali no les hizo el menor caso.

Carlos probó de empujar la puerta del jardín, la puerta se abrió, intentó entrar, pero algo corría velozmente hacia él. Se asustó y cerró de golpe. Tras la reja de la puerta vio cómo, al otro lado, un perro se había colocado ante él, con su incansable movimiento de lengua. Carlos introdujo la mano por debajo de su chaqueta para sacar su pistola, pero Matías le posó la mano sobre el brazo para indicarle que desistiese. Un disparo hubiese alarmado a los vecinos.

Los perros labradores retriever no son precisamente buenos guardianes, lo que pretendía Cali realmente no era echarles de casa, sino jugar con ellos. Afortunadamente ninguno de ellos lo sabía. Se miraban unos a otros como esperando que alguien sugiriese qué hacer. En ese momento se acercaba Natalia, quien al pasar junto a ellos, aminó el paso y les miró disimuladamente. Pasó de largo, abrió la puerta de la casa contigua, y entró.

Los tres hombres se miraron de nuevo con cara de asombro. Esa mujer había entrado en la casa del dueño del teléfono al que se envió el video, en el número 14. Pero quien decía que lo tenía era el vecino del número 12, que no estaba en casa. El primero en reaccionar fue Matías.

– ¡Señora! ¡Señorita!

Se acercó a la puerta del jardín de aquella mujer, y llamó, aunque no era necesario, dado que Natalia estaba regresando hacia la puerta al oír las voces. Les miró con desconfianza, asomando ligeramente la cabeza, sin abrir la puerta del todo. No había visto antes a esos hombres y no le daban muy buenas vibraciones.

– Señora, por favor. – dijo Matías, dando un paso, muy despacio, a la vez que levantaba ligeramente la mano derecha, intentando poner la voz más suave que pudo ser capaz. – ¿Vive aquí Germán González Murillo?

El miedo apareció en el rostro de Natalia. ¿Quiénes eran aquellos hombres? ¿Por qué preguntaban por su marido? El hombre que se había dirigido a ella parecía más tranquilo y tenía las manos a la vista. Los otros dos estaban rígidos y con las manos en los bolsillos.

– ¿Son ustedes policías?

Esta vez fueron las caras de los tres hombres las que se adueñaron del miedo. Se miraban entre ellos, sin saber qué decir ni qué hacer. El dueño del teléfono vivía allí, y el vecino del 12 tenía el teléfono, pero no sabía que pertenecía al vecino del 14. Esa era la información que disponían y con la que tenían que actuar. Finalmente se le ocurrió algo.

– Estamos intentado localizarle para hablarle de su amigo Sergio.

Natalia estaba muy confusa, algo le decía que aquellos hombres podían causarle problemas, y decidió finalizar la conversación.

– La policía ha estado aquí y han de volver, mi marido desapareció esta mañana, por favor, váyanse.

Cerró la puerta del jardín y entró. Abrió la puerta de la casa y apagó la luz del jardín. Los setos que bordeaban el jardín impedían que entrase en él la luz de las farolas, aunque la luz de la luna lo regaba tímidamente. Cerró la puerta de la casa sin entrar en ella, de modo que los hombres que estaban en la calle lo pudieran oír, y, sigilosamente, se acercó hasta llegar al extremo de su

jardín más cercano a la calle que le garantizase no ser vista, para poder escuchar a aquellos hombres.

– ¿La policía? ¿La policía? Lo que nos faltaba. ¡Mecagüennn...!

Mariano pataleaba el suelo con furia. Carlos intentó tranquilizarle.

– Tranquilo Mariano, sabemos que el vecino del 12 encontró el teléfono de ese tal Germán, y que aún no sabe lo que hay en su interior. Podemos quedarnos aquí y esperarle. Tiene la puerta del jardín abierta, no creo que tarde.

Natalia abrió desmesuradamente sus ojos, y se tapó la boca con la mano para evitar emitir un sonido de sorpresa.

– El teléfono de ese Germán ha de tener la información que necesitamos, y posiblemente más de la que hemos podido encontrar en el teléfono de Sergio. Si Germán está desaparecido, no ha podido comprobar su cuenta de correo. Eso es una ventaja.

Tras los comentarios de su sobrino, Mariano aparentaba estar más relajado.

– Tienes razón, lo único que hay que hacer es volver cuando el hombre que tiene el teléfono esté en casa, y que nos lo entregue. Vamos a cenar algo en alguna parte y probamos de volver más tarde.

Cuando los tres hombres se fueron, Natalia decidió entrar en su casa. Parecía estar en estado de shock. Se sentó en una silla, y se quitó los botines mientras reflexionaba sobre todo lo que había oído. Giró levemente la cabeza y su mirada se posó sobre la mesa del comedor.

La mesa estaba cubierta con un plástico transparente, encima del cual había un vaso de refresco sin terminar y un teléfono móvil Samsung S4 con una funda azul. También había un mechón de pelo castaño.

Subió a su habitación y abrió su armario.

Capítulo 10.

Viernes 5 de julio de 2013. 10:00 p.m.

Sandro estaba bebiendo un café en una terraza de un bar del centro de Castellón. Previamente había devorado unas buenas raciones de sardinas, ibéricos y patatas bravas. Eran casi las 10 de la noche, pero las terrazas del centro de Castellón estaban llenas. Los turistas que se alojaban en los alrededores, solían bajar al centro de la ciudad a la hora de cenar. Se relajaba viendo pasear a los turistas, pero sobre todo persiguiendo con la mirada a las turistas. Cada vez que alguna chica, sola o acompañada de otras chicas, paseaban por delante de su mesa, les obsequiaba con una simpática sonrisa, que a cada ocasión iba exagerando más. Frustrado por su falta de éxito, sacó una bolsa del bolsillo, donde guardaba tabaco de liar, y se preparó un cigarrillo. Se percató de que no tenía boquillas, y no le gustaba fumar sin boquilla.

Se fijó en la mesa que tenía a su izquierda, podía ver la espalda de un hombre, pero su enorme cabeza le impedía ver el centro de la mesa. Cuando la agachó para dar un bocado pudo observar un cenicero que albergaba varios cigarrillos de liar apagados. Se dirigió a él.

– Perdona... ¿no tendrás boquillas por casualidad?

El hombre se giró, y ambos se quedaron mirando. Sandro le reconoció enseguida.

– ¿Jorge?

Era Jorge, “el cabezón”, el hombre que tenía que quedar con Pablo para ofrecerle un trabajo. Sandro pensó que aquella casualidad era una bendición, después de la conversación que había mantenido con su amigo aquella misma tarde.

– ¡Coño, que casualidad! ¿Qué tal estas Sandro?

– ¡Casualidad y de la buena! Hoy he estado en casa de Pablo, y me ha contado que le ibas a buscar un trabajo.

– Sí, – respondió Jorge con cara de circunstancias – pero no tendrá muchas ganas de trabajar, no ha contestado mis llamadas.

Sandro no sabía cómo empezar a explicarle la historia. Su concentración le traicionaba fruto del alcohol y decidió sentarse junto a Jorge para aparentar una menor sensación de torpeza. Se levantó de su mesa con movimiento poco elegante, y se sentó junto a Jorge, dejándose caer en la silla. Había bebido varias cervezas y estaba un poco mareado, por lo que le habló casi sin mirarle a los ojos, y con voz poco nítida.

– Verás, ha habido algunos problemillas técnicos... no sé cómo decirlo...una mujer se ha llevado su teléfono por error, bueno...que sepas que Pablo sí quiere el trabajo...

Finalmente cortó por lo sano, al comprobar que su acompañante le miraba con expresión de desconfianza.

– Mira, le llamamos a su casa, que yo tengo su teléfono fijo, y quedas con él.

Jorge accedió, hicieron varias llamadas, pero nadie contestó. Sandro empezaba a estar nervioso. El alcohol no le dejaba pensar con claridad y se veía cada vez más torpe, mientras se frotaba los ojos para volver a posar su mirada en el teléfono que sostenía en su mano.

– Habrá salido un momento, dime dónde tiene que quedar contigo y la hora, y yo le llamo después.

– De acuerdo, – dijo resignadamente Jorge. – Le dices que mañana a las 11 de la mañana en mi casa.

Sandro se despidió de Jorge, levantándose torpe y lentamente, apoyando la mano en la mesa, y se fue a pagar su cena. El hombre de la barra le dio el cambio, y Sandro lo introdujo en su bolsillo sin contarlo. Salió y buscó su coche. “¿Dónde leches lo aparqué?” pensó. A menudo olvidaba dónde aparcaba. Sus visitas a esa zona de la ciudad eran tan frecuentes, y aparcaba tantas veces, que le costaba recordar dónde lo había hecho casi cada vez que bajaba al centro. El alcohol de la cerveza le había mareado un poco, pero al rato el mareo solía desaparecer como si no hubiese bebido nada. Pasó caminando torpemente junto a una mesa donde había dos chicas que parecían extranjeras, y les sonrió al pasar por su lado. No se daba cuenta, pero en su estado, más que una sonrisa normal era una sonrisa de payaso, con exagerada cara de felicidad, lo que provocó que las chicas no se limitasen a devolverle la sonrisa, sino a reír disimuladamente tapándose la boca con la mano y mirándose entre ellas. Sandro no era consciente del ridículo de su expresión, y, satisfecho, continuó su camino.

Anduvo junto a una fila de coches aparcados pero no había ningún Peugeot 207 negro, giró la esquina y por fin lo vio. Intentó abrir la puerta pero no pudo. “Coño, un poco sí que he bebido, pero esto no es tan difícil”. Una mano se posó en su hombro con fuerza, y esa mano poco a poco fue cerrando los dedos causando un intenso dolor en el hombro de Sandro, quien apartó la agresora mano con un golpe y se giró, quejándose del dolor.

Encogido y posando su mano sobre su dolorido hombro, levantó la mirada y la fijó en su agresor, no le conocía de nada. El desconocido le habló con hostilidad.

– ¿Te crees muy gracioso? A lo mejor te crees que soy jilipollas.

Sandro no entendía nada, aquel hombre era joven y fuerte, pero Sandro no solía amedrentarse ante ese tipo de circunstancias, lo que en ocasiones le había provocado más de un problema. Pensó que lo mejor era no mostrar ningún síntoma de debilidad, y torpemente le dirigió lo que pretendía ser una mirada amenazadora.

– ¿A ti qué coño te pasa? ¿Quién leches eres?

Para disgusto de Sandro, aquel hombre no parecía impresionarse por su fracasado intento de intimidación. Lo que hizo su improvisado agresor fue gritarle alzando el brazo con el puño cerrado.

– ¿Qué quién soy? ¿Te burlas de mí? ¿Me cago en mi madre...! ¿Me quieres birlar el coche delante de mis narices y encima me vacilas?

Sandro dio un respingo y se puso erguido de golpe. Se giró hacia el coche. Era igual que el suyo. Miró su llave y apretó el botón de apertura a distancia, que casi nunca utilizaba. A unos veinte metros, vio que en otro Peugeot 207 negro los cuatro intermitentes parpadearon. Ninguna cara de tonto era comparable a la expresión que mostraba el rostro de Sandro. Miró de nuevo a su agresor, mientras la boca de Sandro emitía intermitentes intentos de sonrisa, a la vez mostraba a su agresor la llave de su coche, subiendo y bajando la mano con la que la sujetaba, intentando dar por explicada la situación.

– Lo que a ti te pasa es que eres tonto, coño.

A Sandro no le salían las palabras, se limitó a dejar fija una sonrisa en su rostro, y a afirmar repetidamente con la cabeza.

Capítulo 11.

Viernes 5 de julio de 2013. 10:30 p.m.

Pablo detuvo el coche. Había puesto el cuentakilómetros a cero en el centro de Castellón, también había seguido la ruta que le indicó su amigo, y ahora marcaba 25 kilómetros. No veía la casa que le había referido su amigo, aparcó el coche fuera del camino, junto a unos árboles, cogió la linterna de su guantera, y salió del vehículo.

Caminó unos 200 metros, y la luz de la luna le permitió ver, a unos 300 metros, una pequeña pero acogedora casa, rodeada por una valla de cemento de aproximadamente un metro de altura. Parecía la típica casa rural, en medio de la naturaleza. Tenía una puerta de madera, de la misma altura que la valla, intentó abrirla pero estaba cerrada. Buscó un timbre junto a la puerta. Lo encontró gracias a la linterna y lo pulsó. El timbre sonó, pero nadie abrió la puerta. Miró alrededor suyo, no veía ningún coche, pero la casa tenía un pequeño garaje. Era posible que el coche estuviese ahí. Se fijó en el tejado de la casa. Había placas solares. A su cabeza acudió inmediatamente la idea de desistir. Pensó que aún era temprano, poco más de las 10 de la noche, y eso en verano no era demasiado tarde. Decidió insistir un poco más, necesitaba su teléfono para avisar a Jorge y quedar para hablar de su nuevo trabajo.

Saltó la pequeña valla y se acercó a la casa. Gritó modestamente para evitar asustarla si le veía sin esperarlo.

– ¿Hola? ¿Hay alguien? Hola. Soy Pablo. ¿Estás ahí?

Nadie contestó. La casa parecía desierta. Se acercó a una ventana, y golpeó ligeramente el cristal. La ventana tenía rejas, pero su mano cabía perfectamente entre ellas y le permitía tocar el cristal sin dificultad.

– ¿Hola? Siento molestar, necesito hablar contigo un momento. Soy Pablo.

De nuevo, no hubo respuesta. Decidió ver si el coche de Natalia estaba en el garaje. Intentó buscar cómo abrir la puerta, pero no encontró el modo. Rodeó lo que parecía el garaje para comprobar si había alguna ventana y poder ver el interior, pero no había ninguna. Al rato de intentar abrir el garaje, decidió volver a la ventana de la casa. Llevaba ya media hora intentando buscar el modo de encontrar a su vecina, o al menos saber si ella estaba allí.

De repente, oyó algunos golpes. Trató de acercar su cara al cristal entre las rejas todo lo que pudo, pero la luz de la luna era insuficiente para poder ver con claridad. Dejó que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad, y le pareció ver unas escaleras que descendían a lo que parecía ser un sótano. Oyó los golpes de nuevo. Lo relacionó al sonido de una madera golpeando el suelo. Dedujo que había alguien, y que si no contestaban a sus avisos era porque no deseaban hacerlo, y a Pablo le inquietaba mucho la sensación de estar entrometiéndose donde no correspondía. Decidió que tenía que irse. No le gustaba cómo estaba viviendo esa situación, no solía buscarse problemas y se sentía del todo incómodo. Lanzó un último mensaje antes de decidir irse.

– ¡Natalia! ¿Estás ahí? Soy Pablo, necesito mi teléfono y creo que te lo llevaste por error. Perdona mi intromisión.

Nadie contestó.

Apartó la cara de las rejas, y antes de darse la vuelta, sintió una fuerte descarga eléctrica en la parte alta de la espalda que le hizo perder el conocimiento.

Cuando se despertó, estaba en el interior de la casa, atado a una silla de madera y amordazado. Las manos estaban fuertemente atadas a la parte posterior de la silla, y sus piernas estaban atadas por los tobillos a las patas de la silla. Las dos sillas, a su vez, estaban unidas a un extremo de una cadena, con el otro extremo de la cadena clavada a la pared, lo que limitaba el espacio donde se podían desplazar. No veía ventanas. Supuso que estaba en el sótano. Colgada del techo vio una bombilla encendida de bajo consumo, que daba una tenue, pero suficiente luz. Sin duda, el consumo de energía estaba limitado porque la electricidad de la casa debía de proporcionarla una batería, cargada con las placas solares que vio en el tejado. En las paredes había bastantes posters, el más grande de ellos era de la mascota de las olimpiadas de Barcelona, Cobi. Junto a ese poster, había otros de eventos olímpicos. Sin duda, eran muy aficionados al deporte olímpico.

A metro y medio, a su izquierda, había otro hombre, también atado a una silla y amordazado. Tenía un pantalón que parecía de calidad, pero sucio, y de cintura para arriba solo vestía una camiseta interior blanca sin mangas, sucia y llena de sudor. En el brazo izquierdo tenía un vendaje, y se apreciaban moratones en varias partes de su cuerpo. Daba una imagen de agotamiento que asustó a Pablo. Su pelo estaba sucio y descuidado, como si no se lo hubiese lavado en dos semanas. Le miró interrogándole con los ojos, pero el hombre solo le devolvió una resignada mirada. Pablo le reconoció. Era Germán, el marido de su vecina.

Antes de recuperarse de su sorpresa, oyó pasos que se acercaban a la escalera del sótano. Alguien empezó a descender, lo primero que vio bajar por la escalera fueron unas esbeltas piernas de mujer. Finalmente la mujer se quedó de pie delante de ellos. Era Natalia.

Pablo no entendía nada, aunque al ver a Natalia el miedo que sentía menguó ligeramente, pero no la intranquilidad. “Debe haber algún error” pensó. “Ella me sacará de aquí”. Intentó atar cabos. No encontraba ninguna explicación.

En ese momento, Sandro llegaba a casa de Pablo. Era tarde, pero estaba preocupado porque nadie contestaba a sus llamadas telefónicas. Había decidido ir a contarle la cita que le había planteado Jorge, y asegurarse que no faltase. Abrió la puerta del jardín, y Cali se abalanzó contra él.

– ¡Coño, Cali! ¿Qué haces fuera a estas horas? ¿Dónde está Pablo?

Sandro sabía que Cali no dormía nunca en el jardín por la noche. Eso significaba que Pablo no estaba en casa. Se sentó en el suelo mientras Cali daba vueltas alrededor de él. Eran casi las doce de la noche, si Pablo hubiese salido por ocio se lo hubiese dicho. “Quizá tenga un ligue secreto y no me lo quiera decir” pensó. “O igual está volviendo con su ex”.

Intentó pensar, sentado en el suelo con las piernas estiradas. Cali se sentó sobre sus piernas, y se lo quedó mirando con su mecánico movimiento de lengua. Sandro le acariciaba la cabeza sin mirarle, intentando reflexionar.

Capítulo 12

Sábado 6 de julio de 2013. 00:15 a.m.

Natalia vestía muy sensual. Unos zapatos de tacón alto que estilizaban aún más sus preciosas piernas. Llevaba puesta una blusa clara y transparente con botones por delante, que dejaba apreciar un sujetador de sofisticada lencería. Vestía también una falda rosa, ligera y corta, muy corta, con volantes. Parecía más de estar en una selecta fiesta, que en un sótano de una casa rural. Sostenía un pequeño bolso que dejó en el suelo.

Natalia se inclinó ligeramente acercándose a Pablo, sus pechos estaban a escasos centímetros de la cara de su vecino y ella parecía disfrutar con la situación. Pablo podía oler su suave perfume. Tenía un par de botones de la blusa desabrochados, y la mayor parte de sus senos estaban a la vista. Ella le lanzó una dulcísima mirada, que se tornó en pícara.

– Me he vestido así para ti, vecinito. Pero no esperaba que fuese aquí.

La perplejidad de Pablo crecía por momentos. No entendía nada. Giró la cabeza y miró a Germán, intentando comprender cualquier cosa a través de su expresión. Pero Germán no miraba a Pablo, sino a su mujer. Hubiese esperado ver una expresión de enfado, su mujer estaba coqueteando con otra persona, pero su expresión no era de enfado.

Era de miedo.

Eso hizo que el miedo se fuese apoderando también de él. La miró, esperando obtener respuestas, dado que la mordaza le impedía preguntar qué estaba pasando.

– No entiendes nada, ¿verdad? Pobrecito. No temas, sólo de ti depende lo que te pase. Mi marido no ha querido colaborar, pero tú puedes hacerlo. Hace tiempo que te observo. – Se acercó más, se desabrochó otro botón de la blusa para que Pablo sintiese sus senos más cerca, y le susurró al oído. – Eran para ti. Me suelen ayudar a lograr lo que quiero, y esperaba hacerlo por las buenas. Lo siento, pero me venía de perlas aprovecharme de alguien como tú.

En su mano derecha tenía un pequeño aparato metálico, con el que acariciaba la pierna de Pablo, subiendo desde la rodilla hasta llegar a su entrepierna. Parecía como si su vecina tratase de seducirle de un modo macabro. Pablo miró hacia abajo, pensó que era un teléfono. Natalia le paseaba el aparato por el bulto de su verga, mirándole sonriente, disfrutando con la reacción de Pablo. Pablo logró descubrir qué era ese aparato, y sus ojos se abrieron de la impresión. En ese momento, Natalia se apartó de forma decidida, y acercó el aparato al costado derecho de su marido. Saltó una chispa. Germán gritó, pero el sonido del grito quedó ahogado a consecuencia de la mordaza que le presionaba la boca. La descarga no le dejó inconsciente del todo, pero el rápido desgaste de los músculos que supone una descarga similar, le dejó sin opción de movimiento, y exhausto.

Se trataba de una pistola eléctrica de autodefensa, la que sin duda había utilizado con Pablo cuando le vio merodear por la casa. Natalia se acercó de nuevo a Pablo. Se regocijaba de su expresión de pánico.

– Pablito, Pablito. Es mejor que sepas cuál es tu situación. Mi marido no quiere colaborar, y he de obligarle. En pocas horas, mi marido estará oficialmente desaparecido, y la policía realizará una exhaustiva investigación.

Sacó un cuchillo del bolso, y un pequeño recipiente con tapa.

– Es mejor que te estés quieto. – dijo ella.

Le cogió del brazo y le hizo un pequeño corte, ante el terror y un ahogado grito de Pablo. Recogió algo de sangre en el pequeño recipiente y lo cerró. Tras guardarlo en su bolso, le quitó la mordaza a Pablo, y se dirigió a él.

– Esta noche iba a buscarte cuando terminase mi tarea en esta casa, para recuperar el teléfono de mi marido. No esperaba encontrarte aquí. Con lo bien que lo hubiésemos pasado. Mira lo que te has perdido. – Natalia se acariciaba suavemente la entrepierna con una mano, y los pechos con la otra. – Pero todavía puedes estar a tiempo

– Yo vine a recuperar el mío – dijo Pablo entrecortadamente, casi gritando. – Sandro me dijo que te lo llevaste por error, y sabía que tenías una casa por aquí. Y necesito mi teléfono, esperaba una llamada importante. Solo vine para eso. – No quiso decirle que Sandro sabía lo de la casa rural. – ¿A qué viene todo esto?

Natalia se puso en pie, y sonrió con incredulidad, con los brazos en jarras.

– Hace unas semanas descubrí que mi marido y otro colega suyo estaban preparando un artículo muy interesante. – Natalia puso una silla frente a Pablo y se sentó con elegancia. Inclino el cuerpo ligeramente hacia el respaldo de la silla. Sin dejar de mirar a Pablo, se levantó suavemente la falda mientras abría levemente las piernas, con la intención de que Pablo viese su sexo. No llevaba ropa interior bajo su falda, y disfrutaba incomodando a su vecino. Sexo, unido al miedo, era para ella una combinación deliciosa. Se sentía poderosa e importante. Era una mujer muy dominante. Siguió hablando a la vez que se rozaba su entrepierna por debajo de la falda, con la punta de los dedos, como masturbándose. Habló entre gemidos de placer.

– Cuando descubrió mi intromisión, me pidió que me mantuviese al margen, pensando que solo había visto cosas intrascendentes... Bloqueó mi acceso a sus datos... Pero yo ya había visto más de lo que mi marido se imaginaba.

Hizo una pausa, tiró la cabeza un poco hacia atrás, y entrecerró los ojos, mordiéndose con suavidad el labio inferior, con expresión de extremo placer. Volvió a abrirlos lentamente, mientras reincorporaba su cabeza a su posición inicial, posando su desafiante mirada en los ojos de Pablo, que la miraba atónito. Ella parecía tenerlo todo controlado, era astuta y calculadora, pero él todavía no entendía la situación. Sin duda esa mujer había logrado muchas cosas a cambio de sexo.

– Mi marido no saldrá de esta, te lo aseguro. Pero necesito a alguien que cargue con ello. Planifiqué todo con tiempo. Aparqué el coche delante de casa. Drogué a mi marido, para sacarlo durante la noche, cargarlo en el coche, y traerlo aquí, donde torturarlo y sacarle la información que necesito. – Dirigió la mirada a su marido antes de continuar. – Pero el cabrón no cede. Ahora no hay vuelta atrás, su destino está decidido. Estoy segura de que me puede bastar con lo que tú puedes darme.

Se irguió de nuevo en su silla y miró fijamente a Pablo, sonriéndole. Le señaló mientras le guiñaba un ojo.

– ¡Tú serás el asesino de mi marido!

Observó unos segundos la reacción de Pablo, que la miraba con ojos muy abiertos, sin pestañear, y con su boca entreabierta a la vez que negaba con la cabeza. Las miradas de ambos estaban fijas, Natalia disfrutaba cada vez más con la perplejidad de Pablo, pero sobre todo con el miedo que reflejaban sus ojos.

– Lo tengo todo preparado. Soy abogada y he asistido a muchos casos así. Así que sé cómo hacerlo. – Puso fingida cara pensativa y burlona, como si se diese cuenta en ese momento de lo que iba a decirle a continuación. – Tengo tu vaso de bebida, con tus huellas y ADN, tengo tu teléfono móvil, incluso tengo un mechón de pelo que te arranqué esta mañana. Y ahora tengo un poco de tu sangre. No tardaste en presentarte en la escena del crimen esta mañana y tú mismo llamaste a la policía. Como hacen los asesinos que quieren garantizarse que todo está saliendo según sus planes. – Cesó su semblante pensativo y sonrió entrecerrando los ojos antes de continuar. – Y yo tengo toda la noche para “ambientar” la escena del crimen, tanto en mi casa como aquí, donde se supone que finalmente se habrá cometido el crimen.

Natalia observó la expresión de horror en el rostro del hombre que tenía delante. Pablo nunca hubiese imaginado que una mujer que consideraba engreída y poco sociable, tuviese en su interior tanta maldad y fuese capaz de una conspiración semejante. Pero ella no había terminado su juego de sorpresas. Se desabrochó la blusa, y puso las puntas de sus dedos en el cierre delantero de su sujetador. Germán empezaba a recobrar un poco más el conocimiento, y levantó la cabeza mirando a su mujer. Natalia desabrochó su sujetador y sus firmes senos quedaron visibles, mientras jugaba con la punta de sus dedos en sus pezones.

– ¿Te gustan Pablo? – Él agachó la mirada, sin duda, ella estaba disfrutando con la situación, pero no era el caso de Pablo. Natalia siguió hablando. – A tu jefe sí que le gustaban.

Pablo levantó instantáneamente la mirada, sorprendido. Sandro le había explicado que les había visto juntos, pero, ¿cómo sabía Natalia que ese hombre, con quien tuvo una aventura, era su jefe? Natalia parecía disfrutar cada vez más, y daba la impresión de sentir más placer por ver las reacciones de miedo y sorpresa de su vecino, que por los tocamientos que se hacía delante de su marido y de otro hombre. Pablo miró a Germán.

– No te preocupes por él, – dijo ella – está acostumbrado a verme jugar con otros hombres.

Se abrochó lentamente el sujetador y la blusa, y se acercó a Pablo, acariciándole la cara con las dos manos. Le habló suavemente regocijándose con sus palabras.

– Si, vecinito. Te he estado observando. Cuando no estabas trabajando, siempre estabas jugando con tu perro antes de comer. Necesitaba que estuvieses en casa cuando pusiera en marcha mi plan. No me costó conocer a tu jefe y conquistarle. Tu jefe adoraba mis juegos sexuales, y lo tenía a mis pies. – Cerró los ojos con satisfacción, como felicitándose por su poder de persuasión con los demás. Los abrió de nuevo y sin dejar de penetrar con la mirada a su vecino, y continuó. – Le pedí una prueba de lo que estaría dispuesto a hacer por mí. En el momento adecuado, le pedí nombres de sus mejores trabajadores, y cuando te nombró a ti, simule que, por azar, te escogí.

Se levantó y miró fijamente a Pablo mientras se acomodaba la falda.

– Y le dije que demostrase su amor despidiéndote. Una prueba de que yo estaba por encima de todo. De este modo me aseguré que hoy estarías en casa.

Se acercó a él y le susurró al oído.

– Esta noche han venido a buscarte tres hombres, que dicen que tienes el teléfono de mi marido. Dámelo y te evitarás sufrimientos. Puedo olvidarlo todo y compartir contigo lo que busco.

Pablo empezó a comprender muchas cosas. Tenía las manos atadas detrás de la silla, intentaba moverlas pero solo lograba acrecentar el dolor que le provocaban las ligaduras. Le costaba imaginar una trama tan elaborada por parte de esa mujer. Recordó cuando su jefe le

entregó la carta de despido, no parecía satisfecho con ello, pero se le veía totalmente decidido a no dar marcha atrás. Esa mujer lo tenía dominado.

– Pero yo no lo tengo, debe ser un error. – Improvisó Pablo.

Realmente no lo tenía, ya que Sandro se lo había llevado por error. Pero temía que Natalia le golpease o torturase, y deseaba que creyese que estaba equivocada.

– Te daré un poco de tiempo para que te repienses tu actitud. Créeme, es mejor por las buenas. – Natalia volvió a utilizar esa mirada pícaro que en otra situación hubiese excitado a cualquiera, pero que en ese momento no presagiaba nada bueno. – Te daré una muestra de lo que puedo ofrecerte si colaboras. Mi marido ya ha disfrutado muchas veces viéndome hacer esto.

Natalia miró a su marido y se preparó para disfrutar un poco más de la situación e intentar intimidar a Pablo. Quitó la mordaza a su marido, y le besó la boca, aunque Germán no reaccionó y apenas notaba el tacto de sus labios con los de su mujer, solo le preocupaba tratar de seguir recuperando fuerzas. Regresó frente a Pablo y se arrodilló ante él, poniendo ambas manos en sus rodillas. Lentamente las separó. Pablo no reaccionaba. Miraba a Germán, quien permanecía serio y ausente. No sabía qué se proponía, y estaba tenso. Natalia cogió con una mano la pistola eléctrica de autodefensa y se la mostró a Pablo.

– Más vale que te estés quieto. – le dijo.

Con la otra mano fue subiendo lentamente por la pierna de Pablo hasta llegar a la bragueta de su pantalón. La abrió e introdujo la mano. Natalia no sentía una atracción especial por Pablo, nunca hubiese sucumbido a un intento de seducirla por parte de su vecino, pero cuando era ella quien lo decidía, estaba dispuesta a practicar sus juegos sexuales con cualquiera. Le excitaba su posición dominante, y pretendía hacerle ver que colaborar tenía sus ventajas, pero también tenía otros planes. Además, quería experimentar el sufrimiento de su marido, aunque a esas alturas no tenía demasiada confianza en que Germán accediese a colaborar con ella. Germán sabía perfectamente que en el punto en que se encontraba, Natalia no podría dar marcha atrás, y que no saldría vivo de aquella casa.

Lo que iba a hacer ya lo había hecho otras veces, con el consentimiento de Germán. Pero en esta ocasión la situación de Germán era muy distinta. Uno de los dos podría ceder en cualquier momento. Sacó la verga de Pablo lentamente y dirigió la mirada hacia su marido.

– Hemos disfrutado muchas veces haciendo tríos, ¿verdad cariño?

Germán miraba débilmente, le costaba mantener los ojos abiertos. Pablo miró el bolso que estaba en el suelo, mientras notaba el tacto de la mano de su vecina agarrando su pene. Supuso que ese matrimonio era de lo que se conocía como “parejas liberales” y practicaban sexo consentido con otras personas, incluso en su presencia. El bolso de Natalia estaba muy cerca. En él se ubicaba el cuchillo que había utilizado Natalia un rato antes. Natalia sostenía con su mano el pene de Pablo y le miraba de modo amenazante.

– Tu semen en mi ropa, será otra prueba más del motivo de la disputa entre tú y mi marido, – puso cara perversa y su mirada se tornó dócil. – Y créeme, sé cómo hacer que tu semen salga de tu polla.

Natalia pretendía hacerle una felación y provocar una situación más tensa, y a la vez seguir reuniendo pruebas en su contra. Era una mujer peligrosamente dominante y capaz de cualquier cosa contra quien se opusiera a sus deseos. Pablo era consciente de que su vida estaba en peligro.

Natalia tenía el miembro de Pablo en su mano. Acercó su boca lentamente, para completar la erección que, a pesar de la tensión, ya se estaba produciendo en su vecino. Pablo decidió arriesgar.

Cuando Natalia rozó con su juguetona lengua la punta de su verga, cerró las piernas de golpe atrapando la cabeza de Natalia, presionó cuanto pudo y forcejearon. Ella gritó. Se había confiado tanto de su posición dominante que la reacción de Pablo le había pillado por sorpresa. La silla donde estaba atado Pablo se volcó fruto del forcejeo, y en su caída arrastró a Natalia, que se agitaba y gritaba, intentando librarse de las piernas de su vecino. Pablo quería dejarla fuera de combate, aunque no sabía realmente cómo. En caso contrario Natalia acabaría con ellos. O con su marido, dejándole a él como responsable de su muerte. No podía dejarla ir para falsear pruebas que le incriminasen. Si lograba dejarla fuera de combate, intentaría coger el cuchillo del bolso de Natalia, arrastrándose con la silla, y desatarse.

No lo consiguió.

Natalia activó la pistola eléctrica en una pierna de Pablo y éste abrió ambas piernas de golpe soltando un grito. Natalia se levantó enfurecida y volvió a descargar pistola eléctrica sobre Pablo. Por suerte para él, la utilizaba a baja potencia. Ella miró a Germán y cogió del bolso unos guantes de látex, y, tras ponérselos, cogió el cuchillo. Lo limpió, se acercó a Pablo que estaba de lado en el suelo, atado a la silla volcada, y le puso el mango en su mano derecha. Lo retiró cogiéndolo con cuidado de no borrar las huellas dactilares de Pablo, y se acercó a su marido.

– Adiós cariño.

Ante la expresión de terror de Germán, recorrió el cuchillo sobre su costado dibujando un profundo corte, provocando el desesperado grito de dolor de su marido.

Levantó enfurecida la silla de Pablo, que estaba medio inconsciente. Quería decirle algo, y decírselo de frente, cara a cara. Su pene todavía estaba fuera del pantalón y pensó en propiciarle una patada, pero prefirió no perder más tiempo con él y pasar directamente a lo más efectivo.

– Me voy a preparar las pruebas. Por la madrugada volveré. – Natalia hablaba enfurecida a Pablo señalándole de modo amenazante. – Mi marido se irá desangrando poco a poco. Si no estás dispuesto a colaborar, tú también morirás. Habrá pruebas de un forcejeo vuestro en mi casa, y otro aquí. Y el resultado será su muerte por la pelea que supuestamente habrá tenido contigo. Aunque quizá encuentren dos cadáveres en lugar de uno. – Hizo una pausa y le habló de modo que no hubiese posibilidad de que quedasen dudas en la cabeza de su vecino. – Cuando regrese ya me dirás si has decidido colaborar, o morir.

Mientras su vecina subía con decisión las escaleras para abandonar la casa, Pablo entendió lo que le acababan de decir, aunque su estado no le permitía levantar la cabeza.

“Estoy jodido”. Pensó.

Capítulo 13.

Sábado 6 de julio de 2013. 02:00 a.m.

Un vehículo se detuvo delante de una lujosa casa de Pujol, a unos 20 kilómetros de Valencia. Un alto y elegante hombre de nacionalidad inglesa se bajó del coche. Pulsó un código de seguridad en un panel que había junto a la puerta del jardín, y la puerta se abrió. Eran las dos de la madrugada.

Su paso era ligero, motivado por la preocupación. “Mi padre no contesta mis llamadas”. Era el pensamiento que se repetía en su cabeza. Entró en la casa, todo parecía normal, pero intuía que no era así. Subió las escaleras, y llegó a un gran salón. La puerta estaba abierta, lo que hizo que se empezase a alarmar. Esa puerta se abría con un código, que sólo conocía él y su padre, y si estaba abierta, significaba que la casa no estaba vacía. Entró despacio, mirando con prudencia hacia todas partes. Vio la marca de un impacto en la pared, junto a un tapiz de un galeón. En el suelo, delante de una enorme y lujosa mesa de madera, había una pistola antigua de llave de chispa.

Charles conocía ese modelo, basado en el sistema desarrollado en Francia, a principios del siglo XVII, supuestamente originario de un inventor normando llamado Marín Le Bourgeois. Se utilizaba en las pistolas, sustituyendo anteriores mecanismos, como la llave de mecha o la llave de rueda. También se utilizaba en cañones, en cuyo caso se le conocía como llave de cañón. Este sistema fue sustituido por el sistema de percusión dos siglos después, pero a su padre le encantaba ese modelo y conservaba varias de esas pistolas.

Charles, a quien su padre llamaba Charles Junior, se acercó a la mesa y se agachó para recoger la pistola, pero en el último momento decidió no hacerlo. Sospechaba algo horrible y no quería contaminar lo que podría ser el escenario de un delito.

O algo peor.

Se acercó a una mesa que albergaba una pequeña estatuilla que representaba a la pirata Grace O'Malley, conocida también como “la madre de todas las revoluciones”. Esta pirata entusiasmaba a Charles, aunque su padre tenía otras preferencias. Charles era más idealista que su padre, y aunque le fascinaban las historias de piratas tanto como a él, esta mujer pirata luchó también por la libertad de su país, Irlanda, lo que la hacía más interesante ante sus ojos, y a su mente acudieron sus estudios sobre esta peculiar pirata.

Aunque el irlandés clan O'Malley empezó cobrando impuestos de las embarcaciones que pescaban en su territorio, su protagonismo llegó cuando Enrique VIII quiso recuperar el control de la isla de Irlanda, que gozaba hasta entonces de una relativa independencia, aunque perteneciese a la corona inglesa. Esta iniciativa continuó a manos de los Tudor, con Isabel I a la cabeza, cosa que Grace no estaba dispuesta a asumir. Sus enfrentamientos derivaron en la muerte de su marido Donald, tomando ella el papel de defender su castillo frente a los ataques ingleses, lo que hizo con considerable valentía, inundando de plomo derretido a los soldados enemigos que intentaban asaltarlo. Gracias a los refuerzos llegados de otros nobles irlandeses, la victoria quedó consolidada, y los barcos de su difunto marido fueron acusados de piratería.

Su personalidad fue tan peculiar, que montó en cólera cuando en una visita al barón Howth, en Dublín, no fue recibida con la excusa de que estaban cenando y no se abrían las puertas para ella. Su respuesta fue secuestrar al hijo del barón, y liberarlo bajo la condición de que las puertas estuviesen siempre abiertas para ella, además de disponer en todo momento un lugar reservado en su mesa. Como compromiso del acuerdo, el barón regaló a la impetuosa mujer un anillo. La

personalidad fría y calculadora de Grace, hizo que aunque se revolucionase constantemente contra la corona inglesa de los Tudor, también se uniría a ellos cuando le interesaba.

La cabeza de Charles dejó de centrarse en sus conocimientos sobre aquella mujer y se concentró de nuevo en la estatuilla que tenía ante sus ojos.

La estatuilla era discreta, dado que todo el salón estaba lleno de símbolos y materiales relacionados con la piratería. Estaba fija sobre una mesa pegada al suelo, aunque no lo parecía a simple vista, y la mujer de la estatuilla empuñaba una pistola con el cañón en alto. Charles bajó el brazo de la estatuilla que sujetaba la pistola y lo volvió a subir. Pasaron más de tres segundos y repitió la operación, y, al cabo de otro segundo más, lo volvió a hacer, esta vez dos veces seguidas.

El cuadro, que estaba tras la enorme mesa de madera, empezó a moverse a través de un disimulado engranaje. Dejó a la vista una puerta metálica de una caja de seguridad, con un panel numérico en la puerta.

Se acercó, bordeando la mesa, y se detuvo de repente. En el suelo había un cuerpo sin vida y los ojos de Charles se salían de sus cavidades cuando reconoció el cadáver.

Era su padre.

Capítulo 14.

Germán seguía perdiendo sangre, mientras Pablo recobraba la movilidad y la capacidad para hablar. Ambos estaban muy débiles, y Germán se dirigió a su improvisado acompañante. Mirándole con dificultad.

– Te has metido en un buen lío, muchacho.

A Pablo le costaba mantener la cabeza erguida, sus pupilas enfocaron de lado a Germán intentando levantar la vista. Germán continuó hablando, a pesar de seguir perdiendo sangre.

– Me enamoré de una mujer a la que consideraba una diosa. Pero finalmente resultó ser el mismo diablo.

Germán se había perdido parte de la conversación de Pablo y Natalia, por sus constantes desvanecimientos a causa de las descargas y la tortura de su mujer. Pablo decidió intentar pedir auxilio.

– ¡Socorro! ¡Ayuda!

– No te molestes. – Le informó Germán. – Tendría que haber alguien muy cerca de la casa para oírnos. Aunque no nos haya amordazado, nadie puede oírnos. Mi mujer lo comprobó, aunque yo creía que era por otro motivo.

Intentó mover la silla para ponerse de frente con Pablo. Solo logró moverla unos pocos centímetros. Germán continuaba hablando. Pensó que si se desvanecía, no volvería a abrir los ojos, y hablar le ayudaba a mantenerse despierto. También deseaba que su desafortunado compañero pudiese entender mejor la situación que estaba viviendo.

– Mi mujer me propuso practicar lo que se conoce como “swingers”. Practicábamos sexo con otras personas o en grupo. Me propuso buscar un lugar apartado para ello, y adquirimos esta casa hace poco. Me decía que quería asegurarse que no se oía nada por las cercanías, ella es muy atrevida con el sexo cuando todo está planificado, pero no le gustan los invitados improvisados. Lo comprobó personalmente. Yo emitía gritos desde este sótano, y ella lo comprobaba desde fuera. Por eso, cuando descubrió mi reportaje, pensó en esta casa para usarla para sus fines.

Pablo le mantenía la mirada, esperando que continuase y poder conocer algo más de la historia.

– Un colega y yo estamos haciendo un reportaje, que esperábamos sería un bombazo cuando estuviese listo para publicarse. Un viejo inglés llamado Charles nos reveló que descendía de un conocido pirata del siglo XVII, y la localización su barco, el “Fancy”. Conocían el paradero del tesoro del pirata, como sus padres y sus abuelos. Pero a petición de su hijo Charles, o Charles Junior como le llama su padre, ese tesoro iba a dejar de pasar de padres a hijos. Por eso decidí que era el momento de hacer un amplio reportaje sobre su historia y se puso en contacto conmigo y mi colega Sergio.

Intentó recuperar un poco el aliento antes de continuar. Pablo le miraba con preocupación, sabía que a su compañero le costaba mucho mantenerse despierto, pero seguía escuchando con interés.

– Descubrí a mi mujer consultando mis cosas, y me decía que podíamos ir nosotros a por el tesoro. Al principio creí que no hablaba en serio. Pero ya ves que hablaba muy en serio. Yo había borrado todo lo que podía ser accesible para ella cuando noté ese cambio de actitud, sin sospechar que llegaría tan lejos. Lo guardé todo en un servidor de Internet, el de mi cuenta de

correo. Pero anoche, ya de madrugada, simulando querer una noche íntima y reconciliarnos de las últimas discusiones, preparó unas bebidas. Pero lo que hizo realmente fue drogarme. Los efectos de la droga eran lentos, pero efectivos.

Germán seguía perdiendo sangre. Cada vez estaba más débil.

– Salió a la cocina a buscar un cuchillo, con el que más tarde me haría un corte en el brazo. Quería dejar un rastro de sangre en la salita de casa. Intenté pedir ayuda y saqué mi teléfono del bolsillo. Regresó y procuré que no lo viese, y tras hacerme el corte en el brazo, me agarró y me arrastró a la calle. Yo estaba consciente pero muy débil. Delante de la casa estaba aparcado su coche con el maletero abierto. Me introdujo dentro sin que nadie nos viese. Pero antes dejé caer el teléfono cerca de un árbol de la acera.

– Sí que os vio alguien. – Repuso Pablo. Pensó en Reme. Recordó su frase. “Le dolerá la espalda tanto cargar pesos”. El optimismo se adueñó de él, pero se fue tan rápido como apareció. ¿Quién iba a hacer caso de un testigo que le falla la memoria? Además, es posible que ya no lo recuerde de nuevo. Reme se levantaba a menudo por las noches y se sentaba en una silla del balcón, frente a la casa de Natalia. Sin duda esa imagen de Natalia cargando el cuerpo de su marido se le había grabado en su mente, pero sin saber qué significaba. Al darse cuenta de que ese testigo no serviría, aclaró su comentario.

– Os vio alguien, pero es una anciana que le falla constantemente la memoria. No sé si en un juicio serviría.

Pablo pensó que se estaba comportando con excesivo optimismo. ¿Qué más daba si servía o no en un juicio? Si morían allí, de poco les iba a servir si el testimonio de Reme era de utilidad más adelante. Germán notó la desilusión en la cara de su desafortunado compañero, y decidió seguir hablando.

– Mi mujer es muy calculadora. Y ya me avisó tras drogarme que tú serías quien pagarías las consecuencias.

Los ojos de Pablo no podían estar más abiertos. No sólo lo había calculado, sino que además se veía tan segura de sí misma que se lo había dicho a su marido. Eso presagiaba que no podían esperar un futuro muy esperanzador.

– Es difícil que cometa un error, – continuó Germán. – Pero lo peor es su ambición. Sabe que ese tesoro puede ser inmenso. Ha visto gran parte del reportaje que estaba preparando con Sergio. Pero ese reportaje no podía salir a la luz hasta que se hubiese invertido el botín del antepasado de Charles en un nuevo proyecto.

– ¿De dónde salió ese tesoro? – quiso saber Pablo.

Germán empezó a explicarle el origen de Henry Avery, cómo el inglés se unió al barco corsario Carlos II, como segundo de a bordo, y cuando atracaron en La Coruña a esperar órdenes.

– Estuvieron 8 meses atracados en el oeste de España, – prosiguió explicando Germán – esperando órdenes que no llegaban. Henry Avery era el segundo de a bordo, y Henry Gibson su capitán. Durante esos ocho meses, nadie cobraba su paga, y el malestar crecía. Henry era un líder nato, y fue alimentando la conspiración entre la tripulación, hasta que estalló el motín. El capitán solía estar siempre ebrio, y una noche, tras una de esas borracheras, se despertó y vio a Avery y sus hombres alrededor de él. El capitán no pudo reprimir la revuelta, solo tenía 14 o 15 seguidores fieles y no tenía dinero con qué aplacar la ira que había provocado tantos meses sin paga.

– ¿Mataron al capitán?

– No, dejaron ir al capitán y a sus pocos fieles en un bote de remos, también llamado “chinchorro”, que, entre maldiciones, regresaban a la costa. Henry i el resto de la tripulación se llevaron el barco, el Carlos II, al que cambiaron el nombre rebautizándolo como el “Fancy” (Lujoso). Pusieron Rumbo a Madagascar, ahora ya como piratas. Sabían que a partir de ese momento estarían buscados, y que en caso de capturarles, su destino sería la horca, pero consideraron que valía la pena. Era un barco enorme, un barco de guerra con 40 cañones. La mayoría de piratas tenían barcos mucho más pequeños, sobre todo para realizar ataques más rápidos y después huir a toda velocidad. El “Fancy” era enorme, bien preparado, y con una tripulación muy adiestrada. Antes de llegar a Madagascar habían atacado a 3 barcos holandeses y 2 ingleses.

– O sea que el tesoro proviene de ahí...– Pablo se empezada a interesar por la historia de Avery.

– No, el mayor botín lo obtendrían mucho después. Un botín tan grande que les permitiría retirarse para siempre de la piratería. Tras llegar a Madagascar, otros 3 barcos se unieron a él, entre ellos el del famoso pirata Thomas Tew, que decidió volver a la acción, a pesar de que se había retirado tras reunir una fortuna de más de 100.000 libras. Avery asumió el mando dado que su barco era el más grande, más potente que los otros 3 juntos. A pesar de haber sobrepasado los 40 años, pues la mayoría de marinos rondaban los 20, se hizo el más famoso de la época en poco tiempo. Su arsenal aumentó y tenía una flota que le permitía atacar a los convoyes de los peregrinos.

Miró a Pablo y notó que le interesaba la historia, a pesar de su desesperada situación. Decidió continuar y así intentar que la tensión del momento pareciese menor. Pero cada vez hablaba más débil y despacio.

– Los peregrinos navegaban hacia La Meca por el mar rojo, entre la India y oriente próximo. En sus barcos iban, a parte de los peregrinos, comerciantes muy ricos que buscaban transporte para volver con sus ganancias en La Meca. En uno de sus asaltos lograron un botín de 50.000 libras, lo que actualmente supondría 7 millones de euros, pero en esa batalla el pirata Thomas Tew murió a causa de un cañonazo que le atravesó el abdomen. Pero más adelante sería cuando lograron el mayor tesoro de la historia de la piratería, cuando se cruzaron con el barco Ganj- I- Sawai.

– ¡Silencio!

El toque de atención de Pablo sorprendió a Germán, que en parte agradeció tener que callar dado que cada vez le suponía un esfuerzo mayor.

– He oído algo...

Ambos guardaron silencio, y Germán hacía esfuerzos por mantener los ojos abiertos. Estaba empezando a perder el sentido, a consecuencia de la pérdida de sangre. Todavía quedaban unas horas para que amaneciese. Pablo decidió gritar de nuevo.

– ¡Socorro! ¡Estamos aquí! ¡Necesitamos ayuda!

La puerta del sótano se había quedado abierta, y eso le permitía oír sonidos alrededor de la casa.

Sonó como un golpe seco cayendo al suelo. A continuación oyó una voz.

– ¡Joder Cali! Deja de meterte en medio.

Pablo abrió los ojos con desmesura.

– ¿Sandro? ¿Eres tú? ¡Sandro! ¡Aquí, estoy abajo!

– ¿Pablo? Dime dónde estás. ¡Dime como entrar!

Cali empezó a ladrar y a dar vueltas alrededor de Sandro como un loco. Al oír la voz de Pablo, su perro percataba que tenía problemas, y estaba muy inquieto.

Germán estaba casi inconsciente, pero con voz muy débil pudo decirle algo a Pablo.

– Hay una llave bajo una piedra del melocotonero. Siempre guardamos una copia allí.

A gritos, Pablo se lo comunicó a Sandro, y en 2 minutos Cali y su amigo bajaban las escaleras del sótano.

La alegría de Pablo era mayúscula. Sandro se quedó de piedra cuando les vio. Lo único que se ocurrió decir, tras intentar asimilar la situación, fue: “Joder, tienes la picha fuera, tío “. Antes de preguntar, buscó algo para cortar las ligaduras. Empezó por los pies y después las manos de Pablo. Luego hizo lo propio con Germán, quien al desembarazarse de las ligaduras que le mantenían en la silla, se desplomó al suelo, cayendo sobre el charco de sangre que había provocado su herida. Sandro intentó resumir su historia.

– Estaba en casa y decidí ir a verte para darte un recado de Jorge. Al ver que no regresabas a casa, estaba preocupado, cogí a Cali, y dimos vueltas con el coche intentando localizarte. Al final pensé que igual no habías localizado a Natalia, y la buscaste en su casa de campo, y que quizá se te hubiese averiado el coche.

– Joder Sandro. Con lo tontorrón que eres, lo has bordado. Saca el móvil y llama a una ambulancia, Germán está muy grave, luego te cuento.

Germán miraba al recién llegado desde el suelo. Cuando le vio el teléfono emitió un leve gemido y lo señalaba con su dedo índice.

– Joder, joder, joder. Este es el teléfono que encontró Cali. El mío me lo dejé en casa.

– Sandro, coño, a ver si maduras...

Pablo se arrepintió al momento de lo que acababa de decir. Su amigo había ido a buscarle y seguramente le estaba salvando la vida. No se merecía eso. Se interesó por el gesto de Germán, que señalaba su teléfono.

– ¿Es este tu teléfono? ¿Hay algo importante en él?

German asintió levemente desde el suelo.

– Tranquilo. – Le dijo Pablo. – Vamos a ir a por una ambulancia y te curarás. Tu teléfono no tiene batería y además no conocemos el pin de desbloqueo de la pantalla.

Germán empezó a cerrar los ojos, aunque le dio tiempo abrir una mano escondiendo el dedo pulgar, con los otros 4 dedos estirados, les estaba dando un número, el 4. Casi con los ojos cerrados, señaló el poster más grande que había en la habitación. Se trataba de la mascota olímpica Cobi.

Terminó de cerrar los ojos y dejó de respirar.

Capítulo 15.

Sábado 6 de julio de 2013. 03:30 a.m.

Los dos amigos junto al inquieto Cali salían de la casa rural, al ritmo que permitía el estado físico de Pablo. Entraron en el coche de Sandro, y salieron al camino. Pablo estaba muy débil para conducir su vehículo. Los dos amigos iban delante, y Cali detrás, que ya estaba adiestrado para permanecer oculto entre los asientos delanteros y los traseros.

Ambos estaban muy impactados, acababan de presenciar morir a un hombre, desangrado y torturado. Esa no era una situación normal en sus vidas, no la asimilaban. Pablo había ido resumiendo a Sandro lo que había sufrido en esa casa, y lo que le había contado Germán.

No sabían si debían ir directamente a la policía, no sabían si Natalia había manipulado ya las pruebas, si una vez la policía llegase a por Natalia, ésta se inventaría que Pablo había matado a su marido. Y existían pruebas que le inculpaban, demasiadas. La mañana anterior, acudió inmediatamente a casa de Natalia cuando oyó los gritos, llamó él por teléfono, como si quisiera asegurarse de estar presente y conocer la reacción de la policía. Esa mujer lo había pensado todo. Por otra parte, estaba claro que el teléfono de Germán tenía algo. Quizá el desconocido que le llamó para recuperar ese teléfono, también lo buscaba por lo mismo. Y Natalia también lo quería. Pero no conocían el PIN del teléfono. Sandro hacía sus cábalas. Cuando nombraron el PIN, Germán señaló un enorme poster de Cobi, la mascota olímpica de los juegos olímpicos de Barcelona. Pero antes indicó un número, el 4.

– Cobi tiene 4 letras, y un PIN de desbloqueo de la tarjeta tiene 4 números, pero un pin de desbloqueo de la pantalla puede tener más – reflexionó Sandro en voz alta. – Yo creo que las cuatro letras del nombre de Cobi se corresponden con los 4 números del PIN. Hay que saber relacionar cada letra con un número.

– A mí me preocupa más qué hay en ese teléfono, – dijo Pablo. – Sin duda lo mismo que buscaban los tres hombres que nombró Natalia. Germán dijo que lo tenía todo en un servidor de su cuenta de correo. Para acceder a un servidor o cuentas de correo, hace falta saber la contraseña, pero en un teléfono móvil la contraseña ya está guardada y cualquiera que tenga el teléfono activo puede acceder a las cuentas configuradas en su interior.

– Por eso necesitamos saber el PIN de desbloqueo, pero a veces se instalan unos programas de seguridad que bloquea el aparato si se introduce incorrectamente varias veces – explicó Sandro. – Igual que sucede con los PIN de las tarjetas de teléfono, en las que si se falla a la tercera, el teléfono se bloquea y haría falta el llamado “Personal Unblocking Key” o PUK.

– Pues vamos a mi casa a por el cargador, tenemos que intentarlo – pidió Pablo, mientras Sandro continuaba reflexionando en voz alta.

– Puede ser el número de letra del abecedario. La “C” sería el 3, la “O” sería el 15, la “B” sería el 2, y la “I” el 9. Si fuesen 5 números, podríamos probar 31529.

Pablo no estaba muy convencido. Germán había dejado 4 dedos de su mano estirados, sin duda debía de referirse a 4 cifras, y sobre algo relacionado con Cobi. En unos 30 minutos llegaban al barrio de Pablo. Eran más de la 4 de la mañana. Cuando giraron la esquina de su calle, Sandro frenó de golpe. Había varios coches de policía con sus luces emitiendo vistosos destellos, y una alterada Natalia hablando con ellos en la calle. Se había cambiado de ropa, y se había vestido de forma sencilla, sabía perfectamente que tras desaparecer su marido, no sería normal que la policía la encontrase con una vestimenta tan sexi y provocativa. Natalia les había llamado al haber transcurrido casi las 24 horas desde la desaparición de su marido, pero sobre todo, porque les

había explicado también que había encontrado objetos que no eran suyos en casa. Algunos policías habían entrado en el jardín de Pablo. Inmediatamente entendieron que la trampa había funcionado y la policía le buscaba. Todavía no había cadáver, pero existían pruebas que podrían apuntar a que Pablo sabía algo de su desaparición. Por su parte, Natalia se había asegurado que a la hora aproximada de la muerte de Germán, ella estaba en su casa y con la policía.

– Coño, que no te vean Pablo, agáchate por si acaso.

Natalia se fijó en el coche que acababa de llegar, y que se quedaba a lo lejos sin moverse. Reconoció a Sandro, y le señaló, mientras le decía algo a un policía. Inmediatamente, el policía levantó la mano hacia el recién llegado, indicándole que se esperase ahí. Sandro levantó la mano al policía, sonriéndole, como si le estuviese saludando, y raudo giró el coche y salió por una calle que salía perpendicularmente.

– ¡Estás loco! No puedes huir de la policía. – Le dijo Pablo sin dejar de permanecer agachado.

– No soy tan tonto, a veces pienso. La única opción si quieren hablar conmigo es que sea lejos del coche y no te vean a ti.

Sandro aparcó el coche, y salió corriendo hacia la calle de Pablo. Cerró con el mando a distancia su Peugeot 207, mientras Pablo permanecía agachado en su interior. Cuando llegó a la esquina de la calle, casi tropieza con un policía que corría velozmente hacia él. El policía se detuvo en seco y le dirigió una furiosa mirada.

– Te dije que esperases.

– Lo siento, señor. Yo creí que quería decirme algo, y como estaba en medio de la calle, decidí aparcar bien el coche y venir. – La cara de Sandro expresaba exagerada sinceridad, y el policía se lo miraba con desconfianza. Sandro intentaba andar lentamente hacia el otro lado de la esquina, para que su coche quedase fuera de la vista del policía. – No iba a dejar el coche mal aparcado, y menos delante de tanto policía, – bromeó, como si no supiese nada de lo que estaba sucediendo.

– ¿Conoce usted a Pablo Canteras? – Le preguntó directamente el policía mientras seguían caminando hacia la casa de Pablo.

Obviamente, Sandro sabía el policía tenía constancia que le conocía, y que eso es lo que le habría expuesto Natalia cuando le vio llegar. “Ese es su amigo” debía de haberle dicho. Por lo tanto no iba a negar algo así.

– Sí señor, le conozco. Precisamente venía a su casa a verle. ¿No le habrá pasado nada?

El policía no tenía ninguna intención de dar información real. Sacó una libreta del bolsillo y se dispuso a tomar anotaciones.

– En un poco temprano para visitar a nadie – le dijo el policía penetrándole con la mirada. – Tenemos que preguntarle algunas cosas, y necesitamos localizarle. ¿Sabe usted cómo localizarle? ¿Tiene su teléfono?

– Sí, pero lo tengo anotado en mi móvil. – repuso inmediatamente Sandro. – Si quiere me acerco a mi casa y les llamo, no me lo sé de memoria.

Sandro se conocía de memoria ambos números de teléfono de Pablo, fijo y móvil, era de las pocas cosas que recordaba de memoria, pero quería una excusa para irse. Se alegró de no decir lo que pensaba, estuvo a punto de preguntar para qué quería su número si el teléfono de su amigo

estaba en casa de Natalia. Estaba claro que eso era lo que buscaba aquel policía, tantearle e intentar dejarle en evidencia. Aunque tuviesen el número del móvil de su amigo, no les serviría para localizarlo, ya que esa era precisamente una de las pruebas que Natalia había falseado en su casa, el teléfono que se llevó de su amigo. El policía le miró durante unos segundos, no iba a sacar nada más de ese hombre, así que aceptó a que le llamase más tarde y le facilitase los números de Pablo. Ahora Sandro necesitaba alejar a su amigo de aquel lugar.

Percibió que Natalia se iba junto a un policía, mientras ella le explicaba algo con cara de preocupación. Instintivamente, siguió con la mirada el culo de aquella mujer que le había impactado físicamente el día anterior, y ante la que ahora no se iría a la cama ni borracho. “Menudo peligro de mujer”, pensó. Observó que subía sola a su coche, su flamante Audi A5. Dedujo que debía dirigirse a la casa rural, vería a Germán muerto, y acusaría a Pablo de asesinato. Y al no encontrar a su amigo en la casa, sin duda aceleraría todo el proceso. Para colmo de males, aparecería cerca de la casa el coche de su amigo, que se había quedado oculto entre unos árboles. Sería otra prueba más, prueba que ellos le habían regalado al repertorio que ya disponía aquella mujer. Todo pintaba muy mal. Regresó hacia su coche, y entró en su Peugeot 207. Pablo seguía escondido y Cali se estaba portando como un campeón. Arrancó el coche y se fueron de inmediato, no era prudente permanecer en aquel barrio durante más tiempo. Otro coche que estaba aparcado unos 300 metros detrás, también puso en marcha su motor y les seguía a distancia.

Era un Mercedes Berlina clase S.

Capítulo 16.

Sábado 6 de julio de 2013. 04:30 a.m.

Los ocupantes del Mercedes habían visto llegar el coche de Sandro con su amigo al lado. Mariano contemplaba satisfecho la pantalla de su teléfono, que mostraba la foto de Pablo. Se la había facilitado su hijo George mediante el Facebook. Gracias a eso, pudieron saber que el copiloto era el hombre que había hablado con Matías, Pablo Canteras, y que tenía el teléfono que perseguían.

Mariano volvía a sonreír, necesitaban el teléfono que tenían esos chicos y evitar que se descubriese el video que les podía delatar.

En el interior del Peugeot, el nerviosismo iba creciendo.

– Joder con tu vecina, tío. Tendrá un buen culo, pero tiene una mala baba que para qué contarte. Y pensar que me la quería ligar. Esa es capaz de hacer una sopa conmigo. ¿De verdad que nunca habías visto nada raro en ella?

Pablo se había reincorporado en el asiento, y no cesaba de mirar a todas partes, temiendo ver aparecer algún policía. Sin duda le buscaban, aunque todavía no podían acusarle de nada. Pero si le retenían unas horas, sería suficiente para que Natalia hubiese denunciado el asesinato de su marido, que supuestamente lo habría encontrado en su casa rural. Natalia se sorprendería de no encontrar a Pablo, pero eso tampoco frenaría sus planes. ¿Cómo demostrar que todo era una trama de su vecina? A lo mejor en el teléfono de Germán se podía demostrar algo. Pero de momento no lo sabía, y tenía que evitar que lo capturase la policía. Recordó la conversación que había tenido con Natalia la tarde anterior, cuando le dijo que había estudiado para actriz. Sin duda sacó provecho a esos estudios. Le había engañado a él, y ahora estaba engañando a la policía.

– Vamos a tu casa, dame algo de ropa, y compra gafas de sol, gorros, cualquier cosa que sirva para camuflarme. Y vámonos lejos de aquí mientras podamos. Joder, vaya marrón. No tengo ni idea de cómo salir de esta – dijo Pablo tapándose la cara con las manos.

– Quizá si vamos a la policía y se lo explicas, ellos tengan alguna forma de comprobar tu versión.

– ¿Y si no es así? Me encerrarán, y estaré bien jodido, – miró a su amigo y bajó el tono. – Joder Sandro, y tú te estás pringando de lo lindo. Si nos pillan diré que me has encontrado, que me convenciste, y que me llevabas a la comisaría de policía. Bastante hay con un pringado, como para que a ti también te jodan.

– Oye tío...ya sé que soy un torpón, y que meto la pata muchas veces, pero yo nunca le fallo a mis amigos.

Los ojos de Pablo se humedecieron, y solo pudo decir una entrecortada palabra.

– Gracias...

Pablo miraba a todas partes, y también al espejo retrovisor exterior de su lado. En él vio un coche que le resultaba familiar. Intentó recordar dónde lo había visto antes. Era un Mercedes bastante lujoso. De repente lo recordó y se sobresaltó. Lo había visto la noche anterior al salir en busca de la casa rural de Natalia. Pero no les conocía de nada. Natalia le había nombrado tres hombres que le buscaban para recuperar el teléfono de Germán. ¿Serían esos hombres?

– Sandro, gira a la derecha – dijo repentinamente.

– Pero si no es por ahí...

– ¡Ya lo sé! – interrumpió bruscamente Pablo. – Quiero probar algo. Y luego gira a la izquierda hasta regresar a esta misma calle.

Efectivamente, el Mercedes les siguió. ¿Para qué iba un coche a realizar la misma absurda maniobra, para inmediatamente regresar a la misma calle, si no era porque le seguían? ¿Quiénes eran? No eran policías, eso parecía evidente, de serlo ya hubiesen informado de su ubicación y le hubiesen capturado.

– Tienes que librarte del Mercedes que nos está siguiendo.

– ¿Qué nos sigue un Mercedes? – dijo Sandro sorprendido. – ¿Por qué? ¿Y cómo lo esquivo?

– Sandro, tú conoces el barrio, ellos quizá no, seguro que puedes hacerlo.

Dada la incertidumbre que predominaba en Sandro, decidió hacerle caso. Aceleró en la Avenida del Port y el Mercedes conducido por Matías tuvo que acelerar también, ralentizó la marcha para que el vehículo perseguidor se pegase, y giró repentinamente a la derecha. Matías no tuvo tiempo de frenar, intentó dar marcha atrás para seguirle pero tenía varios coches detrás que lo impedían. Aunque era sábado, a esa hora se incorporaban a su trabajo muchas personas que trabajaban en un polígono cercano, lo que favoreció al bloqueo del coche de los tres hombres. Sandro se dirigió al centro por la Avenida del Mar, hasta llegar a su casa. Había logrado darles esquinazo. Entró en el parking subterráneo del edificio, aparcó y subieron a su piso.

Una vez dentro, se sentaron en el sofá, e intentaron poner en orden sus ideas. En poco tiempo, Natalia avisaría que había encontrado el cadáver de su marido en la casa rural. Previamente habría vestido la escena del crimen a su conveniencia. Pablo era inocente, pero dudaba poder demostrarlo. Natalia había elaborado todo ese montaje con meridiana premeditación, pero de momento no había logrado su objetivo principal, el teléfono. Inculparía a Pablo de un crimen que cometió ella, pero no tenía la información que buscaba. Sandro cogió un cargador de móvil, y pusieron en marcha el teléfono de Germán. De nuevo, el teléfono solicitaba un PIN.

– ¿Qué hacemos Pablo? Podríamos probar el que te dije en el camino. Quizá Cobi son números de algún modo. Si es el número del abecedario, sería el 31529.

– Pero Germán cerró la mano indicando un número con sus dedos, el cuatro, – dijo Pablo algo alterado. – Eso debe de significar el número de cifras del código, y el número que sugieres tiene 5.

Decidieron empezar con la primera prueba, y Sandro empezó a introducir números. Pulsó el 3, luego el 1, siguió con el 5, el 2, y se miraron antes de introducir el 9. Asintieron a la vez, pulsó el 9, y el “OK”, a la espera de comprobar el resultado.

El teléfono devolvió el mensaje de “PIN incorrecto”.

Ambos sudaban del nerviosismo, necesitaban acceder al teléfono. No sabían si eso les ayudaría, pero no tenían otras opciones para intentar encontrar respuestas.

– Vamos a ver. Hay que pensar un poco más. – Pablo hablaba con disimulada calma, aunque sabía que se jugaba mucho. Se levantó y dio cortos paseos de un lado a otro de la salita, intentando pensar mejor – Está claro que son números. En caso contrario hubiese salido el teclado alfabético. Germán señaló el poster de la mascota de las olimpiadas de Barcelona. Igual tiene que ver con la ciudad de Barcelona. Si su PIN tiene que ver con ese poster, tiene que ser de algo más evidente, no algo tan rebuscado como relacionar letras con el orden del abecedario.

– El autor de Cobi, fue Javier Mariscal, un valenciano. Podríamos buscar información sobre él – sugirió Sandro.

A Pablo le entusiasmó la idea. Se conectaron a internet con el ordenador de Sandro y buscaron en Google a Javier Mariscal. De los resultados de la búsqueda, decidieron entrar en la Wikipedia. Leyeron “Javier Errando Mariscal (Valencia, 9 de febrero de 1950) es un reconocido diseñador multidisciplinar español. Desde 1970 vive y trabaja en Barcelona.”

– ¡Claro, eso es! – Sandro estaba eufórico. – Puede que sea la fecha de nacimiento del creador de Cobi.

– Pero también puede ser la fecha del año en que se fue a vivir a Barcelona, que es donde se celebraron las olimpiadas. – Pensó que se habían precipitado en la primera prueba que hicieron. Era demasiado rebuscado y habían perdido una oportunidad, y no sabían cuántas tendrían. Pero no iba a recriminarle nada a su amigo después de todo lo que estaba haciendo por él. – Una fecha de un año tiene 4 números. Tiene que ser eso.

– Si, pero ¿Cuál? ¿Cuál tiene más relevancia?

“¿Cuál tiene más relevancia?” Esa pregunta se quedó grabada en la mente de Pablo. Si era algo sobre Cobi y era una fecha, debería ser la más lógica, la que tuviese más relevancia. Una fecha relevante. ¡Claro! ¡Tenía que ser eso! ¿Qué podía ser más relevante? Se dejó caer en el sofá, y cogió el teléfono. Introdujo 4 números y esperó el resultado. El escritorio del sistema del teléfono se activó. Por primera vez en muchas horas, Pablo estaba eufórico. Miró a su amigo que también lo estaba, y sus ojos pedían una explicación.

– Era lógico. – Pablo hablaba con modestia, pero sus ojos reflejaban una enorme satisfacción. – La fecha más relevante es la fecha de las olimpiadas para la que se diseñó la mascota. 1992.

Tras unos segundos más de euforia, decidieron serenarse. Era muy importante poder acceder al teléfono de Germán. Pero todavía no sabían hasta qué punto la información que encontrasen les podría ayudar. El aparato empezó a emitir unos pitidos, mensajes de llamadas perdidas y de mensajería instantánea. Pablo empezó por comprobar los mensajes y vio que tenía instalada la aplicación WhatsApp. De repente sospechó algo. Abrió el programa WhatsApp y vio un mensaje que consistía en unos emoticonos, unas caras sonrientes. Lo que le asustó fue averiguar de quien provenían. Le mostró la pantalla a su amigo, con visible preocupación

– ¡Mierda, es un mensaje de Natalia! ¿Sabes qué significa eso Sandro? Pues que ahora ella sabrá que lo hemos recibido, y por lo tanto sabrá que hemos puesto en marcha el teléfono.

– ¿Cómo puede saber eso? – preguntó Sandro.

– Cuando envías un mensaje con éste programa, si tu teléfono lo ha enviado, sale esta marca o “tic” que hay aquí. – Se lo enseñó. – Pero cuando el otro teléfono lo ha recibido, en lugar de una, salen 2 marcas. Eso solo significa que ella ha enviado este mensaje entre anoche y ahora. Querría asegurarse si el teléfono estaba operativo o no. Ahora habrá recibido el segundo “tic”, porque el mensaje acaba de entrar en este teléfono, y sabrá que hemos logrado ponerlo en marcha.

– Pero no sabe dónde estamos. – repuso Sandro, con intención de tranquilizar un poco a su amigo.

– No estés tan seguro. Hay aplicaciones que dicen a tus círculos de amigos dónde estás. Así que mejor démonos prisa, por si acaso. Lo primero es acceder a su correo. Si tiene la cuenta configurada aquí, no necesitamos saber su contraseña.

Dedicaron unos minutos a comprobar su correo, había información interesante, y documentos adjuntos que no pudieron abrir a través del móvil. Pablo descargó los que parecían más interesantes en la tarjeta de memoria del aparato. No se fiaba de reenviar nada a su cuenta de correo por si la policía la intervenía. Además, Natalia tenía su teléfono y Pablo no usaba bloqueo de pantalla, por lo que ella podría acceder a su correo electrónico. Pero el último correo recibido por Germán era un video, y decidieron verlo. A pesar del ligero tostado de su piel motivado por el clima veraniego, se quedaron pálidos.

En el video se apreciaba una sala muy particular, ambientada con enormes tapices y estatuas, que dejaban patente reflejar un pasado de varios siglos atrás. Se veían 2 hombres armados con pistolas, que le pedían algo a otro hombre bastante mayor. El anciano parecía obedecerles, abriendo un cajón desde el otro lado de una enorme mesa de madera bien cuidada. Pero del cajón sacó lo que parecía una pistola antigua, apuntó a sus atacantes, pero estos le dispararon primero. El anciano cayó hacia atrás disparando al aire. Mientras se desplomaba, le dio tiempo a pulsar algo de un ordenador portátil que tenía sobre la mesa. Era el video de un asesinato. Pablo reconoció a los atacantes. El que disparó era el que conducía el coche que le había estado siguiendo. Su acompañante le sonaba más porque tenía un pequeño corte en la cara. Lo había visto anoche en el mismo coche, cuando salía hacia la casa rural de Natalia.

Capítulo 17.

Sábado 6 de julio de 2013. 05:30 a.m.

Charles recibió a la policía y les acompañó hasta la sala donde se encontraba el cadáver de su padre. Estaba muy afectado, pero intentó mantener la compostura en todo momento. La casa era muy lujosa, y estaba algo apartada del resto de viviendas de la zona. Un policía se percató de una cámara que había en una esquina. Era quizá lo único de aquella habitación que no parecía tener más de doscientos años. El policía le preguntó a Charles por esa cámara.

– Es una cámara IP. – Le dijo. A pesar de la seriedad de Charles, hablaba con serenidad. Sin duda, había sufrido una enorme impresión, pero estaba demostrando mucha entereza y saber afrontar las situaciones adversas. – Esta casa tiene un sofisticado sistema de seguridad, pero por algún motivo, quien entró sabía cómo desconectarlo. Todo el sistema de seguridad estaba conectado entre sí. Pero esa cámara es una cámara sin cables, transmite a través de WIFI, se puede gobernar desde cualquier ordenador, y es independiente del resto del sistema de seguridad de la casa. Mi padre la tenía en esta sala porque este era su santuario, y no dejaba que el control del mismo fuese sólo controlado por sistemas de otras personas. Pero esa cámara IP estaba normalmente enlazada a un ordenador portátil, que ha desaparecido.

– ¿Y qué había en ese ordenador portátil? – preguntó un policía.

– Mi padre tenía el programa de la cámara IP preparado para, si era necesario, enviar la grabación de video a una dirección de correo electrónico. Pero no se a cuál. Es posible que la cámara grabase algo, pero no puedo estar seguro. No sé si habría algo más que pudiese ser relevante.

Charles había vuelto a ocultar la caja de seguridad que escondía un enorme cuadro, antes de que la policía se presentase. No quería que nadie tuviese acceso a lo que había en su interior. Ni si quiera la policía. Otro policía se acercó, y habló con su compañero.

– Ha aparecido un cadáver en una casa rural, cerca de Betxí, y con una enorme herida de arma blanca en un costado. Se trata de Germán Gonzáles Murillo. Lo ha descubierto su mujer. El sospechoso principal es un tal Pablo Canteras, que además resulta ser su vecino.

Charles escuchó la conversación y, aunque lo disimuló, se quedó helado. Conocía a Germán. Alguien le había matado, y también alguien mató a su padre. No era difícil suponer debía haber alguna relación entre los dos crímenes. Había decidido dejar de utilizar un tesoro para beneficio propio, y usarlo para ayudar a gente que lo necesitase, pero de momento, solo estaba provocando desgracias. Le invadió una sensación de culpa. Sospechaba que Mariano podría tener algo que ver con lo que le había sucedido a su padre, pero no tenía pruebas para estar plenamente convencido. No le gustaba ese hombre, y ya le había visto en alguna ocasión como se aprovechaba de la ingenuidad de su padre, para hacerle preguntas indiscretas sobre su pasado. A su padre le gustaba mucho hablar. Demasiado. Pero no relacionaba el nombre que había mencionado el policía. Pablo Canteras. ¿Quién era? ¿Qué podía tener que ver en esto?

Intentó relajarse y poner en orden sus ideas. Alzó la vista y sus ojos se clavaron en un enorme cuadro de Eduard Teach, nacido en 1680.

Aunque su nombre no significaría nada para la mayoría de gente, era el símbolo más representativo de la edad de oro de la piratería, y se le conocería sobre todo por su apodo. Barbanegra.

Era un obseso de la imagen. Pretendía ganar sus combates ayudado por el miedo, provocando en muchas ocasiones la rendición de sus víctimas antes de tener que atacar. Para muchos historiadores, no hay reseñas de que Eduard Teach matase nunca a nadie. Prefería dejar que su tripulación fuese quien saquease y se apoderase del botín. Su principal arma era el miedo, con su enorme tricornio vestido con plumas enormes, innumerables sables, cuchillos y pistolas. Pero sobre todo, le caracterizaba el cáñamo y fósforos tejidos en su sombrero o su ropa, para encenderlos durante la batalla y aparentar ser el mismo diablo. También era muy astuto, llegando a abandonar en una isla a 300 de sus hombres tras simular un accidente, destrozando dos de sus cuatro barcos, para así no tener que repartir el botín entre tantas personas. Recordó una de sus acciones más sorprendentes, y que consolidaban más la teoría de que no era tan fiero como lo pintan. En 1718 rodeó el puerto de Charleston con su nave Queen Anne's y otros 4 bajeles. Secuestró algunas personalidades importantes y pidió un rescate inédito. Medicinas. Se las proporcionaron, y, sorprendentemente, Eduard Teach devolvió a los prisioneros y se hizo a la mar. A pesar de ello, el gobernador de Virginia mandó 2 balandros a por Barbanegra, al mando del teniente Robert Maynard. La superioridad de 3 a 1 derivó en la captura de Eduard Teach, que recibió 5 balazos e innumerables heridas de arma blanca. Le cortaron la cabeza para así demostrar su captura, y lanzaron el cuerpo al mar.

De ahí salieron algunas leyendas, como la de que el cuerpo del pirata sin cabeza, dio unas 20 vueltas a la nave antes de hundirse, y que, en el lugar, a veces aparece el fantasma del cuerpo del pirata buscando su cabeza.

Charles regresó a la realidad cuando sonó su teléfono. Sus ojos casi se salen de sus cavidades cuando vio quien le llamaba. Era Germán. ¡No podía ser! Un policía acababa de decir que estaba muerto. Vio que algunos policías le miraban mientras el teléfono que sostenía continuaba sonando. Intentó disimular su sorpresa, movió la cabeza como pidiendo una disculpa y abandonar un momento la sala. Su confusión le empujaba a ser prudente. No sabía si sería adecuado decir a la policía quien le estaba llamando. Se inventó una excusa.

– Disculpen, es la familia. Necesito intimidad para explícales lo que ha sucedido.

El policía al que se había dirigido asintió con la cabeza, y Charles salió de la sala.

Contestó el teléfono.

Capítulo 18.

– ¿Charles?

– Sí, soy yo. ¿Quién eres?

Al otro lado del teléfono se encontraba Sandro, hecho un flan. Habían encontrado en la agenda del móvil de Germán el número de Charles, y fotos que les permitieron reconocer quien era, por lo que consideraron que era la última esperanza que tenían para recibir algo de ayuda.

– Verás, es una larga historia. Larga y complicada. Por favor, tenemos que vernos. Hay un lío tremendo, y quizá seas el único que puede ayudarnos. Sabemos que han matado a tu padre y tenemos un video que demuestra quien lo ha hecho.

Charles escuchaba atónito. ¿Un video? ¿Quién le llamaba? No era Germán. Pero sabían que a su padre lo habían asesinado. ¿Sería el asesino quien llamaba? Miró de reojo y se aseguró que ningún policía le estuviese escuchando.

– ¿Dónde está el dueño de ese teléfono?

– Está muerto. Le han asesinado también, y quieren cargarle el muerto a otro. Por favor, tenemos que vernos. Todo es una conspiración por un puto tesoro pirata. Por favor. Mi nombre es Sandro, y estoy en Castellón. No diga nada a la policía. ¡Por favor!

Charles dudó, aunque percibió que la voz que le hablaba denotaba desesperación. Pero en su interior algo le empujaba a la necesidad de comprobar si era cierto lo que ese hombre le explicaba. Por otra parte, tenía opción de comprobarlo sin correr demasiados riesgos. Poseía una casa cerca de Tarragona, donde podía controlar desde dentro a cualquiera que se acercase. Decidió que valía la pena intentarlo, y así poder arrojar algo más de luz ante toda esa situación. Le dio a Sandro la dirección donde debían encontrarse, y la hora. Colgó el teléfono y regresó a la sala donde se estaba ya realizando el levantamiento del cadáver.

Sandro colgó el teléfono, y con cara optimista se dirigió a su amigo.

– Pablo, nos vamos a Tarragona. Esta noche nos recibirá Charles en su casa.

– Tendremos que dejar a Cali en alguna parte, no podemos llevarlo con nosotros. – repuso Pablo, mirando con cara de lástima a su perro.

– Lo dejaré en casa de Jorge “el cabezón”, tú quédate aquí. En breve sabrá que estás en busca y captura. Le diré que fui a recoger a tu perro y que he de dejarlo en alguna parte. Seguro que no pone problemas. Así le diré que intente posponer lo de la entrevista de trabajo.

Sandro cogió a Cali y se bajó hacia el parking del edificio, para salir en dirección a la casa de Jorge, a quien le explico que no sabía nada de Pablo, y Cali llevaba un día solo en su casa. No quiso comentarle nada del lío en que estaba metido. Le pidió que se quedase con Cali, y Jorge aceptó. Sin duda creería que sólo se trataba de unas horas.

Poco después se dirigió a una de las numerosas tiendas de suvenires y productos, que a pesar de la crisis, estaban repletas de turistas. Compró una imitación de sombrero de paja, muy común entre los turistas en verano para protegerse del sol. También compró 2 pares de gafas de sol en un bazar, y una peluca morena en una tienda de estética.

Por su parte, Pablo esperaba pacientemente con sus frecuentes reflexiones, indignado también por el comportamiento de su ex jefe, al que había llegado a apreciar bastante, pero del que ahora se avergonzaba enormemente.

“Me ha despedido solo para follarse a esa mujer”, pensó cada vez más indignado. “Unos cuantos polvos tienen más valor que la vida profesional de una persona”. Pero también sabía que su ex jefe no era el culpable principal, solo un aprovechado de las circunstancias.

Le daba la razón a los argumentos de su amigo Sandro sobre la injusta desventaja social de la clase trabajadora. Siempre le comentaba que era lastimoso que se permitiese despedir sin causa. En algunos países, el despido era incluso más barato, pero si no había causa demostrable, era el trabajador quien decidía si era indemnizado o regresaba a su puesto de trabajo. Pero aquí no, aquí decidía el empresario, y solo existía un precio, no un motivo. Daba igual si trabajabas bien o no, si querían se deshacían de ti, pagando una indemnización cada vez menor, para que ni si quiera mantenga el carácter disuasorio para el que se había creado.

Sandro repetía constantemente que la dictadura no había desaparecido en su país, sólo habían cambiado las formas. Decidió no seguir dándole vueltas al tema, y evitar que su indignación social agravase todavía más su estado de ánimo. Bastantes problemas tenía ya.

Natalia se encontraba en la comisaría de policía declarando. Sus dotes de actriz le estaban ayudando mucho. Entre constantes llantos, le explicaba a la policía su versión.

– Les llamé de nuevo cuando encontré en casa objetos que no reconocía. El teléfono azul no lo había visto antes. Y bajo la mesita que hay frente al sofá había un vaso con bebida. Mi marido nunca dejaba vasos por medio.

– Hemos encontrado restos de un mechón de pelo en el sofá, posiblemente de alguna disputa. – le informó uno de los policías. – Vamos a comparar el ADN con el vaso, y las huellas dactilares del vaso, cuchillo y teléfono.

Natalia simulaba que le costaba hablar. Llevaba un vestido sencillo y formal, que había elegido cuidadosamente. Por su trabajo, conocía las reacciones de los policías, y sabía que se fijaban mucho en los detalles de las personas, comportamientos, forma de vestir, gestos... y no cesaba de secarse las lágrimas que recorrían constantemente sus mejillas. Algunos de los policías ya le conocían, habían coincidido en el juzgado en algunos de los casos que había defendido como abogada.

– Cuando me dirigí a la casa rural, me entró el pánico cuando vi cerca, casi escondido, un coche que me resultaba familiar. Entré en la casa sin saber realmente a quien pertenecía aquel coche. Cuando vi a mi marido...

Arrancó a llorar de modo inconsolable y se tapó la cara con las manos, a la vez que el policía, que permanecía de pie junto a ella, le postraba una mano en el hombro con ánimo de consolarla.

– Cuando me dijeron a quién pertenecía el coche, no podía creerlo, – continuó Natalia y los gestos de sus manos detonaban incredulidad. – Mi vecino parecía una persona normal, pero las últimas semanas me saludaba diferente. Parecían insinuaciones, y mi marido estaba algo molesto por ello. Una vez incluso les vi discutir, pero con los días creí que sería un simple mal entendido. Justo ayer por la tarde estuve en su casa para agradecerle que viniese a la mía cuando me asusté al no encontrar a mi marido y ver sangre en el sofá.

– Señora, – le dijo el policía cruzándose de brazos frente a ella – normalmente, los peores asesinos son gente que nunca antes han dado indicios de serlo. El presunto asesino parece haberse dado a la fuga, lo que puede parecer un claro signo de culpabilidad. Este tipo de personas suelen estar cerca de la escena del crimen, incluso después de cometerlo. Sin duda simuló querer

ayudarla, para sencillamente garantizarse que todo iba bien. Nosotros nos ocuparemos de todo, si necesitamos algo le avisaremos. Váyase a casa y descanse.

Natalia se levantó lentamente, y un policía le acompañó hasta la puerta. La cara de Natalia era todo un poema. Saludó con una leve inclinación de la cabeza y expresión de desconsuelo a un policía que estaba de pié en la puerta, y salió. Caminó por la acera alejándose de la comisaría. Lentamente, la mueca de su boca fue tornándose en una disimulada sonrisa.

Capítulo 19.

Sábado 6 de julio de 2013. 10:30 a.m.

Sandro regresó a su piso, y mostró a Pablo el material que había adquirido. Su amigo estaba todavía manoseando el teléfono de Germán.

– ¿Qué estás buscando? ¿Has encontrado algo más en el teléfono?

– No, solo estaba cambiando algunas cosillas de lugar, por si acaso...acuérdate luego de colocar en el navegador GPS del teléfono la dirección a la que nos dirigimos, en Tarragona. ¿Qué me has traído?

Pablo se puso ropa de Sandro, ya que afortunadamente eran de una corpulencia similar. Se colocó la peluca. Su pelo natural era castaño claro, así que con la peluca morena lo disimularía. Se puso también unas gafas de sol y el sombrero. Estaban cansados, no habían dormido en toda la noche. Pablo cogió una mochila que habían preparado y se dirigieron a la puerta, allí se detuvieron y se miraron unos segundos. No dijeron nada, pero no era necesario. Sabían que se encontraban en un buen lío, sobre todo Pablo. Sandro sabía que si les descubrían en el viaje, no tendría excusa y sería cómplice de ayudar a escapar a un presunto asesino. Pero estaba dispuesto a correr ese riesgo por su amigo. Siguieron manteniéndose mutuamente la mirada unos segundos más, y finalmente se fundieron en un fraternal abrazo, se dieron unos golpecitos de ánimo y salieron en dirección al ascensor.

Natalia había llegado a su casa, y consultó su teléfono móvil para poner en marcha una aplicación. Su rostro reflejaba una profunda satisfacción. “Las aplicaciones actuales son una maravilla” pensó. Miraba con interés un programa donde, a través del GPS, se podía localizar la situación de otro terminal en un mapa. Su marido y ella lo tenían instalado para poder saber dónde estaban en cada momento. Con frecuencia practicaban de forma consentida el cambio de pareja para tener sexo, y a veces, cada uno de ellos estaba con su nueva pareja en lugares diferentes, así que por precaución querían estar localizables. Salió de la casa y se dirigió a su coche para ponerse en marcha.

Sandro y Pablo circulaban por la autopista AP- 7. Eran las 11 de la mañana, y habían quedado con Charles a las 10 de la noche, así que tenían tiempo de sobra. Buscaron un área de servicio a mitad de camino donde parar a descansar. Prefirieron hacerlo así, y salir cuanto antes de Castellón. Afortunadamente no habían encontrado ningún control de policía en su camino. El teléfono de Sandro no disponía de GPS, por lo que utilizaban el de Germán. Se detuvieron en un área de servicio entre Peñíscola y Vinarós. Aparcaron el coche, y decidieron dormir un rato para recuperar fuerzas. Tras tres horas de reparador sueño, salieron del coche y entraron en el restaurante para comer algo.

Pablo se sentó en una mesa apartada, mientras Sandro iba a buscar unos bocadillos y unos refrescos. Pablo aprovechó su momento de intimidad para reflexionar un poco y pensó en todo lo que había sucedido las últimas 24 horas. Siempre se pensaba todo antes de hacerlo, eso le hacía acertar muchas veces y dar una imagen de seguridad ante los demás que realmente no merecía. “Tanto pensar las cosas y mira en qué lío me he metido” pensó. Pensó también que no tenía que haber ido a casa de su vecina, no tenía que haberla invitado a entrar en su casa cuando le visitó por la tarde. No debió ir a buscar a Natalia a su casa rural ¿Qué más daba si Jorge no le localizaba ese día? Tenía una buena excusa. Había perdido su teléfono. Lo entendería y quedarían otro día. Todo lo había hecho mal, y maldecía su ignorancia. Sandro regresaba con los bocadillos y las bebidas, observando de reojo a su pensativo amigo.

– ¿Ya estás comiéndote la cabeza otra vez?

Puso el tentempié en la mesa y se sentó frente a su amigo.

– Macho, entre el disfraz de guiri tonto, y tu cara de preocupación, no te ligarías ni a la puta más fea de España, esa que dicen que morirá virgen.

Sandro se rió de su propio chiste, pero su amigo permanecía serio. Observó que elevaba la mirada, y repentinamente sus ojos denotaron sorpresa, y no parecía una sorpresa agradable. Se giró lentamente, asustado, esperando ver a alguno de sus perseguidores, pero no había nadie. Volvió a mirar a su amigo, intrigado, y siguió la dirección del lugar donde apuntaban sus ojos. Estaba mirando un televisor que había en una de las esquinas del restaurante.

Sandro compartía casi todo con su amigo, tanto que le convenció meses atrás para que se crease una cuenta de Facebook. Así podría compartir más cosas en cualquier momento. Entraba tantas veces en su muro que sabía qué foto de perfil usaba en todo momento su amigo, y esa misma foto era la que ocupaba toda la pantalla del televisor. Bajo la foto se leía un texto. “Presunto asesino a la fuga”. Un poco más abajo del texto, se exhibía un teléfono de contacto para comunicar cualquier información sobre la persona que se buscaba.

Se miraron sin saber cómo reaccionar durante unos segundos.

– Cámbiate de sitio. Ponte en el mío. – Le dijo Sandro en voz muy baja. – El restaurante está casi vacío y así les das la espalda a los pocos clientes que hay.

Pablo se levantó con disimulo, mirando de reojo a las pocas personas que se encontraban en el local. Una vez ocuparon sus nuevas ubicaciones, esperaron que la imagen con la foto de Pablo desapareciese del televisor. La imagen se esfumó a los pocos segundos, pero a ellos ese tiempo se les hizo eterno. Sandro miró a los clientes que tenía a la vista para comprobar si alguno sospechaba algo. Una vez percató que nadie se fijaba en ellos, sobre todo un guardia de seguridad que había en la puerta, se relajaron un poco, pero Pablo no pudo evitar una reprimenda para su amigo.

– Te dije que no me gustaban las redes sociales. Solo dan problemas.

– ¿Qué dices? Si todo el mundo las usa. Así comparten sus experiencias, sentimientos... Hay millones de personas en las redes sociales. No creo que haya tanta gente tonta.

– ¿Qué no hay gente tonta? ¿Qué no hay gente tonta? ¿Tú crees normal lo que hace tanta gente? – Puso voz burlona para intentar ridiculizar algunos textos típicos que se solían compartir en las redes sociales. “Hoy he salido de fiesta con mi prima” “Estoy de vacaciones en el caribe” “No vuelvo hasta el martes”. – Joder Sandro, que solo les falta decir que hay una llave debajo del felpudo para facilitar que los cacos entren a sus anchas mientras están fuera.

– Pero para eso puedes configurar que sólo lo vean tus amigos. – Repuso Sandro, molesto con los comentarios de su amigo. Sandro usaba las redes sociales, sobre todo para ligar. Había logrado muchos encuentros gracias a ello, por lo que no entendía cómo algo que a él le iba tan bien, le podía parecer mal a nadie.

– Si, seguro que todos lo hacen. – Prosiguió Pablo manteniendo un tono burlón. – ¿Sabes que incluso han despedido a gente por pillarles mandando mensajes en Facebook, diciendo que se lo están pasando genial en la playa? Gente tan tonta que horas antes se habían ido del trabajo con la falsa excusa de que se encontraban mal.

– Bueno, ellos se lo habrán buscado. Si son legales y solo muestran fiestas justificadas, no tienen por qué avergonzarse. Después de todo, tú eras libre de decidir hacerte una cuenta. No sé por qué le pones tantas pegadas a las redes sociales.

– Lo sé... – Pablo relajó su tono. No quería culpar a Pablo. Realmente sabía que él no tenía la culpa. Dio un bocadillo a su bocadillo de queso y prosiguió con más calma. – Lo siento. Todo esto me pone muy tenso. Es que creo que las redes sociales las carga el diablo. Tú imagina que existieran hace 50 años. Con los rastros que son algunos políticos, buscarían todas esas tonterías de adolescentes para desprestigiarse unos a otros. En este país hay tanta ignorancia que la gente se decanta antes por chorradas así para formarse una opinión de alguien, que por informarse de lo que hace cada uno realmente. Y eso puede darse dentro de unos años. Son adolescentes de hoy, quienes dirigirán el país en el futuro, aunque no lo sepan.

– En eso tienes razón, – admitió Sandro. Hizo una pequeña pausa mirando la peluca de su amigo. – Oye, te deberías colocar bien esa peluca. Está torcida y muy seca, no parece pelo natural. Y no estará de más mojártela un poco. Termina el bocata y antes de irnos pasamos por el servicio y te la adecentas un poco.

Terminaron su tentempié, y ambos se dirigieron al servicio de caballeros intentando no dar la cara ante ninguna de las escasas personas que ocupaban en el local. Contaron un total de 6 clientes, una señora que leía una revista sentada en una mesa, una pareja joven comiendo y charlando en buena sintonía, y 3 hombres en la barra del bar debatiendo airadamente sobre su equipo de fútbol. Bajaron unas escaleras, y al final del pasillo se encontraban los servicios de caballeros y de señoras. Tras comprobar que no había nadie dentro, Sandro se quedó fuera para asegurarse que no entrara nadie mientras Pablo se colocaba bien su disfraz. Oyó un ruido e intuyó que alguien se acercaba. Comprobó el pasillo y vio acercarse a alguien. Era una mujer que iba al servicio, leyendo una revista. Se tranquilizó, lo que le preocupaba era que alguien entrara en el servicio de caballeros, y pillase a Pablo arreglándose la peluca. Sobre todo si habían visto las noticias con su foto. La mujer se acercó y apartó la revista de su rostro.

– Hola Sandro.

Sandro dio un respingo. Era Natalia. ¿Cómo les había encontrado? Esa mujer parecía bruja, a pesar de su buena apariencia. Se dirigió a Sandro a la vez que golpeaba levemente la puerta del servicio de caballeros con la punta de sus dedos. Sin duda les había visto dirigirse hacia allí. Dobló la revista haciendo un cilindro, y dio unos golpecitos en el hombro de Sandro.

– Tu amigo quedaba muy bien en la foto de la tele. Seguro que el guardia de seguridad de la puerta lo encuentra muy interesante. – Como ya esperaba, Sandro no sabía qué contestar. Ella se cruzó de brazos y tras dibujar una tenebrosa sonrisa en su boca, le habló con tono seguro, mostrándole un mapa en la pantalla de su teléfono móvil. – ¿Lo ves? Estáis aquí, en medio de la autopista.

En el mapa se podía apreciar su ubicación gracias al GPS, y justo en el lugar donde se encontraban, se resaltaba en el mapa del teléfono la foto del perfil de Germán. Sandro maldijo haber utilizado el GPS del móvil de ese hombre. Gracias a eso, Natalia les había localizado. Ella había llegado mientras ellos se recuperaban de su cansancio en el interior de su Peugeot. Les estuvo observando disimuladamente, sin dejarse ver. Y cuando se dirigieron al servicio, decidió ir a por ellos.

– Tenéis algo que yo quiero, si me lo entregáis, me iré sin dar el aviso. – Levantó un poco el tono y dirigió su voz a la puerta del servicio de caballeros. – ¿Me has oído, Pablo?

Esperó unos segundos, mientras intercambiaba algunas miradas con Sandro. Desvió su mirada cuando oyó el sonido que emitía la maneta de la puerta al comenzar a girar lentamente. Pablo salía lentamente del servicio con el teléfono de Germán en una mano, y con la otra estaba pulsando el botón de encendido. Había oído la conversación, y no se fiaba de Natalia. ¿Quién le aseguraba que después de tener el teléfono no les delataría? Ya no les necesitaría para nada. Sólo se le ocurrió una posibilidad de salir de allí, y lo iba a intentar.

– ¿Buscas esto? – Pablo le hablaba con timidez pero intentando aparentar seguridad. – No sé qué es lo que tanto te interesa de este teléfono. Pero si de verdad hay algo, necesitaras encenderlo...e introducir su PIN de desbloqueo.

Pablo no estaba seguro si Natalia conocía el PIN del teléfono de su marido, pero esperaba que su jugada funcionase. La miró fijamente esperando su reacción, mientras sostenía el teléfono de Germán, mostrando la pantalla que iniciaba el arranque del sistema. A pesar de que su tembloroso brazo le delataba, notó un gesto de desconfianza en ella. Estaba erguida para aparentar que tenía la situación controlada, pero no dejaba de mirar la pantalla del teléfono. El proceso de arranque finalizó, y el teléfono mostraba la solicitud del PIN.

– ¡Claro que lo sé!, – dijo ella con mirada desafiante. – ¿Qué te pensabas? Sé que tú también lo sabes, es evidente que Germán te lo dijo. Si no, no lo hubieses podido poner en marcha. Es el 1992.

Sandro notó como si su rostro envejeciese 20 años de golpe. La sensación del momento hizo que todos sus músculos se relajasen, y pensó que se desplomaría de un momento a otro. Miró con resignación a Pablo, y se extrañó que él mantuviese un semblante calmado.

– Creo que te equivocas. – contestó Pablo con seguridad.

Sandro estaba hecho un flan. Natalia estaba en superioridad de condiciones. ¿Qué pretendía su amigo? Pablo le entregó lentamente el teléfono a Natalia.

– Si tan segura estás, introduce el PIN.

Natalia cogió el teléfono, sin desviar en ningún momento una desconfiada mirada de los ojos de Pablo. Se separó de ellos unos pasos sin perderles de vista, e introdujo los 4 dígitos, 1992.

La pantalla del teléfono mostraba un mensaje. “PIN incorrecto”.

Natalia miró enfurecida a Pablo. Lo comprendió enseguida, al igual que lo comprendió Sandro. Una vez se tiene acceso a un teléfono, se puede cambiar el código PIN. Y eso es lo que había estado haciendo Pablo en el servicio de caballeros. Sandro estaba orgulloso de su amigo. Todavía tenían una oportunidad, y fue Pablo quien tomó la iniciativa empleando una voz firme y convincente.

– Te propongo una cosa. Salimos fuera, y nos quedamos junto a nuestro coche. Yo te diré el PIN de acceso y nos iremos. Tu tendrás lo que quieres y nosotros también.

A Natalia, no le interesaba realmente delatarles, solo deseaba la información que tanto buscaba. ¿Qué importaba si les pillaban más adelante? Pensó que quizá eso sería lo mejor, de ese modo la policía seguiría centrada en buscar el rastro de Pablo, y no se preocuparía por indagar en ella. Aunque Pablo no podría demostrar su inocencia, la acusaría a ella desesperadamente. Y eso supondría que ella no podría dedicar el tiempo necesario a sus fines ante las constantes comprobaciones de la policía. Intercambió unas miradas con los dos hombres, y asintió con la cabeza. Salieron del restaurante, simulando ir en grupo. Una vez en el aparcamiento, Sandro

activó el mando a distancia de su coche para desbloquear el cierre centralizado, y Natalia les hizo un gesto con la mano para que se detuviesen.

– Este es el momento. – les dijo. – Decidme el PIN, y si el teléfono se pone en marcha podréis ir. Pero de momento no deis ni un paso más o le doy un grito al guardia de seguridad que está junto a la puerta.

– Es el mismo pero al revés, – dijo Pablo. – Es el 2991.

Natalia introdujo el código que le había dicho su vecino con sumo cuidado. Ya había introducido un PIN incorrecto, y sabía que podían tener un programa que bloquease el terminal si se introducía un PIN inválido varias veces. La pantalla se encendió y mostró el escritorio del sistema. Pulsó la aplicación del correo electrónico, y pudo apreciar los encabezados de los correos que había en la bandeja de entrada. Algunos encabezados tenían palabras interesantes, como mapa, coordenadas... La cara de Natalia se iluminó. Casi ni apreció que los dos amigos se estaban subiendo en el coche, y se iban a toda prisa. Ya le daba igual. Ahora necesitaba un lugar tranquilo donde investigar el contenido del teléfono. Subió a su coche y decidió buscar una habitación en un hotel cercano, le daba igual cuál, lo que importaba es que estuviese apartado y fuese discreto.

A pocos metros de allí, tres hombres observaban a Natalia desde el interior de su lujoso vehículo.

– Ya te dije yo que esa no era trigo limpio. Hicimos bien en seguirla. – Mariano estaba satisfecho, mientras observaba a esa mujer que se encontraba a unos 100 metros de ellos. – Ha seguido a los dos chicos, les ha encontrado y ha conseguido el teléfono.

Pusieron en Marcha el Mercedes Berlina y siguieron a distancia a Natalia.

Capítulo 20.

Sábado 6 de julio de 2013. 15:00 p.m.

– Vendrán dos hombres en un Peugeot 207 negro. El conductor se llama Sandro. En cuanto lleguen, les entregas esto.

Charles estaba hablando con su amigo Cristian. Hacía pocos años que se conocían, pero confiaba en él. Cristian no sabía nada del origen de Charles, ni de la procedencia de su fortuna. Se conocieron por su común afición al mar y los barcos de recreo. Rondaba los 40 años, igual que Charles, aunque por su rechoncho físico aparentaba ser mayor. Charles se mantenía en forma, le gustaba el deporte, sobre todo nadar.

– No te preocupes, sabes que puedes confiar en mí. Entonces, ¿llegarán sobre las 10 de la noche?

– Eso es en lo que hemos quedado.

Ambos estaban sentados en una terraza de la Rambla Nova de Tarragona. Una de las numerosas embarcaciones de Charles se encontraba atracada en el puerto de esa ciudad, ya que al igual que su padre, adoraba el mar. Charles había abandonado la casa de su padre tras explicarle a la policía que, dados los últimos acontecimientos, debía tratar de posponer unos asuntos en Tarragona, donde residía. Realmente, el motivo era poder averiguar algo más a través del misterioso hombre que le llamó por teléfono, con el móvil de Germán. Tenía mucha curiosidad por saber cómo el móvil del periodista había llegado a manos de aquel desconocido. Pero sobre todo tenía curiosidad por ver el video que le habían dicho que existía sobre el asesinato de su padre. Charles vestía un elegante traje gris claro, que aunque fuese un diseño muy fresco, destacaba mucho entre las personas que había en el entorno, donde la mayoría iban en pantalón corto y camisetas veraniegas. También lucía un sofisticado sombrero “panamá” modelo “fedora”, fabricado a mano en Montecristi, Ecuador.

Cristian pidió la cuenta a un camarero haciéndole un gesto con a mano.

– Hombre, Cristian. Ya que eres tú el que me hace el favor, podrías dejarme pagar la ronda.

Cristian rió mientras sacaba un billete de 20 euros del bolsillo. Golpeó involuntariamente la mesa con la mano al sacarla de su bolsillo, un vaso rodó y cayó de la mesa. Charles lo cogió al vuelo sin desviar ni un instante la vista de Cristian, ante el asombro de éste.

– ¡Vaya reflejos tienes! – dijo sonriendo y asombrado. – Déjame invitarte a mí, cuando me quieras devolver el favor, me puedes conseguir un sombrero “panamá” como el tuyo. Me encanta, y aquí es difícil encontrarlos.

– Eso está hecho. – repuso Charles guiñándole un ojo, a la vez que se levantaba de la mesa.
– Cuando vuelva de Londres te traigo uno.

Charles se alejó caminando, emitiendo un amigable gesto con una mano a modo de saludo de despedida, mientras con la otra mano se acomodaba su lujoso sombrero.

Entretanto, Sandro había abandonado la autopista. No se fiaba que Natalia hubiese dado el chivatazo. Ella no sabía adónde se dirigían, y ya no podía seguirles el rastro dado que le había devuelto el teléfono de Germán. A pesar que de momento habían logrado escapar, Sandro estaba preocupado.

– Vamos a ver a Charles, para enseñarle el video del asesinato de su padre. Y ahora no tenemos el teléfono. La única oportunidad es que a pesar de todo nos crea, podamos ayudarlo a identificar a los asesinos, y él nos ayude a nosotros.

Pablo, que estaba adormilado, motivado por el cansancio y lo poco que había dormido, al oír a su amigo rebuscó en sus bolsillos. Le costó un poco, pero finalmente sacó algo minúsculo, mediría aproximadamente un centímetro. Se lo mostró a su amigo con cara triunfal y exageradamente sonriente. Sandro miró el minúsculo artefacto con expectación.

– ¿Es eso lo que yo creo que es?

La persistente sonrisa en la cara de Pablo confirmó sus sospechas. Era la tarjeta de memoria del teléfono de Germán. Pablo había abierto el móvil de Germán cuando oyó a Natalia a través de la puerta del servicio de caballeros.

– ¡Joder, eres lo mejor! Un tío listo. Eso eres tú. Siempre lo haces todo bien.

Pablo cambió ligeramente el semblante. No podía estar de acuerdo en eso. Si fuese cierto, no estarían metidos en semejante lío. Siguieron por la nacional 340, y a las dos horas llegaron a la entrada de Tarragona. Sandro miró a Pablo con cara de preocupación.

– El problema ahora es que no recuerdo el nombre de la calle. Estaba en el GPS, y consideré que era suficiente. Sólo recuerdo el número de la casa. Era algo como La Montaña o algo así, de un barrio relacionado con Roma. – Sandro parecía avergonzado. Su amigo tenía una memoria fotográfica, pero él era un desastre.

– Pues habrá que preguntar. Pocas ciudades hay que tengan mayor relación con Roma que Tarragona. Son casi las 6 de la tarde, aún tenemos tiempo. Podemos ir al centro y buscar una de esas oficinas de turismo, allí nos darán mapas de la ciudad y nos será más fácil recordarlo.

Pablo intentaba mantenerse optimista, pero tenía sus dudas de que lograsen estar a tiempo en el lugar que buscaban. Entraron en Tarragona por la Avenida Roma. Se preguntaban si el barrio que buscaban estaría por allí. Al menos el nombre tenía similitudes, pero ellos buscaban algo parecido a una urbanización, no una avenida. Y el mapa del GPS les había indicado una zona fuera del centro de la ciudad. Sandro aminoró la marcha casi repentinamente. Al fondo, en una enorme plaza, se veían varios coches de los “Mossos d’Esquadra”, la policía autonómica catalana. La relajación les duraba poco. Ahora volvían a estar nerviosos y preocupados. ¿Les estarían buscando a ellos? Posiblemente no, pero la policía comparte la información con otras ciudades y no podían fiarse. Pablo se aseguró de tener bien colocada la peluca, pero no era una peluca de mucha calidad. Un ojo experto se percataría que no se trataba de pelo natural, y la policía sabe fijarse mucho en esas cosas cuando buscan a alguien. Pararon en un semáforo, y Pablo pensó una posible solución para garantizar que no le viesan.

– Espera que me bajo, iré andando entre la gente más o menos un kilómetro y luego me recoges, cuando hayamos pasado esos coches de policía.

– Procura no pasar cerca de ellos. – contestó Sandro sin dejar de mirar al frente.

Al fondo se veía una plaza bastante grande, la plaza Imperial Tarraco. Pablo siguió con la mirada el coche de su amigo, y vio la dirección que tomó tras rodear la plaza. Parecía subir lo que parecía otra avenida, con una amplia zona peatonal central, y árboles a los lados. Seguía llevando el sombrero de paja, las gafas y la peluca, y caminaba con la mayor naturalidad de la que era capaz, pero internamente era un manojo de nervios. Casi en la plaza, volvió a fijarse en la policía. Estaban mirando hacia los lados con aparente despreocupación. ¿Era un control

rutinario? No lo parecía. Sin duda estaban allí por algo, y una paranoia se apoderó de él. Pensó en caminar por calles paralelas, pero por su derecha apareció una multitud que se dirigía a la plaza.

Era sábado, y los sindicatos y resto de cumbres sociales habían convocado una gran manifestación, de las muchas que se celebraban últimamente. La situación en el país era cada vez peor, y los constantes recortes asfixiaban a muchas personas. La última reforma laboral hacía peligrar muchos convenios colectivos, que dejarían de estar en vigor a partir de esa misma semana. Pablo se alegró más que nunca de las acciones de los sindicatos. Le servirían para camuflarse entre ellos. Sandro estaba afiliado a Comisiones Obreras, sin embargo, hasta hacía poco tiempo, Pablo no había estado nunca afiliado a ningún sindicato, aunque se arrepintió de ello cuando le entregaron la carta de despido. Creía que él nunca iba a verse perjudicado, y cuando se encontró con el problema, sintió una angustiada sensación de desamparo, sin saber dónde acudir. Afortunadamente, él tuvo el respaldo de su amigo, que intercedió por él y le ayudó para asegurar al menos la indemnización del despido, y eso hizo que Pablo se replantease la necesidad de afiliarse.

Se acercó a un hombre mayor que sostenía varias banderas con una mano, y un megáfono con la otra. Le hizo un gesto para solicitarle poder llevar una bandera, y el hombre del megáfono le cedió una de ellas encantado. Intentó imitar los cánticos y frases de la multitud, y pasó sin el menor temor por delante de la policía. La sensación paranoica fue desapareciendo. Seguramente la policía tenía la única misión de controlar que la manifestación se celebrase con normalidad y redirigir el tráfico. De todos modos, no podía fiarse. En la plaza había una tarima donde varias personas emitían sendos discursos, llenos de reivindicaciones. Pablo se mantuvo unos minutos junto al hombre que le había cedido la bandera, y al poco rato fue a devolvérsela con gratitud.

– Señor. Señor. Muchas gracias, le devuelvo su bandera.

– Puedes llamarme Jaume, joven. Gracias a ti por sumarte al grupo. Y recuérdalo bien, nunca dejes de luchar o te comen.

Pablo se alejó de lado, manteniendo una agradecida sonrisa a aquel hombre que, a pesar de ser tan mayor, y seguramente tener la vida resuelta, estaba luchando por todo lo que estaban sufriendo otras personas, sobre todo los jóvenes. Se giró para continuar su camino, y tropezó con un hombre, lo que derivó en que su sombrero terminase en el suelo. Se agachó a recogerlo, avergonzado por su torpeza, mientras se disculpaba.

– Lo siento. Es culpa mía. Estaba despistado.

Una vez erguido, miró al hombre que tenía delante. Iba vestido muy elegante.

– No te preocupes, no ha sido nada. – Le hablaba con una sonrisa burlona pero simpática, aunque sus ojos denotaban cierta tristeza. – Pero me gustaría que cada uno de nosotros se fuese con el mismo sombrero que traía.

Pablo miró el sombrero que tenía en su mano. Era un sombrero aparentemente de mucha calidad. No era su sombrero de imitación de paja. Se avergonzó enseguida de su error y se disculpó de nuevo.

– Lo siento, hoy estoy algo torpe, tenga su sombrero. Es un sombrero muy bonito.

El hombre recogió su sombrero de la mano de Pablo, y, sin cesar de sonreírle, le entregó el suyo.

– Si, se trata de un sombrero “panamá”, le dijo mientras se colocaba el sombrero en la cabeza. – Estoy muy orgulloso de él. No te preocupes, ha sido hasta divertido.

El hombre se alejó mientras Pablo le miraba. “Un hombre muy agradable”, pensó. Escuchó una voz y se giró. Sandro tenía el coche aparcado en doble fila y le hacía señales para que se reuniese con él.

Capítulo 21.

Natalia había abandonado la autopista en dirección a Amposta, entre Castellón y Tarragona. Una vez entró en la ciudad, se fijó en un hotel que parecía discreto. Aparcó y se dirigió a recepción. Los tres hombres que la seguían, aparcaron no demasiado cerca, esa mujer les había visto la noche anterior y si les reconocía podrían estropearse de nuevo sus planes. Carlos salió del coche y cogió una bolsa del maletero. Entró con disimulo en el hotel y se dirigió a una barra de bar que estaba a unos 10 metros de la recepción. Llevaba en sus manos el periódico que había cogido el día anterior en Valencia. Simulaba leerlo mientras le servían una cerveza. Intentaba escuchar la conversación entre la recepcionista y Natalia.

– Si, señora, tenemos muchas habitaciones. Desgraciadamente la crisis se está notando mucho.

Carlos pensó que eso era una ventaja. “Bendita crisis”. Evidentemente Carlos era una de esas personas que no sufría las consecuencias económicas de su país. Su tío tenía mucho dinero y les pagaba un buen sueldo. Y el negocio de la extorsión no conocía crisis.

– Aquí tiene señora, la 204.

La recepcionista entregó a Natalia una tarjeta para acceder a su habitación. Ahora sabía en qué habitación se alojaría, de momento no necesitaba más información. Miró un cartel de exposición que había junto a la entrada del hotel. En él se anunciaba un regalo de bienvenida, consistente en una caja de bombones y una botella de cava. “Ya han de poner reclamos para que la gente acuda a los hoteles”, pensó. Esperó que Natalia subiese a su habitación, pagó su cerveza y salió de nuevo a la calle.

Natalia entró en su habitación, y se sentó en la cama. Sacó de su bolso el teléfono de Germán. Estaba impaciente por descubrir la información que, sin duda, debía de contener. Se quitó los zapatos con los pies, y los lanzó con un ágil movimiento de piernas, mientras se dejaba caer boca arriba en la cama, sosteniendo el teléfono con las dos manos.

Se acomodó tumbada con las rodillas en alto. Su semblante denotaba felicidad. Por fin tendría la información que necesitaba. Nada menos que la ubicación de un tesoro sin descubrir. De la información a la que había podido acceder hasta que su marido se dio cuenta, constaba la existencia de un preciso mapa, para poder descubrir el lugar donde se oculta un enorme botín de finales del siglo XVII. Había más personas que conocían su ubicación, los descendientes del pirata, y esperaba saber exactamente dónde encontrarles para quitarles de en medio de algún modo. Estaba acostumbrada a hacer con los demás lo que ella deseaba. Recordó una plácida conversación con su marido, en su luna de miel, cuando ambos estaban tumbados en la cama de un lujoso hotel de Acapulco, después de haber hecho el amor.

“Cariño, en este mundo, salen a la luz de modo constante personas indeseables, porque son noticia. Pero realmente la mayor parte de la humanidad es buena gente. Nos hacemos la idea de que la gente es mala, cuando es al contrario. Lo que pasa es que lo que hace la gente buena no es noticia y eso pasa desapercibido.”

“Cuanta razón tenías”, pensó Natalia. Pero ella iba más allá. No es que la gente fuese buena, Para Natalia la gente era generalmente tonta. Y eso era una ventaja. Ya de niña solía aprovecharse de la ingenuidad de sus amigas para sacar provecho. Eso le enseñó que siendo un poco menos ingenua que el resto, podía obtener muchos logros. Su vida transcurrió en medio de círculos sociales a los que ella tanteaba y donde buscaba sus debilidades para recibir cuanto desease, sin haber coincidido con nadie que le hiciese sombra. Su marido le recriminaba muchas veces su falta

de tacto y su egoísmo. “No has de pensar tanto en ti”, le decía. “Hay que ser generoso con el prójimo”. Natalia encontraba una contradicción en eso. Pensaba que el egoísmo no era patrimonio de ella. Todo el mundo era egoísta. Pensaba que todo el mundo hace las cosas por egoísmo. Una persona que sea generosa con otra, lo hace porque eso le hace sentir bien, mejor que si no lo hace. Por lo tanto, en cierto modo, también es egoísmo. Simplemente, a ella le hacía sentir bien otro tipo de cosas. A menudo tenía debates con su marido por este tema, debates que siempre terminaban en tablas.

Tiempo atrás, se había enamorado realmente de su marido, se respetaban mucho, pasaban buenos ratos, y, al igual que ella, él apoyaba el sexo libre, aunque con cierto control. Pero poco a poco, su continua ambición hizo que cada vez estuviese menos interesada en él. Natalia le había propuesto que los dos se hiciesen con el mapa del tesoro que nombraban los apuntes que descubrió. Pero él no quiso, de modo que ella tenía que hacer lo que le haría sentir bien. Eliminar a su marido si era necesario ya que le impedía lograr sus fines. Consideraba que no tuvo elección.

Empezó por poner en marcha el programa de correo electrónico del teléfono. Revisó los correos, sobre todo los que tenían una descripción del asunto del mensaje más sugerente. Fue abriendo uno a uno esos mensajes, pero no encontró ninguno que tuviese algún archivo adjunto. Levantó el cuerpo y se quedó sentada encima de la cama, con las rodillas todavía en alto. Buscó aplicaciones de mensajería. No había ninguna. Indagó en varias pantallas, y lo comprendió. Primero pensó que habían reseteado el sistema y restaurado la configuración de fábrica. Pero no fue así, se limitaron a anular las cuentas de correo y programas de mensajería añadidos. Abrió el menú de almacenamiento y una mezcla de horror y furia la recorrió entera. No había tarjeta de memoria. “Esos cabrones se la han llevado”. No había nada en el teléfono. En ese momento llamaron a la puerta.

– Señora, le traigo el regalo de bienvenida.

Natalia estaba furiosa, el inoportuno recién llegado evitó que se liara a patadas con los muebles de la habitación. Se puso en pie, y empezó a dar vueltas sobre sí misma. “Los mataré, a esos cabrones los mataré con mis propias manos”.

El hombre que había llamado insistió.

– Señora, ¿está usted ahí? Le ruego disculpe si es un mal momento.

Natalia se dirigió hacia la puerta mientras seguía maldiciendo. – Un momento, ya voy. – Intentaba en vano disimular su estado de rabia. Giró lentamente la maneta para abrirla, coger el regalo de bienvenida, y cerrar de nuevo. Pero no le dio tiempo. Matías empujó la puerta en cuanto la maneta había girado, golpeando en la cara de Natalia. Mariano y Carlos estaban algo alejados, comprobando que nadie se acercase al pasillo. Una vez Matías empujó la puerta, corrieron raudos hacia la habitación, y una vez en su interior cerraron de golpe. Matías se había abalanzado sobre ella y ambos estaban tumbados en el suelo, boca abajo, mientras el matón le tapaba la boca con una mano para evitar que gritase. Natalia sentía que iba a explotar de rabia y los ojos parecían salirse de sus cavidades. No estaba acostumbrada a que nadie osara desafiarle, y menos de un modo tan descarado. Abrió la boca como pudo y clavó sus dientes en la mano de Matías, quien soltó un contenido grito y cayó hacia un lado.

Se levantó furioso, mirándose la mano, que sangraba.

– ¡Hija de puta!

Le propinó una patada en el estómago que hizo encogerse a Natalia, retorciéndose de dolor. Lloraba, pero más de rabia que de dolor. ¿Cómo podía alguien agredirla así? ¿Qué se había creído?

En cuanto pudo, desde el suelo, miró aquellos tres hombres. Eran los que habían preguntado por su vecino la noche anterior. ¿Quiénes eran? Su terror aumentó cuando vio que los dos más jóvenes sacaban unas pistolas y le apuntaban. Le hicieron un gesto para que se levantase, y otro para que lo hiciese en silencio.

Natalia se levantó lentamente, todavía dolorida. Su labio sangraba por un costado. Matías pensó que quizá era sangre de su mano, tras el mordisco que le había propinado. Pero enseguida se percató que tenía el labio cortado por el golpe con la puerta.

Natalia no se pudo enderezar del todo, levantó la mirada y la repartió repetidas veces entre los tres hombres, con mucha desconfianza. Cogió lentamente un pañuelo que había encima del escritorio para limpiarse la herida del labio. Esos hombres tenían armas. La cosa parecía seria.

– ¿Quiénes sois? ¿Qué queréis?

– Lo sabes muy bien. Danos el teléfono.

Natalia miró la cama instintivamente. El teléfono de Germán estaba sobre ella. Matías se percató y, sin dejar de apuntar a la mujer, lo recogió, y se lo pasó a Carlos.

– Compruébalo.

Mariano no abrió la boca. Se limitó a observar. Para eso era el jefe y tenía contratados a sus sobrinos, para hacer el trabajo sucio. Subió un poco el volumen del hilo musical de la habitación para que sus conversaciones quedasen algo más amortiguadas. Se sentó en una butaca de la habitación y encendió un cigarrillo. Carlos guardó su pistola y examinó el teléfono, mientras Natalia intentaba limpiarse la sangre del labio con el pañuelo, sin dejar de mirarles, ahora cada vez más asustada. Esos hombres se habían atrevido a pegarle. Nunca antes había osado nadie levantarle la mano. El desprecio que sentía hacia sus acompañantes crecía por momentos.

– Aquí no hay nada. Ni si quiera tiene tarjeta de memoria.

– No había nada. Lo juro. – dijo Natalia precipitadamente. Esos hombres buscaban algo que ella no podía darles, y eso agravaba más su situación. – Esos cabrones se la llevaron.

Matías hizo una llamada, y el teléfono de Germán sonó en la mano de Carlos. Una vez colgó, decidió dar por comprobado que era el teléfono que buscaban. Matías trató de hablar en un tono más suave, pero convincente a la vez, apuntando con su pistola el rostro de Natalia.

– Mira, tienes un grave problema. De aquí no nos iremos sin la información que necesitamos. Puedes hacerlo por las buenas o por las malas. ¿Dónde está el video?

– ¡Te repito que no sé nada más! – Natalia estaba desesperada, y optó por dar cualquier información con tal de aplacar la ira de sus atacantes. No sabía a qué video se referían. Les hablaba con tono de súplica. – Les seguí por el GPS, en mi teléfono tengo una aplicación para ello. Comprobadlo si queréis. Pero cuando me devolvieron el teléfono, estaba tal y como está ahora.

– Pues dame la contraseña del correo de tu marido. – dijo Matías.

Tenían la dirección de correo gracias al contenido del móvil de Sergio, el periodista al que habían disparado en Valencia. Era una cuenta Gmail, y podrían acceder desde cualquier ordenador, siempre que supiesen la clave. Natalia hizo un desesperado gesto de disculpa. Si supiese la clave, seguramente no le hubiese hecho falta el teléfono. Los dos primos se percataron de ello con resignación. Natalia les mostró el pañuelo que llevaba en la mano, lleno de sangre, y les hizo un gesto indicando que iba a coger otro pañuelo limpio de su bolso. Ellos asintieron con la cabeza mientras pensaban en las opciones que les quedaban.

Natalia cogió muy lentamente el bolso con una mano, mientras con la otra mano dejaba el pañuelo lleno de sangre sobre el escritorio. Miró de reojo al más corpulento, en esos momentos era el único que empuñaba una pistola. Lo tenía a un metro de distancia. Disimuladamente, poniendo cara de lástima, agarró del interior del bolso la pistola eléctrica de autodefensa. Mientras simulaba que iba a sacar el pañuelo, dejó caer el bolso, quedando en su mano la pistola de autodefensa. Los dos hombres siguieron con la mirada la caída del bolso, y Natalia se precipitó sobre Matías, soltándole una descarga. Pero aquellos hombres eran matones profesionales, y antes de darse cuenta, Carlos había dejado caer el teléfono en la moqueta, y le había propinado un puñetazo en la cara que hizo que se desplomase en la cama boca abajo. Mariano recogió sin inmutarse el teléfono, y se volvió a sentar en su butaca, mientras Matías se retorció.

– ¡Hija de puta! ¡Hija de puta!

Carlos se abalanzó sobre ella encima de la cama, inmovilizándola con sus rodillas, mientras sacaba una pistola con una mano, y un silenciador con la otra mano. Matías se reincorporaba lentamente, y ayudó a Carlos a mantenerla inmovilizada sujetándole las manos y haciendo presión contra la cama, manteniendo a aquella mujer boca abajo. Natalia estaba furiosa y aterrorizada. Sabía que había cabreado a aquellos hombres. Carlos había montado el silenciador en su arma, y pasó su otra mano bajo la pelvis de Natalia, arrastrándola hacia atrás hasta que de cintura para abajo estuviese fuera de la cama.

– Ahora sí que nos has cabreado. – dijo Carlos. – Ahora verás qué le pasa a quien no colabora.

Fue Matías quien se sentó sobre la espalda de Natalia, mientras Carlos le subía la falda del vestido. Tiró del tanga que llevaba la mujer, con la intención de romperlo, pero el tejido resistió, lo que provocó otra mueca de dolor en el rostro de Natalia. Le pasó el arma a Matías mientras de su bolsillo sacaba una navaja automática. Pulsó el botón de la navaja mientras sus dientes emitían un húmedo brillo, y cortó el tanga.

Natalia sabía lo que pasaría a continuación. Antes de poder pensar nada más, sintió la embestida del hombre delgado de la cicatriz en la cara, y un ahogado grito de dolor salió de su garganta. Las embestidas fueron repitiéndose, y eran cada vez más rápidas y constantes. En muchas ocasiones había tenido sexo en presencia de otras personas, pero esta vez era diferente. El placer que había experimentado en otras ocasiones, no tenía nada que ver con el miedo y asco que en esos momentos se había apoderado de ella. Pensó que algo así debió de sentir Pablo cuando lo tenía a su merced en la casa rural. Solo oía los gemidos del hombre que la estaba violando, y las risas del otro matón que estaba sentado sobre su espalda. Mariano permanecía sin inmutarse, sentado en su butaca, manoseando el teléfono de Germán, mientras se encendía otro cigarrillo. Carlos soltó un gemido de placer y descargó en el interior de aquella mujer. Se abrochó el pantalón, y relevó a su compañero, sentándose sobre Natalia para mantenerla inmovilizada.

– Te toca a ti.

Matías le cedió el arma mientras se desabrochaba el pantalón. Fueron otros minutos de angustia para Natalia, que ya se había acostumbrado al dolor y no emitía ningún sonido de queja, pero su rostro estaba bañado en lágrimas.

En cuanto Matías terminó, Mariano levantó la mano mostrando la pantalla del teléfono móvil de Germán.

– Bien, dejar a la fulana y mirad esto. En este programa GPS hay puesta una dirección de destino. Es en la calle Tramontana de la urbanización Cala romana, en Tarragona. Por lo tanto es allí donde se dirigen.

Los dos primos miraron a la mujer, que seguía inmóvil, desplomada sobre la cama boca abajo, con las piernas entreabiertas. Bajo su entrepierna, se apreciaba un pequeño charco húmedo sobre las sábanas. Los dos primos se terminaron de acomodar su ropa, se dirigieron a la puerta junto a su jefe, y Matías envió a Natalia un último mensaje.

– Más te vale estar calladita. Piensa que sabemos dónde localizarte.

Natalia no contestó. No podía moverse, se lo impedía su estado de shock. Se había quedado sin autoestima, deprimida, y se acumularon una serie de sensaciones que apenas había conocido antes. Nunca se había sentido tan humillada. Hasta ahora era ella quien se aprovechaba de los demás, aunque tuviese que hacerlos sufrir. Pero acababa de darse cuenta de algo que, aunque lo sabía, no había asimilado antes. No era la única persona del planeta que lograba cosas por su falta de escrúpulos. Siguió llorando intermitentemente durante un buen rato, emitiendo leves espasmos con la cabeza, provocados por el nerviosismo.

Capítulo 22.

Sábado 6 de julio de 2013. 18:30 p.m.

Sandro y Pablo habían conducido hasta el final de la avenida donde se habían reencontrado. Por allí no había salida. Realmente estaban en “La Rambla Nova” de Tarragona, y al final de la misma había un mirador protegido, por una valla, donde se veía el mar desde una altura que permitía disfrutar de la belleza de cualquier atardecer. A ese mirador se le conoce como “El balcón del Mediterráneo”, un acantilado a 23 metros de altura, bordeado por una barandilla de hierro forjado. Desde allí se podía también apreciar la obra del arquitecto Ramón Salas, el monumento a Roger de Llúria, marino y militar procedente del sur de la península itálica al servicio de la Corona de Aragón.

Antes de dar la vuelta y bajar por el otro carril, se fijaron en las personas que disfrutaban de un paseo relajante. No parecía difícil diferenciar las personas que no eran de la localidad, de las que sí lo eran. Al ser sábado, había mucha más gente paseando. Pablo bajó la ventanilla mientras indicaba a su amigo que detuviese el coche. Hicieron una señal a una chica que no superaría los 25 años, y que caminaba a la vez que chateaba con su teléfono. Pablo se dirigió a ella amablemente.

– Hola. ¿Nos puedes ayudar? Buscamos un barrio o urbanización que tiene un nombre relacionado con Roma.

La chica se acercó despreocupadamente, con expresión de no saber a qué se referían.

– La avenida Roma está por ahí abajo. – les dijo señalando al otro extremo de La Rambla.

– Si, esa ya la conocemos, pero no es esa. – interrumpió Sandro, que quiso destacar que él también estaba allí y no perder la ocasión de flirtear con esa chica.

Inconscientemente, en lugar de mirar a los ojos de la chica, miraba las piernas que se podían apreciar bajo una cortísima falda. Inmediatamente se percató de su desfachatez, y desvió con rapidez su mirada hacia el rostro de la chica. El no mirar donde debía era algo que le pasaba constantemente, y la siguiente reacción siempre era de enorme vergüenza, lo que provocó que en lugar de hablar, tartamudease

– es...es... un ba...barrio o algo así.

La chica no se molestó. Más bien parecía divertirse la incomodidad de Sandro. Se acercó y apoyó sus codos en la ventanilla de Pablo, sin dejar de mirar a aquel hombre que tartamudeaba, y se dirigió a él con una divertida sonrisa.

– Bueno, si lo que buscas es un ba...barrio, entonces seguramente te refieres a “Cala Romana”,... o quizá deba decir “Ca...Cala Ro...Romana”.

Pablo y la chica soltaron una desenfadada carcajada, la cara de Sandro era un poema. A Pablo le encantó la respuesta de la joven. No cesaba de reír, a la vez que no perdía detalle de la cara de circunstancias de su amigo, que parecía sudar de vergüenza. Sandro miró a su amigo mejorando ligeramente su semblante.

– ¡Si, esa es! Lo recuerdo bien. Es Cala Romana.

Prefirió decírselo a su amigo que a la desconocida, por temor que su tartamudez reapareciese. La chica se incorporó y les indicó por dónde salir.

– Coger esa calle a la derecha, llegaréis a la Rambla Vella. Una vez allí girar de nuevo a la derecha hasta una rotonda. Salir hacia la izquierda y seguir la avenida Vía Augusta dejando la

costa a vuestra derecha, hasta que salgáis de la ciudad por la carretera de la costa. Unos pocos kilómetros más adelante, veréis una urbanización a la izquierda, y esa es Cala Romana

Sandro le agradeció la información levantando el pulgar de la mano. No tenía claro si había asimilado todas las instrucciones de aquella chica, pero no quería hablar por temor a provocar una nueva burla. Pablo todavía intentaba en vano contener la risa. Mientras el coche se ponía de nuevo en marcha y se alejaba. Saludó con la mano a la muchacha, que a su vez se despidió de ellos levantando la palma de la mano, con cara divertida.

– Son las 7, al final llegaremos a tiempo. – dijo Sandro intentando que el tema de su metedura de pata no saliese a la conversación. Pero Pablo no iba a ponérselo tan fácil.

– Sí, tenemos ti...tiempo, – dijo riéndose. Al ver la cara de resignación de su amigo, decidió cesar la burla. – Vamos, no te lo tomes así. Al menos hemos topado con una chica muy simpática. De momento parece que esta ciudad está llena de gente muy maja.

En pocas horas, había hablado con 3 personas. El hombre mayor que participaba en la manifestación, que se portó amabilísimamente con él, y que le transmitió una entereza y altruismo que era todo un ejemplo. El hombre elegante con el que, a pesar de haber tropezado, y provocado que se le cayese el lujoso sombrero, entendió la falta de intencionalidad por su parte, con una actitud correctísima. Y esta chica que tan cordialmente les había indicado por dónde tenían que ir. Decidió que Tarragona era un lugar muy agradable.

Siguieron las instrucciones de la chica, y salieron por la carretera de la costa. A su derecha pudieron ver una espléndida playa donde la gente empezaba a recoger sus cosas, a la vez que otros llegaban para preparar una cena fría junto a la orilla. La espléndida vista provocó que no se fijasen en los carteles informativos que había junto a la entrada de una preciosa cala, que daba nombre a la urbanización Cala Romana. Seguidamente se encontraba lo que parecía otra urbanización, y decidieron probar suerte. Avanzaron un poco más para hacer un cambio de sentido en una nueva rotonda, y, a la primera oportunidad, giraron a la derecha con la intención de preguntar por la calle que estaban buscando. Tras seguir una calle muy larga, a su izquierda se encontraba un pequeño centro comercial, donde un pequeño cartel escrito en catalán indicaba su nombre. “Centre comercial Boscos”. “Centro comercial Bosques”, pensó Sandro. El catalán era como el valenciano, por lo que no tenía ninguna dificultad para entenderlo. Decidieron parar el coche, y salir a preguntar en alguna de las tiendas de ese centro comercial. Encima de las tiendas, había un restaurante y una pizzería. Podía ser un buen lugar para preguntar. Tenían que estar a tiempo en la dirección que les habían indicado, se jugaban mucho en ello. Intentaban aparentar calma, pero sabían que si perdían esa oportunidad, seguramente no tendrían otra. Pablo podía terminar en la cárcel por asesinato, y Sandro por cómplice. En ese momento se acercaba un coche, un Seat Ibiza blanco, que iba en dirección contraria a la que habían ido los dos amigos, y Pablo le hizo una señal para solicitarle que se detuviese. El conductor del Ibiza se detuvo y bajó la ventanilla.

– Hola, siento molestarte. Estamos buscando la urbanización Cala Romana, concretamente una calle llamada montaña o algo así.

El conductor del Ibiza debía de tener entre 45 y 50 años, usaba gafas de sol y tenía un ligero tic en el cuello. En el asiento trasero del coche se veían un par de banderas con las siglas CC.OO., el sindicato en el que Sandro estaba afiliado. Sin duda, había participado en la manifestación que le había ayudado a camuflarse de la policía. Les sonrió e intentó explicarles.

– Bueno, no estáis muy lejos. Soy un poco torpe con el nombre de las calles, pero quizá os refiráis a la calle Tramontana, de Cala Romana. Por aquí, a donde se va es a la urbanización Bosques de Tarragona.

– ¡Sí, esa es! – Interrumpió Sandro. – La calle Tramontana. Esa es la que buscamos.

– Pues haced una cosa, – dijo el hombre. – Hay un atajo cerca, que une esta urbanización con Cala Romana. A mí me da igual ir por una ruta que por otra. Ambas opciones me sirven. Seguidme y cuando estemos en la calle Tramontana os hago una señal.

– ¡Estupendo! – Ambos amigos hablaron a la vez. Parecía que las cosas iban saliendo bien, y alzaban los brazos con los puños cerrados en señal de triunfo.

Al conductor del Ibiza le divirtió aquella reacción de los dos desconocidos. “Ni que les fuese la vida en ello”, pensó desinteresadamente. Esperó pacientemente que diesen la vuelta a su coche, y una vez los tuvo detrás, se puso en marcha. Mientras, Pablo le recriminaba por enésima vez a su amigo su falta de memoria.

– “Calle Montaña, Calle Montaña...”, pues no es tan difícil recordar calle Tramontana.

– ¿Qué quieres que haga? Tú tienes buena memoria, y yo no. Tú no tienes éxito con las mujeres, y yo sí. Cada uno tiene lo suyo. – Contestó Sandro, mientras conducía despacio, guardando cierta distancia con el Ibiza.

– Si te esforzases un poco, como haces con las mujeres, seguro que recordarías mejor. Es cuestión de interés, hay trucos para recordar las cosas.

– ¿Ah, sí? Pues ya me dirás cómo. A ver, dime sin mirar las letras de la matrícula del coche de delante.

Pablo golpeó el aire con la mano, como desistiendo de que Sandro comprendiese lo que trataba de explicarle. Seguidamente puso las palmas de las manos hacia arriba encogiéndolos hombros, como dejando en evidencia que lo que le decía era muy sencillo de comprender.

– No seas memo. Te hablo de recordar cosas, no de memorizar todo tu entorno. Por ejemplo, esa matrícula, sus letras son BHR. Pues te piensas una frase que te facilite recordarla más adelante, y listos. Por ejemplo...”Busco Huevos Rojos”.

Sandro rió, le pareció gracioso lo que acababa de decir su amigo. “Busco Huevos Rojos”, repitió una y otra vez, como imitando la voz de Pablo y añadiendo un ligero tono de sarcasmo. Pablo giró la cabeza, y, aunque se estaba divirtiendo con la charla, intentó simular estar molesto.

– Ríete lo que quieras, pero si algún día, me preguntas las letras de la matrícula del hombre que nos ayudó a encontrar la calle que buscamos, gracias a esta ridícula frase, lo recordaré.

Se desviaron a la derecha, hacia un estrecho camino asfaltado, que parecía cruzar un pequeño bosque. En un par de minutos volvieron a ver casas. Se desviaron a la izquierda, y el conductor del Ibiza blanco sacó una mano por la ventanilla, señalando esa calle. Ambos vehículos se despidieron con un breve toque de bocina, y Sandro detuvo el vehículo, perdiendo de vista el Ibiza, que proseguía su camino. Miraron la hora. Todavía no eran las 8 de la tarde. Tenían tiempo y necesitaban reponer fuerzas. Decidieron ir a la terraza del restaurante que los dos amigos habían visto en el centro comercial, que solo estaba a 5 minutos de allí.

Capítulo 23.

Sábado 6 de julio de 2013. 19:30 p.m.

Matías se había detenido en la salida del aeropuerto de Reus. Carlos bajó del coche y se dirigió a un establecimiento de alquiler de vehículos. Eligió un Opel Insignia negro. Una vez terminó las gestiones, salió con su nueva adquisición, siguiendo al Mercedes ocupado por Matías y Mariano, que se ponía en marcha.

Se acercaron al centro, con intención de buscar un parking donde dejar el lujoso Mercedes. Los dos hombres que buscaban ya conocían ese coche, y no querían que les identificasen antes de hora. Compraron unos bocadillos en una franquicia de comida rápida del centro de la ciudad, subieron al coche y se pusieron en marcha. Siguieron en su navegador GPS la dirección del destino que habían encontrado en el teléfono de Germán. No les costó mucho encontrar el lugar. La calle era muy larga, y con curvas, así que decidieron recorrerla varias veces fijándose en cualquier coche o persona que se cruzase con ellos. Sabían a dónde se dirigían los dos amigos, pero no sabían para qué ni a qué hora. Calcularon que no podría ser muy temprano, dado que les vieron salir del área de servicio de la autopista y no podían llevarle poco más de una hora o dos de ventaja. Detuvieron el Opel a unos 200 metros del número de la casa que se suponía era el destino fijado en el GPS, y aprovecharon para devorar sus bocadillos. Eran las nueve menos cuarto de la tarde. En julio, a esa hora todavía no había oscurecido.

Al cabo de una hora, vieron caminar por la acera a un hombre rechoncho con un paquete en la mano. El hombre no se fijó en ellos, y siguió su camino. 5 minutos después, Carlos, que estaba en el asiento trasero del coche, le dio unos golpecitos en el hombro a Matías. A unos 400 metros por delante de ellos, un Peugeot 207 negro se acercaba, hasta detenerse. Los tres hombres estaban alerta, sin perder detalle. Vieron que el hombre rechoncho se acercaba a ellos, y les hizo una señal con la mano. Estaban demasiado lejos para oír qué les decía.

Sandro bajó la ventanilla, inquieto. No sabía qué aspecto tenía Charles, y por lo tanto no sabía si ese era el hombre que había quedado con ellos. El primero en hablar fue el hombre gordito.

– ¿Sandro?

Sandro no supo qué decir. Se limitó a preguntar para averiguar quién era ese hombre.

– ¿Eres Charles?

– No, no lo soy, pero me ha encargado que os entregue esto.

Les hizo entrega del paquete, sin esperar respuesta. Se dio la vuelta y se alejó. Los dos amigos estaban intrigados. Se miraron y Pablo cogió el paquete de las manos de Sandro, para disponerse a desenvolverlo. Dentro había un navegador GPS de la marca TomTom. Pulsó el botón de encendido, y entendieron su significado. El navegador GPS que les había entregado, tenía puesta una dirección de destino para que ellos la siguiesen. Sandro arrancó el coche y se puso en marcha, pasaron por el lado del Opel Insignia de Mariano y sus matones, sin percatar en ellos. Cuando estaban a una distancia prudencial, Matías arrancó el Opel y dio la vuelta.

Salieron a la carretera de la costa, y giraron a la izquierda, alejándose de Tarragona. Recorrieron bastantes kilómetros, cuando el navegador les indicó que girasen a la derecha. Se adentraron en una urbanización, donde tras rodear unas acogedoras casas, aparecieron otras más lujosas. Cuando llegaron al punto exacto que les indicaba el navegador GPS, detuvieron el coche, esperando que alguien apareciese.

Pero nadie apareció.

El Opel insignia se había detenido bastante lejos de ellos. No querían correr riesgos. El cielo había oscurecido, pero la calle estaba bien iluminada. Los dos amigos miraban a todas partes, esperando que Charles apareciese. Notaron un ruido a su derecha. Veían una lujosa casa construida de obra vista, rodeada de una valla de piedra. El ruido provenía de la puerta metálica que se estaba abriendo. Sandro fue quien habló.

– Creo que nos están invitando a entrar.

Salieron del coche de Sandro y entraron en el enorme y cuidado jardín de aquella casa. El jardín estaba poco iluminado, y ambos caminaban con cautela, mirando hacia todas partes. De pronto les sobresaltó un ruido seco y metálico. La puerta del jardín se había cerrado. Empezaron a desconfiar. ¿Habían hecho bien en ir allí? Podría ser una trampa. Por un momento temieron que en cualquier momento apareciesen policías por todas partes. Pablo agarró el hombro de Sandro mientras señalaba algo que le había llamado la atención.

– ¡Mira eso!

Una pequeña luz emitía discretos parpadeos, como indicándoles hacia dónde se tenían que dirigir. Mientras, delante de la puerta del jardín se encontraban Mariano y sus sobrinos. La experiencia de Mariano le indicaba que aquella casa estaba protegida por un sofisticado sistema de seguridad y mecanismos automatizados. Decidieron que de momento esperarían fuera.

Pablo y su amigo se acercaban a la luz parpadeante, y llegaron hasta la puerta de la casa. La puerta se abrió. Pablo miró atrás y vio que estaba en un jardín del que seguramente le costaría salir. No tenía elección, tenía que seguir adelante. Tras entrar en la casa, la puerta principal se cerró. Buscaron un interruptor para obtener luz, pero cuando lo localizaron, y lo activaron, seguían a oscuras. Escucharon a su alrededor un sonido mecánico, como si actuasen varios engranajes. De repente, a un lado apareció otra luz parpadeando.

– Me siento como Pulgarcito siguiendo las migas de pan. – Bromeó Sandro.

Pablo no entendía como Sandro tenía esas ocurrencias en medio de una situación como la que estaban viviendo. Pero tenía que reconocerlo, su amigo siempre era muy ocurrente, y a veces demasiado infantil.

La luz iba cambiando de posición, o eso creían ellos. Lo que ocurría realmente era que unos pilotos luminosos dejaban de activarse, y eran sustituidos por otros. Sandro tropezó con algo y se asustó, emitiendo un pequeño sonido de sorpresa. Oyeron de nuevo el sonido de engranajes, y una tenue luz se encendió permitiéndoles ver su entorno. Se encontraban en una pequeña sala cuadrada. En el centro había una apertura protegida por una baranda con la que había tropezado Sandro, y en medio se ubicaba una escalera de gato vertical que descendía.

– Joder. Pensaba que había tropezado con Cali.

Pablo pensó en su perro. Sabía que Jorge lo cuidaría bien, pero le echaba de menos. Una voz sonó en la sala.

– “Bajad la escalera y seguid por el pasillo”.

Ambos miraron a su alrededor. ¿Quién había hablado? En una de las esquinas superiores vieron un pequeño altavoz. No podían hacer otra cosa, así que bajaron la escalera. El pasillo de aquel túnel construido en la roca parecía interminable, caminaron durante un buen rato, y finalmente encontraron otra escalera de gato para subir. Una vez arriba, se quedaron de nuevo a oscuras, y escucharon el ya familiar ruido de engranajes. Dedujeron que se estaba abriendo un

paso hacia otra sala. Vieron un ligero resplandor, y caminaron hacia él. La apertura quedó detrás de ellos, se cerró, y se encendieron las luces.

Delante de ellos se encontraba un hombre alto, con un corto y cuidado pelo castaño, muy engominado. Pablo lo reconoció. Era el hombre con el que se había tropezado esa misma tarde y le había hecho caer su lujoso sombrero. El hombre le sonrió.

– Hola, otra vez nos encontramos. Espero que esta vez no me tires nada.

Sandro miraba a su amigo. ¿Le conocía? Charles continuó hablando.

– Yo también me sorprendí cuando te he visto entrar a través de mis cámaras de seguridad. El mundo es un pañuelo. – Les señaló unas sillas de estilo clásico para que se sentasen. La sala era muy parecida a la sala de la casa de su padre, estaba ambientada en piratas, con figuras, tapices, y un gran barco a escala en medio de la sala. Charles se sentó en otra silla frente a ellos. – Aquí estaréis seguros, estamos a varias casas de distancia de la casa en la que habéis entrado. Os han seguido ¿Lo sabíais?

Los dos amigos se cruzaron una mirada con gesto de sorpresa.

– Es evidente que no lo sabíais, y ninguno de vosotros me parece un asesino. ¿Y bien? ¿Qué me vais a contar?

Pablo tomó la iniciativa, y resumió todo lo que le había ocurrido desde el día anterior. Le entregó a Charles la tarjeta de memoria que había sacado del teléfono de Germán. Su única opción era confiar en él. Charles la recogió interesado.

– Bueno, creo que ahora lo mejor es que comáis algo, y descanséis. Seréis mis huéspedes. Mañana estaremos en mejores condiciones para tomar decisiones.

En otra parte de la urbanización, Carlos estaba colocando un localizador magnético bajo el coche de Sandro. Sabían que podían tardar en salir, y de momento no era prudente entrar en aquella vivienda. Decidieron buscar un hotel cercano, donde la señal del localizador no se perdiese, y reponer fuerzas.

Capítulo 24

Sábado 6 de julio de 2013. 23:00 p.m.

Natalia acababa de regresar a su casa. En cuanto había tenido fuerzas suficientes, había abandonado el hotel. Ni si quiera se había duchado, a pesar de sentirse muy sucia. No quiso permanecer en aquel hotel ni un minuto más de lo necesario, y prefirió recuperarse sentada unas horas en el interior de su coche intentando relajar su angustia. Temía que aquellos hombres regresasen. Subió las escaleras lentamente, y entró en el baño a prepararse una ducha.

En su interior continuaba el enfado, pero a pesar de la rabia que sentía, la debilidad y el recuerdo de lo sucedido horas atrás, no le dejaban concentrarse. Permaneció un buen rato bajo el agua, con los ojos cerrados, aunque todavía le temblaban las manos. Su mundo, tal y como lo conocía, había sido siempre un lugar donde podía lograr todo lo que se propusiera. Había cometido atrocidades a otras personas, y nunca le había importado. Nunca se había parado a pensar en cómo se sentían las personas que sufrían sus actos. Ahora que ella también había sido una víctima del egoísmo, lo supo. Pero lejos de arrepentirse, se centró en pensar que si ella había sufrido, todavía tenía más motivos para seguir intentando estar por encima de los demás. “Estar por encima de los demás en la manera de que no te hagan sufrir”, pensó.

Se puso un fresco camisón y se tumbó en su cama, sin cerrar los ojos. Pensó en sus opciones. Había matado a su marido, y su plan de involucrar a Pablo le había funcionado. No veía peligro alguno en ese sentido. Pero todo lo había hecho para lograr un objetivo, que ahora veía esfumarse. Confiaba en que Germán le apoyaría, pero no lo hizo. Primero intentó la tortura psicológica, después la física. Intentó dejarle claro que ella no tenía nada que temer. Cuando le tenía drogado en la salita, mientras le cortaba en un brazo para dejar los rastros de sangre, le iba explicando sus planes. Esperaba que Germán reaccionara y cambiase de idea. “Lo tengo planeado”, le decía. “Tu vecino pagará las consecuencias”. “No me será difícil conseguir las pruebas que lo incriminen”. “Como ves, yo no tengo nada que perder”. Intentaba que Germán comprendiese que ella podía llegar hasta el final sin temor. “Le diré a la policía que os peleasteis por mí. Les explicaré, con mi mejor interpretación dramática, que a causa de enfriarse nuestra relación, tuve una aventura con él, y se obsesionó conmigo”. A pesar de las drogas, Germán entendía lo que ella le decía, pero eso no le hizo cambiar de idea. Tuvo que pasar a la tortura física. Quizá se le fue la mano, pero no se había percatado que Germán, tras la decepción de una mujer de la que se había enamorado locamente, ya no daba sentido a su vida. Una vez la vio capaz de semejantes atrocidades, desechó cualquier posibilidad de volver a aquellos tiempos felices que había vivido con ella. Sin duda por eso no funcionaba la tortura. Le dolía más el corazón que las descargas y golpes que recibía.

Había accedido a las cabeceras que su marido preparaba para el reportaje. “Un tesoro pirata que ha permanecido oculto durante más de 300 años”. También le había llamado la atención otro titular. “Un botín procedente del vandalismo, se utilizará para paliar el hambre en el mundo”. Pero el que más le había impactado era otro más significativo. “El mayor botín de la historia de los piratas, solo accesible para sus descendientes”. Ese titular le empujó a indagar más, así supo quiénes eran sus descendientes. Supo que era el viejo Charles y su hijo, también llamado Charles. Y también que Germán y su colega Sergio les acompañarían a su escondite, para grabarlo todo y publicarlo más adelante. Por lo tanto, sabrían la ubicación del tesoro, y eso le daba la oportunidad de llegar antes que ellos. En las noticias había visto el anuncio de la muerte de un inglés cerca de Valencia. No habían dado el nombre pero ella sabía que se trataba del viejo Charles. No podía ser otro. Eso no entraba en sus planes. Pretendía llegar al secreto del lugar donde se ocultaba el botín a través de Germán. Pero la muerte del viejo le hizo pensar que no era la única que iba tras ello.

Tampoco contaba con esos tres hombres que iban tras el teléfono de Germán. ¿Por qué lo buscaban? ¿Qué sabían? Eran hombres dispuestos a todo, como ella, pero sin duda tenían mucha más experiencia en la extorsión. Ella calculaba sus actos, y esos hombres apenas se lo pensaban. Solo actuaban, y con una seguridad temeraria. ¿Estarían relacionados con el disparo que había recibido el colega de su marido? En las noticias informaban que estaba en coma. Eran demasiadas casualidades. Incluso la policía había relacionado la muerte de Germán con el ataque a Sergio, cuando averiguaron que colaboraban juntos. Pero Natalia era la única persona que sabía que ambos casos no estaban relacionados, a parte de su vecino y su inseparable amigo.

Su único consuelo era que no la culparían por la muerte de su marido, era Pablo quien tenía ese problema. Pero todo lo que había hecho no le servía. Estaba como al principio, pero sola. Al día siguiente debería asistir al entierro de su marido.

Se durmió.

Capítulo 25

Domingo 7 de julio de 2013. 10:0 a.m.

Sandro fue el primero en despertarse. Eras las 10 de la mañana, así que habían dormido mucho, pero lo necesitaban. Estaban en una acogedora habitación, con dos camas. Pablo seguía durmiendo. Sandro se incorporó de la cama bostezando y rascándose la cabeza. “Para que luego me digan que no sé hacer dos cosas a la vez”, pensó. “Y si me lo propongo, también podría estar rascándome las nalgas con la otra mano”.

La habitación era grande, y bien decorada. En una pared había una mesa de gran tamaño con dos sillas que parecían muy cómodas. Se acercó a su amigo y le dio unos leves golpecitos en el pecho. No reaccionaba. Pasó a dárselos en la cabeza. Pablo se incorporó de un modo tan brusco y desorientado, que Sandro cayó de culo del susto. Pablo se quedó sentado en la cama, bostezando y mirando a su amigo, que estaba sentado en el suelo. Miró las dos sillas que había junto a la mesa.

– ¿No estarías más cómodo allí?

– Muy gracioso. A ver si somos más delicados al despertarnos. Si siempre te despiertas así, no me extraña que tu ex se largase. Se acojonaría.

Pablo rió. Estaba de buen humor. Era el momento más relajado que había vivido en los dos últimos días. Notaron que alguien golpeaba suavemente la puerta.

Sandro miró a su amigo desde el suelo, encogiéndose de hombros. Los golpes en la puerta se repitieron. Sandro miró de nuevo a su amigo.

– Creo que alguien pide permiso para entrar. Esto parece el Ritz. – Giró la cabeza hacia la puerta. – ¡Pase!

La puerta se abrió. Esperaban ver entrar a su anfitrión, Charles, pero no fue así. Un hombre bien vestido, con escaso y canoso pelo que dejaba visible su enorme frente, entraba empujando una mesita con ruedas. Su aspecto sugería una edad de unos 55 años. Colgadas en un extremo de la mesa se apreciaban 2 enormes bolsas, y sobre la mesita una bandeja con un ovíparo desayuno. Zumos, leche, refinadas pastas, pan tostado, mantequilla...

– Buenos días caballeros. Mi nombre es Peter, y estoy a su disposición para todo cuanto necesiten.

Se miraron incrédulos. Peter parecía el típico mayordomo inglés que habían visto en muchas películas, solo que vestía muy elegantemente. Serio, formal, seguro de sí mismo y educado. Se levantaron y sólo les faltó hacerle reverencias.

– Al final del pasillo encontrarán el baño, por si a los señores les apetece ducharse. El señor me ha encargado que les traiga ropa limpia, me tomé la libertad de coger la ropa que traían para comprobar las tallas y asegurarme que fuesen de su agrado.

Los dos amigos llevaban el pijama que les dejaron sobre sus camas la noche anterior. Sandro solía dormir sin pijama, pero no quiso parecer desagradecido, así que lo había usado. Notaron que tenía acento extranjero.

– ¿Es usted inglés? – Le preguntó Pablo mientras se sentaba en una de las cómodas sillas.

– Sí señor, igual que mi señor, al que ya conocen. A las 11 les espera en su salón.

Pablo se sorprendió. El nombre de Charles sí parecía inglés, pero no se le notaba nada en el acento cuando hablaba español.

Devoraron gran parte del desayuno, se ducharon, y se pusieron la ropa limpia. Entraron puntualmente en el salón de Charles. Él les estaba esperando detrás de una mesa, mientras manipulaba un ordenador portátil. Tenía colocado un lápiz de memoria USB. Lo sacó de su ranura mientras saludaba a sus invitados con gran afectuosidad.

– Buenos días. Espero que hayáis dormido bien. Por favor, tomad asiento.

Se sentaron en unos altos sillones, mientras observaban su entorno. Aunque la decoración era poco común, todo se veía muy elegante y acogedor. Poco espacio de la pared carecía de algún cuadro o tapiz, las lámparas de pared aparentaban pertenecer a tiempos pasados. Tres estatuas de diferentes piratas a tamaño natural intimidaban con sus feroces miradas a cualquiera que estuviese en la sala. Se quedaron mirando una bandera pirata que había en una pared. Habían visto muchas, pero no esa. Tenía las 2 tibias, y la calavera que había sobre ellas estaba de perfil, con un llamativo aro alrededor de su oreja. Charles se percató de ello de la interesada mirada de aquellos hombres, y decidió explicarles de qué bandera se trataba.

– Esa es la bandera que se conoce como la de Henry Avery. Muchos piratas se limitaban a usar una bandera negra, pero otros las personalizaban y tenían su propia bandera. Esta es la de mí antepasado.

En esos momentos entró Peter. Se acercó a la mesa mientras saludaba con un movimiento de cabeza a los dos invitados. Charles le entregó con amabilidad el lápiz USB. También le entregó las llaves de un coche.

– Ya conocéis a mi fiel amigo Peter. Trabaja para mi familia desde hace muchos años. Es de mi total confianza. – Se dirigió a Peter con voz amigable a la vez que le regalaba una sonrisa de complicidad. – Ya sabes lo que tienes que hacer, Peter.

– Por supuesto, señor, – contestó con un una leve reverencia de cabeza.

Peter salió, y Charles se dirigió de nuevo a sus invitados.

– Espero que no os importe que le haya entregado las llaves de vuestro coche. – Miró la reacción de perplejidad de los dos hombres. – Los hombres que os siguieron colocaron un localizador en vuestro vehículo. Confiad en mí.

Eso es lo que querían los dos amigos, confiar en alguien. De momento Charles era la persona en la que más deseaban confiar. Era su única esperanza de salir del lío en que se encontraban. Charles quiso sincerarse con ellos para que así no tuviesen dudas de sus intenciones.

– He encontrado el video que me decíais en la tarjeta de memoria. Os lo agradezco mucho. – Apoyó los codos en la mesa y unió sus manos entrecruzando los dedos, mirando afectuosamente a sus invitados. – Hay personas que van detrás de mi herencia. Y para ello han asesinado a mi padre. Pero en el video no sale la persona principal. Solo sus matones. ¿Qué sabéis de la historia de mi antepasado?

Pablo le refirió lo que Germán le había contado. Cómo tras un motín, y apoderarse de un poderoso barco, se pasó a la piratería. Cómo se le unieron otros piratas, y cómo lograron botines importantes en la ruta de los peregrinos a la Meca. Pero no sabían nada del gran golpe final. A Germán no le dio tiempo a explicar nada más.

– Pobre Germán. Era un gran hombre. Honesto, agradable... También conocí a su colega Sergio, aunque con este no tuve mucho tiempo de tratar y no le conozco demasiado.

Bajó la mirada y quedó pensativo. Daba la impresión que la muerte de Germán le había afectado mucho.

– Pues el gran golpe final al que os referís, fue el mayor botín en la historia de la piratería. Atacaron nada menos a una flota del imperio Mogol. – Miró a sus invitados y notó que no sabían muy bien de qué hablaba, así que decidió explicarles la historia. De ese modo los dos amigos se relajarían un poco tras un día tan complicado.

– La antigua India, en esa época era gobernada por los musulmanes. Y ese gobierno islámico era conocido como el imperio Mogol. Avery, que esperaba seguir asaltando ricos barcos de peregrinos, se topó con el Ganj- I- Sawai, un barco del Gran Mogol, el emperador de la India. Ni él mismo se imaginaba lo que iba a encontrar allí. El barco perteneciente al Gran Mogol también contaba con 40 cañones a parte de otros numerosos armamentos.

Los dos amigos estaban expectantes ante la historia de Charles. Les recordaba cuando, de niños, les explicaban cuentos o historias interesantes. Escuchaban con mucho interés, sobre todo porque la historia que narraba Charles se centraba en algo que sucedió realmente.

– Envío los barcos más pequeños de su flota contra el Ganj- I- Sawai para incordiarle mientras Avery colocaba estratégicamente su gran barco y poder bombardearle. Tenía a su favor que su tripulación era sanguinaria y acostumbrada a pelear, mientras que la tripulación del Ganj- I- Sawai, aunque tuviese buen armamento, eran marinos mercantes, sin experiencia en la lucha.

Se levantó y caminó hasta un enorme cuadro de un barco de la época, señalando su mástil central.

– Uno de los primeros cañonazos de Avery dañó el mástil del barco que atacaba. Además, un cañón del Ganj- I- Sawai explotó en cubierta y el barco quedó muy dañado. Su tripulación a pesar de ir armada, no tenía entrenamiento, nunca hubieran esperado tener que luchar. Fue en ese momento cuando Avery envió las chalupas para abordar el barco. En ese barco se encontraron cantidades de plata y oro jamás vistas. – Se quedó mirando fijamente a sus invitados, y añadió sin pestañear “Gran parte de ese tesoro sigue intacto”.

Charles se puso de espaldas a los dos invitados y se quedó mirando el cuadro del enorme barco, mientras Sandro, que estaba impresionado por la historia que había escuchado, quiso preguntar algo y levantó la mano como en los colegios. La bajó inmediatamente tras la colleja que le propinó su amigo, que disimulaba la risa.

– No seas infantil Sandro. Esto no es un colegio.

Charles se giró tras oír el comentario, y dirigió una mirada a Sandro que parecía interrogarle.

– Pablo no mató a Germán. Nos gustaría que nos dijeras que nos crees. La policía le busca.

– Cierto. – Dijo Pablo con la mirada baja. Tenía los brazos sobre el reposabrazos del sillón, y movía las piernas adelante y atrás con nerviosismo, como un niño de 10 años. – Ahora soy un fugitivo y si saben que me tienes aquí te pueden tomar por cómplice. Si no puedes ayudarnos es mejor que nos vayamos. Te has portado muy bien con nosotros y no queremos causarte problemas.

Charles dio unos pasos hacia su mesa, con una mano en la espalda y con la otra en alto levantando su dedo índice.

– Sé distinguir cuando alguien me miente. Créeme. ¿Para qué ibais a venir hasta mí, y ayudarme a descubrir a los asesinos de mi padre? De momento los únicos que sabemos que estáis aquí, somos Peter y yo. Y os aseguro que Peter es la persona en la que más confío de este mundo.

Se giró hacia ellos y levantó las dos manos encogiéndolos levemente los hombros.

– ¡Ah, sí! Y también esos tres hombres que os seguían, pero pronto dejarán de causaros problemas.

Capítulo 26.

Domingo 7 de julio de 2013. 12:15 p.m.

Peter controlaba por el retrovisor el Opel Insignia que le venía siguiendo. Al principio había necesitado reducir la velocidad más de lo normal, quería garantizarse que aquellos hombres le localizaban fácilmente. Había bordeado Tarragona por la A7, y se había desviado en busca de la denominada carretera de Valencia. Allí entró en un carril lateral, y al poco detuvo el vehículo. El Opel se quedó a menos de 500 metros, no sabían por qué se había detenido allí, pero decidieron esperar en el interior del vehículo. Después de todo, solo necesitaban seguir el rastro del localizador. Podían apreciar desde allí un edificio bajo pero amplio. Había 2 banderas en unos mástiles muy altos. Una bandera catalana y otra española.

Carlos estaba sentado esta vez al lado de Matías.

– Al viejo le sentó mal la cena. – Dijo Carlos

Matías tenía las manos colocadas sobre el volante, y contestó sin dejar de mirar al frente.

– Yo creo que le sentaría mal cualquier cosa. Estaba furioso. Un día le dará un ataque al corazón. Es capaz de no inmutarse presenciando una tortura, pero es incapaz de asimilar que algo le salga mal. Por mí, mejor que se haya quedado en el hotel. ¿Qué coño será ese edificio? Debe ser un edificio oficial, por las banderas. ¿Qué buscan estos dos? Sólo he visto bajar a uno de ellos del coche.

Carlos abrió la ventanilla y encendió un cigarrillo.

– Lo que necesita el jefe es que encontremos algo. El ordenador que cogimos del viejo no tenía mucho, al menos de momento, y el “cerebrito” todavía no ha averiguado nada de la isla.

– Al menos, gracias a llevarnos el portátil del viejo, pudimos saber que había enviado el video a Sergio, – comentó Matías, sin dejar de mirar aquel edificio.

Peter estaba dentro del edificio. Sus perseguidores estaban demasiado lejos para percatarse que el lugar donde había entrado, era la comisaría de los “Mossos D’Escuadra”, la policía autonómica catalana. En esos momentos, estaba sentado en un despacho con otros policías, mientras terminaban de ver el video del asesinato del viejo Charles. Había llevado el video en el lápiz de memoria que le entregó Charles, que a su vez lo había sacado de la tarjeta de memoria que le entregó Pablo. Los policías estaban atónitos, mientras Peter permanecía serio y despreocupado sentado en una silla.

– Esta información es muy valiosa. Muchas gracias por su colaboración. Nos pondremos inmediatamente en busca de los individuos que salen en el video.

– No necesitan ir muy lejos. – Dijo Peter sin inmutarse, a la vez que se levantaba de la silla. – Los tienen a 500 metros de este edificio, en un Opel Insignia negro.

Carlos estaba encendiendo otro cigarrillo, le ponía nervioso esperar. Le sonó el teléfono. Miró la pantalla y vio el número de su jefe.

– Hola Mariano.

– ¿Hay algo nuevo? ¿Dónde estáis? – Mariano parecía nervioso.

– Estamos a la salida de Tarragona. Han parado en un edificio con banderas.

En ese momento Matías vio salir un coche patrulla de la policía autonómica catalana. Fue entonces cuando se dio cuenta de dónde estaban. “¿Qué coño han venido a hacer estos aquí, si están en busca y captura?” pensó. “¿Han venido a entregarse?”.

– ¡Mierda! – Exclamó Matías. Carlos seguía hablando por teléfono y cesó su conversación intrigado, dirigiendo la mirada a su compañero, como preguntando qué pasaba. – ¡Joder! Estamos al lado de la comisaría de policía. Esto me huele muy mal.

Arrancó el coche, pero no le dio tiempo a moverlo. Detrás de ellos, había por lo menos 10 policías apuntándoles con sus armas.

– ¡Salgan del coche despacio! ¡Y que yo vea esas manitas!

En el teléfono que mantenía Carlos en su mano se oía una voz.

– ¡Mierda! ¡Mecagüen...!

Mariano colgó el teléfono.

Capítulo 27.

Domingo 7 de julio de 2013. 13:00 p.m.

Los dos amigos y Charles estaban sentados en la terraza del salón donde habían escuchado la historia del asalto al Ganj- 1- Sawai.

La ubicación de la terraza regalaba una preciosa vista que los tres hombres disfrutaban relajadamente, sentados alrededor de una mesa redonda de cristal. El toldo les protegía del sol, y se habían servido unos refrescos.

Sandro era quien se había mostrado más fascinado en el tema del tesoro del antepasado de Charles. Sabía que también ese era el motivo de su desgracia, pero no podía culpar por ello a su anfitrión.

– Es una historia increíble. Yo no conozco nada de mis antepasados, más allá de mis abuelos.

Charles dejó sobre la mesa el vaso del que estaba bebiendo, y sin soltarlo miró a Sandro.

– Pues créeme, yo preferiría no saberlo. Así no me avergonzaría tanto. – Giró levemente la cabeza, y fijó su vista en el recto horizonte que mostraba el mar que vestía el fondo del paisaje. – Lo que más me avergüenza no es que se apropiasen del botín, sino lo que hicieron después. Los días siguientes a aquel asalto fueron días de horror. Torturas, violaciones...

– ¿Habían mujeres? – Intervino Pablo

– Sí, había muchas mujeres como pasajeras, a parte de las esclavas. – Charles continuó hablando sin desviar la mirada del horizonte. – Las esclavas turcas se habían visto obligadas a vestirse de hombre y subir a cubierta a luchar, para así aparentar ser una tripulación mayor. Se cree que fue una idea del capitán del Ganj- 1- Sawai, para darle tiempo a esconderse en una bodega mientras las mujeres luchaban. Así podría escapar de las atrocidades que siguieron al ataque.

En ese momento llegó Peter. Charles se giró hacia él y le saludó inmediatamente.

– Hola Peter, ¿Cómo ha ido todo?

Peter se detuvo delante de los tres hombres, su postura erguida parecía casi rígida, y puso las manos a su espalda.

– Todo bien, señor. Los dos hombres que mataron a su padre, ya están en manos de la policía.

– ¡Coño!– Espetó Sandro, callándose y llevando inmediatamente la mano a su boca. Todo aquel entorno era elegante. El comportamiento de Charles, y, lo que parecía su mayordomo, intachable. ¡Y él diciendo tacos! – Lo siento, – añadió a continuación.

Peter le dirigió una simpática sonrisa. Su comportamiento era intachable, pero sin duda disfrutaba mucho con las reacciones de los dos invitados. Se acercó a Sandro y le devolvió las llaves de su coche. – Se lo he cuidado bien, señor. – Inmediatamente se dirigió a Charles para explicarle más detalles.

– Estaban los dos más jóvenes, señor. Su jefe no les acompañó. De todas formas, las pruebas solo son evidentes contra los hombres que salen en el video.

Charles estaba frotándose la barbilla con dos dedos mientras reflexionaba durante unos segundos. Se levantó y se dirigió a sus invitados.

– Bien, yo debo ausentarme. Tengo compromisos evidentes. Regresaré a Valencia donde debo preparar el funeral de mi padre, y algunas otras gestiones. Vosotros os quedaréis aquí. No os preocupéis, aquí estáis seguros. Peter cuidará de vosotros.

Pablo se levantó de la silla solicitando con un gesto de su mano que Charles le escuchase.

– Charles, sé que te debemos mucho, pero me gustaría pedirte un favor. – Tragó saliva antes de continuar. – Verás, tengo un perro que tuvimos que dejar en casa de un amigo. Para mi es parte de mi familia...

Charles se quedó pensando durante unos instantes. Se cruzó una mirada con Peter, quien, tras sostenerle la mirada unos segundos, hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Finalmente Charles accedió.

– De acuerdo. Tú te deberás quedar aquí, dado que eres a quien buscan. Tu amigo cogerá un todoterreno que tengo en mi garaje, y que está habilitado para llevar animales. Que lo recoja y lo traiga.

– ¡Gracias, te lo agradezco mucho! – Pablo estaba más que agradecido. No podía creer en la suerte que había tenido encontrando a Charles.

Charles Salió y los dos amigos le siguieron con la mirada. Acababan de conocer a ese hombre, pero les inspiraba mucha confianza. Pablo pensó que no debía fiarse de nadie. Pensó que su vecina tampoco aparentaba ser lo que era, y que podía ocurrir lo mismo con otra persona. Pero Charles podía haberles entregado, y no lo hizo. De momento les estaba tratando muy bien. Se le veía muy seguro de sí mismo. En eso le envidiaba. Peter se dirigió a Sandro, inclinando ligeramente la espalda.

– Si me lo permite, le indicaré dónde está el vehículo que debe llevarse.

Capítulo 28.

Domingo 7 de julio de 2013. 17:00 p.m.

Mariano no tuvo más remedio que conducir su coche. Regresaba a Valencia, mientras hablaba por teléfono con su hijo a través del “manos libres” del vehículo.

– Dile a Francisco que le espero en tu casa. Que no dé excusas. Me debe unas cuantas, y ha llegado el momento que me devuelva algún favor. – Hablaba casi gritando, a pesar de saber que tenía razones para estar agradecido a su hijo. Le acababa de dar muy buenas noticias. – Has hecho un buen trabajo – añadió.

Tras cortar la conexión, se sumió en sus pensamientos. Sus sobrinos estaban en manos de la policía. Eso significaba que la policía tenía el video, de otro modo no hubiesen tenido motivos para detenerlos. De momento, sabía que ninguno de ellos le delataría, pero cuando les explicasen los delitos de los que les acusaban, y las opciones de reducir las condenas si colaboraban, muy probablemente le acusarían a él. Eran su familia, pero también eran egoístas y sin escrúpulos. Tenía que hacer algo y pronto.

Lo primero que pensó fue usar sus influencias para garantizar una pena más corta, de ese modo no tendrían que acusarle para reducir su condena. En pocos años podría presionar a algunos contactos para que les indultasen. Ese país era un chollo según el punto de vista de Mariano. La justicia estaba controlada por los gobiernos de turno, así que a base de favores se podía obtener mucho de quienes ostentaban el poder.

En ocasiones, y bajo cualquier pretexto, el gobierno aprobaba una amnistía, donde se le daba la libertad a algunos pobres desgraciados que tenía una condena menor, y un buen historial de buen comportamiento, lo que recreaban en los noticiarios como justificación de ese indulto. Pero lo que hacían realmente era tapar a otras personas que indultaban bajo el camuflaje de esa oportuna amnistía, personas a quienes se les perdonaba sus condenas fruto de las presiones de gente muy poderosa. Evidentemente, estas otras personas no eran protagonistas en los noticiarios. Ese solía ser el auténtico motivo por el que se aprobaban esas medidas.

Pero seguía estudiando todas las opciones.

Necesitaba las manos libres para seguir con su plan. Su hijo le acababa de explicar que había localizado la isla de la imagen que había recuperado del disco duro de Sergio. Se trataba de un pequeño islote de la isla Mohèli, cerca de las islas Comodoro, en el canal de Mozambique. Lo averiguó tras encontrar en otro archivo las coordenadas – 12.379491, 43.762136, y un comentario que ponía “Isla Canguro”. Tenía que ser eso. Las coordenadas le situaban en ese pequeño islote, y el dibujo de la isla que encontró era idéntico. Y además, la isla tenía bastante similitud con un canguro.

Tenía que prepararlo todo, y viajar a la isla.

Entretanto, Sandro conducía un todoterreno en dirección a Castellón, mientras Pablo conversaba con Peter en el acogedor salón de la casa de Charles. Cada vez le gustaba más hablar con Peter. Se le veía muy culto y agradable.

– Charles dice que está poco orgulloso de lo ocurrido con el Ganj–l– Sawai – le dijo.

Peter estaba sentado, fumándose un buen puro, y tomando un brandy. A Pablo eso le hizo gracia. Había visto muchas escenas en la televisión, sobre mayordomos que se bebían el licor de sus señores cuando estaban ausentes, o se fumaban sus puros, pero sabía que Peter no tenía que

escondese de nada. Charles le había dejado claro que, aunque trabajase para él, no era su empleado, sino su amigo.

A pesar de su edad, Peter parecía fuerte y ágil, aunque todos sus movimientos pareciesen estudiados para mostrar una elegancia y respeto que asombraba.

– No me extraña que el señor piense eso. – repuso Peter tras expulsar una bocanada de humo. – lo que ocurrió después fue de lo más deshonesto. Durante los dos días siguientes, las torturas se repetían a cada momento a bordo, incluso algunos comerciantes se suicidaron después de matar a sus mujeres y sus sirvientas, para evitar que las violaran. Les daba igual la edad, violaban hasta a las mujeres más mayores. Muchas otras se lanzaron por la borda para morir ahogadas y librarse de semejante tortura. Algunas de las personas que viajaban pertenecían a la nobleza del Gran Mogol. Incluso es posible que su hija estuviese entre esas personas.

Dejó la copa de brandy sobre la mesa antes de proseguir. Pablo le escuchaba con interés.

– Los rumores de lo que sucedió a bordo se extendió, aunque Avery lo negaría. Cada tripulante se llevó un botín de 1000 libras. A cada tripulante le correspondía una parte, pero Avery pensó el modo de quedarse con una cantidad mayor. – Puso cara de interesante antes de seguir explicando. – Se dirigían a Madagascar cargados de tesoros para construir un fuerte en la isla. Convenció a los otros dos barcos que le acompañaban para guardar el tesoro en el suyo, dado que el “Fancy” era más fuerte. Lo guardó en cofres con tres cierres de seguridad, y así fingir garantizar que solo se podrían abrir en presencia de los tres capitanes de barco. Al tercer amanecer del viaje, el “Fancy” había desaparecido, y se había llevado todo el tesoro.

– Bueno, ya sabes la frase...”Quien roba a un ladrón...” – rió Pablo.

– No todo sería tan fácil. – interrumpió Peter. – El asalto al Ganj-1- Sawai irritó al Gran Mogol, quien hacía sendos negocios con Inglaterra, y amenazó con expulsar o matar a los ingleses de su imperio, aparte de prohibir el comercio con Inglaterra. Eso obligaba a los ingleses a hacer un gesto, como llevar Avery y sus hombres ante la justicia, para demostrar que rechazaban lo que hacían sus piratas. Inglaterra envió varios escuadrones de la marina real en busca de todos los piratas posibles. Muchos de ellos fueron capturados y llevados a la justicia, pero nunca lograron capturar a Avery.

Peter acercó la copa a sus labios y dio otro sorbo de brandy. Hablaba y actuaba despacio, pero impecablemente. Parecía tener todo el tiempo del mundo, todo se lo tomaba con mucha calma, y sin embargo parecía no tener dificultad en tener todo en orden, lo que demostraba su enorme capacidad de organización.

– Avery había logrado lo que quería, – prosiguió. – Un gran botín y retirarse. Pero su cabeza tenía precio y no lo tuvo fácil. Se dirigió a “Providence”, una isla de las Bahamas, sobornó al gobernador para poder garantizar su seguridad, y más adelante compró una chalupa, para dirigirse a Irlanda. Allí cambió de nombre, y desapareció del mapa. Eso es lo que se sabe de él.

– ¿Y nadie supo más de él?

Peter miró a Pablo sorprendido, como si no entendiese nada de lo que le había explicado. Dejó la copa de brandy sobre la mesa, y se inclinó ligeramente hacia adelante entrecruzando los dedos de las manos.

– Para el resto del mundo no, pero es evidente que hay unas pocas personas que sí lo sabemos.

Pablo se avergonzó de su pregunta. Estaba en casa de un descendiente del pirata, que al parecer conocía el paradero de lo que quedaba del botín de Avery, y que por lo tanto se había ido transmitiendo de padres a hijos. Era evidente que sí que se sabía algo más de él, aunque solo fuese por parte de un círculo muy pequeño. Aprovechó el ambiente cordial entre ambos, y le hizo una pregunta que llevaba horas deseando hacer.

– ¿Qué más ha encontrado Charles en la tarjeta de memoria, aparte del video?

– Lo siento, señor, – contestó Peter en un tono muy correcto y levantando las cejas. – En estos momentos no puedo darle esa información.

Capítulo 29.

Domingo 7 de julio de 2013. 18:00 p.m.

Natalia había regresado del entierro de su marido. Su semblante era serio, no había cambiado desde la experiencia en el hotel de la tarde anterior. Le abordaba también una sensación extraña. A pesar de todas las cosas que había hecho en su vida, era la primera vez que mataba a alguien. Pero lo que realmente le inquietaba era que no sentía remordimientos. Antes de poner en marcha su plan, se intentó auto convencer de que tenía que hacerlo. Era Germán o ella. Hacía mucho tiempo que había descubierto el reportaje en el que trabajaba Germán, casi un año. Aunque para entonces ya compartían su vida en la misma casa, le pidió que se casara con ella. A Natalia no le importaba vivir en pareja sin estar casada, pero, en aquel momento, llegó a pensar que Germán también podría tener la tentación de sacar provecho de su información, y si era así, estando casados sería de ambos.

Pero terminó dándose cuenta de que Germán era asquerosamente honesto. “Era un estúpido”, pensó Natalia. “pensaba en los demás antes que en nosotros”. No asimilaba como podía pensar en los demás. En todas sus relaciones, siempre había logrado que ella estuviese por encima de cualquier cosa. Intentó relajarse, se dejó caer en el sofá, y encendió el televisor, en un canal de noticias las 24 horas. Cada media hora, se repetían las últimas noticias.

Cogió su teléfono y llamó a uno de sus clientes. Este era un cliente especial, y muy adinerado. Se decía que se dedicaba al narcotráfico, y Natalia le había llevado algunos casos. En esta ocasión, su cliente, Mario Caballero, estaba encarcelado de forma preventiva, acusado de asesinato. Pero Natalia había conseguido tirar por tierras las pruebas del fiscal, por lo que en breve se revisaría el caso y seguramente quedaría en libertad.

– Hola Mario, soy Natalia. – Escuchó su saludo y alguna pregunta, pero ella tomó la iniciativa, no le apetecía hablar mucho, solo quería dejarle un claro mensaje. – Tranquilo, en 2 o 3 semanas estarás fuera. Ya está todo arreglado. Ya ves que de momento estás en una celda diferente, incluso te dejan llevar teléfono móvil. De nada, no te preocupes. Pagas mis honorarios, eso es suficiente. – Espero unos segundos antes de añadir algo más. – Si, tranquilo, si necesito algún favor, no te preocupes que te lo diré.

Colgó y volvió a mirar la pantalla del televisor, pero al hacerlo se quedó paralizada de la sorpresa. Las fotos que se exponían en la pantalla captaron toda su atención. Eran las fotos de los dos hombres que la habían violado.

Subió el volumen con el mando a distancia mientras cambiaba su postura inclinándose un poco hacia adelante. “Detenidos en Tarragona los asesinos de Charles Golden. Un video demuestra el asesinato a sangre fría de uno de los detenidos, en presencia de su compañero”.

No podía creerlo. Se alegró de que esos hombres estuviesen entre rejas. Lo único que lamentaba es que no tendría oportunidad de vengarse personalmente de ellos. Pensó en las opciones que tenía. El viejo que acompañaba a esos hombres seguía en activo. ¿Quién más podría tener la información que necesitaba? Posiblemente Pablo, dado que se quedó con la tarjeta de memoria del teléfono de su marido. Pero poco podría hacer Pablo. Estaba buscado, y no podría salir del país. Tampoco parecía que tuviese medios económicos para emprender una aventura como esa. Ella sí los tenía. Tenía mucho dinero, y además cobraría una buena suma del seguro de vida de su marido.

Pero no tenía claro cómo empezar, aunque llevaba tiempo sopesando algunas opciones. Con su marido hubiese sido todo más fácil. Había viajado mucho en busca de reportajes, y algunos

de esos viajes fueron a lugares poco civilizados. El tal Mariano, como le llamó uno de sus hombres cuando Natalia escuchaba la conversación escondida en su jardín, seguramente sí sabría cómo hacerlo. ¿Pero, quién era Mariano realmente?

Se levantó para coger su ordenador portátil y volvió a acomodarse en el sofá. “Alguna relación habrá si iban juntos” pensó. Lo puso en marcha y se conectó a páginas de noticias. Encontró la noticia, y se dispuso a leer el contenido. “Carlos Navarro Jiménez y Matías Cortés García, detenidos por el asesinato del inglés Charles Golden”. Un poco más abajo, había un párrafo que le interesó. “Los detenidos son sobrinos del conocido constructor Mariano Cortés Navarro”.

“Bien, al menos ya sé quién eres” pensó. Buscó información sobre la empresa de Mariano, y medios de contacto. Todo aparentaba que en estos momentos había dos personas interesadas en apoderarse de la herencia del pirata, Mariano y ella. Supuso que sólo Charles conocía el secreto a parte de ellos dos. Si había llegado hasta donde había llegado con Germán, ¿por qué no podía intentarlo con Mariano? Ella era muy capaz de empezar de nuevo con otro plan. Conocía a sus rivales, y eso le podía dar otra oportunidad, aunque fuese remota.

Recostó su espalda en el respaldo del sofá, y de nuevo volvió a sonreír.

Capítulo 30

Domingo 7 de julio de 2013. 18:00 p.m.

Sandro acababa de llegar a casa de Jorge.

En cuanto la puerta se abrió, el perro salió disparado en busca de Sandro, que también se alegró, y mucho, de volver a ver a Cali. Sandro se agachó y acariciaba con fuerza la cabeza y el lomo del perro. Mientras, Jorge permanecía de pie, muy serio, con los brazos en jarras.

– ¿Qué está pasando, Sandro? He visto las noticias, buscan a Pablo por homicidio.

– Sí, yo también lo he visto. – disimuló Sandro sin dejar de acariciar a Cali. – Me quedé de piedra, no entiendo nada. No termino de creérmelo. – Se levantó y cogió a Cali por el collar. – Al enterarme, ya pensé que Pablo no podría regresar, así que he pensado que mejor me llevo a Cali a mi casa.

– ¿Y ya está, eso es todo?

Sandro se fue alejando intentando evitar que Jorge le hiciese preguntas comprometedoras.

– Gracias por todo, Jorge. Me tengo que ir, de veras. Ya nos veremos.

Salió sin darle tiempo a decir nada más. Jorge se los quedó mirando mientras se iban, con cara de desconfianza. Cali estaba radiante tras encontrarse con Sandro, y miraba a todas partes, intentando ver a Pablo en cualquier momento. Aquel hombre cabezón lo había cuidado muy bien, pero echaba de menos a los suyos. Sandro y Cali subieron al todoterreno, querían regresar a Tarragona cuanto antes.

Tardaron casi 3 horas en llegar. La casa donde estaba su amigo y Peter se encontraba a casi un kilómetro de la casa de obra vista en la que entraron la noche anterior. Recordaba cómo caminaron bajo tierra un buen trecho cuando llegaron la primera vez.

Sin duda, Charles tenía motivos para ser tan prudente. En su primer encuentro, su anfitrión les miraba con algo de desconfianza. Al día siguiente, parecía otro. Tenía a dos desconocidos en su casa, y sin embargo el trato que recibían parecía el que se le daba a los amigos de toda la vida. Sandro tenía muy claro que ellos eran de fiar, pero no entendía cómo Charles se había percatado tan pronto de ello.

Peter activó la apertura de la puerta del jardín, y Sandro condujo el todoterreno hasta el garaje. Pablo les esperaba impaciente. Cali se abalanzó sobre él en cuanto lo vio. Estuvo tanto tiempo acariciándolo y restregando su cara por la cabeza del perro, que Sandro creía que lo iba a desgastar, mientras contemplaba satisfecho ese momento de merecida felicidad en su amigo.

Durante la cena, los dos amigos estaban animados. Pablo seguía metido en un buen lío, pero cada vez tenía mejores sensaciones, y mayor esperanza de que todo se pudiese solucionar. Solo 24 horas atrás, su situación era mucho más desesperada. Seguían teniendo un grave problema, pero no estaban solos, y eso ayudaba mucho a superar unos momentos tan difíciles. Charles se veía un hombre con recursos y seguramente encontraría una solución. No sabía cómo podría hacerlo, pero lo único que le quedaba a Pablo era confiar en él. Peter preparó una exquisita cena. Ese hombre parecía saber hacer de todo. Los dos invitados insistieron en ser ellos quienes la sirviesen, no se consideraban con el derecho de que Peter trabajase para ellos, después de cómo les estaba tratando.

Después de cenar, estuvieron viendo un debate que emitían en la televisión. 5 hombres simpatizantes a 5 partidos políticos distintos, discutían una decisión del gobierno. Cada uno de

los integrantes del debate, aseguraba cual era la mejor de las opciones que debía haber puesto en práctica el gobierno, para que la ciudadanía se beneficiase, y de ahí salieron 5 alternativas totalmente diferentes y contradictorias entre ellas. Peter miraba la pantalla sin que en su rostro se apreciase interés alguno, mientras los dos amigos discutían entre ellos los diferentes argumentos de las personas que intervenían. Hubo momentos en que los dos amigos se discutían levantando excesivamente la voz intentando imponer cada uno su punto de vista. Pablo se percató que el tono no era el adecuado, y le hizo un gesto a su amigo temiendo que ese comportamiento molestase a Peter, quien les miraba sonriente.

- No se preocupen, caballeros, me divierte observar sus reacciones.

- ¿A usted no le gusta el debate? Apenas lo mira... – preguntó Pablo.

Peter les miraba con una sarcástica sonrisa, como si conociese de antemano la reacción que tendrían esos hombres minutos después.

- ¿Qué hace interesante para ustedes ese debate? – Preguntó con voz agradable.

- Bueno, - dijo Sandro. – En los debates sale gente que sabe mucho, y podemos aprender cosas de ellos.

Peter permanecía inmóvil, manteniendo su mirada en los dos amigos, que a su vez le observaban como pretendiendo conocer la opinión de aquel peculiar hombre. Finalmente, Peter decidió explicarse.

- Pues yo creo que los debates no son para que ustedes aprendan nada, sino para todo lo contrario. Son un modo más de manipular la opinión de la gente.

- Pero esa gente tiene mucha experiencia y estudios, seguro que conocen más cosas que nosotros – expuso un inquieto Sandro, que parecía molesto con la versión de aquel hombre.

- Pues si esos 5 hombres que están participando en el debate saben tanto, ¿cómo me podrían explicar que ante el mismo tema, 5 personas tan sabias, niegan constantemente lo que dicen las otras 4?

Sandro se mantuvo unos segundos con la boca entreabierta. Parecía dispuesto a contestar cualquier argumento de Peter, pero se quedó sin palabras. Finalmente expuso la primera idea que le vino a su cabeza.

- Bueno, también se equivocan a veces.

- ¿Seguro? – preguntó un divertido Peter. – O mienten. En cualquier caso, la verdad solo puede ser una, y si hay 5 opiniones diferentes, es que al menos 4 no tiene ni idea, o mienten. Por lo tanto no entiendo qué podemos aprender de los debates televisivos, salvo darnos cuenta de su desesperado intento de impedir que pensemos por nosotros mismos.

Sandro se quedó pensativo, lo que ese hombre decía tenía mucho sentido, aunque prefirió pensar que al menos alguno de aquellos hombres que participaban en el debate sí sabría lo que se decía. Miró de reojo a su amigo. Llevaba unos minutos sin decir nada, y se le veía pensativo. Conocía esa cara. Era la que reflejaba cuando le daba vueltas a algo. Pablo se percató de la mirada de su amigo.

- Hay algo que no entiendo, – dijo dirigiéndose a Peter. – Si el secreto de Avery ha pasado de padres a hijos, debe haber mucha gente involucrada.

Peter rió satisfecho. – Me extrañaba que no hubiesen preguntado eso antes – dijo con una leve reverencia de cabeza y sin perder la sonrisa– es de lógica que debe haber más gente involucrada.

Sandro les miró a ambos. No sabía de qué estaban hablando. Pablo le devolvió la mirada casi molesto, y tragó deprisa el pedazo de pastelito que estaba masticando para poder dirigirse a su amigo.

– Joder, Sandro. ¿No lo entiendes? Son muchas generaciones las que ha habido desde entonces. Y cada pareja suele tener más de un hijo, que a su vez se van casando, y teniendo más hijos. Por lo tanto, si Avery tuvo descendencia, tiene que haber muchos otros descendientes aparte de Charles.

Sandro pareció despertar de un sueño. Tenían razón, no se le había ocurrido. Peter estaba esperando pacientemente que terminase la reacción de los dos invitados. Intercambió unas miradas en ambos, sin perder la sonrisa, como preguntando si ya habían terminado de hablar, para poder intervenir él. Una vez se hizo el silencio, se pronunció.

– Lo siento mucho, señores, – dijo levantando las cejas con pesadumbre. – Pero, aunque hay una explicación muy lógica, no estoy en condiciones de desvelárselo en estos momentos.

Capítulo 31.

Domingo 7 de julio de 2013. 22:00 p.m.

Mariano estaba sentado en una silla de oficina con ruedas en el piso de su hijo George, “el cerebritito”.

– Ya podrías comprarte muebles más cómodos – le espetó a George.

George no le hizo ningún caso y se dirigió a la cocina a por un refresco. Se pasaba el día bebiendo refrescos con gas.

Enfrente de Mariano se encontraba Francisco, un hombre con quien había realizado muchos tratos poco transparentes. En todo el piso, solo había un sillón decente, el que ocupaba su invitado, que acababa de llegar. Tenía las piernas cruzadas, y vestía un elegante traje. Mariano intentó ser directo con Francisco.

– Te he estado esperando. Mi hijo te dijo muy claro a qué hora que debías estar aquí.

– Lo sé, – contestó Francisco sin inmutarse por el toque de atención de Mariano. – Pero tuve que regresar a cambiarme de traje. Me enganché la chaqueta con la puerta del coche y se rasgó. Y en una hora tengo una reunión importante.

Mariano le miró de arriba a abajo. Ese hombre vestía trajes muy caros. Se miró sus castigadas manos, y no se parecían en nada a las de su invitado. Mariano era muy rico, pero había comenzado desde abajo, trabajando muchas horas en la obra, pero las manos de su invitado albergaban unos finos dedos, suaves, que denotaban que nunca habían sufrido el trabajo físico.

– Bueno, Ya sabes lo que tiene que hacer – le dijo, sin si quiera mirarle a los ojos. – Utiliza tu influencia, o tu dinero, o lo que sea.

Francisco tenía alrededor de 50 años, pero conservaba una buena figura. Era alto y delgado. Tenía los codos apoyados en el reposabrazos del sillón, con las manos frente a su rostro, unidas por las puntas de los dedos, y cara pensativa.

– Influencia...influencia...ya sabes que me he retirado.

– ¿Es eso una excusa? – dijo Mariano con un tono ligeramente alto. – Dirás que te han retirado. Pero eso no importa, si tú no tuvieses influencia, que la tienes, sabrás a quien acudir. Necesito que me ayudes, y debes hacerlo.

– Veré qué puedo hacer – contestó Francisco separando las manos unos instantes y regresándolas de nuevo a la misma posición. – Lo que te puedo asegurar es que haré lo que esté en mi mano.

Se levantó dispuesto a irse, cuando entraba George bebiendo una cola. Se toparon y el refresco se le cayó de las manos, vertiendo parte del contenido en el traje de Francisco.

– ¡Joder! ¿Otra vez? ¡No gano para trajes!

Mariano le miró con una sonrisa irónica, mientras Francisco abandonaba el piso. Señaló a su hijo el sillón que había dejado libre su invitado, para indicarle que se sentase.

– ¿Y bien? ¿Qué es eso de la isla Canguro?

– Verás, papá – dijo George mientras se sentaba. – Cuando vi las referencias de los documentos a la isla Canguro, pensé en una isla de Australia que tiene ese nombre. Pero las coordenadas que encontré en otro documento me hicieron cambiar de idea. – Se levantó y le hizo

unas señas a su padre para que le cambiase el asiento, y así poder utilizar el ordenador que se encontraba junto a Mariano.

Puso en marcha el ordenador, cargó el Google Maps, y puso las coordenadas. No tuvo que consultarlas, tenía una memoria prodigiosa y los números se le daban muy bien. La pantalla hacía un zoom que indicaba un pequeño islote bajo Mohèli, una isla autónoma que forma parte de la nación de Las Comodoras, entre Madagascar y Mozambique. Mariano se quedó estupefacto. No había nada que relacionase documentalmente esas islas con el nombre de Canguro, pero el parecido del islote con un canguro era considerable.

Todo empezaba a cuadrar. Sabía que Henry Avery, tras amotinarse y hacerse con el “Fancy”, se había dirigido a Madagascar. También sabía que tras alzarse con el mayor botín de la historia de la piratería, tenía intención de construir allí un fuerte. ¡Tenía que ser eso! Eran demasiadas coincidencias. Si habían referenciado a una isla como isla Canguro, no podía ser otra.

– Y además, tenemos las coordenadas – dijo Mariano eufórico.

– Bueno, hay otras coordenadas, no solo estas. Pero todas están en esa isla. No sé cuál de ellas será la que indique la ubicación del tesoro, si es que está ahí – decía George sin dejar de teclear el ordenador. – Unas pueden ser donde atracaban, otras pueden indicar donde se guardó por primera vez, otras...

– Vale, vale, – le frenó su padre levantando una mano. – Pues las investigaremos todas.

George sacó de la impresora un documento que acababa de imprimir, y se lo entregó a su padre.

– Este documento parece interesante. Es como un acertijo, que todavía no he revelado. El texto lo he sacado de la imagen de un pergamino antiguo que había en el disco duro.

Mariano lo leyó.

“Algunos siempre creen tenerlo todo, pero en realidad no eran afortunados. Necesitáis seguir las pistas, para evitar que personas falsas obtengan todo aquello que nunca debieron poseer. Pero aquí encontraréis una maravilla nunca vista. El día en que el tesoro solo sea un consuelo que ofrezca la paz que buscáis”. En otro folio había imprimido una imagen de otro pergamino, donde salían cuatro animales, un lobo, un ciervo, una tortuga y un canguro, a parte de una frase. “El mejor cofre es el número 5”. George volvió a coger la hoja, y se la miró pensativo.

– Seguramente en esa isla hay al menos 5 cofres.

Capítulo 32.

Lunes 5 de agosto de 2013. 11:00 a.m.

Había pasado casi un mes. De vez en cuando, todavía salía en las noticias el titular que inculpaba a Pablo. “Sigue desaparecido el asesino de la casa rural”. Así es como se conocía el caso del asesinato de Germán. Sandro y Pablo estaban inquietos. Estaban muy a gusto en esa casa, y se sentían seguros, pero a esas alturas hubiesen esperado avanzar un poco más respecto a su situación. Charles se había ausentado hacía semanas, y no sabían nada de él.

Era evidente que Peter sí sabía dónde estaba, y qué hacía, pero no iba a decírselo. Pablo había intentado en vano solicitar ponerse en contacto con su familia. Pidió que al menos se le permitiese llamar a su hermano Juan, para decirle que estaba bien. Pero sobre todo para decirle que él no había matado a nadie. Peter se negó en redondo. “Ninguna información puede salir de esta casa”, le decía. “Es por vuestro bien, tu familia ha tenido que ir a declarar a la policía, y no descartamos que les puedan interceptar las conversaciones telefónicas”. Peter se había portado de maravilla, y había florecido una buena amistad entre Peter y los dos huéspedes. Incluso le habían convencido de que les tutease. Encontraban gracioso el modo en que se dirigía a ellos, con tanta educación, pero por otra parte les hacía sentirse distantes, cuando cada vez le apreciaban más.

Uno de los jardines de la casa tenía setos muy altos y bien cuidados. De hecho habían venido unos jardineros profesionales a recortarlos pocos días atrás. Peter había indicado a sus huéspedes que se encerrasen en la otra casa, accediendo por el túnel subterráneo, y garantizar así que nadie pudiese verlos. Ahora jugaban con Cali en ese jardín, protegidos de cualquier curioso gracias a esos enormes setos, intentando pasar el tiempo sin pensar en su situación. Sandro había rodado por los suelos unas cuantas veces. Algunas habían sido a posta, agarrando a Cali, pero en la última, el perro de Pablo volvió a cogerle desprevenido y Sandro tropezó accidentalmente. Sandro y Cali se quedaron mirándose fijamente. Sandro fruncía el entrecejo pero Cali se limitaba a mirarle impasible, dando los típicos latigazos a su incansable lengua. Pero en ese momento, Cali se puso a “cantar” y ambos amigos se quedaron mirando hacia la casa. Sabían que había sonado un teléfono. ¿Sería Charles? Al poco regresó Peter con cara de satisfacción.

– El señor regresa a casa, – les dijo.

Charles tardó poco en entrar por el jardín al volante de un lujoso Jaguar. Peter le ayudó a sacar algunas cosas del maletero. Pablo y Sandro corrieron a saludarle, con ansia de saber más cosas. Charles entregó a Peter un periódico que llevaba bajo el brazo, y le indicó con la mirada que le echase un vistazo. Los dos amigos también vieron el titular.

“El periodista que sufrió un disparo de bala en Valencia, sale del coma”.

Enseguida supieron que se trataba del colega de Germán. Lo lógico era que todo el mundo se alegrase. Los dos amigos estaban emitiendo una radiante sonrisa, que detuvieron al instante, al comprobar que tanto Charles como Peter mantenían la seriedad en sus caras.

Tras lanzar una perpleja mirada a su amigo, Pablo preguntó.

– ¿No es una buena noticia?

– Es posible, – se limitó a contestar Peter, sin variar la seriedad de su rostro.

– Bien – dijo Charles. – ¿Os apetece un viajecito? – Les indicó que se sentasen.

¡Un viaje! Pablo pensó que bromeaba. Estaba buscado por la policía, no podría salir del país. Los aeropuertos estarían informados, y en cuanto le vieses lo detendrían. Sin embargo, ni

Charles ni Peter parecían tener dudas. No estaban bromeando. Peter abandonó el salón y regresó en pocos minutos con un maletín. Preparó un secador de pelo doméstico, y colocó algunos botes sobre la mesa. Una vez listo, sonrió a Pablo.

– Bien, Pablo, vamos a ponerte guapo.

Al ver su cara de sorpresa, Charles decidió explicarse.

– Te vamos a maquillar con látex líquido. Tu cara parecerá otra, te lo aseguro. – Puso una mano en el bolsillo de su veraniega chaqueta, y sacó un documento nacional de identidad y un pasaporte. Había una foto que Pablo no reconocía, y el nombre expedido era Carlos Cuenca Rodríguez. – Este serás tú, – le dijo mientras se lo mostraba.

– ¿Voy a tener un nombre falso? – preguntó intrigado.

– Bueno, no exactamente, – empezó a aclarar Charles. – Este nombre es real, y también los documentos. Simplemente, haremos que te parezcas a él. Y créeme que Peter es un experto en ello. – La cara de Pablo era todo un poema. Charles sabía que no entendía el porqué de todo aquello. – Estoy intentando ayudarte. Habéis logrado que los asesinos de mi padre estén entre rejas, y os habéis jugado la vida. No puedes estar encerrado indefinidamente. Te voy a explicar el plan para que puedas hablar con tu familia.

Capítulo 33.

Lunes 5 de agosto de 2013. 11:30 a.m.

Natalia salía de los juzgados de Castellón, junto a un hombre satisfecho. Acababa de ganar un juicio de custodia compartida, a pesar de que Natalia conocía perfectamente que la sentencia era del todo injusta. Era buena abogada, y por ello sus clientes pagaban bien. A pesar de que ella misma reconocía que las custodias compartidas eran lo más justo en la mayoría de casos, sabía perfectamente que aquel hombre no tenía ningún interés en sus hijos. Solo evitar tener que pasar una suntuosa pensión a su mujer, aunque por ello estuviese en juego la felicidad de los pequeños. Se despidieron con un apretón de manos, y ella se dirigió al aparcamiento donde tenía su Audi.

Una vez se sentó en su coche, puso en marcha su teléfono. En los juzgados tenía que tenerlo apagado. Tenía 3 llamadas perdidas y todas eran de clientes. Pero uno era un cliente especial. Era Mario Caballero, un criminal al que había defendido, y muy bien. Natalia ejercía mayormente como abogada penalista, aunque también aceptaba casos civiles como el que acababa de cerrar. Su experiencia como abogada penalista le había sido muy útil para saber disfrazar el crimen de su marido. En el caso de Mario Caballero, un criminal involucrado en el narcotráfico y muy adinerado, ella sabía que era culpable. Pero había logrado que se diese por terminada la prisión preventiva, tirando por tierra las pruebas presentadas por la fiscalía.

Se alegró de saber que la había llamado, y pensó en devolverle la llamada en cuanto llegase a casa. El agradable y despejado día contribuía a aumentar su optimismo. Había dejado atrás aquellos complicados días, donde no sólo había cometido un crimen, sino que se habían visto truncados todos sus planes que con tanta dedicación había preparado. Lo que más le costaba olvidar era la violación de la que fue víctima a manos de aquellos matones. Arrancó su Audi y cogió la Avenida del Mar, tomando la ruta habitual desde los juzgados hasta su urbanización. A medio camino, el teléfono sonó de nuevo, y activó el sistema manos libres de su vehículo para contestar la llamada. Era de nuevo Mario.

– Hola Natalia, hoy he salido, quería darte las gracias de nuevo.

Natalia sonrió satisfecha. Le encantaba salirse con la suya, y en los casos que defendía solía hacerlo. Pero este caso era para ella algo especial.

– No te preocupes, Mario. Ya te dije que te retendrían poco tiempo. Ya sabes cómo darme las gracias.

– Por supuesto, y quiero que sepas que no te fallaré.

Colgó el teléfono y continuó su camino. A los pocos minutos, llegó a su calle, sin fijarse en un vehículo azul que ella conocía muy bien, y que estaba aparcado cerca de su casa. Salió de su Audi y pasaba junto al coche azul con su maletín en la mano, camino de casa, cuando oyó su nombre.

– ¿Natalia?

Se giró sobresaltada. Últimamente casi cualquier cosa le sobresaltaba. Pero cuando vio quien le había llamado, su sorpresa aumentó. Era Sergio.

Al principio, no le salían las palabras. Se había enterado que Sergio había salido del coma, incluso había dedicado horas a pensar en qué le podría proporcionar eso, pero esperaba que todavía estuviera ingresado en el hospital. Sergio se percató de la perplejidad en la cara de Natalia, y salió de su coche, con una acogedora sonrisa, mezcla de felicidad y nostalgia. Tras activar el cierre automático del vehículo, se puso frente a ella.

– He venido a verte para ver cómo estabas. Lo de Germán debe haberte afectado mucho.

Natalia bajó la vista reflejando pena, e inmediatamente dirigió la mirada a los ojos de Sergio. Le hizo una señal invitándole a entrar en su casa, y él aceptó con agrado. Ella había pensado mucho en Sergio desde que se enteró que había salido del coma, incluso había planeado ir a verle pronto, cuando tuviese oportunidad de ello. Realmente no esperaba verle tan pronto recuperado. Se le veía tocado, percibía en él algún gesto de dolor, y no se enderezaba del todo, pero estaba en muy buenas condiciones teniendo en cuenta que había recibido un disparo, y había estado en coma mucho tiempo. Lo primero que le vino a la cabeza fue que Sergio debía de saber lo mismo que Germán, y eso le facilitaría seguir con sus planes. Pero tenía que evitar cometer el mismo error que había cometido con su marido. Y era él quien había ido a verla, lo cual eliminaría también cualquier tipo de sospecha.

Ya sentados en la salita de Natalia, fue ella quien pareció más interesada por su acompañante.

– Te estás recuperando muy rápido – dijo ella con cara de nostalgia. – Me alegro mucho, no esperaba que tu recuperación tras el coma progresara a esta velocidad.

– Bueno, en realidad, dudo que conozcas la verdad – dijo él mientras removía el café que le acababa de servir Natalia. – El coma duró menos de lo que piensas. Pero no se ha dado la noticia hasta hace poco. La policía me aconsejó esperar al juicio de los dos hombres que me siguieron y dispararon aquella noche, para dar la noticia de mi salida del coma a la prensa.

Natalia volvió a recordar a aquellos hombres. Les odiaba, y se alegraba que les hubiesen condenado. Sabía que la sentencia no era firme, y que había por medio un recurso. Conocía también, por sus contactos entre los colegas de oficio, que alguien influyente estaba tratando de mover hilos para rebajar la condena. Ella misma había visto el video en televisión, y la imagen del viejo Charles se veía en una esquina de la pantalla. La defensa de los dos matones se basó en que el viejo ya tenía un arma antes de que ellos disparasen, y que por lo tanto fue defensa propia, pero era una versión insostenible en opinión del fiscal, dado que a Matías se le veía apuntando con un arma desde el primer momento. Pensó que ella les hubiese sabido defender mejor, pero estaba claro que no tenía la menor intención de hacerlo.

Decidió entrar en el tema que le interesaba, pero no quería precipitarse. Tendría más días para hablar con Sergio, buscando el modo de que no se notase su interés por la documentación que tenía Germán, y que por lo tanto también debía de poseer Sergio.

– Mi marido murió pocas horas después que el viejo Charles, – dijo Natalia con cara de sufrimiento y duda. – No dejo de pensar que debe de haber alguna relación, que lo que hizo mi vecino también podría estar relacionado.

– Es posible que sea así, – dijo Sergio dejando la taza de café sobre la mesa. – Quizá el motivo principal no fue su obsesión por ti. Pero no me explico de dónde podría sacar información de lo referente a Charles y su antepasado.... – Se cortó de seguir cuando iba a nombrar la palabra “antepasado”. En principio, Natalia no debería saber nada de eso. – Da igual, quería decir que no sé cómo relacionarlo con Charles.

Natalia disimulaba su satisfacción. Decidió intentar ganarse un poco su confianza.

– Te refieres al antepasado de Charles. No te preocupes, yo sí sé quien fue. Sé muy poca cosa, pero Germán me comentó algo de su trabajo.

Natalia había jugado un poco fuerte, ahora Sergio sabría que ella conocía parte del reportaje, pero no cuánto, y no podía recriminarle nada a ella si su difunto marido le había contado algo. Sergio, sin embargo, no pareció inmutarse. Solo sonrió como siguiendo la misma conversación.

– Entonces sabrás de dónde proviene la fortuna de esa familia.

Natalia prefirió hacerse la ingenua.

– De algún corsario o algo así, creo, o alguno que se haría muy rico trabajando para un rey
– dijo levantando las manos unos instantes, como inventándose la frase sobre la marcha.

Sergio rió, mientras se levantaba.

– Bueno, algo hay de eso, pero mejor te invito a comer y hablamos, y si ello te entretiene, ya te explicaré un poco la historia de esos personajes.

Natalia se sentía muy animada. Esperaría con impaciencia todo lo que Sergio pudiese contarle. Acompañó a Sergio a la puerta, y se despidieron con un beso en la mejilla. Natalia regresó a su salita y se sentó, acelerando sus turbios pensamientos. Había estado buscando la manera de acercarse a Mariano, al considerar que era el único, aparte de Charles, que podía ofrecerle información. Pero ahora tenía algo mejor. Sergio era un amigo de la familia, y sabía más que el magnate de la construcción.

Recordó cómo antes de casarse con Germán, se sintió atraída por Sergio. Le propuso al que iba a ser su marido de preparar una tarde de sexo compartido con él, pero Germán, a pesar de ser muy muy tolerante con ese tema, se negó. No tenía problema con el sexo compartido, pero prefería que solo participasen personas serias, pero poco allegadas. Y Sergio era su amigo, y su compañero de trabajo. Después de estar casados, Natalia se lo volvió a proponer, pero esta vez la negativa de su marido fue más rotunda, casi con enfado. Le sorprendió la brusquedad de su respuesta. Después de todo, solo era una idea, antes tenían que tantear al amigo de su marido para saber si estaría dispuesto a ello, cosa que no sabían. Natalia pensó que algo había pasado entre ellos. Quizá su amistad se estaba deteriorando, o habían tenido alguna discusión.

Capítulo 34.

Lunes, 5 de agosto de 2013. 12:15 p.m.

– El parecido es asombroso.

Sandro estaba impresionado, su amigo era otra persona. Parecía mucho mayor, casi 20 años mayor. Nadie dudaría que no fuese la persona de la foto de la documentación que trajo Charles. Peter sonreía satisfecho. La caracterización era una de sus especialidades.

– Bien, es hora de irnos – dijo Charles. – Yo conduciré.

Salieron los 4 en un Jaguar XF Luxury, y cogieron la autopista AP7 en dirección a Castellón. Charles y Peter iban sentados delante, estaban muy serios y no hablaban mucho. Les extrañó que teniendo un mayordomo, o algo parecido, fuese Charles quien condujera el coche. Como ya venía siendo habitual, Sandro rompió el hielo.

– Has estado fuera mucho tiempo. Espero que todo haya ido bien.

– He averiguado muchas cosas – contestó Charles sin dejar de mirar la autopista. – Sé que Mariano está preparando una expedición a una isla cerca de Madagascar. Encontró mucha información en el disco del portátil de Sergio.

Los dos amigos se miraron. Si habían descubierto el escondite del tesoro, no parecía que Charles estuviese muy preocupado. A Pablo le vino a su mente una posible explicación, y quiso comprobarlo de inmediato.

– ¿Has estado tu allí estas semanas?

Charles no desvió su mirada, aunque su boca emitió una amplia sonrisa.

– No, no he estado allí. – Miró por el retrovisor para percatarse de la cara de Pablo, y comprobó que, con su paciente expresión, solicitaba alguna aclaración adicional. – Si llega el momento, os invitaré a que me acompañéis. He dedicado varios días a visitar a Sergio para seguir con el plan del reportaje que teníamos en marcha, y a hablar con algunos contactos para tener controlado a Mariano.

– ¿Os fiáis de Sergio? – Interrumpió Sandro.

– Bueno, en esta vida no te puedes fiar de casi nadie. Pero en este caso, Sergio tiene mucha información, y por eso prefiero tenerle controlado. Mi padre se fiaba demasiado de los demás, pero yo sospechaba que Mariano le estaba manipulando, y decidí que no conociese todos los detalles, al igual que solo una parte de la información estaba en el teléfono de Germán.

– O sea, – dijo Pablo, intentando comprender un poco más la situación – que el móvil de Germán, que tanto perseguía Natalia, Mariano y sus matones, aunque no lo sabían, no era información completa.

Charles asentía con la cabeza a la vez que exteriorizaba su satisfacción con una enorme carcajada, a la que se unió Peter en sincronizada coreografía.

Llevaban una hora de viaje, y Pablo no cesaba de mover la cabeza para verse reflejado en el espejo retrovisor. Le costaba creer que aquel era su aspecto. Le asustaba verse tan viejo. Se dirigía a Castellón, donde esperarían que saliese del trabajo su hermano Juan. Estaba impaciente por verle y poder hablar con él. Peter le había indicado que, en presencia de otras personas, debía cambiar el tono de voz. Durante el viaje, de vez en cuando hablaba con su nueva voz para ensayar, ante el recochineo de su amigo. Todavía quedaba un buen tramo del viaje, y buscaban el modo

de hacerlo más ameno con cualquier pregunta. No sabían mucho la época dorada de la piratería, así que Pablo sacó la conversación.

– La mayoría de historias de piratas hablan del caribe.

Fue Peter quien, ante la sorpresa de los dos amigos, quiso dar las explicaciones.

– Bueno, eso es lo que dicen las películas...y en parte es cierto que allí se concentraron al principio las mayores acciones de los piratas. El descubrimiento del nuevo mundo provocó que se trasportasen importantes riquezas de un continente a otro, así que había más posibilidades de obtener unos botines muy lucrativos. Pero sus ataques se extendieron a todo el planeta. En el mar caribe era donde podían atacar a los barcos comerciantes que navegaban entre Europa y América. Ahí se hicieron famosos muchos piratas y bucaneros.

– ¿No es lo mismo un pirata que un bucanero? – preguntó Sandro interesado.

– Ambos operaban en el mar – continuó Peter. – O en zonas costeras donde realizaban rápidas intervenciones, pero el bucanero se dedicaba más a la trata de esclavos y al contrabando, y algún que otro ataque a pequeños mercantes. De hecho el nombre de bucanero proviene de la palabra francesa “boucan”, que es un tipo de carne ahumada con la que esta gente traficaba. Cazaban vacas y cerdos en tierra, y se dedicaban a venderlos a barcos necesitados de alimentos.

– Entonces interceptarían ricos barcos cargados de oro y plata que iban de un continente a otro – sugirió Sandro.

– Al principio sí, pero más adelante se les complicarían las cosas – aclaró Peter. – Después de sufrir considerables pérdidas, esos barcos iban fuertemente escoltados, y por lo tanto eran prácticamente intocables. Solo alguno de estos barcos que se hubiese quedado dispersado de su flota, por alguna tempestad, era pasto de los piratas.

Pablo siempre había pensado que un pirata era un ser desalmado que disfrutaba matando y saqueando. Pero durante el tiempo que había permanecido con Peter, había aprendido que la realidad era bien distinta. Aunque tampoco eran dóciles marineros, se dedicaban a la piratería como medio de vida. Incluso muchos esclavos se unieron a los piratas, porque así eran uno más de la tripulación, sin diferencias, y con derecho a la misma parte del botín, cosa que no ocurría si formaban parte de una tripulación de la marina real, donde estaban sujetos a una férrea disciplina. En un barco pirata, todos eran voluntarios y libres, no tenían un sueldo, y vivían de los botines que capturaban. En cualquier momento, el miembro de la tripulación que lo deseara podía desembarcar en cualquier isla y rehacer su vida. Los piratas, cuando cercaban un barco, realmente no deseaban asaltarlo, preferían que se rindiesen, coger sus pertenencias, e irse. ¿Para qué un enfrentamiento, donde podrías resultar herido o muerto? Salvo algunos casos, su objetivo era simplemente dar miedo, y provocar la rendición sin lucha de los barcos atacados. Ese era también el motivo de sus banderas. Aunque la mayoría usaban simplemente una bandera negra, otros las personalizaban y ponían símbolos relacionados con la muerte, las típicas calaveras y huesos humanos, o relojes de arena. Lo hacían con la intención de aumentar el miedo en sus contrincantes y facilitar una rápida rendición, sin necesidad de luchar.

Miró por la ventana y vio que pasaban junto al área de servicio donde se detuvieron semanas atrás, y donde Natalia les obligó a entregarles el teléfono de Germán. “Ya falta menos”, pensó. Estaba impaciente por encontrarse con su hermano y poder hablar con él.

Capítulo 35.

El camarero se acercaba a la mesa con un plato de pulpo gratinado con alioli para Sergio, y un revuelto de setas con gambas que había pedido Natalia. Estaban en un restaurante junto al club náutico de Castellón. El restaurante no estaba muy lleno, pero Natalia había sugerido ocupar una mesa distinta a la que les ofrecieron al llegar. Prefería estar algo más apartada del resto de clientes, para garantizar la máxima intimidad en las conversaciones que mantuviera con su amigo. Natalia conversaba de cualquier cosa, esperando que fuese Sergio quien entrase en el tema que realmente le interesaba. No quería levantar sospechas. Pero finalmente tuvo que decidirse.

– Así que los dos hombres que detuvieron son los mismos que te dispararon. Yo estaría muerta de miedo si me ocurriese algo así.

– Pues sí, esos son. Pero ahora están encerrados y yo estoy vivo. Me siento afortunado y optimista por ello.

Sergio dejó ahí esa conversación, pero Natalia estaba demasiado impaciente como para permitir que no se hablase más del tema.

– Pues no lo entiendo – dijo ella con mirada comprensiva. – Si han llegado hasta ahí, debe haber algo muy importante, y podrían venir a buscarte otros. Tienes que tomar muchas precauciones. Esa fortuna debe ser muy importante.

– Seguramente – contestó Sergio sin dejar de mirar su plato. – Tú lo sabes, habrás vivido muchos casos en tu oficio. El dinero llama a la codicia.

Natalia sabía eso mejor que nadie. Ella misma era una de esas personas. Siguió alimentando la conversación como si solo conociese una pequeña parte de la historia.

– Pues los descendientes de quien sea, deben también de tener mucho cuidado si alguien quiere robarle lo que es suyo.

Sergio se quedó unos segundos en silencio, como pensando si era o no correcto lo que iba a decir a continuación.

– Bueno, – empezó a decir – una fortuna proveniente del robo, no tengo tan claro que puedan decir que es algo suyo.

En cuanto terminó su frase, se quedó mirando fijamente a Natalia. Ella se había quedado sin poder de reacción. No se esperaba ese comentario de su acompañante, y no acababa de entender cuál era el verdadero mensaje, pero algo le decía que la cosa pintaba bien. Sergio estaba poniendo en duda si el tesoro del pirata debía recaer en Charles. Coincidió totalmente con él, y contestó su comentario tímidamente.

– Pues la verdad es que no lo había pensado, pero realmente tienes razón. No deja de ser dinero robado. Bien mirado, tienen tanto derecho a quedarse con ese dinero... – hizo una leve pausa como pensando qué ejemplo decir –...como lo tendrías tú, por ejemplo.

Inmediatamente, Natalia soltó una espontánea risa como si le hubiese hecho gracia lo que acababa de decir. – O yo, por ejemplo, – continuó, sin dejar de reírse graciosamente, – o el camarero de este restaurante.

Sergio rió también, y su semblante se fue relajando, llegando a parecer pensativo, aunque manteniendo su boca sonriente.

– Pues eso lo discutía a veces con tu marido. Éramos profesionales que teníamos un reportaje que hacer, pero debatíamos mucho sobre la moral de todo esto.

Natalia consideró que era el momento de ir un poco más allá, y cambió su actitud hablando con el semblante muy serio.

– Han pasado cosas estas semanas, – dijo con la mirada perdida en una de las ventanas del restaurante – yo también he conocido a esos matones. No he dicho nada a la policía, porque bastante tengo con el asesinato de mi marido por parte de mi vecino, – dirigió la mirada a Sergio – pero esos hombres vinieron a mi casa una noche preguntando por Germán. Justo la noche anterior a la mañana que apareció muerto.

– ¿Quieres decir que quizá lo mataron ellos? Entonces deberíamos avisar a la policía. Estarían buscando a una persona inocente.

– ¡No! – Se apresuró a decir ella. Le aterrorizó que pudiese pensar eso. – Hay pruebas contundentes de que fue mi vecino. Pero sin duda iban detrás de la información que tú y Germán teníais. Hay demasiada gente queriéndose quedar algo, algo que realmente no es de nadie.

– Bueno, yo no me preocuparía tanto. El camino al lugar donde se ocultó el tesoro solo lo conocía Charles, Germán, y yo. – Levantó la mirada y se percató que Natalia estaba esperando que continuase. – Bueno, y si Germán te lo contó, también lo sabrás tú.

Natalia pensaba con mucha rapidez. Dudó sobre cuál era el mejor comentario en ese momento. Ella sabía más de lo que Sergio sospechaba, pero menos de lo que ella necesitaba. Finalmente consideró un comentario que empujase a Sergio a contarle algo más.

– Bueno, la verdad es que mi marido me empezó a explicar en lo que trabajaba, – mintió – pero cuando me percaté que era un tema tan delicado, le dije que eso era cosa de su trabajo y que era mejor que no me contase nada más. – Desvió la mirada al infinito intentando conmovier a Sergio, y continuó entrecortadamente. – Pero ahora que me doy cuenta de que su muerte puede estar relacionada con todo esto, la verdad es que me gustaría saberlo todo. Necesito saber por qué murió realmente. – Se tapó la cara con las manos y simuló llorar.

Sergio miró a los lados para comprobar si alguien les observaba. Natalia era muy discreta, y lloraba de modo que solo él se percatase. Él le puso una mano en un hombro. Volvió a mirar alrededor suyo y se dirigió a Natalia en voz muy baja. – Te mereces saberlo, y yo te contaré todo.

Capítulo 36.

Lunes, 5 de agosto de 2013. 15:30 p.m.

– ¿Desde cuándo llamas a mi puerta para entrar? Vamos, pasa, coño.

Mariano estaba en su lujoso despacho, fumando un enorme puro. La puerta se abrió y entró Francisco, con cara despreocupada y caminando con ligereza. No se molestó en solicitar permiso para sentarse, y lo hizo a un lado de la mesa que presidía el magnate de la construcción.

– Me han dicho que pronto te vas de viaje – comentó cordialmente Francisco.

– Así es, dentro de unas semanitas– contestó Mariano echando una bocanada de humo. – Cosas de los negocios. Bueno, ¿ya has hecho lo que te pedí?

– Pues claro – contestó un sonriente Francisco, a la vez que cruzaba las piernas para acomodarse mejor en su silla. – Ya he hablado con mis contactos, y se encargarán de todo. Por cierto, esto es tu oficina, o sea, un lugar de trabajo, aquí no se puede fumar...

Ambos se miraron muy serios durante unos segundos, y soltaron al unísono una sonora carcajada.

A unos 100 kilómetros de allí, un Jaguar XF Luxury entraba en el club náutico de Castellón. Sandro fue el primero en bajarse del coche, le siguió Pablo, faltaba ya muy poco para que su hermano Juan saliese del trabajo. Juan era monitor de vela, y 2 días a la semana finalizaba su jornada a las 4 de la tarde. Los dos ingleses se quedaron en su coche, en un lugar poco visible y alejados de los dos amigos. Sandro seguía mirando con perplejidad a su amigo, el trabajo que había hecho Peter era fantástico. Parecía realmente un hombre de más de 50 años, idéntico al de la fotografía de la documentación que ahora llevaba su amigo en su bolsillo.

Muy poco después, por fin le vieron salir. Juan reconoció a Sandro, levantó la mano a modo de saludo dirigiéndose hacia él, mirando de reojo a su acompañante. Pablo se alegró de que no reconociese todavía, eso significaba que si su hermano no era capaz de hacerlo, el maquillaje era efectivo. Se acercó y estrechó la mano de Sandro. Seguidamente saludó a su acompañante con otro apretón de manos. – Soy Juan, un amigo de Sandro, – le dijo.

Pablo miró a los lados, no veía a nadie, pero no se fiaba, así que continuo usando su ensayada voz que tanta gracia hacía a su amigo.

– Yo soy Carlos, también amigo de Sandro.

Le hizo una señal para caminar un poco, y Juan le miró con desconfianza. La indicación que le había dado era como si quisiera hablar con él en algún lugar más apartado, mientras Sandro hacía esfuerzos para contenerse la risa al oír de nuevo la falsa voz de su amigo.

– ¿Eres policía? – Le preguntó Juan, iniciando el paseo que le habían solicitado.

– No, no lo soy, – contestó Pablo mientras se detenía, y provocando que se detuviesen los tres. No se percataron de ello, pero en ese momento salía una pareja del restaurante que había junto al club náutico. Pablo siguió con su nueva voz, con la intención de utilizarla hasta el último momento.

– Verás, – le dijo – tengo que darte una noticia, pero te pido que evites cualquier gesto de asombro.

Juan estaba perplejo. ¿Quién era ese hombre? ¿Qué tenía que decirle? ¿Serían malas noticias? En ese momento, Sandro dio un toque de atención a Pablo con unos golpes en el hombro. Pablo se giró hacia él, y notó que le indicaba algo con la mirada. Se giró, y vio a un hombre junto a Natalia que estaban caminando cerca de ellos. Ninguno de ellos reconoció a Sergio. Sólo lo habían visto en una foto del periódico donde se anunciaba su salida del coma, pero era una foto de muy mala calidad de un paciente en una cama de hospital. Natalia miraba fijamente a Sandro. Sergio se percató de las miradas entre Natalia y ese hombre, y quiso saber a qué se debían.

– Es el amigo del asesino de Germán, – le dijo ella.

Sergio se acercó a Sandro con cara de pocos amigos, y le espetó con gesto amenazante.

– Así que tú eres el amigo de ese asesino...

Sandro no sabía qué contestar, aunque estaba furioso tras el comentario de ese hombre. Pablo intentaba no estar de frente a la recién llegada pareja, y así evitar cualquier posibilidad de que Natalia le reconociese.

– Yo no soy amigo de ningún asesino. Aunque quizá tu si..., – le gritó Sandro muy enérgicamente. Inmediatamente, se arrepintió de haber dicho eso. – ¿Quién eres tú para acusarme de nada?

Natalia agarró a Sergio por el brazo, tirando levemente de él para indicarle que siguiesen su camino. Se alejaron, pero Natalia tuvo tiempo de enviarle una furiosa mirada cargada de odio a Sandro. A Pablo le temblaban las piernas. Había tenido que hacer verdaderos esfuerzos para mantener la calma. Les siguió con la mirada, y cuando se aseguró de que se habían alejado lo suficiente, utilizó por fin su voz para dirigirse a su hermano, que permanecía inmóvil sin comprender nada de lo que estaba sucediendo.

– Juan, no hagas caso de mi cara, me han puesto un maquillaje profesional. Soy Pablo.

Juan estuvo tanto tiempo como una estatua, que Pablo tuvo que repetirlo de nuevo.

– Juan, soy yo. He venido para verte y para decirte que yo no he matado a nadie. Unos amigos me están ayudando y me han proporcionado este camuflaje.

Juan por fin reaccionó, le miró con sus ojos saltones, y se fundió en un abrazo con su hermano. Los ojos de ambos se humedecieron, no recordaban un abrazo tan emocionante desde antes de dejar de ser niños. Juan se separó de su hermano para mirarle, mientras le seguía sosteniendo los brazos con sus manos.

– Estábamos muy preocupados. ¿Cómo estás? ¿Dónde estás? ¿Necesitas ayuda? Ayer estuvimos en tu casa, la policía la desprecintó, y a la familia se nos permite entrar.

– Es mejor que no nos vean más juntos, al menos hasta que esto se aclare. Diles a todos que estoy bien, no podía llamaros por teléfono por si os intervenían las llamadas. – Miró a los lados, al fondo estaba el coche de Charles esperándole. – Me he de ir, es peligroso estar aquí.

Se volvieron a abrazar, mientras un coche salía del aparcamiento, y aminó la marcha cuando circulaba cerca de ellos. El vehículo siguió lentamente su camino, mientras en su interior Sergio y Natalia miraba aquel grupo con desconfianza. Sandro les miró, y lo único que se le ocurrió fue ofrecerles una infantil burla, sacándoles la lengua.

Una vez se alejaron, los dos amigos se dirigieron al Jaguar de Charles y se subieron. Sandro estaba muy alterado.

– Vaya casualidad, encontrar aquí a esa cerda. Y encima se ha buscado un imbécil que le haga compañía.

Charles permaneció con semblante muy serio unos segundos más. Puso en marcha el contacto del coche mientras les preguntaba a los dos amigos.

– ¿Cómo es esa mujer?

Sandro no perdió la oportunidad de contestar el primero.

– ¡Es una malvada, manipuladora, y embustera! – dijo, casi gritando. Disimuló la voz para añadir algo en voz más baja. – Aunque esté como un tren.

– Ese era Sergio, – aclaró Charles muy serio.

Los dos amigos se miraron perplejos. ¿Ese era el hombre que estaba preparando el reportaje con Germán? ¿Y qué hacía con Natalia?

– No os preocupéis, – dijo Charles – era amigo de su marido, simplemente debe haber venido para darle el pésame. Pero es mejor que no os acerquéis a él, puede ser peligroso.

Capítulo 37.

Lunes, 12 de agosto de 2013 11:00 a.m.

Había pasado una semana desde que Pablo y su hermano hablasen. Sandro todavía le recordaba a su amigo continuamente la cara que tenía una semana atrás, con el maquillaje de látex líquido, y lo gracioso que estaba cuando hablaba con aquella voz. Charles no salía tanto de casa como antes, y los dos amigos seguían aprendiendo cosas de los piratas gracias a las agradables veladas con Peter.

Por su parte, Mariano volvía a estar en su despacho, con su hijo George. Estaban revisando toda la información que habían obtenido. Revisaban una y otra vez el texto que habían encontrado.

“Algunos siempre creen tenerlo todo, pero en realidad no eran afortunados. Necesitáis seguir las pistas, para evitar que personas falsas obtengan todo aquello que nunca debieron poseer. Pero aquí encontraréis una maravilla nunca vista. El día en que el tesoro solo sea un consuelo que ofrezca la paz que buscáis”

– Esto parece escrito por un borracho – dijo Mariano. – No hay por dónde cogerlo.

George se lo miraba una y otra vez. Se le daban bien los acertijos, pero a él se le daban mejor los números, y no había logrado averiguar nada. Tenía sus sospechas, pero no estaba seguro. Decidió decir lo que pensaba.

– Pues a mí me parece más bien una advertencia – dijo al fin George. – No sé, pero algo me dice que es eso.

– Claro – contestó Mariano acompañado de una sonora carcajada. – Tú has visto muchas películas de Indiana Jones. ¿Y qué sabemos de la otra imagen? Habla de cuatro animales, pero dice que el mejor cofre está en el número 5. Un lobo, un ciervo, una tortuga y un canguro.

– ¡Tenemos que encontrar el quinto animal! – espetó George. – ¡Ahí estará la clave!

– Vamos a recopilar lo que tenemos, – Interrumpió Mariano intentando relajar los ánimos. – He llamado a tu madre para que nos ayude con los preparativos. En pocos días lo tendremos todo a punto. Tenemos un mapa, unas coordenadas, una especie de acertijo que dices parece una advertencia, y otro acertijo que apunta a buscar el nombre de un quinto animal. Seguramente cuando esté en las coordenadas que se indican del mapa, tendré más respuestas.

A George le encantaba que su madre también estuviese involucrada. Sus padres estaban divorciados, pero su relación era muy buena. El divorcio no fue propiciado por llevarse mal, sino por tener vocaciones muy distintas. Le sorprendió como, a pesar de la ideología de su padre, accediese a que su relación después del divorcio fuese tan amistosa. Ella era una mujer de finanzas, trabajó en Wall Street, y todavía vivía en Nueva York. Casi cada año se reunía toda la familia, normalmente en España, aunque alguna vez habían sido ellos quienes se habían desplazado a Estados Unidos. Ambos eran muy ricos, pero también ambos eran ambiciosos. George había heredado también esa característica. Regresó de sus pensamientos cuando oyó que sonaba el teléfono de la mesa de su padre, a la vez que la puerta se abría y entraba un sonriente Francisco.

– Ya está todo arreglado – dijo el recién llegado.

Mariano le hizo un gesto con la mano para indicarle que esperase, en ese momento estaba contestando al teléfono.

– Dime. – Mariano saludó con la mano al recién llegado mientras atendía la llamada sonriendo durante un minuto. Tras ese tiempo, su sonrisa fue desapareciendo, y dejó paso a un gesto de horror. El cambio siguiente se tornaría en furia. – ¡Pero qué coño...! ¿Qué cojones? ¡Mecagüen...!

Colgó el teléfono de su mesa con tal furia que rompió el soporte del auricular. Señaló con un dedo acusador a Francisco, que había borrado de su rostro la sonrisa con la que se presentó en el despacho.

– ¡Cabrón! ¡Eres un cabrón! ¿Qué coño has hecho? – Se dirigió hacia él hecho una furia, y le agarró con fuerza el cuello de su traje, sacudiéndolo de un lado para otro hasta rasgarle la solapa. – ¡Hijo de puta! ¿Qué coño has hecho?

Francisco no entendía nada, y le miraba asustado y sorprendido.

– Pero... ¿qué te pasa? Me pediste que hiciese algo con tus sobrinos.

– ¡Joder! Que intentases sacarlos, bajarles la condena... ¡pero no hacer que los maten coño!

Francisco apartó lentamente las manos de Mariano, perplejo.

– ¿Qué les han matado? – preguntó Francisco con evidente asombro.

Su rostro era todo un poema. Mariano se percató de que algo no cuadraba. Francisco miró la solapa de su traje, que había arrancado Mariano con una furia inédita. “No gano para trajes”, pensó.

Capítulo 38

Lunes, 12 de agosto de 2013 13:00 p.m.

Natalia tenía una sonrisa de oreja a oreja. Le encantaba lo que estaba escuchando. De alguna manera, eso significaba que ella todavía tenía más poder del que imaginaba. Estaba cómodamente instalada en su sofá, jugando con su pelo con una mano, y sosteniendo el teléfono con la otra.

– Gracias Mario. Sabía que podía confiar en ti.

– No tienes que agradecermelo. He tenido que esperar a estar un tiempo fuera de la cárcel para no levantar sospechas, pero dejé muy claro el recado antes de salir de allí. Esta mañana se han ocupado de quitar de en medio a esa chusma. Nadie te podrá relacionar con ello.

– Eres un sol. Ahora estamos en paz.

Colgó el teléfono, aunque su sonrisa tardaría varios minutos en poder menguar. Mario se había ocupado de mandar asesinar a Carlos y Matías. Su influencia como narcotraficante le otorgaba un privilegiado poder, incluso dentro de los centros penitenciarios. Aquellos hombres la habían violado, y la habían asustado más que nadie en toda su vida. Eran profesionales del crimen, y sin embargo era ella quien había logrado acabar con sus vidas. Se sentía cada vez más poderosa. Despertó de su sueño cuando sonó el timbre de la puerta. Su sonrisa volvió a crecer, sabía quién llamaba.

– Hola Natalia, – dijo Sergio en cuanto ella abrió la puerta.

Ambos entraron. Natalia había ambientado su casa de la mejor manera posible. Quería que la encontrase acogedora. Se había puesto uno de sus mejores perfumes, y vestía de forma sencilla, pero elegante, con unos ajustados tejanos y una blusa azul claro. Se sentaron en el sofá y Natalia no esperó a iniciar la conversación.

– ¿Qué tal llevas tu reportaje?

– Bueno, ya falta poco. Debería estar listo durante este verano. – La miró a los ojos, con cara de pena, quería decirle algo que no sabía cómo se lo iba a tomar. – Verás, Natalia, hay algo que quiero contarte, pero no sé si es demasiado pronto para que lo sepas.

Natalia estaba sorprendida. No se esperaba eso. ¿Qué tenía que contarle su amigo?

– Me da un poco de reparo decirte eso, sé que tu querías a Germán, pero el otro día me dijiste que querías saberlo todo. He dudado mucho si debes saberlo o no.

Natalia disimulaba su impaciencia. Pues claro que quería saberlo todo. Lo que fuese. Optó por poner una mano sobre la de Sergio, y animarle a continuar regalándole una comprensiva mirada.

– Sergio, la verdadera relación entre Germán y yo, sólo la conozco yo. Y seguramente no era la que tú te imaginas. Estoy preparada para lo que sea, dime lo que tengas que decir.

Sergio pareció sentirse aliviado con aquellas palabras, pero todavía dudaba. No pudo aguantarle la mirada y sus ojos se enfocaron en el suelo. Parecía sentir vergüenza. Finalmente se armó de valor.

– Verás...Germán y yo habíamos discutido un poco. Hablamos de lo que tú y yo comentamos el otro día. Un tesoro robado no es de nadie. En un tiempo fue de Henry Avery, porque lo robó. Hoy puede ser de cualquiera que se apodere de él. No hay ninguna diferencia moral en que lo tenga un heredero de un ladrón, o que lo tenga otro ladrón. – Hizo una pausa,

pensando que aquello podría asustar a Natalia, pero en realidad, ella estaba radiando alegría contenida. – Yo no tengo medios para ello, Germán si los tenía, así que pretendimos hacernos nosotros con ese tesoro.

Natalia se mantuvo en silencio, animando con su roce en la mano de su acompañante a que éste continuase. Sergio al fin alzó la mirada, y clavó sus ojos con los de Natalia para terminar la explicación.

– Pero cuando creía que estaríamos juntos en ello, él se echó atrás. Quería que fuese sólo para él. Me traicionó. Se aprovechó de que yo le necesitaba y él no me necesitaba a mí.

Natalia no se podía creer esta última parte. Su marido era honesto. Demasiado honesto. Interpretó que Sergio estaba buscando que ella ocupase el lugar de su marido. Necesitaba los medios para hacerse con el tesoro, y Germán se los negó. Pero esos medios ahora le pertenecían a ella. Natalia estaría encantada de aceptar ser su socia en esa aventura, pero tenía que ser prudente. Temía estar malinterpretando a Sergio y que todo se fuese al traste. Notó el nerviosismo de su acompañante, incluso parecía que de un momento a otro pudiese empezar a llorar. Levantó su mano sujetándolas con las dos suyas, e intentó tranquilizarle.

– Nuestra relación no era tan buena como yo habría esperado, – empezó a explicar. – Y el motivo podría ser lo que tú me estás contando. Eso explicaría muchas cosas. Su personalidad cambió mucho los últimos meses.

Sergio parecía más tranquilo. Tenía los ojos húmedos, y poco a poco se fue relajando.

– Después de lo que has tenido que pasar últimamente, no quería ser tan brusco explicándote esto. Pero me comprometí a explicártelo todo. Incluso que fue tu marido quien tuvo la idea de apoderarse de esa fortuna.

– Pues explícamelo todo – sugirió Natalia con seguridad. – Cuéntame qué tesoro hay, de donde viene, a quien debe pertenecer, donde se oculta, a quien ha pertenecido, qué pretendía Germán...desahógate conmigo y cuéntamelo todo.

Natalia se había desahogado bien. Por primera vez le había pedido que le explicase detalles concretos. Quizá había ido muy lejos, pero era una experta en saber aprovechar los momentos de debilidad de los demás. Sin duda, no encontraría un momento mejor. Sergio no habló, la miró unos segundos, intrigado, y volvió a bajar la mirada. Natalia dudaba si era una mirada de melancolía, de culpa, o que simplemente se estaba pensando lo que ella le había pedido.

– Estoy hecho un lío, – dijo Sergio negando con la cabeza – ya no sé si la idea que tuvimos en su momento es una buena idea, o una locura. Pero a pesar de nuestra vieja amistad...– hizo una pausa y esta vez sí que no pudo contener alguna lágrima – acabé odiando a tu marido. Y ahora que ha muerto siento vergüenza por ello. He desistido en mi idea.

Miró a Natalia sospechando ver un gesto de enfado, pero no fue así. Ella le secó con un dedo la lágrima que se deslizaba por su mejilla, y le acarició la cara suavemente con la palma de su mano. El rostro de Natalia sólo expresaba comprensión. Siguió acariciándole la cara un poco más, y se sentó de lado en el sofá, para estar de frente con Sergio. Natalia no podía tolerar que Sergio desistiese. Le hubiese gustado decirle que ella también quería unirse en esa aventura, incluso decirle que no se preocupase por su difunto marido. Que ella lo había odiado también. Hasta pensó que le gustaría decirle que ella misma le había matado, pero eso no sería prudente.

– No tienes que cambiar nada. Tú no tienes la culpa de lo que le pasó a Germán.

– Ya, le mató tu vecino...– la miró e intentó decir algo más, pero decidió callarse.

Natalia se acercó más a él, y le acarició le pelo lentamente, hasta poner la palma de su mano en la parte posterior de la cabeza de Sergio. Entonces le empujó suavemente la cabeza en dirección a ella, quedando sus labios a escasos milímetros de los de Sergio. Le miró a los ojos, y notó que él no reaccionaba, eso para ella significaba que tampoco la estaba rechazando. Unió sus labios a los de Sergio, y le besó la boca. Sergio le correspondió, y sus bocas se entreabrieron hasta que sus lenguas se encontraron. Natalia cogió una mano de Sergio, y la acercó a sus senos, hasta contactar con ellos. Tras unos segundos, separó la mano de su acompañante, con la misma suavidad con la que la había acercado, y sus rostros se separaron unos centímetros.

– Si yo amase a mi marido como tu pensabas, no estaría haciendo esto. Créeme, últimamente mi vida era un infierno a su lado.

Sergio se separó de ella lentamente, y con la misma lentitud se puso en pie.

– Te agradezco mucho tu comprensión. Pero ahora estoy un poco confuso, y creo que es mejor que me vaya. – La miró con gratitud, y le cogió una mano, hablándole con dulzura. – Me encantaría que siguiésemos viéndonos, pero ahora debo reflexionar un poco.

Natalia le siguió con la mirada mientras se alejaba, no sabía si esa cita había sido un avance o un retroceso. Sergio se giró para decirle algo.

– ¿Te parece bien que nos veamos esta noche?

Natalia aceptó encantada. Ahora estaba segura de que era un avance.

Capítulo 39.

Lunes, 12 de agosto de 2013 14:00 p.m.

Pablo cogió el teléfono, estaba llamando a su hermano. Charles había planificado la llamada. Su amigo Cristian se encontraba en Turquía, donde en su habitación del hotel, a través de un teléfono prepago, llamaba a Juan. Pero a la vez tenía otro teléfono conectado con el que estaba utilizando Pablo. Simplemente los unió para que ambos hermanos hablaran a través de ellos. La voz se oiría algo menos nítida, pero la seguridad que ofrecía esa estrategia lo compensaba. La intención de Charles era que, si la policía interceptaba la llamada de Juan, pensase que Pablo estaba en Turquía, dado que esa era la procedencia del teléfono que usaban para contactar con él. De este modo podían estar en contacto a pesar de la distancia.

Tras una reparadora comida, los 4 se quedaron un buen rato sentados, iniciando una relajante tertulia de sobremesa. Charles les explicaba las últimas novedades. Mariano estaba a punto de salir hacia Madrid, desde donde se desplazaría a Egipto, para desde allí coger otro vuelo hasta Mozambique. Una vez allí, cogería un barco que le estaban preparando con todo lo necesario para visitar la isla del mapa. Pablo y Sandro estaban alucinados. Este hombre tenía información de todo.

Siempre habitaban la segunda de las 2 casas que Charles poseía en ese barrio, y que había unido mediante un elaborado túnel subterráneo. Lo habían utilizado varias veces por precaución. La primera casa era más pequeña y más sencilla en apariencia, construida con material de obra vista. Pero en su interior era como un bunker. Los dos amigos no lo sabían, y menos la primera vez que llegaron, tras seguir las instrucciones de un GPS que les había entregado un desconocido que resultó ser Cristian. Pablo había tenido que esconderse en esa casa de obra vista alguna vez, cuando Peter recibía alguna visita como cuando los jardineros tuvieron que realizar el mantenimiento del jardín. Pero por dentro era una casa más o menos normal. Tenía una decoración un tanto peculiar, pero nada más. Pero en esos momentos, en su cabeza la duda principal era por qué Mariano iba a realizar un viaje tan largo, y sus anfitriones no hacían nada.

A Peter le hizo gracia la expresión de los dos amigos, y sin perder la sonrisa se sirvió un brandy. Sandro, por su parte, sacó su bolsa de tabaco de liar y se preparó un cigarrillo. Se rebuscó en los bolsillos y no encontró el encendedor.

– Vaya, me lo he dejado en mi cuarto.

Se levantó para ir a buscarlo, y al cabo de un segundo se desplomó contra el suelo. Cali seguía atento a sus movimientos en todo momento, y, como siempre, Sandro no se había percatado.

– ¡Joder Sandro! – dijo Pablo sin poder aguantarse la risa. Ya va siendo hora de que tengas más cuidado.

Cuando Sandro se levantaba, se quedó mirando un precioso barco que había encima de una mesita del salón. Para Charles no pasó desapercibido ese detalle.

– Es una réplica del “Fancy”, – le dijo. Era un enorme barco de guerra, con 40 cañones. No era muy normal que un pirata tuviese un barco tan poderoso.

– ¿Y cómo podían atacar tantos barcos si no tenían uno grande? – Preguntó Pablo interesado.

– Los filibusteros normalmente utilizaban embarcaciones más ligeras, – explicó Charles – y hacían ataques menores pero muy rápidos. Hay quien dice que la palabra filibustero proviene de “fly boat” (barco que vuela), o “free– booter”, (libre merodeador).

– Pero un filibustero era pirata también, ¿no? – quiso saber Pablo

– Obviamente, – contestó Charles. De hecho la palabra pirata proviene del griego, que significa “el que emprende” o “el que busca fortuna”. Ese era el objetivo de la mayoría de ellos, unos por ambición, otros por no tener otra elección. El filibustero era el “típico pirata”. El resto los podríamos catalogar entre corsarios y bucaneros.

Pablo se armó de valor, y aprovechó la ocasión para preguntar algo que deseaba saber desde hacía tiempo.

– Charles, espero que no te moleste mi pregunta...– Pablo no quería importunar, pero consideraba que ya era hora de saber un poco más cuál era su situación. – ¿Qué encontraste en la tarjeta de memoria? ¿Estoy jodido?

Charles y Peter cambiaron a la vez su semblante. No les molestó la pregunta, pero si se reflejó una expresión de preocupación en su rostro. Se miraron entre ellos, y Charles decidió tomar la palabra.

– Encontramos algunas cosas, pero nada relevante sobre el mapa o el tesoro. Habían datos, pero incompletos, así que no le hubiese servido de mucho a nadie. Pero había un fragmento de audio donde se oía a Natalia y a Germán. Un fragmento que se grabó la noche en que Natalia le drogó y le sacó de su casa para encerrarlo en la casa rural.

Se quedó mirando fijamente a Pablo, que estaba rígido, mirándoles, esperando que le explicasen algo más. Pablo miraba intermitentemente a los dos hombres que tenía sentados enfrente, como suplicando explicaciones, cuando Sandro regresaba con su encendedor y se sentó a su lado. Sandro se había perdido la pregunta, y miraba a su amigo con asombro, no sabía por qué estaba tan tenso. Finalmente Pablo no aguantó más el largo silencio.

– ¿Y qué es lo que se oía?

Charles contestó inmediatamente.

– Se oía alguna palabra, pero con poca nitidez. He intentado limpiar el ruido con un programa informático. No creo que su contenido le sirva a la policía para demostrar nada, pero a mí me sirvió para entender perfectamente que tú no eres más que otra víctima en todo este asunto. Germán, aún con su estado de debilidad, rebuscó en sus bolsillos y logró poner en marcha la grabación de audio de su teléfono. Sólo he podido recomponer una frase, donde ella dice “tu vecino pagará por ello”.

Pablo explotó de alegría. Pero, entonces, ¿por qué no se lo había dicho antes? Eso podría ser la prueba de su inocencia. Pero su optimismo se redujo cuando se percató que sus dos anfitriones no expresaban alegría alguna. Les dirigió una interrogante mirada, y se encogió de hombros preguntando el motivo mediante lenguaje corporal. Esta vez fue Peter quien quiso explicarlo.

– Nosotros tenemos claro que eres inocente de la muerte de Germán, pero ese fragmento de audio no demuestra nada. Se puede referir a cualquier cosa. La hora del archivo es la noche anterior a su desaparición. Ella podría alegar que significa cualquier otra cosa. Podría estar quejándose de tu perro, de que hicieses ruido por la noche, que le rayases el coche...

Pablo comprendió que tenían razón y maldijo su suerte. Para una vez que tenían algo, era insuficiente. Peter dejó su copa de brandy sobre la mesa, y le miró fijamente.

– Hemos pensado en enviarle este fragmento de forma anónima, para intentar que se crea que se trata de un chantaje, y hacerla confesar, aunque dudamos que caiga en la trampa. Tenemos que pensar en algo mejor.

Pablo sintió que su moral menguaba. Recordaba los días en su casa, o visitando a su vecina Reme. Esa anciana era encantadora, tenía problemas con su memoria, pero en su fondo era toda bondad y dulzura. Siempre le trataba con cariño, y le agradecía su compañía, aunque Pablo pensaba que le ayudaba más a él la compañía de la anciana, que viceversa.

Añoraba esa normalidad que durante tanto tiempo había infravalorado. Pensaba en las personas que debían de encontrar sus vidas rutinarias, aburridas, en lugar de valorar el no tener el tipo de problemas que él sufría en estos momentos. Recordó también cómo se sintió el día que le despidieron de su trabajo, cuando ahora ese era el menor de sus males. Se sentía culpable por haber arrastrado a Sandro con él. Sandro sí tenía un trabajo, y lo había perdido, dado que no había vuelto a la empresa donde se ganaba la vida, para así poder permanecer a su lado.

También pensaba en la parte positiva, tenía un amigo dispuesto a sacrificarse por él, no todo el mundo podía decir lo mismo. Y tenía otros nuevos amigos que le estaban ayudando desinteresadamente, y a quienes había conocido precisamente por encontrarse en la actual situación. Pero ¿cuánto duraría todo eso? No podían cuidar de él eternamente.

Decidió mostrarse optimista y no preocupar a esas personas que tanto estaban haciendo por él.

Capítulo 40.

Lunes, 12 de agosto de 2013 21:30 p.m.

Esa noche, Sergio y Natalia cenaron en el mismo restaurante, en el club náutico de Castellón. Sergio seguía incómodo, preocupado, y Natalia había estado estudiando la mejor estrategia para sonsacar a su compañero toda la información posible. Se sentaron de nuevo en una apartada mesa que había reservado Natalia, aunque su idea se basaba en no hablar del tema principal durante la cena. Una vez terminaron, dieron un paseo a pié contemplando los barcos atracados en el pequeño puerto. Entonces decidió iniciar la conversación que realmente le preocupaba.

– ¿Sigues incómodo con lo que me has contado hoy?

Sergio caminaba despacio, con la mirada baja, y las manos en los bolsillos.

– Si, me siento incómodo. Has perdido a tu marido, y yo te he dicho que le odiaba. Creo que hay motivos para sentirme incómodo.

– Una muerte siempre es algo trágico, – contestó ella clavando sus ojos en él, intentando que Sergio la mirase. Pero Sergio seguía mirando al suelo. – Pero te aseguro que durante los últimos meses, mi vida era un infierno. Yo también llegué a odiarle.

Esperó la reacción de Sergio, pero ésta no llegó. Seguía sin inmutarse.

– Pero seguro que no tanto como yo. – Sergio levantó la mirada y la dirigió a los ojos de Natalia. – Le odiaba porque habíamos hecho muchos planes, me había creado unas expectativas, veía un futuro, y él lo estropeó...– hizo una pausa antes de continuar, pero finalmente habló con contundencia. – ¡Había pensado incluso en matarle! ¡Me había destrozado la vida!

Inmediatamente, Sergio bajó de nuevo la mirada, avergonzado y asustado. Natalia se quedó sin saber cómo reaccionar. No se esperaba eso. Sergio había pensado en matar a su marido, nunca hubiese sospechado que eso pudiese ser cierto, y menos aún que se lo estuviese diciendo. Ambos se habían detenido y permanecían de frente, pero sin mirarse a los ojos. Por primera vez en mucho tiempo, se notaba insegura, no sabía qué era lo que convenía decir en ese momento. Ante su silencio, fue Sergio quien prosiguió hablando.

– Sé que es un motivo para que me odies, sé que no podrás entenderlo, pero tú no sabes el daño que me hizo. Quería cumplir mi palabra y explicártelo todo, como me pediste. Es mejor que me vaya y no nos veamos más.

Sergio se dio la vuelta y empezó a alejarse mientras ella se quedaba de pié, inmóvil, sin reaccionar. Natalia había planificado mucho esa noche, pero no se esperaba una situación así. Le seguía con la mirada, mientras él se alejaba. Pero lo que realmente veía alejarse eran sus opciones para lograr aquello para lo que tanto empeño había dedicado. En su vida había hecho muchos planes para buscar la manera de ser inmensamente rica y poderosa, pero esta era la ocasión que más cerca lo había tenido. Nada menos que un tesoro de oro, plata, joyas preciosas, y otros artículos de inmenso valor. Y el hombre que se alejaba sabía cómo dar con él, sólo necesitaba los medios económicos, que ella podía proporcionarle. Finalmente logró reaccionar, y corrió hacia él.

– ¡Espera!

Sergio se detuvo, y giró la cabeza observando cabizbajo cómo Natalia se acercaba con paso ligero. La miró sorprendido, hasta que ella llegó a su lado y le habló con voz llorosa a la vez que lo abrazaba.

– No te vayas, no es justo. No te odio por tus pensamientos, ese hombre nos jodió la vida a los dos.

Sergio correspondió el abrazo lentamente, tembloroso, mientras ella apoyaba su cabeza en su hombro, prolongando su llanto.

– No es justo que nos haya jodido a los dos, – continuó Natalia, y levantó la cabeza para, en un mar de lágrimas, mirarle a los ojos. – Ni si quiera estoy dolida por su muerte, más bien me siento aliviada. Nos ha perjudicado a ambos, pero estamos a tiempo de reparar esta situación.

Ahora Natalia lo tenía claro. Sergio tenía la información que necesitaba, y ella los medios. Entre los dos, buscarían el tesoro de Henry Avery. Pero Sergio seguía encontrando un problema, y quiso compartirlo con ella.

– Es posible que tengamos que quitar de en medio a alguien más, – le dijo con mirada muy seria. – Si no tenemos otra opción, deberemos de eliminar a Charles.

Capítulo 41.

Sábado, 17 de agosto de 2013 18:00 p.m.

Cinco días más tarde, Mariano y su ex mujer estaban en un lujoso hotel de Madrid, cenando un menú especial, propio de una celebración. Era muy temprano para cenar en España, solo las 6 de la tarde, pero él sabía que Ethel tenía otras costumbres, y esa noche saldrían de viaje de madrugada.

– Querida Ethel, me alegro mucho que estés aquí de nuevo, – dijo Mariano levantando una copa de vino, – sé que echas de menos a George, pero ya le verás a nuestro regreso.

Ethel había llegado a Madrid el día anterior, y tenían que coger un nuevo vuelo esa misma noche, de madrugada, esta vez hacia Egipto. Habían pasado todo el día visitando Madrid, como dos viejos amigos. Le encantaba viajar, y más si era por un motivo como el que le había explicado su ex marido. Ella tenía muchos contactos, y había logrado realizar todos los preparativos de la expedición a la isla canguro del modo más discreto. Levantó su copa de cava y la acercó a la copa de Mariano para brindar.

– Por nuestro tesoro, – dijo ella. – Pero te veo muy seguro, no sabes qué te vas a encontrar allí.

Mariano rió sin disimulo.

– Ha costado mucho lograr la información que tengo. Estamos en el buen camino. – bebió un sorbo de vino y dejó la copa sobre la mesa. – Ha muerto mucha gente, hemos sufrido mucho, pero tenemos la información que necesitamos. Tenemos barcos contratados que llevan semanas vigilando la isla. Los barcos que se han acercado, han sido expulsados. La policía no puede hacer nada allí. A nadie le interesa que se sepa la ubicación del tesoro, por eso no pueden ir si no van solos. Charles está vigilado por hombres de mi confianza, y permanece en su residencia. ¡Mecagüen...! ¿Qué más necesitas?

Ethel estaba exuberante, le encantaba esa situación, y cómo su marido lo tenía todo controlado.

– ¡Enhorabuena! – Le dijo – Veo que puedo confiar en ti.

El camarero estaba llenando de nuevo la copa de Ethel, cuando sonó su teléfono. Era su hijo George.

– ¡Hi Darling! – dijo ella contestando la llamada. Miró la disgustada cara de Mariano con sonrisa burlona, normalmente solo hablaban en inglés entre ella y su hijo, y cuando Mariano estaba presente evitaban hacerlo. A él no se le daba bien el inglés, así que Ethel decidió cambiar de idioma. – Hola cariño, tu padre pone caras raras.

– Hola mamá. Ya he hablado con nuestra gente en Mozambique. Todo está dispuesto.

– Eres lo mejor. Tengo ganas de regresar para verte. ¿Has averiguado algo más sobre el quinto animal? ...¿no?...Bueno, no te preocupes, seguro que al final encuentras su significado. Un beso.

Miró de nuevo a Mariano y levantó su copa. Mariano le correspondió. Seguían intrigados por los acertijos, pero no querían confiarlo a nadie más. Tenían que resolverlo por sus propios medios. Si alguien más lo averiguaba, su objetivo podría peligrar. Un lobo, un ciervo, una tortuga y un canguro. ¿Cuál sería el quinto animal? ¿Y qué significaba? Habían pensado mucho también en el otro texto, el que George consideraba que se trataba de una advertencia.

“Algunos siempre creen tenerlo todo, pero en realidad no eran afortunados. Necesitáis seguir las pistas, para evitar que personas falsas obtengan todo aquello que nunca debieron poseer. Pero aquí encontraréis una maravilla nunca vista. El día en que el tesoro solo sea un consuelo que ofrezca la paz que buscáis”

Sin duda las coordenadas indicarían lugares donde encontrar las respuestas. Del disco duro de Sergio, recuperaron casi todo su contenido, y esa parte era la más significativa. Sergio no tenía medios para una expedición similar, Charles no se movía de su entorno, así que tenían el terreno despejado.

Decidieron irse a sus habitaciones, y descansar. Durante la madrugada les esperaba un largo viaje.

Capítulo 42.

Sábado, 17 de agosto de 2013 19:30 p.m.

Natalia estaba aparcando su coche en una avenida de Valencia. Sergio la había citado esa noche, y ella estaba algo nerviosa. Todo había ido muy deprisa durante los últimos días. La última noche con Sergio, en Castellón, fue muy intensa. Se sinceraron y él pareció entender que Natalia no le guardaba ningún rencor por sus pensamientos. Después de todo, él no había matado a Germán, había sido ella. Aunque para el resto del mundo, el asesino era Pablo. Mostraron tanto su odio hacia Germán, que hubo un momento en que se le pasó por la cabeza confesarle su autoría en el asesinato de su marido, pero desistió de su idea.

A menudo pensaba en su antiguo vecino. La noche que lo tuvo a su merced en la casa rural, pudo haberle complicado las cosas. Afortunadamente, aunque escapó fue demasiado tarde para salvar a Germán. Pensó que debería haber acabado con él allí mismo, en lugar de jugar con su miedo. Pero entonces no hubiese logrado recuperar el teléfono de su marido, que en aquel momento era algo imprescindible para ella. Tampoco habría querido renunciar a sus macabros juegos sexuales, intentando seducir a un hombre horrorizado. Le encantaban ese tipo de juegos. Tras cerrar su coche, se dirigió a un portal de un alto edificio, y pulsó un botón.

Actuó el desbloqueo de la puerta del portal, y se dirigió al ascensor. A su mente regresó lo acaecido la última noche con Sergio. Había logrado que accediese a convertirse en socia de la aventura que había intentado planificar con Germán. Sergio podía de nuevo pensar en el futuro que se había truncado poco tiempo atrás, y se le veía feliz, pero demasiado a menudo la duda se reflejaba en su rostro. Natalia no estaba segura si era una cara de duda, remordimiento, o desconfianza. Pero ella sabía cómo hacer que un hombre se sintiese seguro y accediese a lo que ella pretendía. Todo era cuestión de tiempo. Esa noche también había intentado tímidamente seducir a Sergio, pero finalmente decidió que no era el momento, dado que él no reaccionaba con demasiado entusiasmo. Ella sabía perfectamente que en ocasiones, merecía la pena esperar y hacerlo bien.

Echaba de menos las noches de sexo en su casa rural, con la complicidad de su marido. Le gustaba tener sexo con más de una persona a la vez, y aunque había probado también con mujeres, su preferencia era hacerlo con dos, o tres hombres. Le gustaba sentirse dominada en el sexo, pero fuera de ahí, debía ser ella quien controlase la situación. Por las noches se masturbaba pensando en ello, hacía mucho tiempo que había querido tener relaciones con Sergio, y le gustaría que a su vez tuviese la mente abierta de su marido, y compartiesen ese tipo de experiencias. Esa noche podría ser el mejor momento para iniciar esa trayectoria. El día anterior había recibido un paquete urgente en su casa, y era de Sergio. Cuando lo abrió vio un precioso vestido veraniego verde brillante, que parecía muy caro. Entendió enseguida que él deseaba que ella lo usara esa noche. A pesar de que los intereses de Natalia se centraban en aprovecharse de la información que Sergio le pudiese proporcionar, no renunciaba a la atracción que sentía por él, y desde la violación, no había estado con ningún hombre. Dio por hecho que ese regalo era una clara señal de que ella le gustaba, y ya se imaginaba a Sergio quitándole el vestido. El ascensor llegó a su destino, y al salir de él, su amigo la estaba esperando con la puerta de su piso abierta.

– Hola Natalia, estás preciosa.

Ella bajó la mirada y se miró a sí misma con cara tímida, como dando por hecho que él estaba imponiéndole sus deseos. Prefería que pensase que era él quien dominaba la situación. Sergio le hizo una señal con la mano invitándola a entrar. Llegaron al salón, donde había una inmensa pantalla de 50 pulgadas frente al sofá, y en la pantalla se vislumbraba una peculiar isla.

Se miraba el sofá, y ya se imaginaba a ambos encima haciendo el amor apasionadamente. En una mesita, había una botella de buen vino tinto y dos copas. Ella se extrañó de que no hubiese preparado nada de cenar, quizá era pronto para servir algo de comer. Sergio llenó las copas y le entregó una a ella.

– Brindemos por nuestro futuro, – dijo él – por un futuro lleno de riquezas.

Se sentaron en el sofá, y Natalia seguía mostrando una expresión de timidez, con una leve sonrisa. Había estudiado a Sergio, y había decidido que él la prefería así. Sexi y tímida, dejando que él dominase la situación, y creyendo que podría hacer con ella todo lo que se le antojase. Se fijó en la pantalla, y quiso saber qué era esa isla.

– ¿Es ahí donde está lo que buscamos? – preguntó.

– Lo era, – dijo él con expresión de triunfo. – Pero aunque esa isla es la clave, es solo el camino a seguir para llegar al tesoro.

– ¿Dónde está esa isla? – se apresuró a preguntar.

– Es una isla muy pequeña, cerca de Mohèli, en las islas Comodoro. Pero la clave actual está en otro lugar. Un lugar a tres horas de aquí.

Sergio miró fijamente a su invitada, estudiando su reacción. Le divertía ver la perplejidad en su rostro. Le cogió una mano y la miró con ternura.

– Termina tu copa, esta noche salimos de viaje. Solo hoy podemos hacerlo.

– ¿A dónde vamos? – preguntó intrigada.

– Nos vamos a buscar la pieza que falta de este rompecabezas. Se encuentra en una casa de una urbanización que hay un poco más allá de Tarragona. Pertenece a Charles, pero no la habita nunca, y sé cómo acceder a ella sin ser vistos. Además, ni Charles ni su mayordomo están hoy en Tarragona.

Natalia estaba cada vez más intrigada. Pero era mucho mejor si Charles no estaba en casa. Recordó cuando Sergio le comentó que posiblemente tuviesen que acabar con la vida de ese hombre. Ella le dejó claro que no sería un obstáculo para ella, pero siempre sería mucho más seguro no tener que matar a nadie más.

– ¿Cómo lo sabes? – Quiso saber ella.

Sergio parecía disfrutar con su apariencia de seguridad y tenerlo todo controlado.

– Lo sé, porque tengo contacto con él, para el reportaje, y hoy se encuentra en Barcelona realizando unas gestiones. De hecho hemos quedado allí mañana. Él confía en mí, y eso me da ventaja. Por eso, si queremos llegar hasta el final, tenemos que hacerlo esta noche.

Natalia se quedó muda. Centró su mirada en los ojos de Sergio, esperando que añadiese algo más a su intrigante explicación. Sergio se dirigió al moderno mueble que había junto al televisor, y abrió un cajón. Sacó de él dos pistolas, y le entregó una a Natalia. Ella se quedó paralizada. No entendía nada.

– Es mejor que lleves una de estas, – le dijo Sergio entregándole una de las pistolas. – Imagino que sabes usarlas.

Ella recogió el arma lentamente, y la guardó en su bolso.

– Por supuesto que sé usarlas. Pero... ¿tan peligroso es el lugar al que nos dirigimos? ¿No dices que Charles no está en casa?

– Es pura precaución, – dijo él, con una seguridad tal que hizo que Natalia se tranquilizase. – Nadie sabe dónde vamos, y no hay nadie en la casa, pero siempre puede surgir algún imprevisto. – Se sentó de nuevo junto a Natalia y decidió explicarle algo más. – En esa casa se halla lo que se ocultaba en ese islote, y su significado. Hay una caja fuerte donde se explica cómo llegar al tesoro. Sólo tenemos que recoger esas indicaciones, y desaparecer.

Natalia quiso mostrarse en apariencia intranquila, aunque por dentro estaba serena y deseaba llegar al final de todo cuanto antes. Intentó aparentar timidez e inseguridad, y fingió no poder mantenerle la mirada a su acompañante, para preguntarle con desinterés.

– ¿Y en qué zona se halla realmente el tesoro?

– Bueno, eso no lo sé seguro, puede estar cerca de esa isla, o en la otra parte del mundo, – dijo él cogiendo una mano de Natalia. – Lo que sí sé es que ahí está la información final que he de añadir al reportaje, y no vamos a esperar al momento que Charles había previsto. Tenemos que anticiparnos a él, así que lo cogeremos esta misma noche. Necesitaremos tu coche, el mío podría hacer saltar las sospechas entre los vecinos.

Cuando se pusieron en pie, Natalia se acercó a Sergio regalándole una sonrisa de admiración, puso sus manos tras su cabeza, y le besó. Hizo que el beso se eternizase, pero Sergio separó su rostro del de su amiga, sin dejar de sonreírle con complicidad, y le besó la mejilla mientras le susurraba al oído “Tendremos tiempo, ahora tenemos una misión urgente”.

Natalia sabía que él tenía razón, ahora era el momento de coger la última pieza del rompecabezas. Recogió su bolso y salieron del piso cogidos de la mano.

Capítulo 43.

Sábado, 17 de agosto de 2013 20:00 p.m.

Pablo y Sandro estaban viendo una película de piratas. En aquella casa había muchas. Les divertía ver cómo lo que se proyectaba en el cine no tenía nada que ver con la realidad que habían descubierto con sus anfitriones. Estaba claro que una película era algo puramente comercial, y en la mayoría se tergiversaba la realidad para hacerla más amena, y también para no ofender algunas morales.

Charles y Peter no estaban en casa. Les habían comunicado que se tenían que desplazar a Barcelona, y que no regresarían hasta el día siguiente por la noche. Les habían dejado muy claro qué podían hacer y qué no podían hacer, y las señales de las alarmas instaladas en la casa. Cuando terminaron de ver la película, decidieron ver un DVD de documentales piratas. Cada vez les entusiasmaba más ver la realidad de la época dorada de los piratas. Decidieron coger un DVD que más de una noche habían visto a Peter contemplar antes de acostarse, pero no habían querido interrumpir la intimidad del peculiar mayordomo. Sabían que Peter adoraba ver con calma esos documentales, y dedujeron que prefería estar solo, así que este era el momento de ver el video que tanto le entusiasmaba al que consideraban mayordomo—amigo de Charles.

Tardaron poco en quedarse prendados de su contenido. La primera parte hablaba sobre las tácticas piratas, para abordar otros barcos. Había muchas técnicas de abordaje. Muchos barcos utilizaban banderas falsas, que ondeaban cuando veían un barco lejano, gracias a que procuraban tener los mejores catalejos de la época. Una vez identificado el país del barco, usaban una bandera del mismo país, y eso les permitía acercarse lentamente sin que su presa huyese, y así poder realizar el abordaje cuando estuviesen lo suficientemente cerca.

Fuese cual fuese el modo en que se acercaban a sus presas, siempre intentaban evitar el abordaje. Intentaban intimidar al barco que acosaban para evitar una lucha cuerpo a cuerpo que podría derivar en bajas y heridos en su tripulación. Intimidaban cambiando repentinamente la bandera, disparando sus cañones y provocando un tenebroso estruendo. A eso se le unía una muchedumbre de fieros marinos gritando y amenazando, gracias a unas bocinas que incrementaban el volumen de sus voces, voces que amenazaban con torturas y muertes a quienes opusieran resistencia. Utilizaban garfios de varias puntas que se clavaban fácilmente en las cubiertas de los barcos que pretendían abordar, impidiendo cualquier escapatoria.

Cuando se veían obligados a abordar la cubierta de su presa, utilizaban espadas cortas que permitían una mayor movilidad en el reducido espacio donde tenían que desenvolverse. Las pistolas eran de un solo tiro, y una vez disparadas se utilizaban como porras o para lanzárselas a sus enemigos. Solían llevar varias pistolas y varias dagas o cuchillos, que sabían utilizar gracias a su enorme experiencia en el combate.

Pero al rato, el documental se centró en un pirata que era desconocido para los dos amigos. Se trataba del capitán William Kidd, un escocés que ascendió muy joven a capitán, tras hacerse con un barco franco—inglés cuando la tripulación se amotinó en las Antillas. Se dirigió a la colonia inglesa de Las Nieves, y se puso al mando del gobernador para proteger la colonia de los ataques franceses. Dado que el gobernador no podía pagarles, se lo cobraban con los botines de los barcos que asaltaban. Se estableció en Nueva York tras casarse con una rica viuda llamada Sarah Bradley. El documental hablaba del capitán Kidd como “el pupas”. Sin duda porque parte de su fama se debió a que fue muy desafortunado. Capitaneó una compañía privada contratada por el gobierno británico, motivado por los problemas que ese gobierno estaba teniendo con numerosos piratas, y

que entorpecían su comercio con la India. Kidd aceptó para evitar que se tomasen su negativa como una deslealtad a la corona.

Precisamente Henry Avery había provocado un problema diplomático entre Gran Bretaña y la India, tras su captura del Ganj- I- Sawai. A bordo de un barco construido especialmente para el capitán Kidd, el “Adventure Galley”, puso rumbo a la ruta de las Indias. Pero la desgracia le persiguió, e incluso un barco inglés le atacó y robó parte de su tripulación, y gran parte del resto se murió a causa del “cólera” en las islas Comodores. Kidd no dejaba de ser un corsario, con la patente de corso otorgada por Guillermo III de Inglaterra, y por lo tanto solo podía atacar barcos franceses o piratas. Dada la lamentable situación de la tripulación del “Adventure Galley”, presionaron al capitán para atacar otros barcos, Kidd quiso aplacar esa presión matando a uno de los tripulantes, pero no fue suficiente, y finalmente tuvo que sucumbir ante sus peticiones. Atacaron un barco holandés, que llevaba salvoconducto francés. Kidd reclutó una nueva tripulación en Madagascar, y puso rumbo al mar rojo, donde atacar barcos mercantes de la ruta hacia la India, incluso atacó a un convoy del imperio Mogol.

En enero de 1698, Kidd capturó un barco armenio llamado Quedagh Merchant cerca de la ciudad india de Cochín, un fastuoso barco mercante cargado de riquezas. El buque tenía pases franceses, de modo que la tripulación de Kidd creía que era perfectamente legal tomar control de aquel buque, dado que, pese a ser de origen armenio, tenía el estandarte francés. En un intento por mantener el mando sobre sus marineros, Kidd accedió. Cuando estas noticias llegaron a Inglaterra, se confirmaron las acusaciones de piratería sobre Kidd y la comandancia naval ordenó su persecución y captura.

Cuando regresó a Nueva York, los problemas aparecieron de nuevo. Fue acusado de piratería, cosa que Kidd negó, y se entregó confiando en ganar el juicio. Pero perdió el juicio, y, al ser encarcelado, se descubrió un importante tesoro que tenía enterrado en la isla Gardiners, cerca de Nueva York. El 23 de mayo de 1701 fue ahorcado.

Ambos contemplaban el documental con interés. Una vez terminó, como ya venía siendo habitual cada noche, Pablo se derrumbó en sus pensamientos. Le entretenía hablar de piratas, ver documentales, jugar con Cali, pero al final, siempre eran los mismos pensamientos los que se alojaban en su mente. ¿Cuándo terminaría todo? ¿Terminaría algún día? Sandro recogió el DVD y lo guardó de nuevo. Aprovechó para coger una botella de whisky, y servir un par de copas. Sandro miraba a su amigo mientras le llenaba la copa.

– No te comes el tarro – le dijo. – Podría ser peor, al menos, de momento estamos a salvo.

Pablo no contestó. Seguía sentado en el sofá, inclinado ligeramente hacia adelante, con los dedos de ambas manos entrecruzados, sin dejar de mirar el suelo. Sandro estaba pensando cómo alejar a su amigo de esos pensamientos que tanto le preocupaban.

– Pues no sé por qué Peter mira tanto este documental, – se le ocurrió improvisar. – A fin de cuentas tiene muchos, y de diferentes piratas, pero casi siempre se mira éste.

– Le pondrá cachondo el capitán Kidd. – Dijo Pablo sin levantar la mirada del suelo. Cogió su copa y dio un sorbo. Levantó la cabeza y miró a su amigo sonriéndole, avergonzado de parecer débil. – Es pronto... ¿nos vemos otra peli?

Capítulo 44.

Natalia conducía su Audi a gran velocidad por la autopista A7. Después de varias semanas, volvía a sentir en su interior la sensación de emoción y excitación. Esa misma tarde no hubiese sospechado que por la noche tendrían la información clave para lograr esa riqueza que tanto ansiaba. Natalia no tenía problemas económicos, y poseía un buen patrimonio, pero su sed de poder le impedía conformarse con ello. Por fin había encontrado alguien como ella. Aunque se le había pasado por la cabeza urdir un plan para no tener que compartir la riqueza que esperaba tener pronto, había desistido y sus pensamientos se centraban en unir su vida a la de Sergio. Juntos podrían lograr muchas cosas. De vez en cuando, intentaba sacarle algo de información a su acompañante, pero temía que la encontrase demasiado interesada. Media hora atrás, había percibido un gesto dubitativo en Sergio, como si se estuviese arrepintiendo de la aventura que estaba emprendiendo. Natalia entró en un área de servicio, llenó el depósito, y regresó para aparcar el Audi en el aparcamiento que había frente a un pequeño restaurante. Una vez detuvo el coche, fue Sergio quien quiso iniciar la conversación.

– ¿Estás segura de que quieres que lo hagamos?

Natalia giró levemente la cabeza hacia su nuevo amigo, y le regaló una tranquilizadora sonrisa.

– Pues claro que quiero. ¿Por qué no iba a querer?

Sergio se mostró avergonzado. No era capaz de sostenerle la mirada y ella se percató. Tenía que lograr que Sergio no tuviese dudas. Era evidente que no era muy normal que ella, algo más de un mes más tarde de enviudar, estuviese con otro hombre en una aventura similar. Quizá había dado una imagen demasiado inocente, y debería demostrarle que ella era mucho más agresiva.

– Germán era un hijo de puta, – decidió decir ella mientras posaba sus manos en el volante, a pesar de estar detenidos en un aparcamiento. – Era un cabrón que quiso dejarte de lado, pero también quiso dejarme de lado a mí. – Decidió añadir una falsa historia. – Germán estaba buscando otra casa, no me había dicho nada, por lo que seguramente estaba pensando abandonarme a mí también. Créeme, no le odiabas tanto como yo.

– Lo dudo, – dijo Sergio. – Yo había planeado asesinarle. No puedes haberle odiado más que yo.

Natalia tenía que hacer comprender a Sergio que no había fisuras en sus intenciones, que estaba dispuesta a todo, así que decidió otra falsedad que se acercase a la realidad.

– Te equivocas, lo deseé muchas veces, pero alguien lo hizo por mí. Seguramente no me hubiese atrevido nunca, pero deseé hacerlo. – Natalia irrumpió a llorar, aprovechando sus dotes de actriz.

Sergio se mostró incómodo, como si fuese el culpable del llanto de Natalia. Miró a los lados, para asegurarse que en los vehículos que había aparcados cerca, no hubiese nadie en su interior. Se acercó a Natalia, y le posó una mano en su hombro y con la otra mano le entregó un pañuelo.

– Lo sé, dijo él, – sé que lo has pasado muy mal, pero quería estar seguro de que no te estaba forzando a hacer nada que no quisieras hacer. Quizá pronto nos convirtamos los dos en asesinos, y no te veo capaz de llegar tan lejos

Ella se secó las lágrimas, y le ofreció una sonrisa que emanaba lástima de sí misma.

– Entonces no deberías odiar a tu vecino, si hizo algo que tu deseabas – dijo Sergio con voz dulce.

– Le odio más por no dejarme hacerlo a mí, – dijo ella bromeando. – Y no te preocupes, no me afectaría tener que matar a nadie. Más le vale a ese Charles no interponerse en mi camino.

Pensó que quizá debiera haber dicho eso de forma más seria, para evitar que las dudas regresasen a la mente de Sergio. Sergio tenía motivos para odiar a Germán, pero ella también. Se sentía atraída por Sergio, pero más que por su carácter, por lo mucho que era capaz de hacer. No terminaba de creerse la historia, se inclinaba más a pensar que Germán no le había traicionado, pero Sergio se lo había inventado para que ella le costeara la operación. Seguramente su marido no accedió a que traicionasen a Charles, y Sergio le odiaba por eso, y su muerte había propiciado al colega de su marido la oportunidad de lograr sus objetivos. Pero aunque fuese así, ella compartía los mismos objetivos, y tenía que aprovecharlo. Entraron en el restaurante y comieron algo, para inmediatamente reemprender la marcha.

Tardaron 2 horas en llegar a la urbanización donde vivía Charles, eran las 11 de la noche. Llegaron hasta la casa de obra vista donde semanas atrás, habían llegado Pablo y Sandro siguiendo las instrucciones de un GPS. Bajaron del Audi, y Sergio introdujo un código en el pequeño panel que había junto a la puerta del jardín. Tras mirar hacia los lados y comprobar que nadie les veía, entraron y se dirigieron a la puerta de la casa.

Capítulo 45.

Pablo y Sandro estaban viendo un programa de la televisión tras una rápida cena que había dejado preparada Peter. A su izquierda, colgado en la pared se encontraba un enorme cuadro de Henry Avery que llegaba hasta el suelo. Charles les había explicado que tras ese cuadro se encontraba una entrada a una pequeña habitación donde esconderse en caso de emergencia, y donde necesitarían una clave para activar el panel numérico que se encontraba tras el cuadro. Pablo fue quien había memorizado la clave, dado que no confiaba en la memoria de su amigo. Nadie sabía que estaban allí, las pocas veces que habían salido lo habían hecho a través del túnel subterráneo que comunicaba a la otra casa, a casi un kilómetro de distancia. Siempre entraban o salían a la calle desde la casa de obra vista, en la casa que se encontraban ahora, sólo salían o entraban sus anfitriones.

Dedicaban muchas horas a leer cualquier cosa sobre piratería, lo que le ayudó a comprender su rápida propagación en la edad dorada de los piratas. Tras el descubrimiento de América, existían muchas rutas comerciales entre el nuevo continente y Europa, y muchas islas que no estaban debidamente cartografiadas, lo que facilitaba que muchos piratas se pudieran esconder, o incluso escapar de la justicia si tenían un barco ágil y rápido, a través de todos aquellos desconocidos islotes. Europa estaba constantemente en guerra, bien por temas de religión, o dinásticos, lo que derivaba en mayores exigencias a las nuevas colonias, pidiéndoles más recursos. Recursos que lejos de usarlos a combatir el hambre y la pobreza, se utilizaban para alimentar la guerra y la destrucción motivado por su ansia de poder. Ese ansia de poder en cualquiera de los casos, provocaba enfrentamientos donde el pueblo era quien moría, bien fuese luchando, o de hambre. Esa situación de miseria propició también que muchas personas decidiesen dedicarse a tareas consideradas ilegales, como la piratería.

Sandro repetía constantemente que a pesar de ser ilegal, era más digno dedicarse a ello que dedicarse a defender gentuza que daba por hecho que estaba por encima de los demás, como los reyes o el papado. “Esos si son malvados piratas”, decía Sandro. Frecuentemente comparaba aquella época a la actual. Le indignaba ver a personas que defendían religiones o incluso algunos partidos políticos a pesar de sus escandalosos casos de corrupción, en lugar de darse cuenta de que solo eran utilizados para defender sus intereses a costa de su sufrimiento.

A veces lo relacionaba con el fútbol profesional de su país, donde personas se discutían sólo por buscar cómo dar la razón a su equipo. Para él era un claro ejemplo de la falta de criterio de las personas. La misma situación era vista con diferente interpretación dependiendo del club de la persona que lo comentaba. Lo triste para él no era eso, después de todo solo era deporte, un entretenimiento. Lo triste para él es que la gente se había acostumbrado a tener la misma actitud con todo tipo de cosas, incluso las que más afectaban a la sociedad, y las cosas solo parecían ser blancas o negras, sin más opciones.

Sandro no había regresado a su trabajo desde que tuvieron que salir de Castellón, sabía que ya era inútil regresar. Pero no quería dejar solo a su amigo, y Charles les prometió hacerse cargo de ellos el tiempo que fuese necesario. Pablo no dejaba de darle vueltas al fragmento de audio que Charles logró sacar de la tarjeta de memoria. “Tu vecino pagará por ello”. Maldecía que no hubiesen podido sacar más información. Ya apenas salía en las noticias nada relacionado con él. “El asesino de la casa rural” había dejado de ser noticia. Eso era bueno, pero sabía perfectamente que la policía no se había olvidado. Sandro se levantó para ir a la cocina a buscarse un refresco, mientras Pablo seguía sumido en sus pensamientos. No podía seguir así eternamente. Muchas veces había pensado en entregarse, y confiar en que no se pudiese demostrar su culpabilidad. Tampoco quería tener atado a su amigo. Se había dado un plazo de tiempo, si en un mes no se

resolvía nada, se entregaría a la policía. De pronto, un golpe seco y un ruido de cristales rotos le devolvió a la realidad. Tras el golpe, oyó a su amigo.

– ¡Joder, Cali! ¿Cuándo vas a dejar de meterte en medio?

Pablo se acercó a la cocina para ver el estropicio. Regañó a su perro aunque por dentro se estaba partiendo de la risa, al ver que de nuevo había hecho caer a su torpe amigo. Cali se fue por el pasillo, entendiendo que algo había hecho mal, mientras Sandro se levantaba con cuidado, evitando tocar los cristales rotos.

– Joder, Sandro. Lo vuestro es una atracción fatal, – dijo Pablo sin poder contener la risa.

– No sé cómo me puede pasar lo mismo tantas veces. Voy a buscar algo para recoger esto.

Se dirigió a un pequeño cuarto tras la cocina, y buscó utensilios de limpieza, una escoba y una fregona. Recogió rápidamente los cristales mientras Pablo fregaba el líquido derramado. Sandro abrió el cubo de la basura para dejar caer en él los cristales rotos, cuando vio unos papeles en el fondo del cubo que le llamaron la atención. Había una foto de alguien a quien conocía bien. Sacó los papeles con cuidado, derramó los cristales rotos en el cubo, y se fue en busca de su amigo.

– ¡Mira esto!, – dijo Sandro precipitadamente, enseñándole unos papeles arrugados a Pablo.

Era una licencia, con la foto de Charles. Esa licencia certificaba algo parecido a un título de guardaespaldas, y estaba sellado en la academia internacional de seguridad “Worldwide Security Academy”. Pablo estaba sorprendido, pero a la vez incómodo. No deberían estar hurgando en las cosas de sus anfitriones, que tanto les habían ayudado.

– ¿Charles es guardaespaldas? ¿Para qué? ¿A quién debe proteger?

– Pues seguramente a su padre, aunque no se le ha dado muy bien, ya está muerto – dijo Sandro un segundo antes de recibir una colleja de su amigo. – ¡Coño! ¿Por qué me zurras?

– No deberías hablar así, – dijo Pablo mientras le devolvía el arrugado papel. – Seguramente lo ha pasado muy mal, eres tan tonto que seguro que se te escapa algún comentario así en su presencia. Mejor deja esto donde estaba. Por cierto, ¿dónde está Cali?

Sandro se fue a tirar el papel en el cubo de la basura, rascándose la cabeza por la zona donde había recibido el impacto de la colleja de su amigo. “Con razón dicen que soy tonto”, pensó. “Si siempre me golpean en la cabeza...”.

Cuando regresó de la cocina, no veía a su amigo. Siguió los pasos que oía a lo lejos, y vio como entraba en una habitación.

– Esa es la habitación de Peter – le dijo desde lejos. – No deberías entrar ahí, es de mala educación.

– Lo sé – dijo Pablo desde el interior de la habitación. – Es que Cali se ha metido aquí. ¡Cali, vamos, sal de ahí!

Sandro llegó hasta la habitación y encendió la luz al entrar. Cali salió de debajo de la cama y se le tiró encima, buscando jugar con él. A Pablo le divirtió la escena. Todo aquello le hacía olvidarse durante unos momentos de su situación y volvía a sentirse relajado. Pero había algo que le llamaba la atención en aquella habitación. Silbó a su amigo, y le señaló un cuadro de la pared. Sandro dejó de acariciar a un excitado Cali para mirar hacia donde señalaba su amigo.

– ¿No le reconoces? – le preguntó Pablo.

Sandro reconoció enseguida al personaje del cuadro. Su memoria solía ser mala, pero solo hacía unas horas que lo había visto. Se trataba del pirata William Kidd, en el que se basaba el documental que habían visto horas antes.

– Pues parece ser que este personaje llama mucho la atención de Peter – dijo Sandro soltando a Cali, que se sentó en el suelo mirando a los dos hombres, meneando el rabo a toda velocidad, y esperando seguir el juego. – Con razón Peter miraba tantas veces ese DVD. Debe sentir admiración por ese pirata.

Cali se puso a ladrar, un pitido flojo pero penetrante estaba sonando. Los dos amigos se dirigieron al salón, donde provenía el pitido, y Cali les siguió, fracasando en su intento de tumbar de nuevo a Sandro. Cuando llegaron, se quedaron perplejos al ver que el enorme cuadro de Henry Avery se estaba desplazando, dejando a la vista una puerta reforzada, con un panel numérico en el centro. Se miraron unos instantes, y enseguida Pablo introduzco el código que le había dado Charles. Entendieron enseguida que era la señal para que se ocultasen. Pero ¿de quién?

El pequeño cuarto tenía las luces encendidas, entraron junto a Cali, se sentaron en unas cómodas sillas que había en el interior, cerraron la puerta, y se quedaron atónitos mirando aquel entorno.

Capítulo 46.

Sergio acababa de encender las luces de un peculiar salón y Natalia miraba asombrada todo su alrededor. Los muebles eran de estilo clásico, y la sala parecía ambientada en varios siglos atrás. Algo le parecía extraño en esa habitación. Mirando el suelo parecía más pequeña de lo que aparentaba desde el exterior, pero el enorme espejo que cubría totalmente una de las paredes, ofrecía una inmensa sensación de espacio. Sergio aparentaba estar dubitativo, no actuaba con decisión, le habían estado temblando las manos a cada acción que tomaba. Natalia se dio cuenta de ello, y le miraba disimuladamente a la menor ocasión.

– Bien, Natalia, ya estamos cerca, – dijo Sergio simulando actitud triunfante. – Todavía estás a tiempo de abandonar. Una vez tengamos la clave del lugar del tesoro, no hay marcha atrás. Habremos robado información importante perteneciente a otras personas, lo cual es un gran delito.

Natalia estaba radiante, la timidez había desaparecido de su rostro, y su cara ofrecía la imagen de una mujer ambiciosa que no se detenía ante nada. Se sentía feliz, al lado de un hombre que parecía entenderla y pensar como ella. Durante todo el viaje no se había quitado de su cabeza lo que podía lograr esa noche, y no iba a dejar que esta vez nada lo estropease.

– No hay nada en el mundo que me vaya a detener – le contestó con un leve gesto de cabeza y con mirada pícara. – Si he venido hasta aquí, es porque sé muy bien lo que quiero.

– Pues vayamos a por ello, – dijo Sergio apartando una cortinilla que parecía tapar un cuadro de la pared. Tras la cortina, se encontraba una caja fuerte, y Sergio introdujo un código. – Ahora hay que esperar un poco, esta apertura es retardada. Tardará unos 15 minutos, – explicó él.

Le indicó con la mano un cómodo sillón para que ella tomase asiento, mientras él hacía lo mismo en otro sillón que había justo al lado. Tras tomar asiento los dos, Sergio quiso avanzarle algunas explicaciones.

– En una isla que conocemos como isla canguro bajo Mohèli, en las islas Comodoro, se encontraron unas indicaciones talladas en una roca. Dentro de esa caja fuerte, están descifradas esas indicaciones. Un inmenso tesoro procedente del comercio con la India tres siglos atrás. Un tesoro que por poco hubiese sido exclusivamente de tu marido, quien por lo visto planificaba abandonarte. – Separó los brazos unos instantes indicando la conclusión de la situación actual. – Pero ahora pasará a ser nuestro. – Miró fijamente a Natalia, como buscando en su interior las ideas que corrían por su cabeza. – ¿Seguro que quieres seguir adelante? Me cuesta creer que le odiases tanto.

– Por supuesto que le odiaba. – Dijo ella usando un tono de voz alto y desafiante, antes de desviar su mirada hacia la caja fuerte. – ¿Cuánto falta para que se abra esa caja fuerte?

Sergio se relajó y sus músculos parecieron perder cualquier poder de reacción. Se mostraba nervioso, inseguro, y ella percibió que el remordimiento se apoderaba de él.

– Natalia, creo que esto se me escapa de las manos. – Sergio hablaba entrecortadamente, como si se sintiese culpable por la situación. – No quiero que pienses que me estoy aprovechando de ti, quiero estar seguro de sigues adelante libremente. Estos días he aprendido a apreciarte mucho, demasiado, y no quiero que te conviertas en alguien como yo, si no sientes lo mismo.

Natalia estaba cada vez más nerviosa, a consecuencia de su impaciencia. Ni si quiera se había dado cuenta que Sergio pretendía decirle que se había enamorado de ella. No podía parar ahora, estaba casi a punto de lograr lo que tanto deseaba, y si era al lado de Sergio, mejor aún.

– Yo era capaz de todo, – continuó Sergio, – hubiese hecho lo que fuese por seguir adelante, incluso matar a Germán. Nada me hubiese detenido. Tú eres una abogada, que por circunstancias de una tragedia, te has visto abocada a seguirme como única escapatoria a tu desesperación. No estoy seguro si quiero continuar implicándote en esto. Yo hubiese matado por esto, y no debes convertirte en lo que yo soy.

Natalia le miraba con desesperación, intentando decirle algo pero sin saber qué decir. Ella era peor que él, pero Sergio no lo sabía. Ella no se había limitado a desear matar a Germán. Le había matado. Le costaba mucho asustarse, pero al ver que Sergio se levantaba de su sillón, corría de nuevo la cortina que tapaba la caja fuerte, y caminaba lentamente hacia la puerta, se quedó helada. Sergio le hizo una señal con una mano, indicándole que le siguiese.

– Vámonos, Natalia. Si no introduzco el nuevo código tras los 15 minutos de retardo, será como si nadie hubiese estado aquí. Ya volveré solo mañana, no quiero implicarte en esto.

Natalia se levantó precipitadamente, y alzó desesperadamente su mano para detener a Sergio.

– ¡Espera! – Le dijo. – No es lo que piensas. No debes preocuparte de mí. – Hizo una pequeña pausa mientras Sergio se había detenido y la miraba con expresión de no entender nada. – Claro que estaba dispuesta a lo que fuese, no somos tan diferentes... ¡Yo misma maté a Germán!

Sergio permaneció inmóvil, sin apartar sus ojos de los de su amiga. A los pocos segundos bajó la mirada como entendiendo la situación a la vez que sonreía apenadamente.

– Gracias por decírmelo, Natalia, pero sé que lo haces por no desanimarme. – Volvió a dirigirse hacia la puerta. – Es un gesto que te honra, pero no me debes nada, no tienes por qué mentirme, y yo no tengo derecho a complicarte la vida. Te aprecio demasiado.

– ¡Espera! – Repitió ella. – Es cierto, yo le maté, tienes que creerme. Tú y yo juntos podemos lograr muchas cosas, no abandonemos ahora.

Los ojos de Natalia transmitían sensación de urgencia, y Sergio se tapó la cara con las manos, con aparente desesperación. Meneaba la cabeza de un lado para otro, y bajo sus manos se escapaban algunos sollozos.

– No sigas, – le dijo – intenté aprovecharme de ti para que me costeases la búsqueda, pero...creo que te quiero demasiado. Ya lo haré por mis propios medios, es mejor para ti que sigas con tu vida, sin complicaciones.

– ¡No! ¡No nos vayamos! Es cierto lo que te digo. – Le señaló el sillón que su compañero había abandonado unos instantes antes, y le invitó a que se sentase de nuevo. – Por favor, déjame explicarte y lo entenderás.

Sergio se dirigió al sillón lentamente, mientras sacaba un pañuelo para secarse las lágrimas. Ella permanecía de pie, impaciente, dando golpecitos al suelo con el talón de su pie derecho esperando que Sergio tomase asiento y se relajase para poder explicárselo. Estaba desesperada al percatarse que todo podía estropearse cuando ya estaba cerca de su meta. Una vez Sergio se sentó, ella se arrodilló delante de él, y le acarició la cara con las dos manos.

– Tú eres como yo, – le dijo ella – no tienes nada que temer. Tú pensaste en matar a Germán por conseguir un tesoro, y yo lo hice.

Sergio la miraba con ojos tristes y húmedos. Tragó saliva para intentar aclarar un poco su garganta y poder hablar con claridad.

– Pero eso es imposible, la policía busca a tu vecino, que lo mató porque era un impedimento para conseguirte. Tu marido apareció muerto en vuestra casa rural, y hay pruebas de que él estuvo allí y en tu casa.

Natalia estaba confundida. Sentía mucha atracción por Sergio, y esperaba poder seducirle pronto, pero resultaba ser que su amigo ya estaba enamorado de ella, tanto que no quería perjudicarle con sus planes. Le hubiese gustado conocer antes esa circunstancia y haberse sincerado con él mucho antes, pero todavía estaba a tiempo de reconducir la situación. En ese momento, se oyó un leve tono penetrante procedente de la caja fuerte. Ambos dirigieron allí sus ojos, y Natalia envió a Sergio una interrogante mirada.

– Es el aviso para introducir la segunda clave. Tengo 10 minutos para ello.

– ¿Qué pasa si no lo haces? – quiso saber Natalia con voz desesperada.

– Pues que ya no se podrá volver a abrir hasta que pasen 24 horas – dijo Sergio encogiéndose de hombros.

Natalia estaba sudando, no se había imaginado teniendo que soportar tanta presión. Decidió cambiar su tono y hablar a Sergio con la mejor de sus dulces interpretaciones.

– Sergio, yo maté a Germán, le drogué el día anterior, descubrí en qué estaba trabajando, e intenté sonsacarle información sobre el tesoro para luego llevarle a la casa rural. Tienes que creerme. Mi vecino es solo un pardillo, seduje a su jefe para que lo despidiese, y asegurarme que estaría en casa a una hora determinada. Simulé gritar de desesperación al no ver a Germán en mi casa al día siguiente, porque sabía que él vendría. Incluso preparé una escena para arrancarle un mechón de pelo y situarlo en la escena del crimen más tarde. Lo tenía todo calculado.

Sergio la miraba con incredulidad, había cosas que encajaban, pero había todavía muchas incógnitas que no dejaban la situación suficientemente clara.

– Pero hay pruebas de que tu vecino estuvo en la casa rural, – dijo él como dando por hecho que esa historia no encajaba. – De verdad, creo que lo que siento por ti es muy fuerte, no quiero que te aboques a una vida sin escrúpulos como la mía.

– Visité a mi vecino la misma tarde que simulé la desaparición de Germán, – continuó ella hablando con rapidez, y sin quitarse de su cabeza el poco tiempo que les quedaba. – Aproveché para robarle el teléfono móvil para dejar otra prueba en el escenario del crimen, y al parecer él lo necesitaba e intentó localizarme en la casa rural. Cuando le descubrí merodeando por allí, le inmovilicé y le até junto a Germán. Antes de irme herí de muerte a Germán con un cuchillo, que tenía las huellas dactilares de Pablo.

La mirada de Natalia denotaba súplica e impaciencia. Necesitaba que le creyese antes de que se agotara el poco tiempo del que disponían

– Esperaba regresar por la mañana cuando Germán hubiese muerto y lograr que Pablo accediese a darme el teléfono de mi marido que se suponía tenía información importante, pero mi vecino había logrado escapar. Por suerte ya había contaminado la escena del crimen en mi casa y poco podía hacer, salvo huir.

Natalia se quedó mirando a Germán, suplicándole con los ojos, esperando que al fin la creyese. Miraba a cada momento su reloj de pulsera, contando el tiempo que faltaba para poder introducir el segundo código en la caja fuerte. Todavía tenían más de 5 minutos. Aún percibía dudas en Sergio, ya no sabía qué más decirle para que la creyera y poder seguir adelante. Seguía arrodillada ante él, y le frotó las piernas suavemente con las manos, a la vez que le suplicaba con

la mirada. De su garganta empezaron a salir todas las explicaciones que le llegaban a la mente, en un desesperado intento de convencer a Sergio.

– Pablo logró poner en marcha el teléfono de Germán, y yo le localicé gracias al GPS, que me comunicaba dónde se hallaba su teléfono móvil. Así les localicé y se lo arrebaté, aunque por desgracia habían quitado la tarjeta de memoria. De todos modos, unos hombres que me siguieron me lo arrebataron en el hotel de Amposta en el que me hospedé aquella tarde. Había drogado a Germán con una droga que todavía guardo en mi casa, en un cajón del baño. Puedes venir y comprobarlo mañana, no te estoy mintiendo. Es la misma droga que se descubrió en su autopsia.

Sergio aparentó sentirse algo más tranquilo. Cogió dulcemente las manos de Natalia, y le besó una de ellas.

– ¿Es cierto todo eso? – le dijo con voz cariñosa, intentando tranquilizarse poco a poco. Ahora parecía encajar más la historia que Natalia le estaba explicando – Quiero pensar que es cierto, pero... ¿Por qué no me lo dijiste antes?

– Porque temía que te asustases – dijo ella bajando la mirada avergonzada. – Siempre he querido estar junto alguien como tú, en quien me siento identificada. Este mundo es una guerra abierta, donde luchas o mueres. Las leyes nos han venido impuestas por hombres que no conocemos, y tenemos el mismo derecho a crear nuestras propias leyes. La mía es la de imponer mi voluntad mientras mi entorno me lo permita, sobrevivir del mejor modo en una sociedad hostil al precio que sea, y creo que la tuya también.

Se volvió para mirar su reloj a la vez que tragaba saliva, les quedaban unos tres minutos. Sergio miró a Natalia con comprensión, se levantó lentamente, y volvió a correr la cortina que ocultaba la caja fuerte. Antes de introducir el código definitivo, se giró hacia ella hablando con voz cariñosa pero firme.

– Quiero pensar que todo lo que me cuentas es verdad. Si no es así, no permitiré que emprendas esta aventura conmigo.

– Todo es cierto, – le contestó ella con aparente calma, separando levemente sus brazos mostrando las palmas de sus manos. – Cuando salgamos de aquí podemos ir a comprobarlo. Las cuerdas que usé para atarles, están enterradas frente a un melocotonero de nuestra casa rural. La droga que usé con Germán, en mi cuarto de baño. El que fue jefe de Pablo, le abandoné 2 días después de confirmarse su despido. El botecito donde guardé sangre de Pablo, está junto a las cuerdas que enterré. Podrás comprobarlo todo... ¡pero abre la caja fuerte!

Natalia observaba con impaciencia como Sergio introducía el código, ya relajado. Ella se sentía orgullosa, le había contado algo que llevaba tiempo deseando hacer. El talón de su pie derecho seguía dando impacientes golpecitos en el suelo. Se acercó a Sergio mientras éste estaba ya abriendo la puertecita de la caja fuerte, para intentar ver el interior. Sergio Introdujo lentamente su mano, y extrajo una pequeña cajita de lo que parecía plástico, de unos 30 centímetros de largo. La miraron y decidieron sentarse en una pequeña mesa, frente a frente, y disponerse a abrir la caja.

Natalia no apartaba los ojos de la caja, Sergio miraba a Natalia con cara divertida. Si le hubiese hecho alguna burla, ella no se hubiese enterado, lo único que sus ojos tenían presentes en este mundo, era una pequeña caja de plástico marrón. Cuando Sergio estaba agarrando la tapa superior de la caja para abrirla, un ruido les sobresaltó. Al momento, ambos rieron, al percatarse que se trataba de las campanadas de un viejo reloj de pared. Eran las 12 de la noche. Sergio miraba

con interés la apertura de la caja, tenía una cerradura similar a las de las maletas de viaje, con ruedas numeradas, pero con una combinación de 4 números. Natalia miraba la cerradura intrigada.

– ¿Crees que si se abre sin poner el código correcto se puede estropear el contenido? – preguntó ella sin apartar la vista de la caja.

– Espero que no, pero da igual, tengo la combinación correcta, – dijo él mientras finalizaba la combinación. – Según mi información, debería ser la misma combinación que la de la caja fuerte.

Tras introducir la combinación, se oyó un leve clic, y Sergio levantó la tapa. Introdujo su mano y sacó lentamente un pequeño pergamino, enrollado y atado con una cinta azul. Natalia estiró su brazo mientras miraba a Sergio con ternura, suplicando ser ella quien abriese el pergamino. Él aceptó, y se lo entregó. Natalia se quedó mirando a su compañero, estaba excitadísima y la emoción le hacía vivir con intensidad cada segundo que pasaba. Ahora sí estaba cerca de lo que buscaba. Dejó sobre la mesa el pergamino, sin apartar los ojos de los de Sergio, y con un dedo deslizó los tirantes de su vestido dejándolos caer, y dejando visibles sus preciosos senos. Ofreció una pícaro mirada a Sergio, y señaló con sus propios ojos sus pechos indicándole a su amigo que podía disponer de ellos.

– Creo que tenemos algo que celebrar, – dijo ella. – ¿Qué te parece si lo celebramos ahora?

Sergio se levantó de su silla y se dirigió hacia ella lentamente. Se puso tras ella, y colocó sus manos sobre los brazos de Natalia, acariciándolos suavemente. Acto seguido, le besó el cuello y pasó sus dedos bajo los tirantes del vestido y los volvió a colocar en su lugar, mientras le susurraba al oído.

– Tendremos tiempo para ello, ahora veamos qué hay en el pergamino.

Natalia se sintió algo decepcionada, pero a la vez reconocía que ella también estaba impaciente por conocer el contenido del pergamino. Sólo había sido un intento más de ganarse definitivamente la confianza de su amigo, pero, ciertamente, tendrían tiempo para celebrarlo. Desató lentamente la cinta, y a cada momento giraba la cabeza hacia atrás para mirar sonriente a su compañero, que permanecía de pie detrás de ella, a la vez que intentaba darle emoción a la situación ralentizando la operación. Algo desconcertó a Natalia, olía algo.

– ¿No hueles como a humo? – Quiso saber ella.

Sergio miró a su alrededor, y se encogió de hombros.

– No sé, – dijo él alegremente. – Es tarde para que algún vecino esté haciendo una barbacoa.

Natalia terminó de desplegar el pergamino, y miró fijamente un dibujo que había en él.

– ¿Pero qué coño...?

El pergamino contenía un dibujo de una mano cerrada de frente, con el dedo medio hacia arriba. La típica expresión de “Jódete”. En ese momento escuchó un ruido mecánico, y unas descoordinadas palmadas. Dirigió su enfurecida mirada al enorme espejo que se estaba desplazando y tras él había dos hombres sentados y aplaudiendo pausadamente, como si acabasen de presenciar un espectáculo de teatro. Eran Charles y Peter, éste último fumándose un estupendo puro, causa del olor a humo que había percibido Natalia instantes antes.

Natalia lanzó una furiosa mirada a Sergio, pidiendo explicaciones, pero Sergio estaba tranquilo, y sonriente.

– ¿Qué significa todo esto?– dijo ella con tono autoritario y furioso.

– Significa que eres una cabrona, – dijo Sergio con serena firmeza señalándola con un amenazante dedo. – Tú mataste a Germán, mi amigo, y trataste de implicar a un inocente.

Charles y Peter seguían en sus sillas, sonrientes y con expresión triunfal. Parecían divertirse mucho, y Peter continuaba dando sendas caladas a su enorme puro habano mientras giraba de vez en cuando su cabeza bruscamente hacia su compañero Charles, ofreciéndole cortas carcajadas. Natalia miraba a Sergio enfurecida. Ella había estudiado para ser actriz, pero Sergio la había superado. La había engañado por completo.

– ¡Me habéis tendido una trampa! – les dijo enfurecida. Tras comprobar la pasividad de las reacciones de sus acompañantes, dio por confirmada su sospecha. Miró a Sergio con ojos llorosos. – Confiaba en ti... ¡hijo de puta!...confiaba en ti...

Natalia corrió hasta su bolso, y sacó la pistola que le había entregado Sergio horas atrás. Le apuntó a la cabeza, y Sergio, instintivamente levantó las manos y le habló con nerviosismo.

– Espera, Natalia... ya has cometido un crimen, no te compliques más.

Pero Natalia estaba fuera de sí. Charles y Peter se habían levantado instantáneamente, como activados por un muelle, cuando vieron a Natalia apuntando con el arma la cabeza de Sergio. La desesperación estaba reflejada en sus rostros. Eso no lo habían previsto.

Natalia cerró los ojos, estaba muy alterada, y apretó el gatillo, a metro y medio de Sergio. Sonó un disparo, y tardó unos pocos segundos en volver a abrir los ojos, muy lentamente. Sus ojos llegaron a abrirse desmesuradamente, había disparado a Sergio, pero éste permanecía de pie, mirándola fijamente. Instintivamente, miró la pistola, y lo entendió enseguida. La pistola tenía balas de fogueo. Lanzó la pistola al suelo, y corrió hacia la puerta, pero no pudo abrirla. Estaba bloqueada.

– Déjalo ya. Natalia, – le dijo Sergio. – Todo está grabado, tu confesión, tu intento de matarme... Lo habíamos preparado todo Charles, Peter y yo.

– Pero no nos dijiste lo de la pistola con balas de fogueo – interrumpió un tembloroso Peter, que al igual que a Charles, le temblaban las piernas.

Sergio les miró sonriente, disculpándose con la mirada, mientras Natalia se dejó caer al suelo, derrotada, sollozando, hasta quedar tumbada en posición fetal. Su desconsolado llanto ambientaba la escena, mientras en el exterior se oían las sirenas de los coches de la policía, que estaban llegando a la casa.

Capítulo 47.

Pablo y Sandro estaban perplejos, sin perder detalle de lo que acababan de ver en los monitores del pequeño cuarto donde se habían escondido. Aunque en el momento de entrar en el cuarto se habían sentado, a los 2 minutos no pudieron seguir en esa posición. Habían permanecido de pie, estupefactos, viviendo cada segundo con una intensidad inimaginable. Todo lo que había ocurrido en la casa de obra vista, lo habían presenciado y oído como si se tratase de una película. Sin duda, el sistema de seguridad que Charles había incorporado en sus casas era de los mejores. Ambos tenían la boca entreabierta, y los ojos húmedos. Ninguno de ellos había sido capaz de articular ni una palabra durante todo ese tiempo, lo máximo que habían logrado hacer era mirarse espontáneamente mientras seguían los acontecimientos. Habían asistido a una grabación en directo de la confesión de Natalia. Finalmente, Pablo estalló en un desconsolado llanto, tapándose la cara con sus manos, consecuencia de su nerviosismo, pero sintiendo en su interior una felicidad indescriptible. Sandro se acercó a él y le abrazó, y a los dos segundos, tampoco pudo evitar llorar.

Cali les miraba muy atento con sus típicos latigazos de lengua, y de vez en cuando soltaba un ladrido, intentando llamar su atención. Parecía que estuviese pidiendo explicaciones de lo que estaba ocurriendo, y querer saber el porqué de los sentimientos de esos dos hombres a los que tanto quería.

Los dos amigos se desahogaron durante unos minutos, y poco a poco la calma fue regresando a ellos. Ambos se cogieron por los hombros, se miraron fijamente unos segundos, y, con una coordinación imprevista, ambos soltaron vítores y gritos de entusiasmo, dando saltos por el pequeño cuarto, a lo que se sumó inmediatamente Cali, que, aunque no entendía nada, aprovechó la ocasión para brincar junto a los dos amigos y ladrar alegremente.

De repente ambos se detuvieron, tras oír unos golpes en la puerta del pequeño cuarto, y Cali se quedó solo dando brincos. Los dos amigos miraron la puerta. ¿Quién la estaba golpeando? En el monitor se veía como Charles y Peter estaban en la otra casa, y la policía estaba esposando a Natalia, la cual miraba desafiante a Sergio mientras se la llevaban. Pero su sobresalto aumentó cuando vieron que la puerta del pequeño cuarto donde se habían ocultado se estaba abriendo. Vieron tras ella a una mujer joven, de entre 30 o 35 años, con apariencia agradable aunque no era de esas mujeres que destacan entre las demás. Era rubia, con ojos claros, y miraba con simpatía a los dos hombres.

– Hola, soy Marta. No hace falta que os presentéis, yo ya sé quiénes sois vosotros.

Ambos amigos seguían sin poder articular palabra, permanecían quietos y mirando a la improvisada invitada. Su vida estaba siendo muy rutinaria últimamente, y eran ya demasiadas emociones para un solo día. La mujer vestía un fresco vestido de verano, color gris, y no parecía ninguna amenaza. Pero la experiencia de las últimas semanas les había enseñado a no confiar en nadie. Sandro fue el primero que se acercó a ella, con la intención de saludarla. Por desgracia, una vez más Sandro no contó con el perro de Pablo, que al ponerse delante le hizo perder el equilibrio de tal modo que fue a caer sobre Marta, desplomándose los dos al suelo.

Marta Había quedado tumbada boca arriba, y Sandro encima de ella. Él se ayudó de las manos para aliviar el peso que estaba soportando aquella mujer, y se miraron a los ojos. Ella rió con gracia.

– Tienes una forma muy peculiar de presentarte a las chicas, – le dijo. – Soy Marta, hija de Peter.

– Yo... bueno... yo... yo soy Sandro, y no soy hijo de Peter, – acertó a decir, y aprovechó la corta distancia para besarle las mejillas a modo de saludo.

Se levantó avergonzado, y la ayudó a levantarse, mientras ella no perdía la sonrisa en ningún momento. Pablo se acercó a ella para presentarse y también le besó las mejillas. Cali había dejado de prestar atención a los dos amigos, y se colocó al lado de la nueva integrante del grupo, meneando el rabo a toda velocidad y mirándola como si también quisiera que le obsequiasen con un par de besos. Marta cogió con sus manos la cabeza de Cali y le acarició con ímpetu, lo que Cali agradeció dando más velocidad al movimiento de su inquieto rabo. Marta miró a esos hombres que todavía mostraban la perplejidad en sus rostros, y les hizo un gesto con la mano.

– Venid conmigo a la otra casa, mi padre y Charles os esperan.

Por primera vez en mucho tiempo, pudieron ir hasta la casa de obra vista por la calle, sin temor a nada. Durante el camino, no dejaban de hacer comentarios, sobre todo Sandro.

– Y pensar que yo pensaba que Sergio era un capullo... y al final es quien ha logrado demostrar la inocencia de Pablo.

– No te olvides de Charles y Peter – corrigió Pablo, sin aflojar el paso. Querían llegar cuanto antes y agradecer todo lo que habían hecho por ellos. – Ellos han sido piezas igual de importantes en todo esto.

– Y por si fuese poco, – continuó Sandro, – le he visto las tetas a tu vecina...

Inmediatamente se tapó la boca con la mano, mirando disimuladamente a Marta, que no paraba de reírse. Se había puesto a pensar en cuando vio en los monitores los pechos de Natalia, intentando seducir a Sergio, sin percatarse de que la hija de Peter estaba a su lado escuchando. La cara de Sandro se enrojeció de la vergüenza, y Pablo se unió a la carcajada que estaba liberando Marta.

Marta se acercó a Sandro, y le cogió una mano, sin bajar el ritmo, y sin dejar de reírse.

– No te preocupes, soy lo suficientemente mayor como para saber que a los hombres les atraen las tetas de las mujeres.

Le soltó la mano y se adelantó a ellos para forzarles a ir más rápido. Sandro se fijó en la desnuda espalda que mostraba el vestido de Marta. Tanía tatuada una bandera pirata que ya conocían bien, con la calavera de lado. La bandera de Henry Avery. Sandro se sentía animado, y quiso saber por qué se había puesto ese tatuaje.

– ¿También tu sientes predilección por Henry Avery?

– Es el pirata que más ha influenciado en mi vida, – contestó ella sin bajar el ritmo. – Pero mi favorito es Cheung Po Tsai. Quizá hayáis oído hablar de la cueva de Cheung Po Tsai, en la isla de Cheung Chau, donde al parecer escondía su tesoro. Muchos turistas la visitan, aunque obviamente no hay ningún tesoro allí.

– ¿Y qué le hace tan especial para ti? – Quiso saber Pablo.

Marta caminaba y hablaba sin perder nunca la sonrisa. Sandro empezó a pensar que esa mujer tenía un defecto en la boca, y por eso siempre estaba sonriendo. A cada minuto que pasaba le encantaba más mirarla.

– Pues me entusiasma su vida y su historia. Era hijo de un pescador, pero el famoso pirata Cheng y su esposa Ching Shih le raptaron cuando tenía 15 años, y acabaron adoptándolo como hijo suyo. Pero al morir Cheng, su esposa tuvo un amorío con él, y acabaron casándose, le

convirtió en lugarteniente, y posteriormente sería Cheung Po quien se hiciera cargo del pintoresco negocio familiar. Llegó a tener más de 500 barcos, y con el tiempo se entregó para pasar a ocupar un cargo en el gobierno. – Marta giró levemente la cabeza para mirar a sus acompañantes, a quienes les empezaba a costar seguir su ritmo. – Ya veis, de ser una víctima, a terminar rico y enchufado.

Llegaron a la casa de obra vista, todavía estaban allí los coches de la policía autonómica, y Pablo no pudo evitar una sensación de angustia. Por primera vez en mucho tiempo, tenía que acercarse a la policía sin ningún tipo de camuflaje. Pasaron lentamente por el lado de uno de los coches, era el coche en el que más policías había a su alrededor. En el asiento trasero del vehículo, estaba sentada Natalia, que al ver a Pablo le penetró con la mirada. Pablo se detuvo a su lado, intentó sostenerle la mirada, pero le costaba horrores hacerlo. Natalia no tenía ese problema, sus ojos irradiaban desprecio, y Pablo sentía como en su interior crecía una inseguridad, que fue convirtiéndose en miedo. Esa mujer le había hecho sufrir mucho, más que nadie, y aunque ahora se encontraba esposada en un coche de los Mossos d'Esquadra, no podía evitar esa desesperación al volver a ver tan de cerca a su vecina. Natalia le mantuvo la mirada, y movió una mano para señalarle de modo amenazante.

El coche se puso en marcha, y se fue alejando mientras Natalia mantenía la mirada en Pablo, sin dejar de señalarle. Pablo tragó saliva y desvió la mirada hacia la puerta del jardín. Allí se encontraban Sergio, Charles y Peter, recibiendo con una amplia sonrisa en sus caras. Marta corrió hacia Peter y le besó la mejilla mientras se abrazaba con él. Peter le correspondió y le frotaba la espalda con la palma de su mano, mientras miraba a los dos amigos. Charles se acercó a ellos, y les habló con expresión de orgullo.

– Era cuestión de tiempo, ya eres libre – le dijo a Pablo, levantando el dedo pulgar de su mano.

Pablo no se contuvo y abrazó a Charles. El resto de policías se preparaban para irse, mientras miraban la escena con patente felicidad. Parecían tan contentos como Pablo y Sandro. Peter invitó a los dos amigos entrar en la casa, merecían una explicación.

Capítulo 48.

Era más de la una de la madrugada, Mariano y su ex mujer habían facturado sus equipajes en el aeropuerto de Barajas, en Madrid. Estaban pasando el control, y se sacaron de los bolsillos todo lo que fuese de metal, para evitar que saltase la alarma del detector de metales. Mariano fue el primero en pasar el control, y Ethel se quedaba atrás. Recogió sus pertenencias que salían del escáner, y miraba a su ex mujer mientras se guardaba el teléfono en el bolsillo. “Esto es lo peor de las mujeres”, pensó. “Siempre te hacen esperar”. Esperó pacientemente, mientras observaba que Ethel estaba hablando airadamente con uno de los policías del control. Por fin dejó sus pertenencias en la bandeja de plástico, junto a la entrada del escáner, y pasó por el detector de metales. Cuando llegó junto a Mariano, estaba enfurecida.

– No encuentro mi teléfono, – le dijo mientras recogía sus cosas de la bandeja que había pasado por el escáner. – Creo que me lo he dejado en el hotel.

– Siempre tan despistada – dijo él, cogiendo el pequeño maletín de mano que llevaba consigo. – Da igual, ya te comprarás otro. Vamos a tomar algo hasta el momento de embarcar. Tengo hambre.

En esos momentos, el teléfono de Ethel estaba encima de la cama de su habitación del hotel, y no paraba de sonar. Había sonado varias veces en los últimos diez minutos, pero nadie podía oírlo.

Se sentaron junto a un autoservicio y Ethel preparó las bandejas de ambos, pagó, y las llevó a la mesa.

– Veo que te sigue gustando que te cuide de vez en cuando, – dijo ella riendo.

– Siempre es agradable ver que a uno le cuidan, – dijo él mientras abría el envoltorio de un sándwich. – ¿Cuidas igual al “estirado”?

El “estirado” era un compañero de trabajo de Ethel en Wall Street, que había pasado a ser pareja de Ethel dos años después de irse a Nueva York. Iba muy engominado, y siempre alardeaba de saber mucho de finanzas. Mariano le había visto pocas veces, cuando se reunían en familia en Nueva York, ya que la pareja de su mujer no iba nunca a España cuando la familia se reunía allí. Solo lo hizo una vez, y prefirió no repetir. No se llevaba nada bien con Mariano, que siempre se burlaba de él.

– Hace casi un año que no estamos juntos, – dijo Ethel mirando el bocadillo que se disponía a comer. – No me había acordado de decírtelo.

Mariano la miró sorprendido. No tenía ninguna intención de volver con Ethel, pero a pesar de ello eran como íntimos amigos, y se creía con el derecho de saber cualquier situación que afectase a la vida de su ex mujer.

– Pues deberías habérmelo dicho, – dijo con cara de enfado. Cambió su expresión y se mostró burlón. – Bueno, así tendrás menos a repartir.

Ambos rieron la ocurrencia de Mariano. De hecho era verdad. Esperaban hacerse muy ricos y Ethel tendría su parte solo para ella. Ethel amaba la aventura, y estaba más entusiasmada por el proyecto que iban a emprender que por los resultados del mismo.

A muchos kilómetros de allí, en el hotel donde se habían hospedado, el teléfono de Ethel volvía a sonar encima de la cama. El teléfono dejó de sonar, se había agotado la batería.

Ethel miraba a Mariano con admiración, y tenía muchas ganas de que el avión partiera.

– Tengo muchas ganas de llegar a ese islote, y ver que encontraremos allí.

– Tu hijo me llamó anoche antes de acostarme – dijo Mariano. – Por lo visto una de las coordenadas indica unas rocas con instrucciones talladas en la piedra. También encontró otro documento que explica como descifrar esas instrucciones.

– Pero esas instrucciones son de hace siglos – interrumpió ella. – No creo que el tesoro esté en el mismo lugar. Si otros conocían esa información, lo habrán cambiado de lugar.

– ¡No! – contestó Mariano con expresión triunfal. – El viejo Charles me confesó que sigue en el mismo lugar, porque es un lugar ideal. Ellos solo cogieron una pequeña parte, era imposible llevárselo todo y tampoco existe un lugar más seguro que el lugar donde se escondió.

Ethel levantó la botellita de vino que había cogido del autoservicio, y brindó con la de Mariano, que se sumió en sus pensamientos pensando en la isla que iban a visitar. A pesar de ser un ser desalmado, vivía con la intensidad de un niño cualquier situación relacionada con la piratería.

Media hora después, se encontraban en la cola del embarque. De vez en cuando se miraban con la cara con que se miran unos adolescentes que van a realizar alguna trastada. La situación les hacía sentirse muchos años más jóvenes. Poco después, entraban en el avión, y se sentaron en las primeras filas. Sus billetes eran de primera clase, y se colocaron en sus amplios asientos. Mientras se incorporaba el resto de pasajeros, Mariano sacó del maletín una hoja que le había imprimido su hijo, con el enigmático acertijo. Guardó el maletín en el compartimiento de equipajes de mano, y buscó su teléfono móvil del bolsillo para apagarlo durante el despegue. Ethel miró la hoja de papel, y se la pidió alargando la mano. Mariano se la entregó.

– Es el puto acertijo, o advertencia, o lo que sea. – Dijo Mariano mientras las puertas del avión se cerraban. Todo el pasaje estaba ya en el interior del avión. – A ver si tú averiguas lo que significa, ya que el “cerebrito” de tu hijo no ha podido.

Ethel rió mientras leía los párrafos de la hoja que le había imprimido George, mientras él sacaba su teléfono con la intención de apagarlo durante el despegue.

– Bueno, ya sabes que nuestro hijo es un fenómeno con los números, pero las letras no son lo suyo. Ve apagando el teléfono, que vamos a despegar.

– Coño, pero si ya estaba apagado... ¡Mecagüen...!

Lo puso en marcha, mientras se le acercaba una azafata.

– Señor, tiene que apagar al teléfono, estamos a punto de despegar.

– Sí, sí, eso estoy haciendo, – mintió Mariano, disimulando. Quería comprobar que no tuviese algún mensaje sin leer, ya que no podría volver a conectar el teléfono en muchas horas.

Cuando al fin se puso en marcha, le llegaron 15 mensajes de llamadas perdidas. Todas eran de George. “¿15 llamadas?”, pensó. Demasiadas para ser una simple llamada de despedida. Miró a su alrededor para comprobar que ninguna azafata le viese, mientras Ethel seguía leyendo el acertijo. Decidió llamar a George, quien contestó inmediatamente su llamada.

– ¡Papá, os he estado llamando miles de veces! – dijo un alterado George. – He descubierto el significado de las frases.

Mariano estaba radiante, levantó su brazo y lanzó una agitada señal con la mano a su ex esposa. Una azafata lo vio y entendió que la estaba llamando a ella.

– Para que digas que tu hijo es solo de números, – le dijo a Ethel. – ¡ha descifrado las frases!

La voz de George se oía a través del teléfono, era una voz muy agitada e intranquila.

– Es que la cosa va de números. ¿Dónde estáis? ¿No estaréis ya en el avión? El quinto animal se refiere a las palabras de lo que yo confundí con una advertencia, que precisamente tiene 50 palabras.

La azafata se acercaba de nuevo hacia Mariano y con cara de pocos amigos. Le había dicho que apagase el teléfono, y ese hombre no solo no lo había hecho, sino que además estaba hablando con su móvil.

– ¡Señor! Por favor, o apaga el teléfono o me veré obligada a quitárselo.

El avión empezaba a moverse, y Mariano estaba muy nervioso. No podía colgar ahora, y decidió hacer caso omiso de la azafata, mientras Ethel les miraba inquieta.

– No tengo tiempo, el avión está saliendo, dímero rápido, – le pidió Mariano a su hijo.

– El quinto animal es la quinta palabra del otro texto. Has de seleccionar de cada 5 palabras una palabra, y entonces...

No pudo decir nada más, la azafata le arrebató el teléfono y lo apagó, ante la cara de circunstancias de Mariano, quien arrebató la hoja con el enigma que sujetaba Ethel.

– La quinta palabra...la quinta palabra...dice tu hijo que hay que marcar una palabra de cada 5 palabras del texto.

Mariano leyó el texto mientras se sacaba del bolsillo un bolígrafo para escribir encima.

“Algunos siempre creen tenerlo todo, pero en realidad no eran afortunados. Necesitáis seguir las pistas, para evitar que personas falsas obtengan todo aquello que nunca debieron poseer. Pero aquí encontraréis una maravilla nunca vista. El día en que el tesoro solo sea un consuelo que ofrezca la paz que buscáis”

Contó las palabras y rodeó con un círculo la quinta palabra, “todo” luego contó las siguientes 5 palabras y marcó de nuevo la quinta, “eran”...

“Todo... eran...”

Cuando terminó de marcarlas, leyó en voz alta la frase que había quedado seleccionada.

“Todo eran pistas falsas nunca encontraréis el tesoro que buscáis”

Mariano se quitó el cinturón de seguridad y se puso en pie hecho una furia. Iban a emprender un viaje para nada, les habían tomado el pelo.

– ¡Paren el avión, tenemos que bajarnos!

El avión seguía su camino en busca de la pista de despegue, y dentro de la cabina, los pilotos se miraban entre ellos como preguntándose a qué se debían los gritos que se oían entre el pasaje.

– ¡Señor, haga el favor de volver a su asiento! ¡Señor! ¡O me obedece o daré parte de esto cuando aterricemos en Egipto!

– ¡Mecagüennnn...! Mecaaaagüeeennnn!!

El avión había llegado a la pista de despegue y empezó a tomar altura.

Capítulo 49.

El inquieto Cali estaba sentado sobre sus posaderas, y miraba muy atento al grupo que había alrededor de la mesa. Sus ojos se desplazaban constantemente hacia la persona que iba tomando la palabra. Sandro se había apresurado a disculparse con Sergio por el enfrentado encuentro que habían tenido en Castellón. Sergio, por su parte, le mostraba un gran afecto, sabía sobradamente por lo que habían estado pasando aquellos dos hombres, y entendía perfectamente la reacción que tuvo con él. De hecho le habría molestado que no se hubiese mostrado tan hostil cuando vieron la aparente relación que tenía con Natalia.

– A veces hay que hacer las cosas despacio y pensando en todos los detalles para que la cosa salga bien – dijo Charles. – Siento mucho que hayamos tardado tanto en lograrlo, pero era muy importante no fallar.

Pablo se sintió impactado con esas palabras. Era exactamente lo mismo que pensaba él, y lo que pretendía hacer constantemente, aunque sin el mismo éxito. Pablo se sentía inseguro con demasiada frecuencia, por pensar que, hacer algo mal, supone crear más problemas que no hacerlo. La admiración que sentía por Charles se iba incrementando cada vez más. Siempre se mostraba seguro, pero pensaba que en el fondo también debía de tener sus dudas. Además, tenía la intención de invertir su fortuna en una ONG, y ayudar a personas que lo necesitaban.

Charles les había resumido muchas cosas. Sergio no había llegado a estar en coma en ningún momento, aunque al principio temieron por su vida. Decidieron, junto con la policía, que era mejor que la prensa informase que estaba en coma, para que sus enemigos intuyeran que estaba fuera de combate, y que no era un problema. Charles tenía buenos contactos con la policía, aunque no tantos como para convencerles de que no buscasen a Pablo por asesinato. Había demasiadas pruebas en su contra, aunque fuesen falsas, y lo único que podía hacer es darle cobijo seguro mientras buscaba una solución a su injusta situación.

Germán había explicado a Sergio, semanas antes de morir, sus temores respecto a Natalia. Al principio prefería no creerlo, pero las evidencias demostraron que su mujer tramaba algo. Cuando Charles le sugirió el plan para dejar en evidencia a Natalia, Sergio aceptó encantado. Había asesinado a su amigo, y pagaría por ello. En esos momentos, Peter, fumándose otro de sus habanos, explicaba la trampa que le habían preparado a Mariano.

– Mariano intentaba engañar al padre de mi amigo Charles, una persona muy infantil pese a su edad, que confiaba demasiado en la gente. Pero logramos convencerle de que, en sus últimos encuentros, le diese información falsa. Cuando la policía nos avisó del atentado contra Sergio, fuimos casa de Sergio y cambiamos su portátil por otro igual, pero que contenía información diferente. – Expulsó una bocanada de humo entre secas carcajadas. – En estos momentos, Mariano debe de estar volando hacia Egipto, para después desplazarse a Mozambique, en busca de nada.

Sandro no cesaba de lanzar miradas hacia Marta, detalle que no se le escapaba a Peter.

– Mi hija es quien está organizando la ONG – dijo mirando a Sandro. – ¿Te gustaría trabajar con nosotros en la ONG? Sé que has perdido tu trabajo, y hemos pensado que quizá los dos querríais trabajar con nosotros.

Sandro miró a Pablo, y vio que su amigo tenía la cara de felicidad que tanto tiempo había estado esperando ver. Trabajar con gente como Charles y Peter, a quienes tanto admiraban, sería un lujo. Además, ayudarían a gente necesitada. Pero había algo que todavía interesaba más a Sandro. Marta trabajaría con ellos. Sandro fue el primero en pronunciarse.

– ¡Pues claro que me gustaría!

– Y a mí, – añadió Pablo. – ¿será una ONG muy grande? ¿Ese tesoro dará para mucho? Todavía me voy a alegrar más que nadie de que Henry Avery se convirtiese en pirata.

– El tesoro es mayor de lo que podéis imaginar, – dijo Charles. – Pero no se trata solo del tesoro que obtuvo Henry Avery en lo que se conoce como el mayor botín de la historia de la piratería. Hay más.

– ¿Mas? – dijo Sandro quedándose con la boca abierta. – ¿Cuántos botines tenía Henry Avery?

– Bueno... – empezó a decir Charles – no es sólo el botín de Henry Avery. Realmente no es cierto que muriese rico, más bien todo lo contrario. Murió en una de las peores situaciones de miseria que podéis imaginar. – Hizo una pausa antes de decir lo que sabía iba a sorprender a los dos amigos. – ¡Y no tuvo descendencia!

Ahora era Pablo quien tenía la boca abierta. No entendía nada. Si no había tenido descendencia, ¿Quién era Charles? ¿Y de dónde había sacado el tesoro?

– Sé lo que debéis de estar pensando, – dijo Charles levantándose de la mesa. – Ahora vamos a dar un paseo, os tengo que mostrar algo. – Se dirigió a Marta y le hizo una señal con un leve movimiento de cabeza. – Marta... ¿quieres hacer los honores?

Marta, que seguía sin perder la sonrisa en ningún momento, se levantó muy decidida, y caminó erguida junto a Sandro, mientras éste le seguía con la mirada.

– Venga, Sandrito, que esta noche has caminado poco, y aun os queda un buen trecho – dijo Marta, que terminó por expulsar una contenida carcajada.

Se estaba divirtiendo de lo lindo, sobre todo viendo las reacciones del rostro de Sandro. Cali se puso en pie al ver que todo el grupo se ponía en marcha, pero Pablo le hizo una indicación para que permaneciese quieto. Habían abierto la puerta secreta que daba a la entrada del pasadizo subterráneo, y Cali no podría bajar por la estrecha escalera de gato que descendía hasta al túnel. Cuando todo el grupo bajó, se encendieron las luces del pasadizo, y comenzaron a avanzar. Delante iban Sandro y Marta, uno al lado del otro. Justo detrás de ellos se encontraba Pablo, que miraba a la pareja con cara feliz. Conocía a su amigo y sabía que esa mujer le había impactado, pero de un modo diferente a como le impactaban otras mujeres. Sandro había renunciado a las relaciones estables. Le gustaba estar con mujeres, sobre todo las que le atraían mucho físicamente, y pasar buenos y agradables ratos, pero el comportamiento con Marta era distinto. Parecía enamorado, y sólo hacía un par de horas que la había conocido. Marta era bonita, pero sin destacar demasiado. Quizá del grupo que Sandro calificaba como “del montón”. Pero era su carácter, siempre optimista y sonriente, lo que parecía haber dejado prendado a su amigo. Marta se veía una mujer luchadora, de las que nunca se rinden, y de las que no se enfadan al menor contratiempo. Pablo aflojó el paso para quedar junto a Charles.

– Entonces, si no eres descendiente de Henry Avery... ¿Quién eres? – le preguntó Pablo intentando ser lo más educado que fue capaz.

Fue Peter, que caminaba detrás de ellos junto a Sergio, quien contestó.

– Charles es ante todo un gran amigo, y tengo la inmensa suerte de que trabaje para mí desde hace muchos años.

Sandro se detuvo y le miró, y Pablo hizo lo mismo. Ellos siempre habían pensado que era Peter quien trabajaba para Charles. Peter no podía contener la risa y entendía perfectamente la confusión de los dos amigos.

– Mi buen amigo Charles, – dijo Peter poniendo la mano sobre el hombro de Charles, y sin dejar de mirar a los dos perplejos amigos. – Le contraté de guardaespaldas hace muchos años, y os aseguro que es muy bueno, y sobre todo muy calculador. Su trabajo le permite tener buenos contactos con la policía de muchos países. – Levantó el dedo índice poniendo cara de recalcar algo importante. – Ha trabajado para gente realmente importante.

– Bueno, ahora trabajaremos para gente más importante aún, – añadió Charles guiñando un ojo al que resultaba ser su jefe. – Ahora trabajaremos para la gente que más lo necesita, creando nuestra ONG. – Miró a los dos amigos para añadir otro comentario – Mi padre y yo estuvimos encantados en simular ser descendientes de Henry Avery para justificar la existencia del tesoro mediante una falsa historia.

Sus ojos expresaban melancolía tras haber nombrado a su padre. Habían estado los dos muy ilusionados con el proyecto, pero ahora sólo él podría disfrutarlo.

Pablo pensó que era el día con más sorpresas de toda su vida, mientras el grupo se ponía de nuevo en marcha. Eso explicaba lo que había encontrado Sandro en la basura, y cómo habían planificado todo con tanta astucia. También explicaba que, gracias a sus contactos, sabían los planes de viaje que tramaba Mariano. Charles era un profesional. Pero entonces, ¿de dónde salía el tesoro del que tanto hablaban?

Marta se detuvo en mitad del pasadizo subterráneo. Las paredes eran de roca, y, aparte de eso, solo se veía un cable que recorría el trayecto por el techo, y las bombillas que lo iluminaban cada 10 metros. Sandro iba embobado, como casi siempre, mirando el techo del túnel, y no se percató de que Marta se hubiese detenido, embistiéndola.

– Ya no te hace falta Cali para tropezar – dijo un sonriente Pablo. Miró a su alrededor y se sentía maravillado con el entorno. – Os debe de haber costado mucho hacer este túnel.

– Sólo hemos hecho una pequeña parte, – dijo Peter mientras apoyaba una mano sobre una roca de la pared. – Este túnel lleva construido dos milenios. A los romanos le gustaba mucho hacer este tipo de cosas.

Ante la sorpresa de Pablo, Peter desplazó la roca hacia un lado. Parecía imposible, la unión de ese trozo de piedra parecía natural. Cuando vio un teclado numérico bajo la piedra, pensó que esa casa tenía más teclados que ventanas. Peter introdujo 8 números, y les indicó con la mano que se aproximasen al otro extremo del pasadizo. Lo que estaban presenciando superaba todo lo anterior. Ahora era una parte de la pared rocosa la que se estaba desplazando hacia el interior, dando paso a un nuevo pasadizo. Con un gesto de la mano les indicó que le siguieran. Sólo unos 50 metros después, había una gran cavidad con un contenido que sería para ellos lo más espectacular que verían en toda su vida.

Observaban una enorme cantidad de cofres, sin duda repletos de valioso material. Fuera de los cofres también se encontraban numerosas joyas, cajas con monedas de oro, incluso telas. Sandro pensó que aquello debía ser algo parecido a la mítica cueva de Alí Babá y sus 40 ladrones. Los dos amigos se acercaron lentamente, sin atreverse a tocar nada, y se volvieron hacia sus anfitriones interrogándoles con la mirada.

– Os presento al auténtico heredero de este tesoro – dijo Charles señalando a un sonriente Peter que se estaba divirtiendo de lo lindo comprobando la reacción de sorpresa en aquellas caras.

Se acercó junto a un cofre, y señaló un enorme trozo de madera, que tenía una palabra grabada.

“Fancy”.

– Esto es lo que queda del enorme barco con el que Henry Avery se inició en la piratería, – explicó Charles. – Henry tuvo un tesoro importantísimo, pero solo es una parte de lo que podéis ver aquí.

– ¿Y de dónde ha salido todo esto, si solo una parte de lo que vemos es el tesoro de Henry? – preguntó Pablo.

Peter se acercó a ellos, y se irguió introduciendo sus manos en los bolsillos.

– Henry murió en la miseria, tras regresar a Irlanda, – empezó a explicar con entusiasmo. – Se quedó con algunas pequeñas, pero valiosas joyas, que intentó vender. Pero los joyeros que las examinaron, enseguida se dieron cuenta de su procedencia, y de quién se las intentaba vender, así que le timaron y se quedaron las joyas sin pagarle nada. Henry no podía hacer nada al respecto. ¿A quién iba a denunciar, si habían puesto precio a su cabeza? Pero antes de eso, otro hombre se había cruzado en su camino. William Kidd.

– ¡El pirata William Kidd! – Exclamó Sandro. – ¡El del DVD!

– Efectivamente, – corroboró Peter. – Kidd fue ajusticiado, y poco antes descubrieron el tesoro que tenía en la isla Gardiners. Pero tenía mucho más. Hay quien dice que fue el menos pirata de todos, pero os aseguro que su fortuna era inmensa. Y Henry Avery tuvo la mala suerte de toparse con él, perdiendo gran parte del tesoro que tenía escondido. Le capturó y le retuvo un mes, hasta que Henry accedió a entregárselo. Aun así, tuvo la “decencia” de dejarle ir, cediéndole una chalupa y algunas joyas, una vez Henry le había entregado casi todo su tesoro.

– Pero entonces... ¿Quién es descendiente de quién? ¿Cómo ha llegado esto aquí? – quiso saber Pablo.

– Todo esto proviene del caribe y del mar rojo, – aclaró Peter. – Mi abuelo era un entusiasta de la piratería del siglo XVIII, estaba bien posicionado, y tenía dinero. Buena parte de ese dinero lo dedicó a comprobar la documentación que revisaba, y llegó hasta lo que nadie había logrado llegar antes. Descubrió el tesoro de William Kidd, y de dónde procedía. – Señaló al inmenso tesoro que había ante ellos. – ¡Y ahí lo tenéis! Hace tiempo que lo tenemos aquí, desde poco después de instalarnos. Decidimos comprar estas dos casas tras descubrir el antiquísimo túnel subterráneo. Solo quienes estamos aquí conocemos lo que se oculta en este pasadizo.

– Y mi bisabuelo sólo se lo explicó a mi padre – irrumpió Marta, sonriente como siempre. – Era el único de la familia a quien le interesaban esos temas. – Hizo una pausa para dar más énfasis en lo que iba a decir. – Tengo unas botellitas de cava fresco en la casa nueva. Creo que no estaría mal que fuésemos a celebrarlo.

Capítulo 50.

Había pasado casi un mes desde que Pablo había regresado de nuevo a su casa. En esos momentos se encontraba en casa de Reme, su anciana vecina, que le había pedido que le reparase un grifo que no paraba de gotear. Pablo lo hacía encantado. Reme era una anciana cariñosa y a pesar de sus constantes pérdidas de memoria, pasaba agradables ratos con ella. Pablo estaba terminando de apretar la tuerca del nuevo grifo que acababa de instalar, mientras Reme daba golpecitos a la base de una sartén que tenía en sus manos.

– Es buen material, – decía Reme, mientras seguía dando golpecitos con la mano a la sartén. – Te haré una tortilla de patatas que te vas a chupar los dedos. Te mereces eso y más, Pablito.

Pablo había terminado de colocar el grifo, y estaba abriendo el paso del agua mediante las válvulas generales de la cocina. Miró cariñosamente a Reme.

– Hoy no puedo, Reme. Tengo invitados a cenar, ya te lo he dicho antes.

– Bueno, pues otro día – contestó Reme dando un par de golpecitos más a la sartén. – Es muy buen material el de esta sartén. Saldrán unas tortillas deliciosas.

Pablo probó el grifo mono mando que acababa de instalar, y Reme miraba el resultado con asombro.

– Eres un cielo, Pablito. No sé qué haría sin ti, con mi yerno y mi hija siempre fuera de casa. No sé cómo agradeceréte.

– Ya sabes dónde me tienes cuando me necesites, – contestó Sandro afectuosamente. – No me tienes que agradecer nada.

– Si quieres te puedo hacer una tortilla de patatas, me salen muy buenas – dijo Reme, señalando su nueva sartén, que todavía sostenía con una mano. – Tengo una sartén nueva, y saldrá deliciosa.

Pablo sonrió de nuevo a Reme, al parecer se le había olvidado nuevamente lo que acababa de decirle. Sintió lástima, y pensó que todo el tesoro que había en la cavidad subterránea de Peter, no era tan valioso como poder curar el problema de memoria de su agradable y anciana vecina. Tras explicarle nuevamente que tenía invitados a cenar, se despidió de ella, mientras Reme se quedaba mirando y dándole golpecitos a su nueva sartén.

– Si señor, muy buen material el de esta sartén.

Pablo entró en su casa, y Cali estaba jugando con una pelota de tenis en el jardín. Miró a su perro y pensó en lo que valoraba ahora esa normalidad que no pudo disfrutar durante un par de meses, cuando todo se complicó. “Espero que no encuentre un teléfono nunca más”, pensó.

Tras recoger las herramientas y darse una ducha, se dispuso a entrar en la cocina y preparar la cena. Era finales de septiembre, y se empezaba a notar que los días eran cada vez más cortos, aunque la temperatura seguía siendo agradable. Eran las 8 de la tarde, y en menos de una hora se presentarían sus invitados.

Media hora después, estaba colocando los cubiertos sobre la mesa, cuando sonó el timbre. Salió de la casa, y abrió la puerta del jardín. Allí estaba su amigo Sandro, más sonriente que de costumbre, y cogida de su mano estaba Marta. Habían empezado a salir juntos desde pocos días después de conocerse. Pablo se alegró mucho, ya que era la primera relación de su amigo que duraba más de 3 días en muchos años. Cada pocos días comían o cenaban juntos, sobre todo en

casa de Pablo. Así podían hablar y reír de todo lo que habían pasado poco tiempo atrás. Les invitó a entrar y entre los 3 terminaron los preparativos.

La cena estaba animada, y constantemente recordaban situaciones vividas que ahora parecían graciosas, pero que en su momento no pensaban lo mismo. Pablo levantó su copa y quiso brindar por Sandro.

– Por tu último éxito, eres muy afortunado – dijo alzando su copa.

– Bueno, bueno, – dijo Sandro pretendiendo parecer gracioso, y habiéndose el importante – quizá el éxito no es mío, sino de Marta, que ha conseguido un pedazo de hombre.

– No me refería a eso – dijo Pablo partiéndose de risa. – Me refería a que has llegado hasta la mesa sin que Cali te haga caer.

Sandro había caído de nuevo en una de las bromas de su amigo, y se puso colorado como un tomate. Marta también se estaba desternillando de risa, y le daba codazos a Sandro.

– ¡Eso para que aprendas!, – le dijo ella sin parar de reírse.

La cara de Sandro volvía a ser un poema, le gustaban las bromas, pero cuando le tocaba recibir a él, no sabía reaccionar.

Bueno, vale, me habéis pillado, – dijo al fin bajando la cabeza y levantando las manos. – Pero la verdad es que llegar a sentarme sin tropezar con Cali, tenéis que reconocer que también tiene su mérito.

Después de cenar, salieron al jardín para tomar el fresco. El tiempo seguía siendo agradable, y Pablo aprovechó para regar un poco su césped. Sandro y Marta coqueteaban constantemente, y se besaban a cada momento. Cuando Pablo no miraba, sus coqueterías iban un poco más allá, y se acariciaban por encima de la ropa sus partes íntimas. Pablo quiso decirles algo, cuando al girarse vio como Sandro tenía una mano sobre los pechos de Marta. Ella separó la mano apresuradamente y sonreía avergonzada. Sandro tenía suficiente confianza con su amigo para que eso no le afectase, y le hizo una señal hacia el interior de la casa.

– Oye, Pablo, mientras tú terminas todo eso...nosotros...

– Claro, hombre, claro, – dijo Pablo aireando una mano hacia la casa. – Entrad, que yo tardaré un ratito en terminar de regar.

Sandro cogió a Marta por la mano y subieron a una habitación, y Cali corrió tras ellos. Sandro hizo un brusco gesto al perro indicándole que no le siguiese.

– Solo me faltaba eso, tener animales de testigos...

Pablo continuó regando, y reflexionando sobre su futuro. Al fin presagiaba un futuro que le gustaba. En tres o cuatro semanas partirían a África, y después a Sudamérica. Sabía que verían cosas muy desagradables, pero merecía la pena si podían ayudar a alguien. Charles les había enseñado muchos videos de las zonas que iban a visitar por su nuevo trabajo, y quería estar seguro de que podrían aguantar la presión. También les había dado muchas lecciones sobre cuál sería su labor, cómo se tenían que comportar contra muchas de las situaciones que seguro se encontrarían, cuáles eran los peligros más frecuentes, y todo tipo de detalles sobre las costumbres locales de cada lugar donde realizarían su trabajo.

Juan, el hermano de Pablo, conocía la nueva tarea que iba a emprender, aunque no sabía nada del tesoro. Al principio le puso muchas pegas, pero finalmente, viendo la ilusión que le hacía a su hermano, cambió de actitud y animó a Pablo en su nuevo cometido. Juan se había

comprometido a cuidar de la casa mientras él estuviese fuera, y, por supuesto, cuidar también de Cali.

Se dirigió a cerrar el grifo de la manguera que estaba utilizando para regar, y Cali, suponiendo que Pablo ya finalizaba su tarea, se introdujo en el interior de la casa para esperarle. Oyó unos golpecitos en la puerta del jardín, y a través de las rejas vio un hombre alto, musculoso, con muchos tatuajes en los brazos. Abrió desinteresadamente la puerta y se quedó mirando a ese hombre.

– Hola, – le dijo el desconocido con expresión amigable. – ¿eres Pablo Canteras?

– Sí, soy yo... – Pablo miraba a ese hombre intentando reconocerle, pero no le había visto nunca. Tenía un extraño brillo en sus ojos. – ¿En qué puedo ayudarte?

Por toda respuesta, el desconocido agarró a Pablo por la camiseta, y tirando de ella lo sacó a la calle, inmovilizándole las manos con uno de sus fuertes brazos, y tapándole la nariz ya la boca con la otra mano. Lo tenía a su espalda, agarrándole con fuerza y notaba su aliento en el cuello. Le presionaba contra su pecho con tanta fuerza que no hubiese necesitado taponarle la nariz y la boca para dificultarle respirar, mientras le hablaba susurrándole al oído.

– Me llamo Mario, y me envía una amiga tuya.

Pablo no podía respirar, y pataleaba al aire, intentando deshacerse de su atacante, una de las patadas golpeó contra la puerta del jardín, y el sonido metálico sonó con estruendo. Mario retorció el brazo de su presa para que dolor le permitiese soltarle un momento una de las manos y estirando el brazo cerrar la puerta de reja del jardín, justo a tiempo, mientras Cali se acercaba velozmente emitiendo sonoros ladridos al otro lado de la puerta. Pablo aprovechó para coger aire de nuevo, pensando en gritar pidiendo auxilio, pero no le dio tiempo. Mario volvió a agarrar fuertemente a Pablo impidiéndole seguir respirando, y le siguió susurrando en el oído, mientras Cali seguía ladrando desesperadamente al otro lado de las rejas de la puerta.

– Mi amiga Natalia está en la cárcel por tu culpa, y me ha pedido que le haga un favor. Ya no volverás a joder a nadie más.

Sandro estaba tumbado boca abajo sobre su amada Marta, acariciándole el pelo y besándola constantemente, cuando oyeron los ladridos de Cali.

– ¿Por qué ladra tanto Cali? – preguntó Marta.

Sandro le puso el dedo índice sobre sus labios, para posteriormente separarlo lentamente y besarla de nuevo.

– No te preocupes, es un perro muy majo pero está como una cabra. Igual está persiguiendo a un mosquito.

Sandro volvió a besarla, y ella le correspondió.

Pablo notaba que empezaba a nublársele la vista, ¿Cuánto tiempo llevaba sin respirar? ¿20 segundos? ¿30? ¿40? ¿Cuánto podía aguantar un hombre sin respirar? A la desesperación de faltarle el aire, se le sumaba la de terminar su vida justo cuando todo parecía ponerse de cara. Había vivido experiencias increíbles los últimos meses, lo había pasado muy mal, pero daba por bueno todo lo sufrido. Ahora se le presentaba un futuro esperanzador, haciendo algo que realmente le llenaba, ayudar a los demás.

Pero ya no iba a poder hacerlo. Iba a morir. Mario disfrutaba con la tortura a la que estaba sometiendo a aquel hombre, entreabrió un poco los dedos de su mano para permitirle coger un poco de aire, pero impidiéndole gritar. Quería decirle algo antes de terminar con su vida.

– De parte de Natalia, que le des recuerdos a Germán desde el infierno.

Una vez le transmitió el recado, volvió a taponarle nariz y boca, y esperó a que todo finalizase, ante el concierto de Cali que no paraba de ladrar desesperadamente.

Los ojos de Pablo dejaron escapar ríos de lágrimas que inundaban sus mejillas. Si eso le hubiese sucedido semanas atrás, no hubiese sufrido de igual forma, pero ahora no, ahora no podía ser, su vida se estaba reconduciendo, y ese hombre iba a terminar con ella. Poco a poco, sus patalos se tornaban más suaves, notaba perder la fuerza y la conciencia. A pesar de su desesperación, pensó en dejar de patear para gastar menos oxígeno, relajarse y coger fuerzas. Podía intentar utilizar el factor sorpresa, realizar un gesto brusco, y tener una última oportunidad de librarse de aquel hombre. Pero cuando lo intentó no sirvió de nada, ese hombre parecía muy experimentado y sabía bien lo que hacía. Prácticamente no veía nada, y su mente parecía irse lejos, muy lejos, y sus pies dejaron de patear.

Pero todavía pudo oír un golpe seco detrás de él, y se derrumbó en el suelo, libre de las manos que le aprisionaban la nariz y la boca. Desde el suelo, con los ojos entreabiertos, vio un cuerpo tumbado a su lado. Era el del hombre que había intentado matarle, estaba inconsciente y le sangraba la cabeza. Intentó ir recuperando algo de aire aspirando enormes bocanadas, y así poco a poco ir recuperando la conciencia, lo que le permitió identificar a alguien de pie, junto a su atacante.

– ¿Qué le hacías a mi Pablito, animal?

Pablo reconoció a Reme, con su nueva sartén en la mano. Pablo seguía muy débil y no podía lograr articular palabra, pero sí pudo ver como Sandro y Marta corrían hacia él con la desesperación reflejada en sus rostros. Sandro se agachó junto a su amigo y se interesó de inmediato por su estado.

– Tío, tío, ¿estás bien? Joder...háblame tío...

Pablo afirmó con la cabeza, mientras seguía aspirando aire por la boca desesperadamente. Marta estaba llamando a la policía con su teléfono móvil, mientras miraba al desconocido que seguía tumbado en el suelo, con la cabeza rodeada de un charco de sangre.

– Le conozco, – dijo ella. – Es un conocido narcotraficante. Pero... ¿Qué hace éste hombre aquí? ¿Y por qué te ha atacado?

– Le envía Natalia, desde la cárcel, – acertó a decir Pablo con voz afónica, que poco a poco iba recuperándose. – ¿Esta...?

– No, no está muerto, – se apresuró a informar Marta. – Pero créeme, a la policía le dará tiempo de llegar antes de que pueda moverse.

Reme seguía junto a ellos, de pie, con semblante serio pero sereno. No parecía estar en absoluto preocupada por el estado del desconocido, que permanecía inmóvil. Sólo le interesaba saber si su “Pablito” estaba bien y se recuperaba poco a poco. Un destello de ilusión se reflejó en sus ojos al comprobar que su querido vecino se reincorporaba lentamente, y su arrugada boca dibujó una feliz sonrisa. Desvió la mirada hacia su sartén, y le dio unos golpecitos.

– Muy buen material, el de esta sartén. Saldrán unas tortillas para chuparse los dedos.

Capítulo 51.

Jueves 24 de octubre de 2013

Pablo estaba apoyado en la barandilla de un enorme barco en el puerto de Tarragona. Su dueño, Charles, se encontraba en el interior preparando las maniobras para abandonar la ciudad. Junto a Pablo se encontraba su amigo con su inseparable Marta, dispuestos a partir rumbo a África. El hermano de Pablo había acudido a despedirse de ellos. De hecho, estuvo a punto de abandonar su trabajo con el propósito de unirse a ellos, pero le encantaba lo que hacía, y prefirió seguir dedicándose a su gran afición como monitor de vela, al menos de momento.

Una semana antes, la prensa había anunciado un nuevo ajuste de cuentas en la cárcel. Esta vez fue Mario la víctima. Lo relacionaron enseguida con una venganza por la muerte de los sobrinos de Mariano. Aunque no les alegraba la muerte de nadie, no sintieron ninguna pena. Pablo encontraba absurda la facilidad con que unas personas quitaban vidas a otras. Le costaba entender el comportamiento humano. Una persona cometía una agresión, para posteriormente utilizarse una enorme cantidad de recursos técnicos y humanos intentando enmendar el daño ocasionado. No tenía sentido.

Muy cerca de donde estaba atracado el barco de Charles, pudieron observar un coche blanco, y Pablo le dio unos golpecitos con el codo a su amigo.

– Mira, es el hombre del Ibiza blanco que nos guió cuando buscábamos la casa de Charles.

– Sí, el que “busca huevos rojos”, – rió Sandro. – ¿ves cómo ya soy capaz de usar tu sistema para memorizar las cosas? Así recuerdo que la matrícula de su coche es “BHR”.

Ambos rieron despreocupadamente, y Marta, que no sabía de qué hablaban aquellos hombres, se sumó a su sonora alegría. Aquel hombre del Ibiza blanco, no sabría nunca que había contribuido mucho a que, la entonces lamentable situación de los dos amigos, progresara positivamente. A Pablo le alegró comprobar los progresos de su amigo, y no sólo en lo que respectaba a su memoria. Se le veía más feliz que nunca con su nueva compañera.

Ahora viajarían a lugares donde las personas carecían de lo más básico, mientras en otras partes del mundo, se malgastaban los mismos recursos que para otros supondrían la supervivencia.

Peter le había mostrado imágenes de lugares que se hallaban en la peor de las miserias, había niños jugando en la calle, muchos de ellos sonreían. ¿Cómo podían estar sonriendo viviendo en esas condiciones? Peter se lo explicó, aunque advertía que no era una teoría siempre aplicable, ni tampoco significaba que esos pobres niños fuesen felices.

“Uno de los mayores problemas de la humanidad es el egoísmo, y la envidia”, le decía Peter. Pablo estaba de acuerdo. Esos niños sonreían porque, aparte de ser de lo poco que pueden hacer, solo conocían el entorno en el que vivían, y sabían que sus semejantes no eran diferentes a ellos. No podían tener envidia de nada, porque no conocían otra cosa que la miseria que les rodeaba. Seguramente no entenderían que, en otra parte del planeta, a veces se encontraban niños infelices a pesar de tener comida cada día, agua potable, o una vivienda agradable. Pero se contagian de la enfermedad de sus mayores, y desean las cosas que otros tienen o las que se anuncian en la televisión. “Desear lo que no tienes te impide valorar lo que tienes”, le decía constantemente Peter. Y tenía razón. Natalia era una mujer que tenía lo que envidiarían muchas personas, pero su ambición la hizo infeliz, y terminó en la cárcel.

Mientras el barco abandonaba el puerto, Juan saludaba con la mano a su hermano y sus amigos, que seguían apoyados en la barandilla del barco.

Pablo sabía que no podía cambiar el mundo, así que venció la melancolía que le trasmitía la idea de dejar su tierra, y se llenó de optimismo para intentar parecerse a Marta, una mujer siempre positiva, que no se rendía ante nada. “Ni siquiera ante Sandro”, pensó, y su pensamiento le provocó una leve sonrisa.

Lentamente, el barco se alejaba del puerto a través de aquella inmensa alfombra azul, mientras pensaba en lo afortunado que era. No en vano había descubierto que poseía unos de los mayores tesoros que existen, algo que no se puede comprar con dinero, y que muchas personas que se consideran poderosas no lo obtendrían jamás. Su amigo se lo demostró cuando, a pesar de poder seguir con su tranquila vida y su trabajo, renunció a todo para ayudarlo, aun a riesgo de perderlo todo o terminar en la cárcel. Disfrutaba de uno de los valores más importantes de este mundo.

Una amistad incondicional.

Dejó que la brisa marina regase su cara y respiró profundo cerrando sus ojos, dando la bienvenida a su nueva vida.

FIN

Escrito por:

Pedro Carmona Contreras